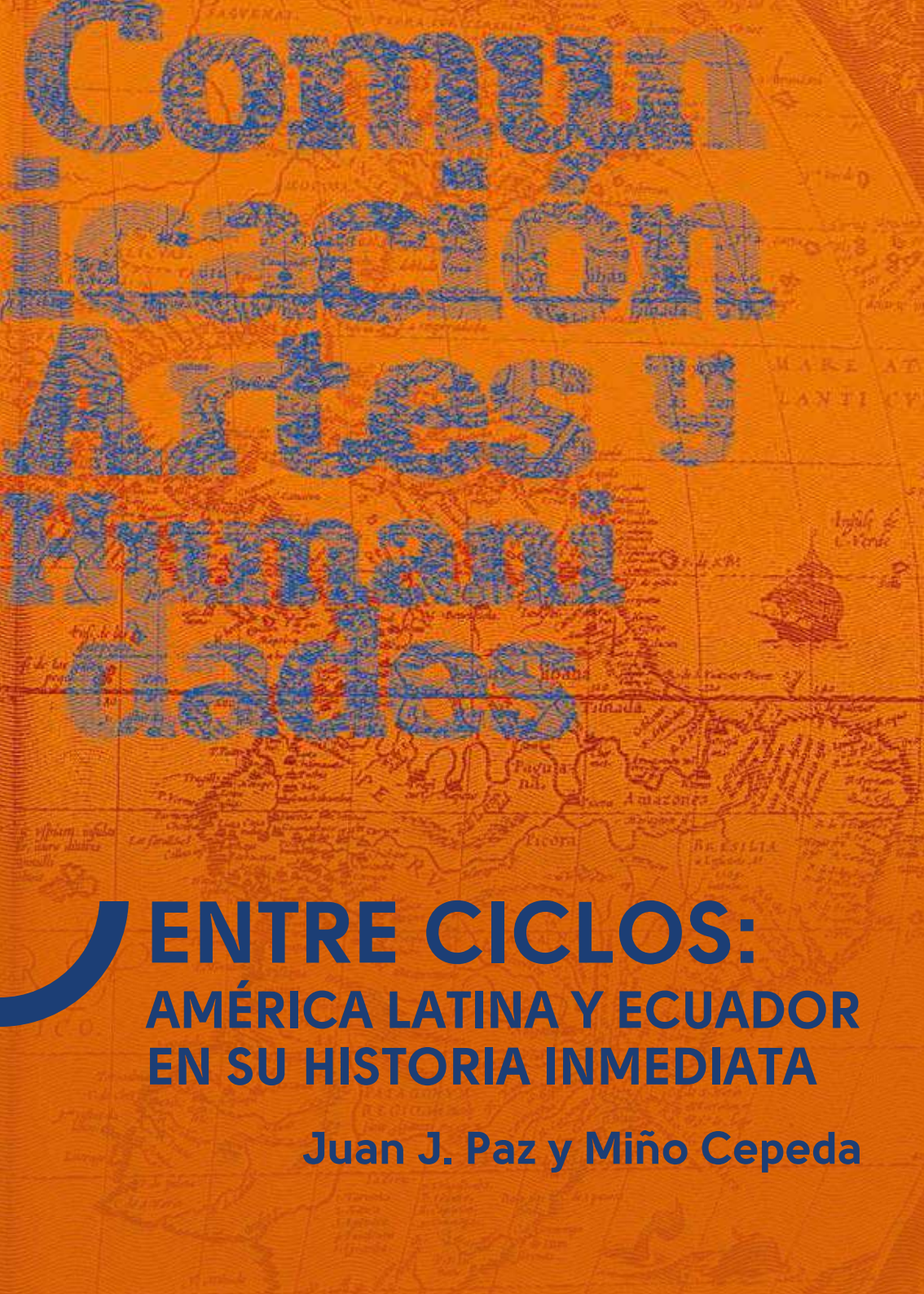
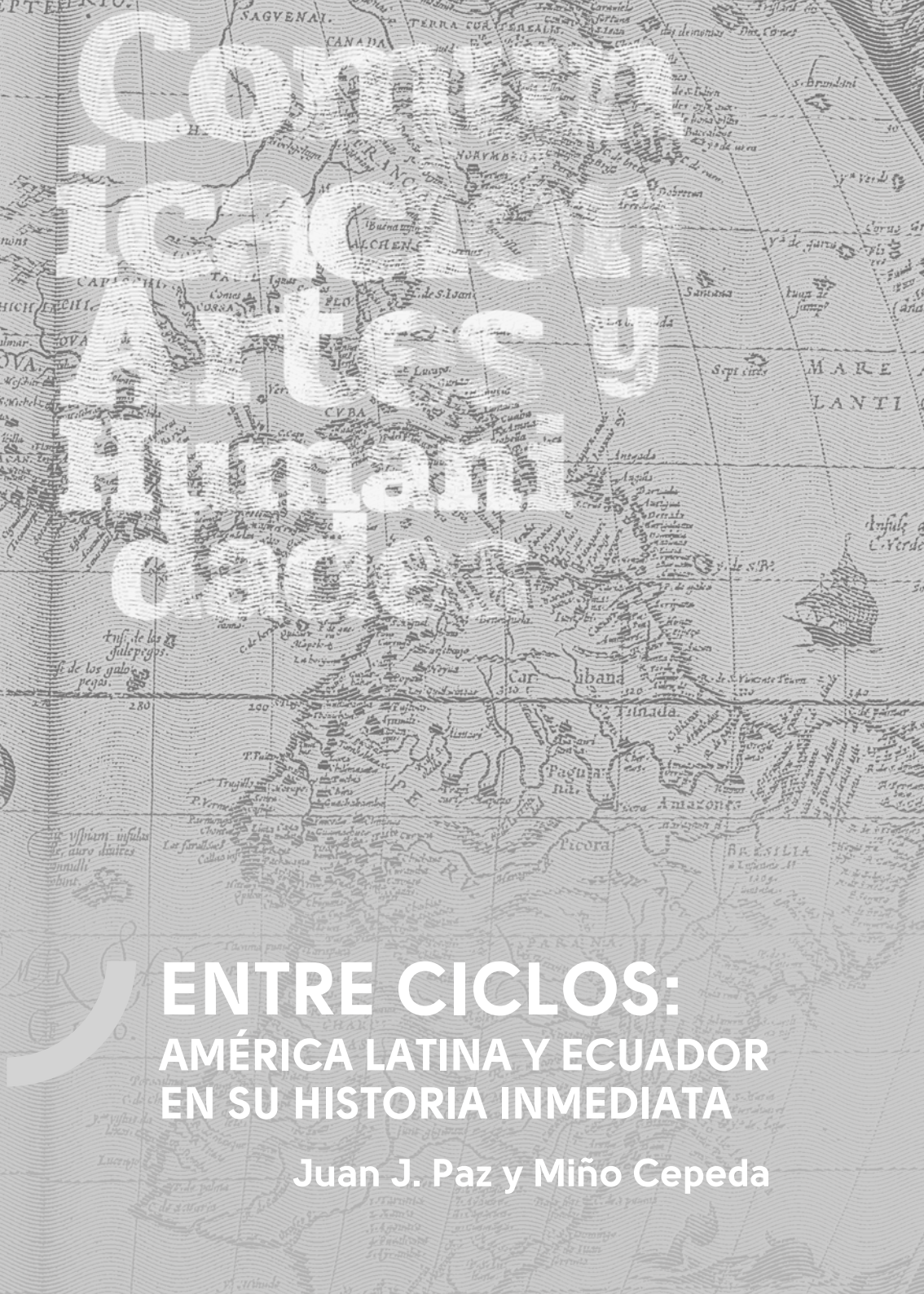




ENTRE CICLOS:

AMÉRICA LATINA Y ECUADOR EN SU HISTORIA INMEDIATA

Juan J. Paz y Miño Cepeda



ENTRE CICLOS: AMÉRICA LATINA Y ECUADOR EN SU HISTORIA INMEDIATA

Juan J. Paz y Miño Cepeda

ENTRE CICLOS:
América Latina y Ecuador en su historia inmediata

ISBN
978-9978-38-973-7

Derechos de autor
057258

Autor
Juan J. Paz y Miño Cepeda

Diseño, diagramación e impresión
Soluciones Gráficas
giocondamelo.ec@gmail.com

Diseño de portada
Santiago Cárdenas

Corrección de Estilo
© Editorial Universitaria UTE
e-mail: editorial-universitaria@ute.edu.ec
Dirección: Bourgeois 210 y Rumipamba

PRIMERA EDICIÓN,
Tiraje 350 ejemplares
Octubre 2019
Quito - Ecuador

Contenido

Prólogo	7
Presentación	11
La deuda histórica: otra reivindicación latinoamericana	13
Medioambientalismo y latinoamericanismo en el papa Francisco	21
El paso por Cuba: de Kennedy a Obama	29
América Latina: fuera de la historia universal	37
América Latina desde otra perspectiva	45
El fraccionamiento de las izquierdas en América Latina	53
Argentina: el peligro de la restauración conservadora en América Latina	59
Amenaza a gobiernos progresistas y de nueva izquierda latinoamericana	65
Un fin de año difícil para América Latina	73
El imperialismo, América Latina y la Celac	81
Del 'New Deal' a Bernie Sanders por la ruta de América Latina	89
¿De qué 'mentalidades empresariales' hablamos en América Latina?	97
Años de bloqueo contra América Latina	105
América Latina: desigual entre millonarios	113
Los modelos de economía: la gran disputa en América Latina	121
OEA: el retorno del 'americanismo'	129
Vivir el Bicentenario: motivo de orgullo histórico	137
América Latina: la integración en peligro	147
Tensiones y desafíos en la coyuntura de América Latina	155
Retorno de la flexibilidad laboral en América Latina	163
América Latina en la 'Era Trump': ¿fuera de la historia?	169
América latina y el pueblo estadounidense: una alianza impensada	175
Degradando la política: el populismo latinoamericano	181
Ecuador: un paso adelante para no ir dos atrás	187
Retomar el latinoamericanismo	193
Retorno al trabajo libremente esclavo	199
Ecuador: ¿qué sucede con la Revolución Ciudadana?	205
'Cultura económica' y élites latinoamericanas	211
Desarrollo y capitalismo social: nuevos rumbos	217
América Latina: fin del ciclo progresista	223
2018: un año para la reflexión sobre Marx a 200 años	229
La Constitución cubana y América Latina	235
Latinoamericanismo contra bloqueo a Cuba	243

Ecuador: la huelga del 15 de noviembre de 1922	249
Ecuador: Correísmo y Morenismo	255
El G-20 y nuestra América Latina	261
México en la mira del progresismo latinoamericano	267
2019: América Latina en camino debilitado	273
Conclusiones	279
Bibliografía de referencia	283

Prólogo

Este nuevo libro del reconocido historiador ecuatoriano Juan Paz y Miño Cepeda recoge un conjunto de artículos en los que analiza temas de la palpitante actualidad continental, así como la de su propio país, dados a conocer originalmente en la conocida sección de *Firmas Selectas* de la Agencia Prensa Latina. Lo primero que salta a la vista en esta recopilación es la calidad de sus enfoques y lo oportuno de la publicación, pues aparece en pleno apogeo de la restauración conservadora —algunos la consideran una oleada contrarrevolucionaria— que domina el panorama occidental, impulsada por el ascenso al poder en Estados Unidos de Donald Trump y su camarilla política reaccionaria.

Uno de los aspectos más atractivos del texto de Paz y Miño es su justa valoración de los alcances de los gobiernos progresistas establecidos en diferentes países latinoamericanos en los primeros años del siglo XXI, tras el espectacular triunfo electoral de Hugo Chávez en Venezuela en diciembre de 1998. En varios de los trabajos que aparecen en esta obra se enjuician los logros y la significación de estos procesos de cambios sociopolíticos, de lo que denomina el ciclo progresista latinoamericano.

Este ciclo inédito de gobiernos —escribe Paz y Miño— abrió una nueva perspectiva en la historia latinoamericana, favorable a la tendencia de izquierda, con frontales ataques al neoliberalismo, una clara posición anticapitalista y antimperialista, la definición por los intereses más amplios de las clases medias, trabajadores y sectores populares, la recuperación y transformación del Estado; y tres de ellos, específicamente en Ecuador con Rafael Correa, Bolivia con Evo Morales y Venezuela con Hugo Chávez y su sucesor Nicolás Maduro, identificados con el

“socialismo del siglo XXI”. Por fin se abrió en el mundo un horizonte alternativo al capitalismo.

Pero el autor no se limitó a evaluar la trascendencia histórica de estos procesos, sino también descubre, con fino escalpelo, las causas del retroceso experimentado por muchos de ellos, debido a un conjunto de complejas circunstancias, tanto internas como externas. En cierta forma, este es el tema central que recorre de principio a fin el libro de Paz y Miño. A lo largo de sus páginas, el autor no solo nos desgana las principales características de los gobiernos progresistas y democráticos de América Latina, sino que también nos muestra los móviles y mecanismos utilizados por la derecha neoliberal y el imperialismo estadounidense para imponer en los últimos dos años un claro retroceso, advirtiéndonos sobre sus dañinas consecuencias.

En su argumentación se vale de los necesarios precedentes históricos extraídos de la atribulada historia contemporánea de América Latina. Por ello vienen a colación las alusiones al llamado populismo de Cárdenas, Perón o Getulio Vargas, el enfrentamiento, surgido desde el mismo Congreso de Panamá, convocado por Simón Bolívar en 1826, entre latinoamericanismo y panamericanismo, en el que afloran los efímeros éxitos conseguidos a principios del siglo XXI en la integración de nuestros pueblos y su devastador panorama actual. Tampoco faltan, en los artículos recopilados en este valioso libro, los estudios sobre procesos económicos más complejos, en los que Paz y Miño es experto, así como las referencias a las revoluciones radicales latinoamericanas y otras experiencias pasadas, como la de México en 1910 o la de Cuba en 1959, junto con el tratamiento de otros interesantes tópicos de nuestra historia y la realidad contemporánea, entre ellos el bicentenario de la independencia latinoamericana contra el coloniaje de las metrópolis europeas, o el natalicio de Carlos Marx.

Todos los artículos revelan el amplio dominio de la política y la historia de nuestra América que posee Paz y Miño, que en su análisis se vale de una original combinación de las técnicas de la historia comparada con la metodología de la historia reciente, presentista o inmediata, en la que es un verdadero maestro. De ese moderno instrumental se ha valido en sus numerosos libros y en la amplia labor que ha desarrollado como profesor, investigador, editorialista y columnista en distintos medios de comunicación, de lo que también da muestra en esta obra y en tres de sus libros más recientes: *Quito en el bicentenario de la independencia del Ecuador*; *Removiendo el presente. Latinoamericanismo e Historia de Ecuador*; y *Ecuador: los gobiernos julianos 1925-1931. La constitución de la izquierda política*.

Paz y Miño es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Santiago de Compostela, doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), y además es licenciado en Ciencias Políticas y Sociales en esta prestigiosa institución ecuatoriana de educación superior, donde se desempeñó como profesor titular e investigador de la Facultad de Economía, teniendo a su cargo las cátedras de Historia Económica de América Latina y del Ecuador, así como la coordinación del -Taller de Historia Económica. Es Miembro de Número de la Academia Nacional de Historia del Ecuador.

Jugó un papel relevante en la creación del capítulo ecuatoriano de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC). Durante más de dos décadas se distinguió también como vicepresidente de la directiva internacional de la ADHILAC, entidad de la que actualmente es su director académico en Ecuador. Además, entre 2008 y 2011 se desempeñó en su país natal como secretario general del Comité Ejecutivo-Presidencial del Bicentenario; de 2011 a 2014 fue Cronista de la ciudad de Quito, teniendo bajo su responsabilidad el Archivo Metropolitano de Historia y en 2005 fue también director de cultura del Gobierno Provincial

de Pichincha. Desde 2017 es decano de la Facultad de Comunicación, Artes y Humanidades de la Universidad UTE del Ecuador. Gracias a su reconocido prestigio académico ha participado como profesor invitado, ponente o investigador en múltiples actividades y eventos de diferentes países de América y Europa.

Toda esa destacada labor profesional, como podrán advertir los lectores en las páginas que siguen, está signada por su vertical compromiso con las mejores causas de Nuestra América, a las que con valentía ha defendido a lo largo de su fructífera vida. Desde esta perspectiva, el texto es fundamental para comprender, en toda su variedad y matices, la difícil coyuntura por la que atraviesa este continente como resultado de la restauración conservadora que se ha impuesto en muchos países latinoamericanos. Como claramente expresó Paz y Miño en uno de los esclarecedores artículos recogidos en esta obra, cuya lectura recomendamos, la triste realidad parece superar todo vaticinio:

Suficientes experiencias históricas tiene América Latina con respecto a las restauraciones conservadoras en el pasado. Argentina lo vivió en otros momentos, como ocurrió con el propio peronismo, cuando fue perseguido y hasta proscrito. Hoy, la restauración conservadora tiene razones para obrar con mayor violencia y hasta venganza, porque las derechas neoliberales no perdonarán un solo milímetro de lo hecho por los gobiernos progresistas y de nueva izquierda en América Latina.

En esta obra los lectores encontrarán varios de los hitos que han formado la trama de la historia más reciente de América Latina, con una visión que esclarece ese camino que va del pasado al presente.

Sergio Guerra Vilaboy

Presidente de la Asociación de Historiadores
Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC)

Presentación

La *historia inmediata* de América Latina tiene múltiples expresiones. Una de las formas de seguirla es analizar la coyuntura con el propósito de dar cuenta de una serie de procesos históricos en vigencia. De este modo, el pasado sirve para entender el presente.

En este libro reúno los artículos que he publicado en *Firmas Selectas* de Prensa Latina entre 2015 y 2018. Incluso, además, un artículo que fue difundido por medio de mi página web *Historia y Presente* titulado: “Ecuador: correísmo y morenismo” que permite ampliar la perspectiva de comprensión del país.

Los artículos hacen referencia a diversos temas de la coyuntura latinoamericana: la deuda histórica, el proceso independentista, el desarrollo económico, los modelos en conflicto, una amplia visión sobre los gobiernos progresistas, así como el análisis de los tiempos conservadores que les han seguido, la situación de las izquierdas con sus alcances y sus límites, la presencia del populismo, el particular significado de Cuba para la región, las discusiones en torno al socialismo a propósito de los 200 años del natalicio de Karl Marx, la renovación del americanismo dentro de las nuevas estrategias imperialistas, el capitalismo y las élites empresariales que le caracterizan, las opciones latinoamericanas en la era de la globalización para edificar economías sociales, la vigencia de los regímenes neo-oligárquicos, el significado de otros procesos de actualidad.

Todos los textos tienen una base analítica en la cual la historia es la fuente de interpretación y seguimiento. Fueron escritos para el amplio público y no necesariamente para especialistas en los temas propuestos. Las reflexiones están fundamentadas en hechos y procesos, a fin de que

no expresen simples opiniones personales sino argumentaciones respaldadas por la investigación. De modo que la lectura no es densa, sino ágil.

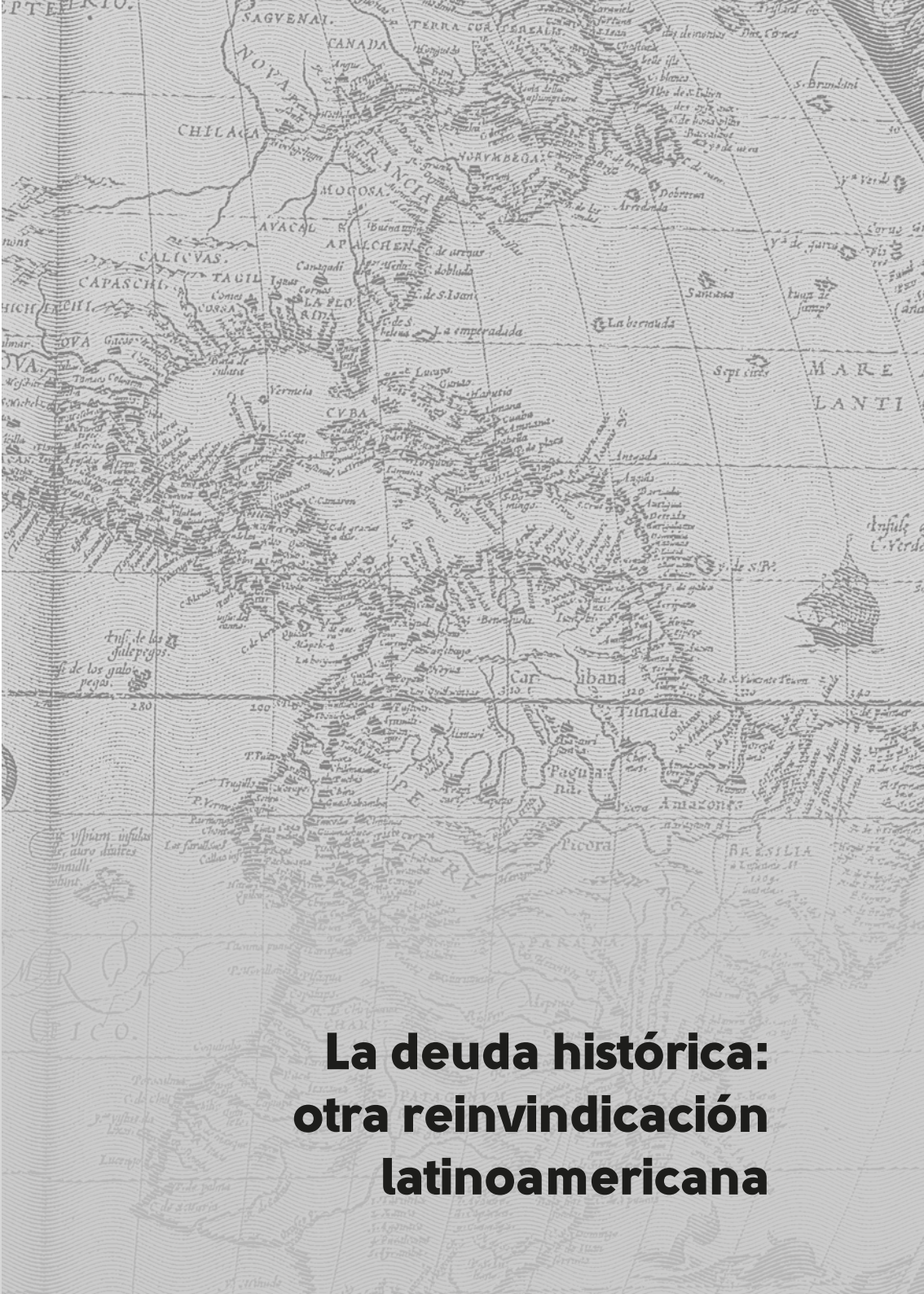
Desde luego, igualmente discuto conceptos y temas con visión crítica. Considero que las realidades que vivimos y forjamos en Nuestra América Latina, si bien se deben a múltiples fuerzas que actúan para construir el presente histórico, también demandan posicionamientos, sin que ello implique la pérdida de la objetividad ni de la rigurosidad.

Si bien los lectores pueden seguir los artículos en forma independiente, en conjunto es mejor seguir el orden establecido que, además, pertenece a la secuencia temporal en la que fueron escritos.

Espero que esta obra también estimule la inquietud por profundizar en los temas tratados. América Latina tiene una historia pasada y presente extraordinariamente amplia, pero es ella la que permite entender y aquilatar, de mejor forma, los procesos que a veces parecen aislados en el interior de cada país. En distintos momentos me refiero al Ecuador, precisamente para que se advierta cómo este país, en el que vivo, tiene sus lazos íntimos de conexión histórica con Nuestra América Latina.

Debo agradecer a Sergio Guerra, presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) por prologar esta obra y por su amistad y compañerismo de tantos años en el campo de la historia. Además, agradezco a todas las personas que leyeron el texto original y que hicieron sugerencias para su publicación como libro. Y, desde luego, agradezco a la editorial de la Universidad UTE.

Quito, junio 2019



La deuda histórica: otra reinvidicación latinoamericana

Desde que se inició el Gobierno de Alexis Tsipras en Grecia (27 de enero de 2015) lo que sucede en el país rápidamente se convierte en noticia mundial, pues las decisiones para reorientar la economía a favor de la población y para superar el modelo neoliberal impuesto bajo el manto de uniformidad en el esquema de la Unión Europea han comenzado a afectar no solo las relaciones de Grecia con esta comunidad, sino también a cuestionar el camino seguido.

La última noticia tiene una significación muy especial no solo para el mundo, sino particularmente para América Latina: el presidente Tsipras propuso, y el parlamento griego aprobó en la tercera semana de marzo, la creación de un comité especial para cuantificar y reclamar a Alemania las reparaciones por los desastres materiales ocasionados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Además, Grecia reclama los restos arqueológicos y el patrimonio cultural robado durante la guerra.

No es la primera vez que se intenta un reclamo de semejante magnitud. En 1960 Alemania canceló unos 58 millones de euros a personas particulares y en 2010 cubrió saldos por intereses a favor de Grecia por la simbólica cifra de 69.9 millones de euros, dando por cancelada toda reparación bélica. El entonces viceprimer ministro Theodoros Pangalos declaró: “los alemanes se hicieron con las reservas de oro del Banco de Grecia, un dinero que nunca devolvieron”; y el secretario de Estado de Finanzas, Philippos Sahinidis, consideró que la deuda por reparaciones ascendía a 162 000 millones de euros. Alemania ha esgrimido como argumento en contra un Tratado de 1990 con las antiguas potencias Aliadas en la guerra, que interpreta como fin de toda deuda por causa de indemnizaciones bélicas.

El Parlamento griego aprobó la creación del comité especial con el voto unánime de todos los partidos. El presidente Tsipras fue incluso tajante ante el Parlamento: “Quiero asegurar —dijo en su discurso— que [el Gobierno] hará todo lo posible para que a través del diálogo haya progresos en Europa. Grecia cumplirá con sus obligaciones, pero el gobierno trabajará para que los demás cumplan las suyas, que hasta ahora no han cumplido”; y añadió: “Alemania nunca ha pagado bien las reparaciones por los daños causados a Grecia por la ocupación Nazi” (HispanTV, 2015).

Desde Alemania la respuesta ha pretendido acabar con el tema. Steffen Seibert, portavoz del gobierno, también fue claro en afirmar: “Alemania es muy consciente de su responsabilidad histórica con las víctimas del nazismo, pero el capítulo de las reparaciones está jurídica y políticamente cerrado”; y añadió: “No vamos a entablar conversación alguna con la parte griega en relación con esas reclamaciones”, instando a Grecia a “mirar hacia el futuro”. El responsable de Finanzas, Martin Jäger, también señaló que es el momento de dejarse de “debates emocionales” y concentrarse en los problemas del presente (*La Izquierda Diario*, marzo 2015).

Sin embargo, la propuesta de Grecia actualiza el tema de la Deuda Histórica, que contrapone, en este caso, el asunto de las reparaciones bélicas como causa nacional y ética frente a la deuda que supuestamente tiene el país con Europa, y que asciende a unos 317 000 millones de euros (175 % del PIB).

Y en esta situación Grecia adopta una postura que también ha sido actualizada en América Latina por 14 Estados del CARICOM (exceptuando Cuba y República Dominicana) reunidos en Kingstown, la capital de San Vicente y Las Granadinas, que acordaron una demanda de 10 puntos contra Europa (estarían: España, Francia, Holanda, Inglaterra, Portugal) que busca reparaciones morales y económicas por los siglos de esclavitud sobre las poblaciones negras, la explotación social y el genocidio contra los pueblos indígenas.

La historiadora Verene Sheperd, al frente de la Comisión de Reparaciones de Jamaica, afirmó hace tiempo atrás que no es un asunto de dinero, sino de acordar mecanismos de compensación que contribuyan al desarrollo de los Estados caribeños, con infraestructura, escuelas, centros de salud, carreteras y hospitales (*El País*, agosto 2013).

Pero a los motivos de Grecia y de los Estados del CARICOM cabe unir el reclamo de toda América Latina por la Deuda Histórica no solo del pasado remoto, sino también del pasado reciente; es decir, de aquel que involucró a la región en el pago de una 'deuda externa' inexorablemente cobrada para beneficio del capital financiero internacional, sin importar las condiciones sociales en que quedaron los países.

Recordemos algo de aquello: el origen de la 'deuda externa' de América Latina tiene que ver, en mucho, con los 'petrodólares'. Cuando el conflicto entre Israel y los países árabes se agudizó en el año 1973, los Estados petroleros de la región decidieron disminuir y aún cortar el suministro de petróleo a aquellos países que respaldaban a Israel. Esto provocó el auge inusitado de los precios del crudo, que acumuló dinero que fue depositado en bancos privados de occidente y particularmente de los EE. UU.

Con esa gigantesca liquidez, los monopolios bancarios comenzaron a ofrecer créditos baratos y masivos a los países latinoamericanos y también a sus empresarios. Todos cayeron en el juego de tan atractivo negocio, cuando las tasas de interés fluctuaban entre el 2 y el 5 o 6 %, y se otorgaban facilidades crediticias, incluso presionando políticamente o conquistando a personas y funcionarios influyentes en el Estado con jugosas comisiones y otras corruptelas.

En Ecuador hubo un ministro que, a pesar del auge petrolero de la década de los setenta, incluso permitió contar con fondos para cancelar los últimos bonos de la 'deuda de la independencia' (1974) heredada de la desintegración de la Gran Colombia en 1830; argumentaba que el

país podía acudir al ‘agresivo’ endeudamiento externo, pues —según su particular visión— el petróleo, de agotarse, no era garantía para la generación de riqueza en el largo plazo.

Como Ecuador, que inició su ‘agresivo’ endeudamiento externo con el capital financiero transnacional en 1976, casi todos los países latinoamericanos cayeron en la trampa de los créditos blandos. Pero la crisis estalló en 1982 cuando México no pudo cancelar su deuda, pues los intereses habían trepado al 20 % o más. Y tras México siguieron el resto de países, incluido Ecuador, que desde ese mismo año, bajo el gobierno del presidente Osvaldo Hurtado (1981-1984), tuvo que dar un giro a las políticas económicas, privilegiando los paquetes de medidas destinados a generar recursos con los cuales pagar la deuda externa. Enseguida llegó el FMI y con él las ‘Cartas de Intención’ que obligaron a los Estados de la región a adoptar medidas de liberación económica inspiradas en la ideología del neoliberalismo.

Así, el cuadro quedó fijado: reducir el gasto público, reordenar el sistema tributario para generalizar los impuestos indirectos, privatizar bienes y servicios públicos, quitar regulaciones estatales sobre la economía, ‘liberalizar’ tasas de interés y tipos de cambio, flexibilizar el trabajo, fijar montos presupuestarios para el pago de la deuda externa, apoyar a los empresarios para el arreglo de sus deudas, liberar las fuerzas del mercado tanto interno como externo. Se habían sentado y concretado las fórmulas de aquello que desde 1990 se generalizó y conoció como ‘Consenso de Washington’: un decálogo de medidas que todo país debía adoptar para retirar al Estado, privatizarlo todo y modernizar los países sobre la base del mercado libre y la hegemonía de la empresa privada más competitiva.

Con gobiernos que ejecutaron el plan neoliberal bajo los condicionamientos del FMI, en las décadas de los ochenta y, sobre todo, noventa, se fortalecieron las actividades empresariales y se dinamizó el mercado competitivo como supuesto regulador espontáneo y natural de la economía.

Creció la riqueza de las élites empresariales y se concentró la riqueza, fenómenos que convirtieron a Latinoamérica en la región más inequitativa del mundo, pues, al mismo tiempo, se dispararon el desempleo y el subempleo, la emigración, el deterioro de las condiciones de vida y de trabajo de la mayoría de la población. Adicionalmente, con el retiro y privatización del Estado cayeron las inversiones y los servicios públicos, entrando en colapso, o por lo menos en abierta ruina, la seguridad social, la educación, la salud y la vivienda.

Contra la deuda externa fondomonetarista, comenzó a reivindicarse en Ecuador (y en otros países latinoamericanos) la tesis de pago de la Deuda Ecológica, que implicaba buscar reparaciones y compensaciones por los años de explotación de recursos naturales por parte de las gigantes transnacionales capitalistas. En Ecuador este fue uno de los fundamentos para que pobladores de Lago Agrio demandaran reparaciones económicas a la petrolera Chevron-Texaco por la destrucción y contaminación de su suelo en la Amazonía. Tras años de denuncia y de proceso judicial, el pasado 12 de marzo, el Tribunal Arbitral que conocía la contrademanda de Chevron-Texaco contra el Estado ecuatoriano se pronunció a favor del país y de la demanda interpuesta por las comunidades amazónicas.

Pero no bastaba demandar la deuda ecológica; había que plantear un concepto aún más amplio y así se encaminó la propuesta de Deuda Histórica, que contrapuso al cobro de la 'deuda externa' la necesidad de que los países imperialistas y acreedores de ella (acumulada con nuevos créditos para pagar anteriores deudas contraídas) son los que tienen que pagar a los países latinoamericanos las reparaciones y compensaciones necesarias, no solo por los siglos de explotación humana y saqueo de recursos, sino también por las recientes imposiciones del capital transnacional.

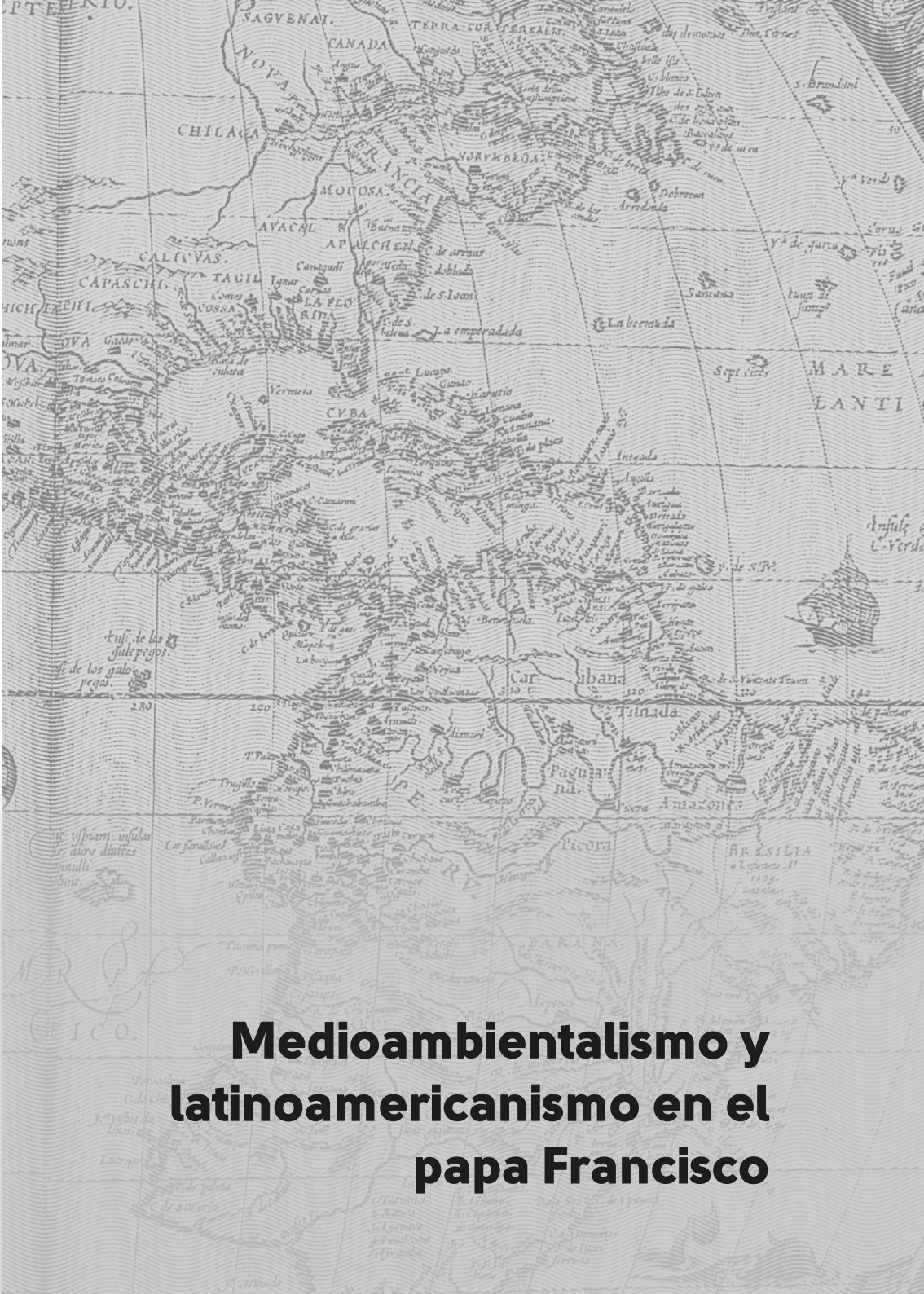
Y no solo ello: en el caso de Cuba, el concepto Deuda Histórica implica incluso la reparación por más de medio

siglo de bloqueo, que tantas consecuencias limitantes produjo a su sociedad y que bien puede ser calculado, en forma conservadora, ¡en más de un billón de dólares!

El concepto Deuda Histórica implica, además, la valoración de los patrimonios saqueados desde América Latina y que forman parte de museos o bibliotecas extranjeras (piezas arqueológicas, documentos históricos, bienes culturales), cuya medición en precios rebasa los cálculos que podrían imaginarse.

Cabe también destacar que el concepto Deuda Histórica no solo se aplica contra las potencias mundiales y frente a los Estados imperialistas, sino, además, en contraposición a las clases poderosas, dirigentes y élites gobernantes latinoamericanas identificadas con intereses oligárquicos, que son responsables internas de la postergación del bienestar, el desarrollo y el progreso de las sociedades de la región.

Por tanto, el concepto Deuda Histórica cobra vigor en el desarrollo de las políticas que llevan adelante los gobiernos de la nueva izquierda en América Latina, pues son estos los que han revertido la hegemonía de antiguos poderes y han orientado los Estados al servicio de sus ciudadanos, imponiendo reformas que, por lo menos en una fase de transición actual, edifican un tipo de 'capitalismo social' que afecta no solo los intereses de capitalistas tradicionales internos, sino de las potencias acostumbradas a ejercer su diplomacia imperialista. Las razones para reivindicar la Deuda Histórica asisten a Grecia, al CARICOM y a Nuestra América Latina.



Medioambientalismo y latinoamericanismo en el papa Francisco

América Latina se ha caracterizado por tener pueblos profundamente católicos. La religión fue impuesta desde la época colonial sobre la base de destruir lo que los conquistadores consideraron como antiguas 'idolatrías' entre los aborígenes. La cultura religiosa afirmó la colonización y reforzó la grave subordinación de las poblaciones latinoamericanas a las élites dominantes.

Las repúblicas heredaron esa profunda base religiosa. Los conservadores, desde sus variadas tendencias y caudillos, convirtieron a la religión católica en única, oficial y regularmente con exclusión de cualquier otra, como quedó consagrada en sus Constituciones. Los liberales y radicales tuvieron entre sus planteamientos centrales la secularización de la cultura, la introducción del laicismo y la separación entre la Iglesia y Estado.

La implantación de esos principios derivó en largas luchas por el poder contra los conservadores. A fines del siglo XIX el liberalismo había triunfado en la mayoría de los países. Y, pese a las radicalidades más o menos aisladas, los liberales respetaron el catolicismo porque ellos también fueron católicos, aunque ciertamente anticlericales.

Pero es en el siglo XX cuando se ponen en juego las discusiones sobre la fe y el compromiso cristiano. El punto de partida lo constituyeron las Encíclicas *Rerum Novarum* (1891), de León XIII (1878/1903), y *Quadragesimo Anno* (1931), de Pío XI (1922-1939), que inauguraron lo que en adelante se conocería como Doctrina Social de la Iglesia.

Era la época de la expansión del imperialismo, el nacimiento de gigantes empresas monopolistas y el mantenimiento de graves condiciones de trabajo para los obreros en los países capitalistas centrales. Ambos Papas se

pronunciaron a favor de los trabajadores y reclamaron derechos laborales y una justa relación entre capital y trabajo. Confiaban en que la cristianización de la sociedad acompañaría a la solución de los problemas.

Eran, además, anticomunistas y a Pío XI le tocó vivir no solo el triunfo del socialismo en la Unión Soviética (URSS), sino su vigencia en la época más autoritaria del estalinismo. Pero, además, desconocían las realidades latinoamericanas, donde el capitalismo era un sistema que había despegado solo en los grandes países de la región y, aun así, pesaba más la tremenda estructura rural y agraria, con trabajadores, campesinos e indígenas en condiciones miserables, bajo el dominio oligárquico-terrateniente.

La Doctrina Social de la Iglesia al menos cautivó a sacerdotes e intelectuales católicos latinoamericanos que procuraron difundirla en medios sociales donde las clases dominantes y hasta diversas jerarquías recelaban de sus posibles efectos 'comunistas'. En Ecuador, la primera central nacional de trabajadores, denominada Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC) fue impulsada bajo las orientaciones de la acción social católica proclamada en las Encíclicas antes referidas y fundada gracias al patrocinio que le brindaron jóvenes conservadores y jerarquías eclesiásticas, asustadas con el supuesto avance del 'comunismo' en el país.

Otro momento de singular avance doctrinario católico fue el Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII (1958-1963) en 1962. Se vivía en plena Guerra Fría y la Revolución cubana (1959) había abierto un camino inédito en la historia latinoamericana. En ese marco, la guerra de Vietnam o la construcción del muro de Berlín, tanto como el bloqueo y la amenaza de invasión a Cuba, podían desatar una conflagración atómica mundial.

La Encíclica *Pacem in Terris* (1963), de Juan XXIII, tomó clara posición a favor de la paz, con lo cual provocó el descontento de los guerreristas que tildaban al Papa de 'comunista'.

Sin embargo, en América Latina la Revolución cubana impactó con tal fuerza que la década de los sesenta no solo vio surgir movimientos guerrilleros en distintos países, sino el despertar de pueblos que querían transformar definitivamente las sociedades. Incluso, al interior de la que siempre pareció una iglesia monolítica se produjeron increíbles rupturas y posicionamientos.

En esta región surgió la Teología de la Liberación, sectores eclesiales reconocieron al marxismo como instrumento teórico válido para el análisis social y en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín (1968), alentada también por Paulo VI (1963-1978), la Iglesia marcó la “opción preferente por los pobres”, condenó el comunismo, pero sobre todo al capitalismo considerado un “sistema de pecado”, y hasta reconoció la inevitabilidad de la lucha armada cuando los pueblos no encuentran el camino institucional que les permita salir de la pobreza y la explotación.

Había surgido la iglesia ‘roja’ o ‘comunista’ —como la atacaron desde distintos frentes conservadores e imperialistas—, que a menudo entró en contradicción con las jerarquías eclesiásticas.

Esa iglesia popular latinoamericana fue otra de las víctimas de los Estados militares-terroristas implantados en América Latina desde 1973, cuando se instauró la dictadura de Augusto Pinochet en Chile. Aquellos momentos coincidieron, paradójicamente, con el papado de Juan Pablo II (1978-2005), quien llevó una contundente actividad contra los países comunistas y se convirtió en uno de los artífices para el derrumbe del socialismo en el mundo.

Su sucesor, Benedicto XVI (2005-2013) probablemente es el Papa contemporáneo que menos comprendió a Latinoamérica, pero ambos pontífices tuvieron un rasgo común: su radical rechazo a la Teología de la Liberación y a cualquier influencia del marxismo en la Iglesia.

De manera que el ascenso al Vaticano por parte de Francisco (Jorge Mario Bergoglio, argentino) en 2013, primer Papa jesuita y además latinoamericano, ha marcado un

nuevo acontecimiento para la historia de la región. Su papado coincide con los inéditos procesos abiertos en América Latina por los gobiernos de nueva izquierda, lo cual es un factor que el mundo contemporáneo no puede desechar ni minimizar.

Han sido esos gobiernos, y particularmente los del Ecuador, Bolivia y Venezuela, a la vanguardia en Sudamérica, los que en forma contundente (desde luego hay ciegos de derecha y ahora también de la vieja izquierda marxista) han transformado la realidad económica, política y social de sus países.

Ninguno de los Papas anteriores podía comprender la realidad latinoamericana desde sus interioridades, como evidentemente lo ha hecho el papa Francisco. En forma parecida a lo que hizo Juan XXIII, este Papa también ha promovido la austeridad, la sencillez y la humildad. Varios de sus pronunciamientos y acciones han sido bien acogidos en el mundo católico, sobre todo en Latinoamérica, pero también ha despertado apasionadas reacciones de los católicos más conservadores y aquellos sectores sociales que sienten que los dardos del Pontífice han apuntado hacia ellos.

En un mundo en el que se han impuesto los valores, los condicionamientos y el poder de las gigantes corporaciones, ante todo financieras, en que la hegemonía de los EE. UU. está cuestionada y hasta amenazada, donde el capitalismo neoliberal fracasa; en ese mundo actual donde América Latina se ha colocado a la vanguardia de los cuestionamientos al régimen internacional imperante, las palabras y las obras del papa Francisco solo adquieren dimensión si son leídas y entendidas en el marco del ascenso de los pueblos latinoamericanos a su dignidad, soberanía, libertad auténtica, democracia social, búsqueda de equidad y deseo de construir una sociedad nueva, que incluso derroque para siempre al capitalismo.

Esa es la ventaja de Francisco como latinoamericano. Allí radica el humanismo y la profundidad con la que ha sorprendido al mundo y a su propia región.

Tres acciones casi simultáneas han sido determinantes en el latinoamericanismo de Francisco frente a los Papas con indiscutible visión eurocentrista (como lo fueron sus antecesores): su intervención para que Cuba y los EE. UU. inicien nuevas relaciones a fin de superar el bloqueo, la Encíclica *Laudato Si'* (Francisco I, 2015) y sus viajes a América Latina.

Lo de Cuba y EE. UU. ha merecido los comentarios mundiales más positivos y la reacción de los republicanos norteamericanos más retrógrados e ignorantes.

La Encíclica ha sido otro golpe demoledor. Puede ser que las referencias a la familia y la negación al aborto resulten para muchos demasiado conservadoras, pero el documento es mucho más relevante y hasta 'revolucionario' en la idea de 'ecologismo integral', que respete al ser humano y a la naturaleza, en tanto ambos son fruto de la misma creación.

La Encíclica se concentra ampliamente en la defensa de 'nuestra casa común' y reflexiona sobre el calentamiento global, científicamente demostrado como un proceso que amenaza a la vida. Y es tajantemente clara en considerar que el dominio mundial de las finanzas y el paradigma tecnológico en función del rédito, de las ganancias, no repara en las graves consecuencias sobre el ser humano ni sobre el medio ambiente. La crítica es frontal: "En algunos círculos —señala— que la economía actual y la tecnología resolverán todos los problemas ambientales, del mismo modo que se afirma, con lenguajes no académicos, que los problemas del hambre y la miseria en el mundo simplemente se resolverán con el crecimiento del mercado".

La Encíclica provocó una inmediata reacción en los sectores más conservadores del mundo. En los EE. UU. no faltaron los cuestionamientos contra el Papa 'comunista'. Las transnacionales nunca se habrán esperado unas reflexiones que atacan al centro de sus actividades depredadoras en todo el planeta.

En América Latina la Encíclica adquirió otra dimensión, pues es aquí donde la conciencia medioambiental forma parte del desafío por construir la nueva sociedad. Basta con entender el principio del Sumak Kawsay (Buen Vivir) que integra ser humano y naturaleza, acogido abiertamente en Ecuador y Bolivia, a pesar de las críticas que han merecido proyectos como el de la explotación de una zona del Yasuní en la Amazonía ecuatoriana.

El problema, en este caso, rebasa la utopía del medio ambiente intacto, pues plantea otra reflexión: el ser humano latinoamericano tampoco puede retrasar su propio Buen Vivir limitándose a mantener una naturaleza absolutamente virgen. Tema de interminable debate.

Junto con la Encíclica se ha ubicado el reciente viaje del Papa a Ecuador, Bolivia y Paraguay en julio de 2005. En Santa Cruz de la Sierra Francisco pronunció un discurso anticapitalista y antineoliberal que ha asombrado a Latinoamérica, pues no se esperaba algo igual (Aciprensa, julio de 2015).

Ese discurso tiene particular visión sobre la economía: reivindica la redistribución de la riqueza, cuestiona la acumulación de dinero, fustiga el mercado libre, ataca la globalización financiera, propugna la equidad, alienta la economía popular, reivindica a los trabajadores, cuestiona la propiedad privada así como la “concentración monopólica de los medios de comunicación social”.

De igual modo, arremete contra el colonialismo y el neocolonialismo; y, en materia social, invita a realizar el cambio, porque “este sistema ya no se aguanta, no lo aguantan los campesinos, no lo aguantan los trabajadores, no lo aguantan las comunidades, no lo aguantan los pueblos... Y tampoco lo aguanta la Tierra, la hermana Madre Tierra como decía San Francisco”.

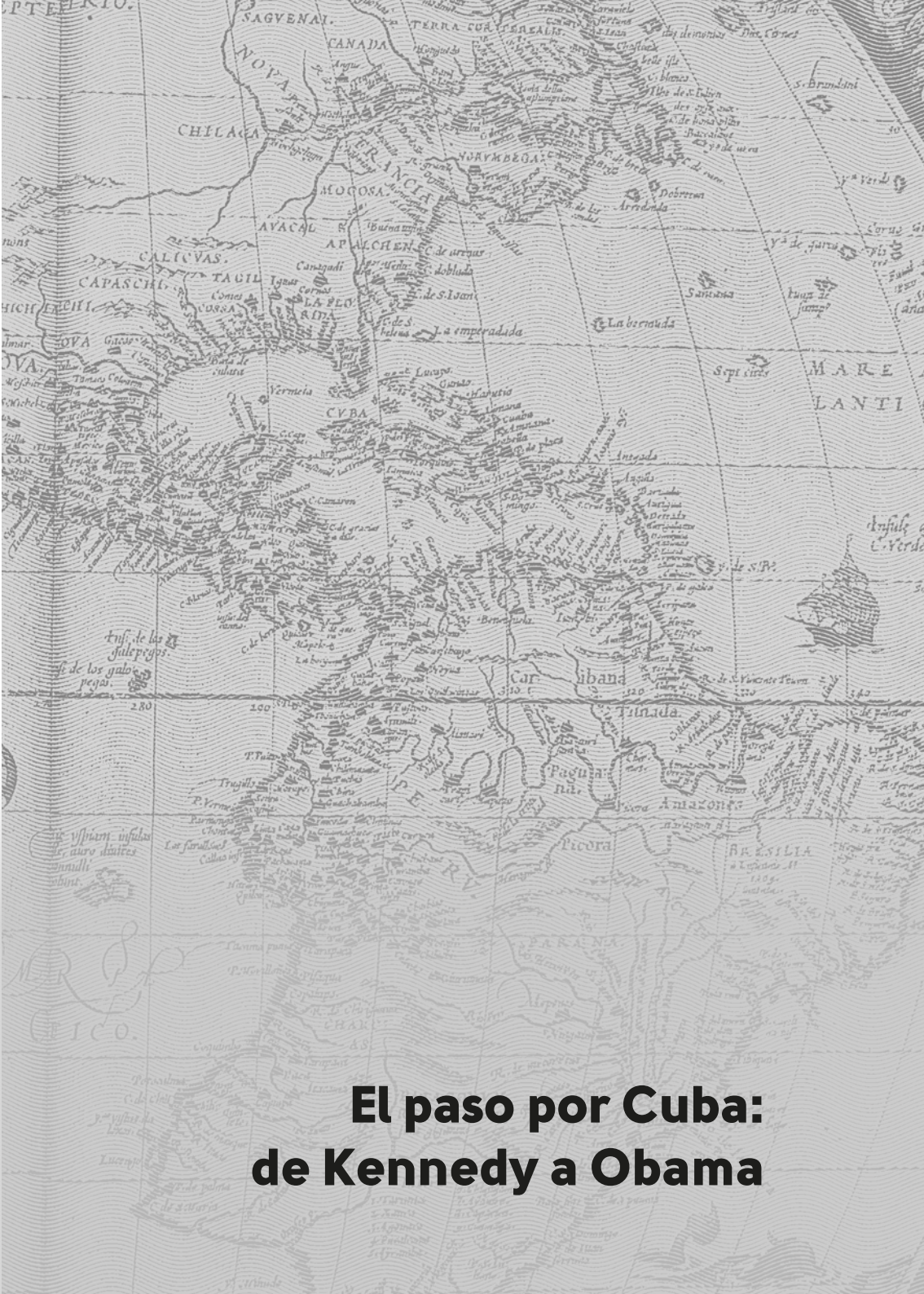
El documento reconoce, en la organización y creatividad de los explotados, los más humildes, los pobres y excluidos, la fuerza que impulsa el futuro de la humanidad.

El Sumo Pontífice pidió, además, “humildemente perdón, no solo por las ofensas de la propia Iglesia sino por los crímenes contra los pueblos originarios durante la llamada conquista de América”.

Ese mismo discurso habría sonado ‘demagógico’ y ‘populista’, si no proviniera del Papa. Es que, además, coincide con los procesos de cambio que vive América Latina, con el sentir de sus pueblos, y ataca directamente a las estructuras del poder que han permitido que minorías enriquecidas controlen la vida de los Estados.

Quienes han querido encontrar frases aisladas del Papa para suponer críticas a los gobiernos de Rafael Correa y Evo Morales, no entendieron nada, pues demostraron perder el enfoque conductor del papa Francisco sobre América Latina y sobre el mundo. Y, sin duda, el discurso del papa Francisco y su Encíclica han dado continuidad a la Iglesia latinoamericana de la liberación y del compromiso popular.

Junio de 2015



El paso por Cuba: de Kennedy a Obama

En su primer discurso presidencial (20 de enero de 1961) John F. Kennedy hizo un llamado especial:

A nuestras hermanas repúblicas allende nuestra frontera meridional les brindamos una promesa especial: convertir nuestras buenas palabras en buenos hechos mediante una nueva alianza en aras del progreso; ayudar a los hombres libres y los gobiernos libres a despojarse de las cadenas de la pobreza. Pero esta pacífica revolución de esperanza no puede convertirse en presa de las potencias hostiles. Sepan todos nuestros vecinos que nos sumaremos a ellos para oponernos a la agresión o la subversión en cualquier parte de las Américas. Y sepa cualquier otra potencia que este Hemisferio se propone seguir siendo el amo de su propia casa. (Morris, 1962: 299 y ss.)

El presidente Kennedy marcó así los ejes de la Guerra Fría sobre América Latina: 1. nueva 'alianza para el progreso'; 2. oposición a toda agresión, subversión y potencia hostil; 3. los EE. UU. serán la potencia hegemónica del continente. Era evidente para la política exterior norteamericana que la Revolución cubana se había convertido en un peligro para los intereses del imperialismo y en un mal ejemplo para América Latina. Pero además, el presidente norteamericano demostraba una sagacidad indiscutible: si la región permanecía pobre y atrasada, el riesgo de otra revolución era cierto, de modo que había que "ayudar" a los gobiernos 'libres' (Cuba había caído en la "esclavitud" comunista) a salir de la pobreza.

Casi a los dos meses, en un nuevo discurso (13 de marzo de 1961), Kennedy anunció el programa "Alianza para el Progreso", no sin antes ubicarlo en su contexto histórico:

citó a Simón Bolívar, quien había soñado en ver a las Américas como la más grande región del mundo “no tanto por su extensión y riquezas cuanto por su libertad y su gloria”; agregó el Presidente que esa libertad estaba hoy en el “mayor peligro”, pero que, al mismo tiempo, por primera vez existía la capacidad para “romper las últimas cadenas de la pobreza y la ignorancia”; de modo que llegó el tiempo de demostrar al mundo “que la insatisfecha aspiración humana de progreso económico y justicia social pueden mejor realizarla hombres libres trabajando dentro de un marco de instituciones democráticas”; que reconocía, como ciudadano de los EE. UU. “que nosotros los norteamericanos no hemos comprendido siempre el sentido de esta misión común”; y remataba sus ideas así: “He hecho un llamado a todos los pueblos del hemisferio para que nos aunemos en una nueva ‘Alianza para el Progreso’, en un vasto esfuerzo de cooperación, sin paralelo en su magnitud y en la nobleza de sus propósitos, a fin de satisfacer las necesidades fundamentales de los pueblos de las Américas, las necesidades fundamentales de techo, trabajo y tierra, salud y escuelas”.

En el mismo discurso Kennedy estableció los diez ejes de la ALPRO: 1. Convertir la de 1960 en una década de ‘progreso democrático’; 2. planes de desarrollo bajo el apoyo de técnicos y de un Consejo Interamericano Económico y Social, en colaboración con la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) y el BID (Banco Interamericano de Desarrollo); 3. asignación de 500 millones de dólares iniciales; 4. apoyo a toda integración económica; 5. revisión del mercado de ciertos productos; 6. acelerar el programa ‘Alimentos para la paz’; 7. colaboración en el campo científico; 8. entrenamiento de expertos y ayuda a las universidades e investigadores; 9. seguridad colectiva en la paz y ayuda militar al desarrollo; 10. enriquecimiento en la vida y cultura mutuos.

Con estas medidas —dijo Kennedy— realizaríamos una ‘revolución’, pero en paz y libertad, por lo que, sostuvo:

“expresemos nuestra especial amistad al pueblo de Cuba y al de República Dominicana y nuestra esperanza de que vuelvan a unirse pronto a la sociedad de hombres libres”. Cuba se hallaba en pleno avance de su proceso revolucionario y Joaquín Balaguer gobernaba en República Dominicana.

Kennedy concluyó apelando al ‘espíritu’ de Washington, Jefferson, Bolívar, San Martín y Martí, para ‘hombres libres’ y no para ‘tiranías’.

Probablemente Kennedy no estuvo informado que Bolívar quería la integración y una gran república sin los EE. UU., y que, además, el Libertador, en carta privada dirigida desde Guayaquil al coronel Patrick Campbell (5 de agosto de 1829) le había dicho: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad”. Probablemente fue mayor el desconocimiento sobre José Martí (1853-1895), Apóstol de la Independencia de Cuba y radical antimperialista.

La Alpro contribuyó al desarrollo de varios países de la región. Lo sucedido en Ecuador en aquellos tiempos puede servir de ilustración: en su cuarta presidencia, José María Velasco Ibarra (1960-1961) demostró simpatías por Cuba. Luego de haber sido derrocado, su sucesor, el presidente Carlos Julio Arosemena (1961-1963) incluso pretendió extender lazos comerciales con países socialistas y se negó a romper con Cuba, hasta que un movimiento militar lo obligó a hacerlo. La Junta Militar que le sucedió (1963-1966), nacida directamente de la intervención de la CIA en el país, de acuerdo con el libro “Inside the Company. CIA Diary” de Philip Agee, ex agente en Ecuador, no solo persiguió a toda izquierda, partido o institución ‘comunista’, sino que acogió de inmediato el programa Alpro.

La Junta adoptó el primer Plan de Desarrollo en la historia nacional, ejecutó la reforma agraria que permitió superar el viejo régimen de las haciendas oligárquicas, impulsó la industrialización, fomentó el urbanismo, el crecimiento de las empresas privadas y atrajo capitales extranje-

ros norteamericanos, antes irrelevantes en la economía. Ese modelo desarrollista no logró ser desmontado en años posteriores, pese a la decadencia de la Alpro, y recibió nuevo impulso, bajo otras condiciones, en la década de los setenta, por intermedio de dos dictaduras militares (1972-1979) que consolidaron el desarrollismo gracias a la abundante e inédita riqueza petrolera del país. En dos décadas, Ecuador se transformó en la ruta de un capitalismo moderno, antes prácticamente raquítrico.

Si la Alpro sirvió para la modernización capitalista del Ecuador y de otros países latinoamericanos, no hay duda que nada aportó al progreso de Cuba, sino que la apartó de cualquier 'ayuda' norteamericana. La respuesta para el pueblo cubano fue distinta: bloqueo para tratar de someterlo.

Después de 54 años de ruptura de relaciones, el 20 de julio de 2015 se abrió la embajada de Cuba en Washington y el 14 de agosto la de EE. UU. en La Habana. Un hecho que vuelve a marcar una nueva época en las relaciones de la potencia con América Latina.

Le ha tocado a la administración del presidente Barack Obama y al Gobierno del presidente Raúl Castro arribar a un resultado histórico: el fin de la guerra fría en la región, la necesidad de reorientar la diplomacia norteamericana y la expectativa latinoamericana por el futuro de Cuba.

Esa apertura de embajadas inevitablemente es parte del camino que conduce al fin del bloqueo a Cuba, porque a diferencia de lo que aconteció en la época de Kennedy, los EE. UU. se encuentran con una América Latina que cambió a profundidad y con una serie de gobiernos progresistas ubicados en la nueva izquierda. Mientras estos gobiernos y prácticamente toda Latinoamérica ya han liquidado el bloqueo, los EE. UU. quedaron en riesgo de verse cada vez más aislados en la política y la diplomacia continentales. Es que, además, ahora son estos gobiernos los que dan el ejemplo del camino al futuro; y sus acercamientos con China, Rusia y otros países de Europa, Asia y África, les

aparta de la hegemonía que Kennedy imaginó para cuando la Guerra Fría podía justificarle.

Parece una ironía que en 1961 Kennedy estableciera una política diferenciada frente a Cuba y el resto de América Latina, y que ese mismo año naciera Barack Obama, el actual presidente de los EE. UU., quien al anunciar el restablecimiento de relaciones con Cuba, hizo un trazo diametralmente opuesto al de Kennedy. El discurso de Obama comenzó así:

Hoy, EE. UU. va a cambiar su relación con el pueblo de Cuba. En el cambio más significativo de nuestra política en más de 50 años, terminaremos un enfoque obsoleto, que ha durado décadas y ha fracasado en avanzar en nuestros intereses, y en vez de eso comenzaremos a normalizar relaciones entre nuestros dos países. A través de estos cambios, tenemos la intención de crear más oportunidades para el pueblo americano y cubano y comenzar un nuevo capítulo entre las naciones de América. (*El Mundo*, diciembre 2014)

El presidente reconoció: “La historia entre EE. UU. y Cuba es complicada”, aunque solo hizo alusión histórica a la época de la Guerra Fría desde 1961; “Después de todo, estos 50 años han mostrado que el aislamiento no ha funcionado. Es tiempo de un nuevo enfoque”, afirmó.

Obama encargó al secretario de Estado, John Kerry, el inicio de las relaciones. En el discurso que pronunció en la ceremonia de apertura de la embajada de los EE. UU. en La Habana, Kerry dijo:

Por más de medio siglo, las relaciones EE. UU.-Cuba han estado fosilizadas en el ámbar de la política de la Guerra Fría”.

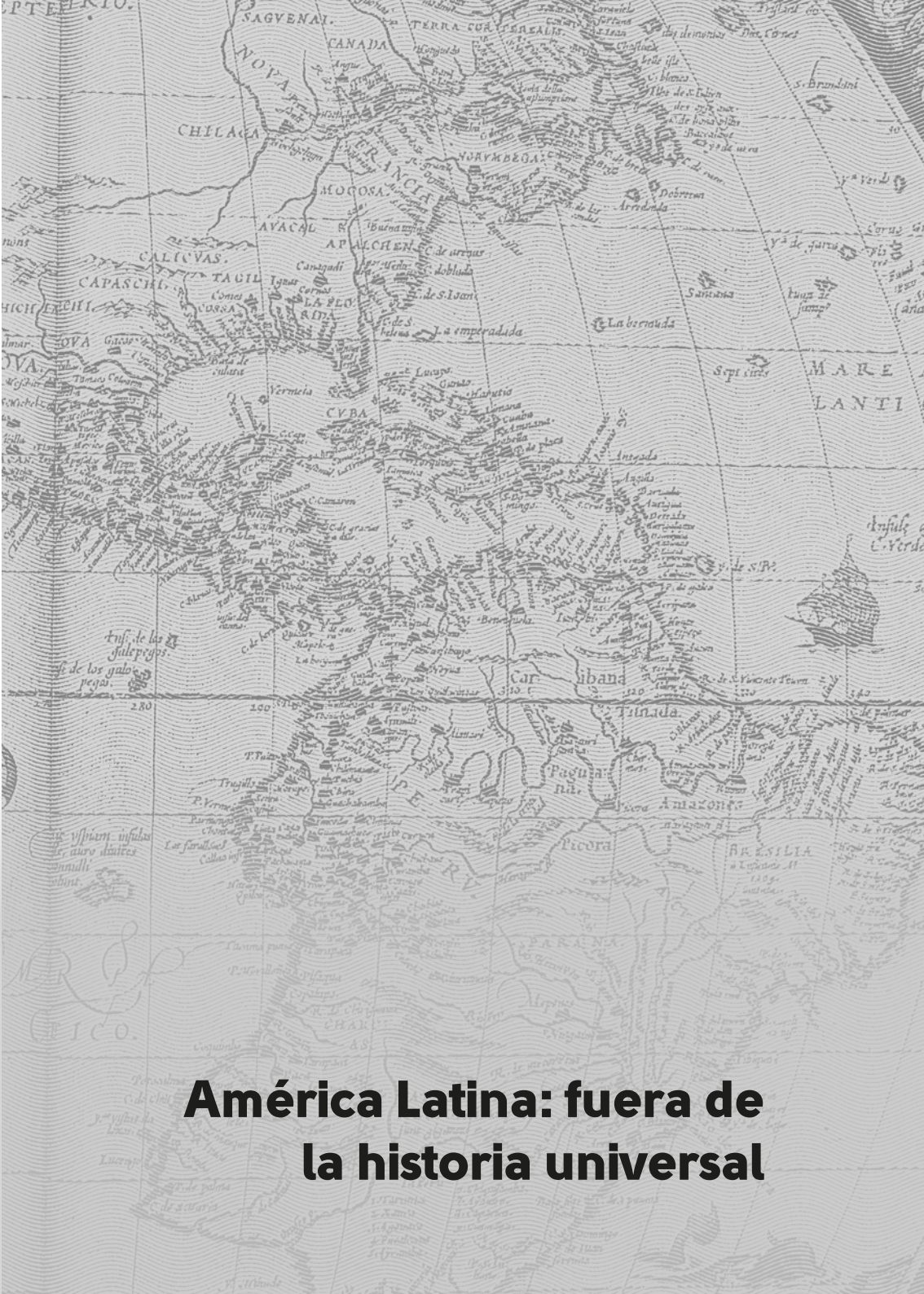
[...] Amigos estamos congregados hoy aquí porque nuestros líderes, el presidente Obama y el presidente Castro, tomaron una valiente decisión: Dejar de ser prisioneros de la historia y enfocarse en las oportunidades de hoy y de mañana. (*Martí Radio Televisión*, agosto 2015)

Tanto el Presidente Obama como el Secretario Kerry concentraron sus discursos en las relaciones entre EE. UU. y Cuba. No hubo otras alusiones a nuestra América Latina. Es un signo de la independencia que ha tomado la región en sus decisiones de soberanía y diplomacia, lo cual contrasta con el pasado de hace medio siglo, cuando otros gobiernos las subordinaron a las estrategias norteamericanas.

Tampoco contamos hoy con los programas de ‘ayuda’ destinados a fines hegemónicos. Es esa independencia, encabezada por los países latinoamericanos con gobiernos de nueva izquierda, la que permite que sean los mismos países de la región los que tomen las decisiones y las riendas sobre su futuro económico y social.

En el nuevo marco continental, las abiertas relaciones entre Cuba y los EE. UU. tienen también un enorme beneficio para toda la América Latina, pues los países de la región podrán afirmar con la isla no solo amplias relaciones económicas, sino un flujo de mutuas vidas históricas.

Agosto de 2015



América Latina: fuera de la historia universal

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, era común a la reflexión filosófica que el caos en la historia, el tumulto de intereses, la guerra y la paz, la ruina o la victoria, las ambiciones personales así como los actos heroicos, lo bueno y lo perverso, relatados por todo tipo de historiadores, debían tener algún sentido, alguna racionalidad subyacente. Por tanto, correspondía a los filósofos, y no a los historiadores, descubrir la trama interna de los sucesos, su 'hilo conductor', a fin de determinar la interconexión, el plan conforme al cual se acumulaban los sucesos humanos.

En sus "Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal", dictadas desde 1820 y publicadas recién en 1837, el filósofo alemán G. W. F. Hegel (1770-1831), sostuvo que la abundante irracionalidad que presenta la 'faz de la historia', y que todo historiador tiene que captar con precisión y rigurosidad, tenía un fin último en sí y por sí, porque 'la razón rige el mundo'. Para él, se trataba de una dialéctica del espíritu humano, cuyo fin ulterior era la conquista de la libertad. La historia, con pasiones, conflictos, intereses, maldades y bondades tenía su razón en la conquista de la libertad.

El recorrido humano, que Hegel examina como movimiento del espíritu, que incluso geográficamente se extiende de este a oeste, se inicia en Oriente, con la conciencia de que Uno es libre; prosigue en el mundo griego y romano con el conocimiento de que Algunos son libres y culmina en las naciones germánicas (y específicamente en la Alemania de su tiempo) con la noción de que Todos los seres humanos son libres en sí.

No obstante, en ese recorrido histórico América no forma parte del 'espíritu universal'. Es un continente que

pertenece a la prehistoria, porque aquí la geografía se impone al hombre; y este, incapaz de dominarla, no ha adquirido el 'sentimiento de su propia estimación', es decir, la 'autoconciencia' acerca de su espíritu. Tampoco ha aparecido el Estado, pues la 'verdadera' historia se inicia con el Estado que realiza un grado de libertad que el espíritu conquista. Y en Norteamérica no hay Estado en el sentido hegeliano, pues este es un mero aparato protector de la propiedad, que encarna la eticidad del protestantismo.

En cambio, América Latina está fuera de esa versión hegeliana de la historia por cuanto lo que aquí sucede es mero *eco del viejo mundo y reflejo de vida ajena*. América, en todo caso, será el país del porvenir y "en tiempos futuros se mostrará su importancia histórica acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur".

Las 'Lecciones' de Hegel se impartían al mismo tiempo que en América Latina vivíamos la fase final del proceso de independencia. Parece que Hegel no estuvo enterado en lo más mínimo de estos acontecimientos o que, por lo menos, nunca los entendió. Tal vez si los habría estudiado, probablemente habría tenido que concluir que América Latina es la primera región en el mundo en derrotar al colonialismo europeo y, además, en los albores del capitalismo, porque los pueblos sometidos del Asia o del África solo pudieron liberarse del coloniaje en la segunda mitad del siglo XX.

Contradiendo a Hegel, el 'espíritu' de América Latina ha caminado en una búsqueda de libertad que implica la ruptura con aquello de que somos un simple 'eco' de Europa. La genialidad de Hegel le permitió, en todo caso, intuir que el 'espíritu' de América Latina también tendría que enfrentar al imperialismo norteamericano durante largo tiempo.

Es que América Latina, normalmente 'fuera' de la historia universal, es, sin embargo, pionera en múltiples aspectos, en los cuales, parafraseando a Hegel, la autoconciencia del espíritu latinoamericano luce indetenible.

El mismo proceso de independencia anticolonial no se redujo a ser un 'reflejo de vida ajena'. Ciertamente es que allí estuvo presente en buena medida el pensamiento ilustrado proveniente de Europa; pero en América Latina nuestras propias necesidades determinaron conceptos y elaboraciones teóricas diferentes. La independencia no se produjo por la 'crisis Atlántica' ni la 'crisis de la monarquía'; tampoco fue parte de las 'revoluciones burguesas', ni un mero eslabón de la cadena que inaugura la llamada Edad Contemporánea, nacida, como consta en textos escolares de todo tipo, con la Revolución francesa (1789), que es hermana de la Revolución industrial inglesa.

La independencia movilizó conceptos de soberanía, dignidad, representación del pueblo, gobierno autónomo y, sin duda, libertad. El 'motor' de su historia fue la lucha contra el colonialismo, un fenómeno inédito en la historia universal del capitalismo.

América Latina es la única región en el mundo que consagró en todos los países el sistema republicano y presidencialista, pues fue rechazada toda monarquía, de modo que los imperios como el de Iturbide (1822-1823) y el de Maximiliano (1864-1867) en México, o el de Brasil (1822-1889), solo fueron temporales.

En la vida republicana de nuestra América Latina se produjeron otros momentos decisivos: el liberalismo, en confrontación permanente con el conservadurismo, logró abolir la esclavitud a mediados del siglo XIX; en países como Ecuador fue abolido el tributo indígena por esa misma época (1857); además, gracias al triunfo liberal en los distintos países se logró la separación entre Iglesia y Estado, se implantó la educación laica, con primaria gratuita, y fue secularizada la cultura. La Constitución de Guatemala en 1831 fue la primera en expresarlos, aún sin que existiera todavía una burguesía desarrollada; y el proceso de La Reforma en México, que encumbró al célebre presidente Benito Juárez (1858-1872), precisamente se produjo contra el intervencionismo francés y la vigencia del segundo imperio.

Para dar continuidad al Congreso Anfictiónico de Panamá (1826) convocado por El Libertador Simón Bolívar, el célebre caudillo liberal radical ecuatoriano Eloy Alfaro (1847-1912) convocó a un Congreso de repúblicas de América que se realizó en México en 1896. Su propósito fue sujetar la Doctrina Monroe a un Derecho Público Americano, además de solidarizarse con la causa de la independencia de Cuba y con la reivindicación venezolana sobre la Guayana Esequiba. Ese congreso fue abiertamente boicoteado por los EE. UU., pero dejó una contundente Declaración antimperialista.

Y entre tantos otros procesos de la América Latina pionera, no puede olvidarse a la Revolución mexicana (1910) y, particularmente, a su Constitución de 1917, que fueron expresiones de una región que en el amanecer de la era del imperialismo hizo la primera revolución social, incluso antes de que la Revolución rusa (1917) implantara el socialismo en el mundo.

La Constitución mexicana de 1917 superó la visión de los derechos meramente individuales que fueron alcanzados por los liberales latinoamericanos una vez llegados al poder. Dicha Constitución prohibió la esclavitud, instauró la enseñanza laica, libre, no religiosa y con primaria gratuita; fue radicalísima con las iglesias, pues no solo las separó del Estado, sino que incluso nacionalizó sus bienes, templos y edificios, que pasaron a ser propiedad de la Nación, al mismo tiempo que no reconoció ninguna personalidad a cualquier iglesia, considerando a los sacerdotes como simples personas que ejercen una profesión; prohibió a la Iglesia contar con planteles de educación y cualquier proselitismo público de fe; reconoció el libre ejercicio del trabajo, su voluntariedad, basado en el contrato, aunque ningún pacto o convenio podía restringirlo; proclamó la libertad de pensamiento, la de imprenta y prensa; el libre derecho a la asociación política; que no habrá extradición; libertad de movilización; libertad de la correspondencia; que no habrá títulos de nobleza; garantizó la vida, la libertad, la propiedad;

no habrá prisión por deudas; prohibió la detención arbitraria, toda tortura y la pena de muerte.

El avance social, más allá de las conquistas liberales, quedó en otras fórmulas: la propiedad del Estado sobre minas y recursos; el principio de reforma agraria, muy radical para aquellos tiempos, pues los extranjeros no podían tener propiedades fronterizas; los comerciantes, banqueros o corporaciones tampoco podían tener tierras más allá de las necesarias; respeto a las tierras comunales; declaración de utilidad pública sobre tierras requeridas para el beneficio social; extensiones máximas de tierra; posibilidad de transferir tierras a los pobladores comunitarios (indígenas y campesinos); prohibición de monopolios y estancos.

A todo ello hay que sumar los derechos laborales radicalmente formulados: jornada máxima de ocho horas; descansos obligatorios; protección a la mujer trabajadora y a la embarazada; salario mínimo; obligación de los empresarios de proveer a los trabajadores de equipos, e incluso escuelas, comedores y guarderías, tanto como tener responsabilidad por accidentes laborales; derecho de organización, de huelga y de paro; indemnizaciones por despido; créditos privilegiados en favor de los trabajadores; casas baratas e higiénicas; atención en salud; Cajas de Seguro Populares.

A la Constitución mexicana de 1917 (cuyo centenario se ha celebrado en 2017), siguieron las otras Constituciones sociales latinoamericanas. En Ecuador, la de 1929, expresión de la Revolución Juliana (1925) fue la primera en consagrar los derechos sociales y laborales e incluso proclamó la propiedad en función social y un principio de reforma agraria, al parecer bajo inspiración del agrarismo mexicano.

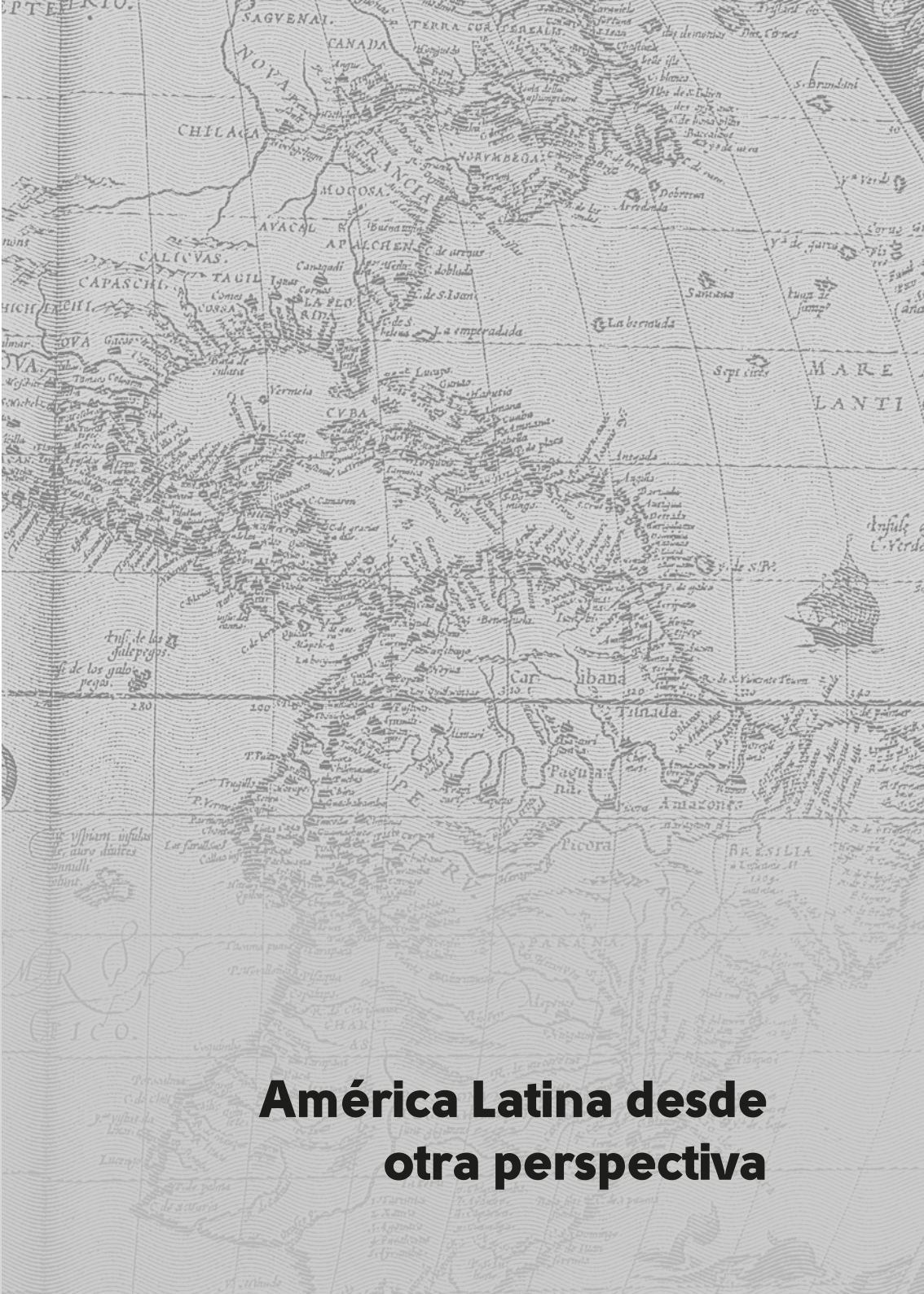
Por la vía de seguir el 'espíritu' latinoamericano no comprendido por Hegel, podríamos pasar por los mal llamados 'populismos' con figuras como Lázaro Cárdenas en México (1934-1940); Getulio Vargas en Brasil (1930/34-1934/37-1937/45 y 1951-1954) o Juan Domingo Perón en

Argentina (1946/52, 1952/55 y 1973-1974); para seguir, entre saltos y brincos históricos, a la Revolución boliviana de 1952, encabezada por mineros, y de allí pasar a la Revolución cubana.

Hoy contamos con Constituciones y regímenes innovadores en nuestra vasta y multifacética América Latina. En Bolivia y Ecuador se proclamaron Estados plurinacionales. Ecuador es pionero en proclamar los derechos de la naturaleza. Los gobiernos de nueva izquierda, iniciados por Hugo Chávez en Venezuela (1999), son igualmente pioneros en el mundo en diseñar un camino alternativo al capitalismo de la globalización transnacional, en una época en la que el triunfo del capital y del neoliberalismo parecía imbatible e infinito.

Además, son esos gobiernos de nueva izquierda los que han tomado como bandera la derrota de las desigualdades, el reparto de la riqueza que sigue concentrada en una minoría que cree que ella proviene de su propio trabajo, la dirección del Estado en función de los grandes intereses ciudadanos y no más en torno a los de las élites empresariales, la liquidación de la pobreza, la superación de las condiciones del atraso, entre otros valores que renuevan la idea de la construcción de un nuevo socialismo, específicamente del “socialismo del siglo XXI”, que no tiene que esperar el paso del cadáver del capitalismo, sino que se decide a tomar medidas en el presente para la construcción de un futuro.

Estamos en pleno momento de agitación del *espíritu latinoamericano* en la conquista de su libertad, pese a Hegel y pese a quienes se oponen a esa dialéctica de nuestra fascinante historia.



América Latina desde otra perspectiva

En 1977 apareció el primer número de la revista *América Latina*, publicada por el Instituto de América Latina (IAL), de la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Se anunciaba allí que aparecerían en ruso seis números anuales y en español cuatro números anuales. El director de esa publicación fue Sergó Mikoyán y el redactor de la edición española Yuri Kalugin.

En Ecuador, esa revista se distribuía desde dos ciudades: Guayaquil y Quito; y en esta última se la hallaba en la Librería Quito, que por entonces vendía los más variados libros, revistas y publicaciones soviéticas, incluyendo las obras de Marx, Engels y Lenin.

Los precios de estos libros eran increíblemente bajos. Los tres tomos de las obras escogidas de V. I. Lenin (que conservo aún con el señalamiento del precio en su primera página), publicados por la afamada Editorial Progreso de Moscú, con unas 800 páginas cada uno, con lomo cosido en hilo y, además, empastados al cartón y tela, costaron —todos— 57 sucres, que era todavía la moneda nacional ecuatoriana, en una época en la cual la paridad de un dólar era de 25 sucres.

Pues bien, ese primer número de *América Latina* contiene, como artículo que encabeza la publicación, uno escrito por Alexandr Sujostat bajo el título “Etapa actual de la lucha revolucionaria de liberación”. Se refiere a que a finales de 1976 se había realizado en Moscú, en la Casa de la Amistad y Relaciones Culturales con Países Extranjeros, una conferencia científica del IAL “consagrada al estudio de los rasgos que particularizan la etapa actual de la lucha revolucionaria de liberación en el continente latinoamericano”.

Se señala que participaron representantes de los partidos comunistas de varios países: Argentina, Brasil, Colombia,

Chile, Ecuador, México, Nicaragua, Panamá y Venezuela, junto a "latinoamericanistas de diversos institutos de investigación científica y centros docentes de la URSS".

De inmediato, el autor realiza un resumen de las ponencias presentadas. El director del IAL, Víctor Volski, presentó una ponencia sobre el tema "Crisis del capitalismo dependiente"; el profesor Anatoli Shulgovski otra acerca de "La clase obrera y los procesos revolucionarios en América Latina"; Lev Klochkovski habló sobre "La lucha de los países de América Latina por su independencia económica"; Anatoli Glinkin, una titulada "La distensión y las relaciones internacionales en América Latina"; y también intervino Alexandr Sizonenko.

Los otros invitados al parecer no presentaron ponencias específicas, sino que intervinieron en la reunión dando sus apreciaciones sobre cada país, así: Pedro Saad, secretario general del Comité Central del Partido Comunista del Ecuador; Álvaro Delgado, miembro del Comité Ejecutivo del CC del PC de Colombia; Rubén Darío Souza, secretario general del CC del Partido del Pueblo de Panamá (comunista); Luis Carlos Prestes, secretario general del CC del PC del Brasil.

A ellos se unieron Eduardo Gallegos Mancera, miembro del Buró Político del CC del PC de Venezuela; Hugo Guillén, miembro del CC del PC de Venezuela; Salvador Suárez, miembro de la Comisión Política del P. Socialista nicaragüense; Eduardo Montes, miembro del CC del PC mexicano; Héctor Agosti, miembro del Comité Ejecutivo del CC del PC de Argentina; y, Alejandro Yáñez, miembro del CC del PC de Chile.

Evidentemente, no se trató de un encuentro académico, en estricto rigor, sino de un encuentro político, en el cual miembros de distintos partidos comunistas reflexionaron sobre ponencias de especialistas soviéticos en América Latina, que también tenían su clara línea de identidad en el marxismo-leninismo interpretado y consagrado de manera oficial por el PC de la URSS.

Ese era, por otra parte, el rasgo distintivo de los partidos comunistas de entonces; es decir, predominaron siempre los enfoques políticos por sobre la 'frialidad' académica, lo cual sigue caracterizando, de manera general, a los partidos de izquierda del presente latinoamericano, donde lo político se antepone a lo académico, a la hora de la reflexión y el análisis de las realidades latinoamericanas contemporáneas. Es que a los militantes activos les resulta muy difícil desembarazarse de las concepciones del partido.

En todo caso, de acuerdo con la reseña que realiza A. Sujostat, algunas cuestiones históricas quedaron en claro: América Latina no podía ser tratada como una región común, sino diversa; había ciertas esperanzas en los gobiernos de Panamá, encabezado por Omar Torrijos (1969-1981), debido a su política nacionalista sobre el Canal; del Perú, donde se recordaba la obra de la dictadura militar 'socialista' de Juan Velasco Alvarado (1968-1975), sucedido por otro militar, Francisco Morales Bermúdez (1975-1980); y relativamente en Ecuador, donde se había producido un recambio, ya que el gobierno 'Nacionalista y Revolucionario de las Fuerzas Armadas' (así se autoidentificó) presidido por el general Guillermo Rodríguez Lara (1972-1976), había sido sustituido por un Consejo Supremo (1976-1979) que, de acuerdo con el mismo delegado Pedro Saad, había girado a la derecha.

En cambio, en Brasil continuaba el cuarto gobierno de la dictadura militar derivada del golpe de Estado de 1964 y presidido ahora por Ernesto Geisel (1974-1979); en Nicaragua se luchaba contra el brutal gobierno de Anastasio Somoza Debayle (1974-1979), a quien los sandinistas lograron derrocar tras años de lucha guerrillera; en Chile se había entronizado la dictadura terrorista de Augusto Pinochet (1973-1990); y en Argentina había ascendido otra feroz dictadura anticomunista presidida por el general Jorge Rafael Videla (1976-1981). El delegado colombiano criticó las actividades de los grupos izquierdizantes por el daño que ocasionan al movimiento revolucionario.

Coincidían todos en que a partir de la Revolución cubana se afirmaba la ‘crisis del sistema capitalista’; que los trabajadores avanzaban -en unos países más lento o más rápido que en otros-, en constituirse en la ‘vanguardia’ de la lucha de clases (el delegado mexicano y el panameño insistían en la lentitud del avance de la conciencia de clase proletaria en sus países); y que en América Latina se vivía una ‘crisis del capitalismo dependiente’, un concepto que fue discutido y, finalmente, entendido en el sentido de que debía ubicárselo siempre en el contexto mismo de la crisis global del capitalismo.

Sin duda, desde nuestro presente, hay la tentación para decir ¡qué tiempos aquellos!

Nadie esperó la caída del socialismo en el mundo y particularmente el derrumbe de la URSS al iniciarse la década de 1990. Con el fin del ‘socialismo real’, necesariamente tenía que alterarse la visión de los partidos de izquierda (no solo los comunistas) y, sin duda de los académicos marxistas, sobre lo que es América Latina y sus perspectivas de cambio y transformación.

Es evidente que el impacto de semejante remezón fue de tal magnitud que las izquierdas entraron en una especie de colapso coyuntural que retardó su propia recuperación. Además, en el medio estuvo la consolidación del neoliberalismo latinoamericano en las dos últimas décadas del siglo XX.

El triunfo del capital, de la economía de libre empresa, del mercado libre y de la globalización transnacional parecía imbatible y eterno, a tal punto que el politólogo Francis Fukuyama, quien publicó *El fin de la historia y el último hombre* (1992), habló del ‘fin de la historia’, como queriendo reformular la visión de Hegel sobre el camino de la historia universal.

También resulta evidente que fue el comandante Hugo Chávez Frías (1999-2013) el que inauguró, prácticamente solo, en el momento en que llegó al poder, un espacio inédito para el resurgir de los sectores de izquierda

latinoamericana. Y después de él, igual oportunidad fue creada, en distintos países, con el ascenso de gobiernos de 'nueva izquierda', como ocurrió en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Nicaragua y Uruguay.

Es necesario aclarar, pues podría malinterpretarse, que lo anotado no significa desconocer que las izquierdas continuaron en sus ámbitos de movilización y resistencia, y que fueron permanentemente críticas, además que se identificaron con los movimientos sociales y populares.

Lo que ha de entenderse es que los gobiernos de nueva izquierda abrieron un espacio histórico realmente inédito, precisamente favorable a las izquierdas en general, pues es claro que las orientaciones y políticas de tales gobiernos no se fundamentan en los criterios económicos que otrora privilegiaron exclusivamente el mercado libre, la globalización y la empresa privada, sino que han impulsado un poder estatal al servicio de los intereses ciudadanos y populares más amplios ('pluriclasistas', desde la óptica marxista), desplegando una variedad de políticas sociales que alteraron el rumbo latinoamericano, al provocar indudables beneficios para las condiciones de trabajo y de vida nacionales.

Esos gobiernos de nueva izquierda son los que han ofrecido la oportunidad histórica inédita en América Latina para la actuación, valorización, movilización y hasta hegemonía de las izquierdas en la región. Porque ya no es posible hablar exclusivamente de las izquierdas marxistas o marxistas-leninistas como en el pasado, sino de una gama amplia de sectores, que tampoco privilegian la 'vanguardia' revolucionaria del proletariado, ni la lucha para la inminente derrota del capitalismo, cuya 'crisis' sigue tan campante por décadas, sin derrumbar al sistema.

También es necesario diferenciar la comprensión de ese espacio de oportunidad histórica, macro, general, con el ejercicio concreto de las acciones de gobierno y con las coyunturas específicas, donde pueden encontrarse las limitaciones que se quiera, aunque el análisis exige respon-

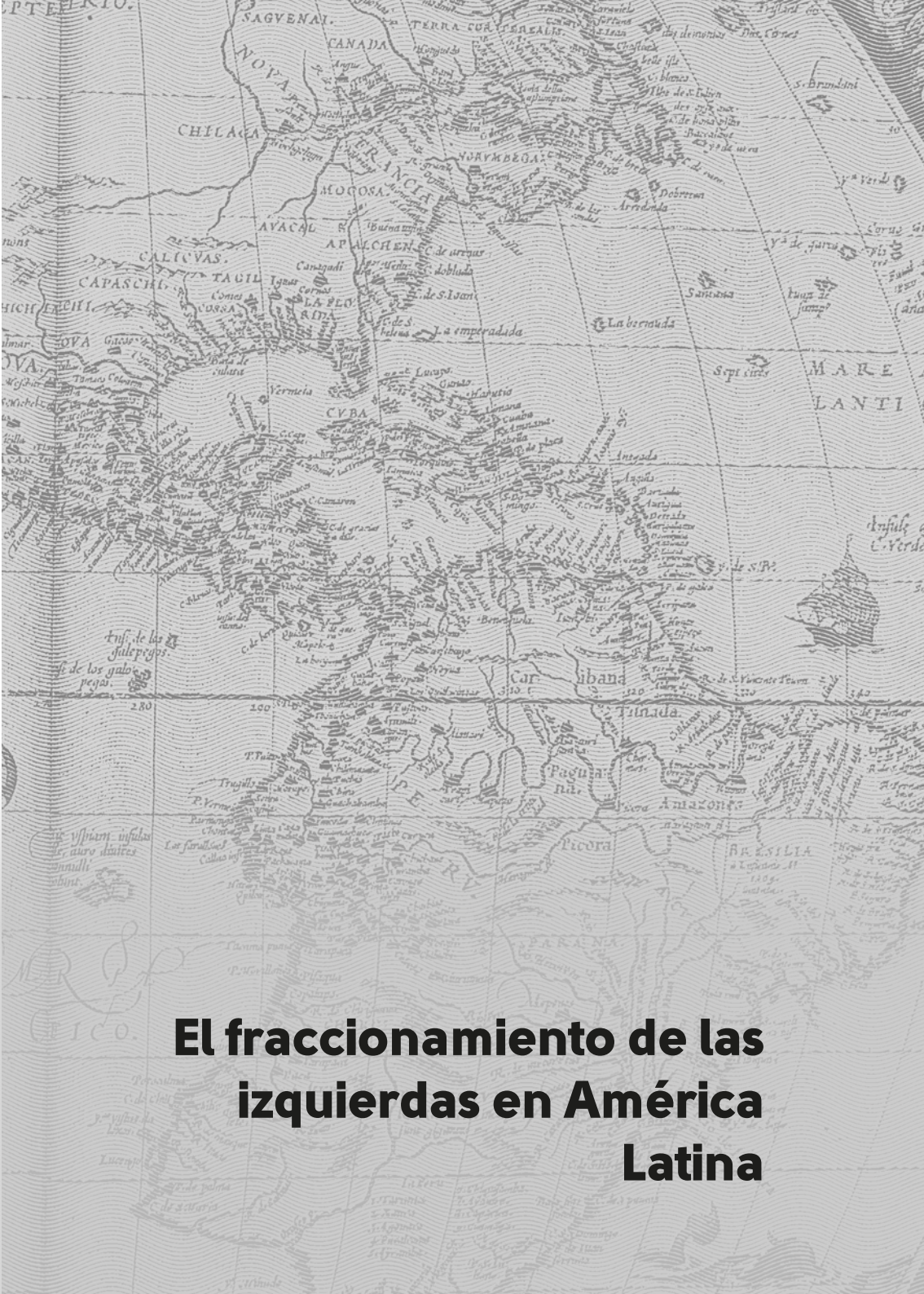
sabilidad y objetividad, que a veces resulta difícil, cuando se privilegia la simple confrontación política y el radicalismo.

Y el hecho de que se haya abierto un espacio histórico, una oportunidad sin pasado en la región latinoamericana, implica comprender el gran riesgo que existe para todas las izquierdas con la articulación de las fuerzas de la derecha para retomar el poder y revertir el camino logrado.

Desde luego, ese riesgo parece no importar para nada a aquellos sectores de cierta izquierda que anhela lucir radical al pretender que, como el capitalismo aún no está vencido, los gobiernos progresistas, democráticos, de nueva izquierda, son iguales o peores que los del pasado.

Obligadamente la vida contemporánea de América Latina ha determinado el cambio de conceptos y paradigmas, porque la construcción del nuevo socialismo no tiene un camino prefijado ni una 'vanguardia' que lo conduzca.

7 de octubre de 2015



El fraccionamiento de las izquierdas en América Latina

El Encuentro Latinoamericano Progresista (ELAP) 2015, realizado en Quito el 28 y el 30 de septiembre, fue la oportunidad para la reflexión política sobre los avances y desafíos de los gobiernos identificadas con el progresismo.

Una oportunidad internacionalista significativa, pues América Latina es la región donde se mantienen gobiernos identificados con la izquierda e incluso con el socialismo del siglo XXI; porque la región es un referente mundial por el avance de las fuerzas democráticas y antimperialistas y porque la tendencia de izquierda ha crecido en el ámbito internacional, anunciando la posibilidad de nuevos triunfos, lo cual es un hecho inédito en la historia contemporánea, desde el derrumbe del socialismo mundial.

Precisamente la caída del muro de Berlín, que simbolizó el desmoronamiento del socialismo y la expansión victoriosa de la globalización transnacional, tuvo un doble efecto: descolocó a la izquierda mundial y, particularmente, latinoamericana, que entró en franca debacle y, además, derrumbó la hegemonía del marxismo como referente teórico para las izquierdas y como doctrina portadora de la esperanza inevitable por el socialismo.

En la década de los noventa del pasado siglo no parecía existir en el horizonte de la humanidad alguna alternativa al capitalismo y en América Latina el neoliberalismo campaba. Antiguos teóricos marxistas cambiaron de rumbos, militantes de la izquierda abandonaron sus partidos y entre estos hubo desde los que quedaron en el ostracismo hasta los que cayeron en el oportunismo, a fin de no perder espacios de presencia en la 'democracia burguesa'.

También es cierto que supervivieron pocas fuerzas políticas y académicos que continuaron en su activismo

social o ejerciendo la crítica en condiciones totalmente adversas. No obstante, los movimientos sociales igualmente perdieron por partida triple: terminó el sueño por la derrota definitiva del capital, quedó cuestionada toda vanguardia de los trabajadores para una nueva sociedad y los partidos que siempre les acompañaron se hallaban en colapso. En el cono sur la izquierda había sufrido demasiado en manos de los gobiernos militares terroristas, aupados por el imperialismo.

En unos países más o en otros menos, el panorama latinoamericano fue igual. Nadie esperó que la historia cambiara radicalmente desde el ascenso al poder del presidente Hugo Chávez (1999-2013). Y después de él llegaron otros gobernantes que fueron identificados en la 'nueva izquierda' latinoamericana.

El fenómeno despertó enorme inquietud y se generalizaron los estudios sobre el tema. Entre tantos que puede citarse, está, por ejemplo, el libro de José Natanson, quien fuera redactor de *Página 12* en Argentina y jefe de redacción de la conocida revista *Nueva Sociedad*, quien en 2008 publicó "La nueva izquierda. Triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile, Uruguay y Ecuador", en cuya portada consta una memorable foto en la que están juntos: Rafael Correa, Michelle Bachelet, Tabaré Vázquez, Cristina Fernández, Inacio Lula Da Silva, Hugo Chávez y Evo Morales. A ellos hay que sumar los nombres de José Mujica, Fernando Lugo y Salvador Sánchez Cerén.

Este ciclo inédito de gobiernos abrió una nueva perspectiva en la historia latinoamericana, favorable a la tendencia de izquierda, con frontales ataques al neoliberalismo, una clara posición anticapitalista y antimperialista, la definición por los intereses más amplios de las clases medias, trabajadores y sectores populares, la recuperación y transformación del Estado; y tres de ellos, específicamente en Ecuador con Rafael Correa, Bolivia con Evo Morales y Venezuela con Hugo Chávez y su sucesor Nicolás Maduro,

identificados con el 'socialismo del siglo XXI'. Por fin se abrió en el mundo un horizonte alternativo al capitalismo.

El ciclo brindó la oportunidad y el espacio para la recuperación y presencia de todas las izquierdas, antiguas o nuevas en la vida de cada país. Incluso en Ecuador, todas las izquierdas apoyaron el triunfo electoral de Rafael Correa, el proceso constituyente y el referéndum por la Constitución de 2008.

Después, en el camino de la 'Revolución Ciudadana', una serie de sectores de la izquierda tradicional, dirigentes laborales e indígenas y académicos marxistas, rompieron con el gobierno y hasta pasaron a la oposición cada vez más radical. En ELAP-2015, tanto el discurso de Álvaro García Linera, vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia, como el del presidente ecuatoriano Rafael Correa, cuestionaron a esas izquierdas autollamadas críticas.

García Linera las calificó de 'izquierda de cafetín', 'deslactosada', 'perfumada', que critica a los gobiernos progresistas "que no han construido en una semana el comunismo", que no han "acabado de una buena vez con el mercado mundial" y, además, "por no haber instaurado inmediatamente y por decreto el buen vivir".

Correa se refirió al 'ecologismo infantil', al 'indigenismo infantil' y al 'izquierdismo infantil'. De acuerdo con ambos mandatarios esas izquierdas le han hecho el juego a las derechas. En el caso del Ecuador es en buena parte así, pues una serie de ideas, argumentos, posiciones y hasta movilizaciones que las otras izquierdas han impulsado y apoyado, han sido acogidas, alentadas y aplaudidas por las derechas de oposición. Es un síntoma de que algo no funciona desde esas otras izquierdas, pero que ellas se niegan a admitirlo.

Desde luego, los discursos de estas dos personalidades no se reducen a las frases anotadas. Sin embargo, lo que me interesa resaltar es que hay un problema, una tensión política y académica con esas otras izquierdas que dejaron de apoyar a los gobiernos de nueva izquierda.

El problema de esas contradicciones merece ser estudiado. Y el tema está despertando cada vez más interés. Precisamente *Nueva Sociedad* dedicó su número 247 (septiembre-octubre 2013) al tema central “Debates y tensiones de la izquierda”. Su trasfondo se inclina a la defensa de la socialdemocracia.

Ese año también vio la luz un libro compilado por Mario Bunge y Carlos Gabetta bajo el título *¿Tiene porvenir el socialismo? Hace poco circuló ¿Tiene futuro el capitalismo?* (2015) de Immanuel Wallerstein, Randall Collins, Michael Mann, GeorgiDerluguian y Craig Calhoun.

Y en Ecuador igualmente el tema interesa y podría citar al menos tres obras colectivas: *Reinventar la izquierda en el siglo XXI*, coordinado por José Luis Coraggio y Jean-Louis Lavalley (2014); *Democracia participativa e izquierdas*, coordinado por Anja Minnaert y Gustavo Endara y *Desde sus cenizas. Las izquierdas en América Latina a 25 años de la caída del Muro de Berlín*, editado por Daniel Kersfeld, ambas obras publicadas en 2015.

Desde luego, esos libros no agotan el tema ni las posibilidades del análisis. Sin embargo, lo que ocurre en Ecuador puede ser ilustrativo para otros países latinoamericanos. Porque aquí, las izquierdas ‘críticas’ o anticorreístas asumen ser ellas las auténticas izquierdas y niegan esa calidad no solo a las izquierdas ‘correístas’ sino al propio gobierno.

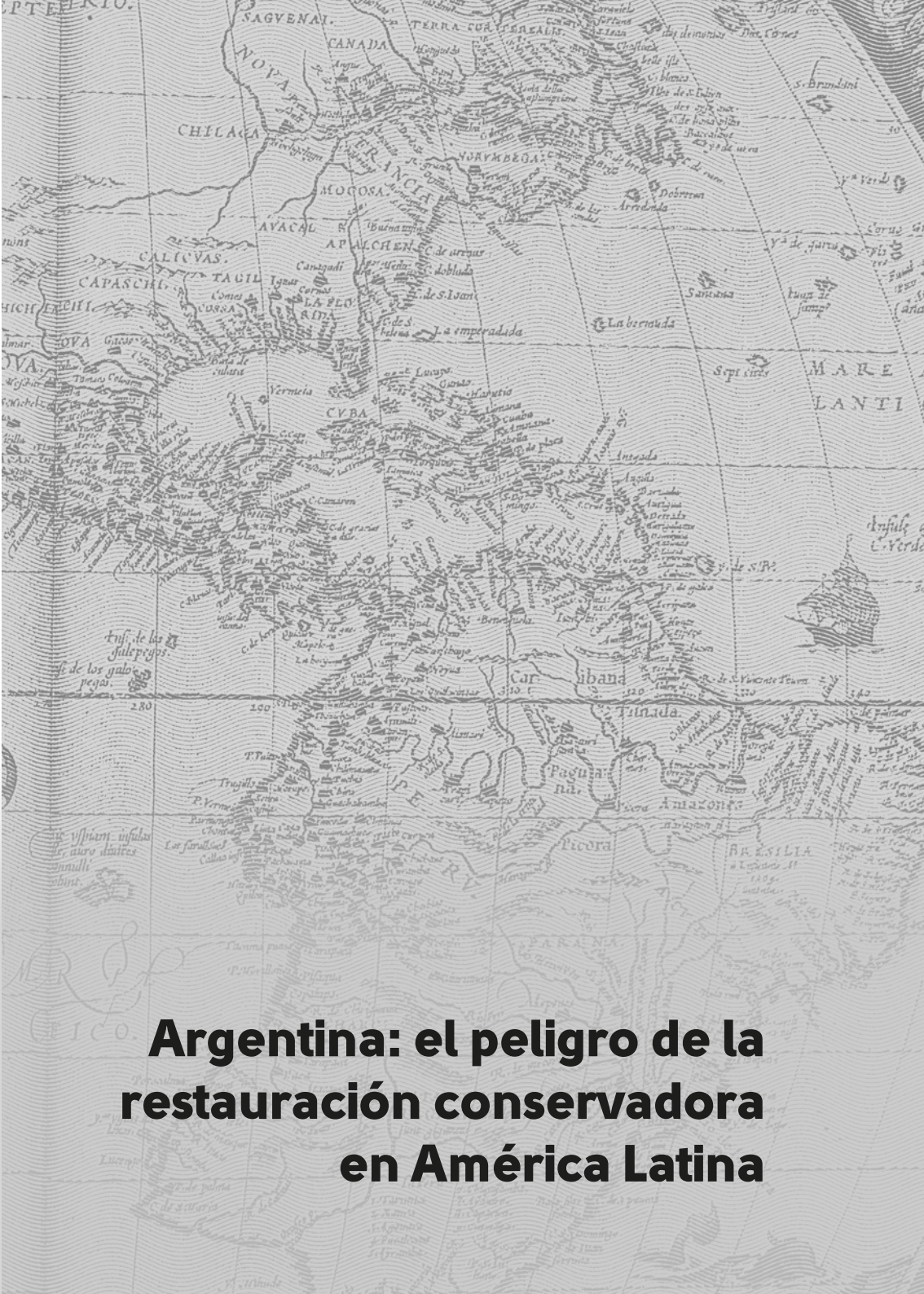
Todas ellas aliadas en la ‘Unidad Plurinacional de las Izquierdas’, junto con las dirigencias del sector indígena de la CONAIE (no es la única organización indígena en Ecuador) e incluso con dirigentes laborales (también las organizaciones de trabajadores están divididas), apenas obtuvieron el 3 % de respaldo en las elecciones de febrero de 2013, que son las únicas que sirven de referente hasta el momento.

Predomina en esas izquierdas la adhesión al marxismo y sobre esa base asumen tener la verdad inobjetable, que la niegan a todo aquel que no sea ‘marxista’. Sus académicos han publicado la mayor cantidad de obras sobre el gobierno del ‘correísmo’ (así le identifican), en los que

predomina la posición simplemente política y el análisis sentimental por sobre la investigación científica. Algunos autores han demostrado tal dogmatismo, que ajustan los datos de la realidad a los conceptos supuestamente teóricos de un marxismo reducido a ciertas etiquetas prefijadas. Los trabajos que analizan las fracturas entre las izquierdas observan circunstancias variables en los distintos países. Demuestran que las izquierdas opositoras son minoritarias, aunque algunas tengan poder de 'convocatoria'. Pero como su proyecto histórico es el 'socialismo', lo que las obras a las que puede acudirse evidencian es que no existe precisión sobre lo que tiende a ser el nuevo sistema.

Queda siempre la pregunta: ¿y qué es el socialismo hoy? El propio presidente Correa reivindica como 'socialismo' un tipo de capitalismo social con poder popular. Está claro que el total estatismo es inviable y que un proceso como el de Cuba es irrepetible. Se admite la posibilidad de obrar con la empresa privada. Nadie se atreve a señalar la 'inexorable' muerte del capitalismo y el triunfo 'inevitable' de la 'revolución proletaria'. Quizás las reformas sociales todavía prolonguen la vida de este sistema, como parecen sugerirlo Mann o Calhoun.

¿Qué hacer entre tanto? Creo que García Linera trazó temas cruciales en la ELAP-2015: resignificar la democracia, porque es un escenario de la propia revolución; tomar el poder y transformarlo; crear la hegemonía del bloque social de izquierda; conquistar el 'sentido común'; irradiar la democracia en todo orden y no solo en el parlamento; cuidar la buena gestión económica; proteger la Madre Tierra, lo cual no excluye el extractivismo responsable; y cohesionar lo nacional-estatal que la actual fase de reacción derechista pretende fraccionar.



Argentina: el peligro de la restauración conservadora en América Latina

Las elecciones del 25 de octubre (2015) en Argentina, que otorgaron a Daniel Scioli el 36.86 % de los votos y a Mauricio Macri un 34.33 %, solo dieron un triunfo mínimo al candidato del 'Frente para la Victoria', lo cual ha despertado la alarma en América Latina, ante la posibilidad de que en la segunda vuelta electoral (balotaje que se realizará el 22 de noviembre), Macri, candidato del derechista 'Cambiemos' alcance la presidencia y con ello concluyan 12 años de 'kirchnerismo', con los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández (2007-2015).

Como lo han señalado diversos analistas argentinos, la candidatura de Scioli no parece la mejor y el propio gobierno acumuló resistencias ciudadanas, como fruto de una serie de límites políticos; pero en lo de fondo, existe un real peligro por el avance de la derecha neoliberal camuflada de modernidad y rostro conciliador, apoyada por el imperialismo.

Atilio Borón, uno de los intelectuales argentinos más prestigiosos entre la izquierda latinoamericana, ha sido muy claro en ubicar el riesgo tras el balotaje, la incapacidad por discernir entre lo que significan Scioli y Macri para el futuro de los gobiernos progresistas en América Latina, así como el juego al imperialismo que representa plantear el voto en blanco, por lo cual Borón realiza un fuerte cuestionamiento a ese sector de izquierdas que prefiere refugiarse en su supuesta radicalidad.

Argentina, entonces, se convierte en un país crucial para el futuro de la región. Y, sin duda, hasta el momento, deja en claro algunas circunstancias dignas de considerar.

Los gobiernos progresistas y de nueva izquierda en América Latina se enfrentan a tres fuerzas poderosas: las élites empresariales dispuestas a frenar todo intento 'esta-

tista' y que buscan revivir el paraíso del mercado libre absoluto bajo hegemonía de las empresas privadas como agentes supuestamente centrales y naturales de la economía; los medios de comunicación privados más influyentes, que libran a diario una sistemática campaña ideológica y cultural para minar el respaldo ciudadano a los gobiernos progresistas; y el imperialismo, que alienta la restauración conservadora desde la perspectiva de una geoestrategia mundial destinada a impedir la continuidad de gobiernos capaces de generar una vía exitosa de cuestionamiento global al capitalismo.

Esas tres fuerzas siempre han estado presentes y su accionar se potencia en la actualidad ante los síntomas de la desaceleración y crisis económica en América Latina, porque se vuelve fácil acusar de ella al modelo' que siguen los gobiernos críticos del neoliberalismo.

Como ocurre en otros países, en Ecuador la derecha neoliberal no ha perdido un minuto para acusar a las políticas del gobierno del presidente Rafael Correa como las causantes de la desaceleración económica, que ha obligado a revisar el presupuesto estatal para el año 2016, sobre la base de recortes a la inversión pública, la acumulación de la deuda externa, un déficit fiscal de todos modos manejable y la implementación de un sistema de alianza público-privada, que procurará atraer las inversiones del sector privado a proyectos de interés estatal.

Lo que esa derecha neoliberal procura ocultar es un cúmulo de hechos históricamente muy significativos: la 'crisis' económica ecuatoriana ni de lejos se parece a la que vivió el país a raíz de la crisis de la deuda externa, que arrancó en 1982. A partir de ese momento, durante cinco lustros, se construyó un modelo empresarial-neoliberal en el cual las 'soluciones' a la prolongada crisis económica se sujetaron a un recetario nacido en el Fondo Monetario Internacional (FMI), que provocó el deterioro sistemático de las condiciones de vida y de trabajo de la población nacional, así como el literal colapso de los servicios públicos.

Los paquetes de medidas económicas tomadas desde los ochentas por los sucesivos gobiernos ecuatorianos, que caminaron al compás de lo que ocurría en el resto de América Latina, solo beneficiaron a las capas empresariales, los sectores adinerados y particularmente al capital financiero. Como ocurriría con el 'corralito' argentino (2001), Ecuador se anticipó en marzo de 1999 (gobernaba Jamil Mahuad, 1998-2000) a decretar un feriado bancario y la congelación de depósitos, hasta llegar a la dolarización decretada en 2000, que fue la culminación del proceso de restauración del poder plutocrático y de una economía plutocrática en el país.

El desastre social, institucional y gubernamental en Ecuador (entre 1996 y 2006 hubo siete gobiernos, una efímera dictadura y los únicos tres presidentes elegidos por votación popular fueron derrocados), comparable a otros países latinoamericanos y, sin duda, con Argentina (cinco gobiernos en un par de semanas a fines de 2001), da cuenta del camino que seguía la región de la mano del idilio neoliberal. En Argentina, como en Ecuador se levantaría una misma y coincidente consigna: "¡Que se vayan todos!"

Esa nefasta herencia comenzó a cambiar desde 1999, con la llegada al poder en Venezuela del presidente Hugo Chávez (1999-2013) y, después de él, con la sucesión de gobiernos renovadores en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Paraguay y Uruguay.

Los gobernantes del nuevo ciclo histórico-político en la región y, particularmente, en Bolivia, Ecuador y Venezuela, que pasaron a la vanguardia en las nuevas orientaciones, liquidaron al neoliberalismo, reinstitucionalizaron al Estado, afirmaron los principios de la soberanía y la dignidad nacionales e impulsaron un 'modelo' económico basado en el activo papel económico estatal, amplios servicios sociales (educación, salud y medicina, seguridad social, vivienda), la promoción de los derechos laborales y colectivos, y la redistribución de la riqueza.

De esa manera, la 'crisis' económica latinoamericana de la actualidad en los países con gobiernos alternativos no tiene ningún parecido al pasado reciente, aunque las derechas neoliberales se esfuercen por hacerla aparecer como un desastre del cual ellas toman distancia. Porque incluso bajo las condiciones críticas, la sociedad goza de servicios públicos e inversiones estatales que garantizan la atención y el cubrimiento de necesidades básicas. En Ecuador, los recortes presupuestarios y el reenfoque público-privado no ha afectado a las políticas sociales ni a las inversiones en estos sectores, además de que están en marcha proyectos de ley que incrementarán los impuestos a las herencias y plusvalías a las capas adineradas.

A pesar de los logros sociales en la región, las elecciones en Argentina no dejan de inquietar a todos los países con gobiernos progresistas, porque las derechas neoliberales se han mostrado hábiles para esconder su pasado y aparecer con nuevo rostro. En la campaña argentina el maquillaje ha hecho uso de la conciliación, el discurso de la armonía social, la frescura de los ideales y el revestimiento de las palabras sobre el enfoque económico.

Pero tanto en Argentina como en Ecuador, las propuestas de la derecha neoliberal en materia económico apuntan a lo mismo: el viejo esquema del mercado libre y la empresa privada absoluta. Por el momento bien podrían mantenerse los logros sociales; pero precisamente son estos los que carecen de garantía en el mediano o en el largo plazo, si es que realmente triunfa la restauración conservadora.

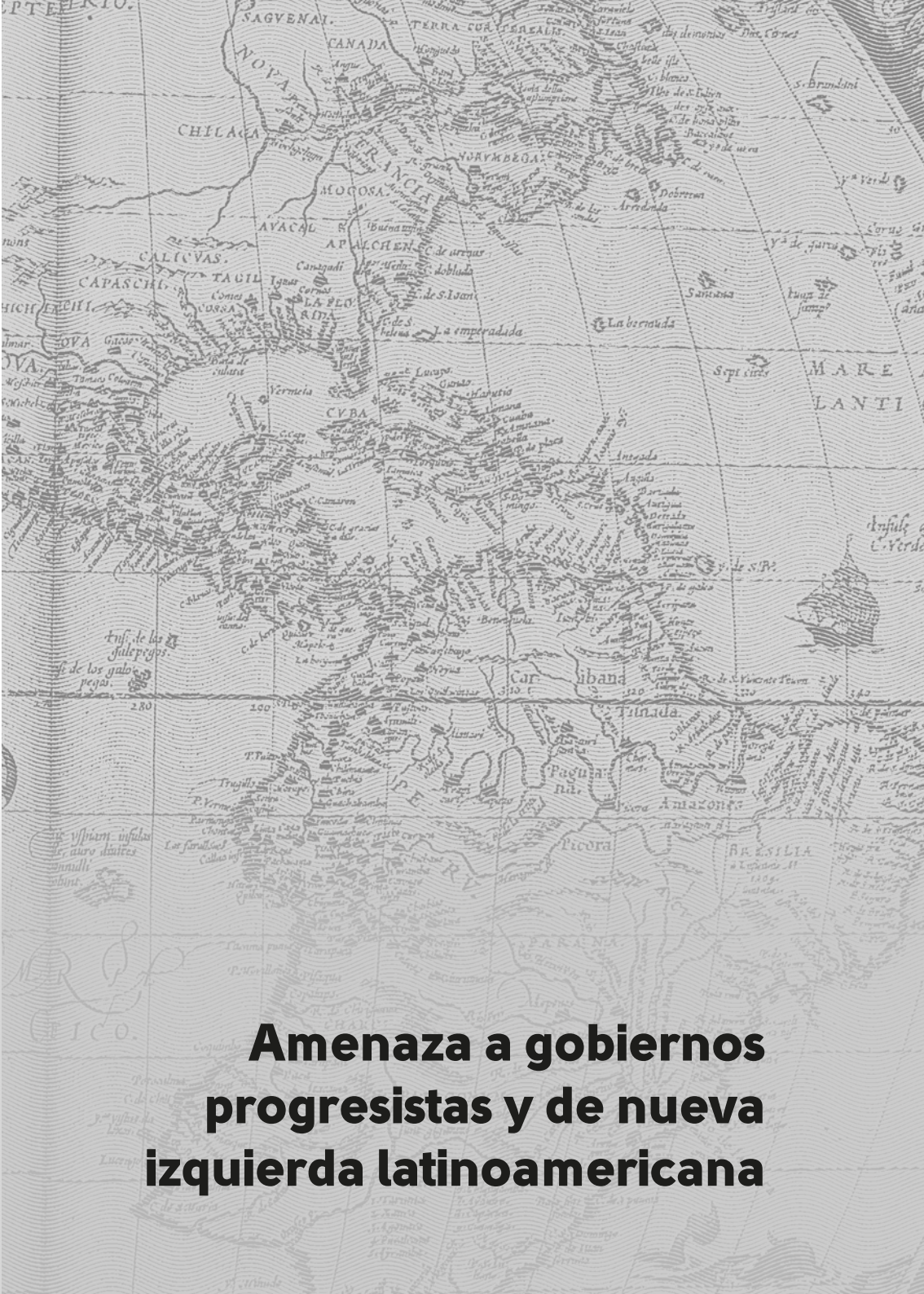
Tampoco cabe dejar a un lado las responsabilidades históricas que tienen las izquierdas opositoras, que se asumen como verdaderas y hasta 'marxistas'. En Ecuador, en las elecciones nacionales de 2013 (hasta hoy el referente más inmediato, porque las de 2014 fueron seccionales), todas ellas, unidas a ciertos movimientos sociales en la 'Unidad Plurinacional de las Izquierdas', obtuvieron solo el 3 % de votos, algo igual a lo que ha ocurrido con el 'Frente

de Izquierda y de los Trabajadores' (FIT) que en las recientes elecciones de Argentina obtuvo el 3.23 %.

Cabe preguntarse si es un sector históricamente útil e importante para la conducción de las transformaciones que anhelan los pueblos.

Suficientes experiencias históricas tiene América Latina con respecto a las restauraciones conservadoras en el pasado. Argentina lo vivió en otros momentos, como ocurrió con el propio peronismo, cuando fue perseguido y hasta proscrito. Hoy, la restauración conservadora tiene razones para obrar con mayor violencia y hasta venganza, porque las derechas neoliberales no perdonarán un solo milímetro de lo hecho por los gobiernos progresistas en América Latina.

13 de noviembre de 2015



Amenaza a gobiernos progresistas y de nueva izquierda latinoamericana

En las elecciones de segunda vuelta (balotaje) realizadas en Argentina el 22 de noviembre hay que admitir, ante todo, que la victoria electoral de Mauricio Macri es una decisión de la mayoría de votantes (51.4 %), por más que la diferencia sea tan escasa (apenas tres puntos) frente a la votación que obtuvo Daniel Scioli (48.6 %).

Como en América Latina los procesos electorales han sido reconocidos en la vida contemporánea como fuente de expresión soberana y democrática de los pueblos, es necesario respetar el resultado electoral argentino.

Esta es la posición que debe asumir toda izquierda que se considera igualmente demócrata, ya que con ello también se marca la diferencia frente a aquellos sectores de la derecha política latinoamericana que no admiten los resultados electorales favorables a los gobiernos del nuevo ciclo de la región, contra quienes se han mantenido permanentemente confabuladores y hasta golpistas.

Pero eso tampoco impide que lo sucedido sea motivo de análisis y reflexión, pues, como todo hecho histórico, tendrá una serie de repercusiones sobre la marcha de la propia Argentina y, sin duda, de América Latina, pues estamos hablando de uno de los países más grandes e influyentes.

Ha quedado en evidencia que los gobiernos progresistas y de nueva izquierda tienen tres 'enemigos' fundamentales: los altos empresarios y capas ricas (burguesías), los medios de comunicación privados más influyentes, y el imperialismo como expresión de los intereses tanto de potencias hegemónicas como del capital transnacional. Son fuerzas poderosas.

Al imperialismo lo conocemos bien en América Latina y su historia de injerencias, intervenciones, actividades encubiertas, saqueo de recursos, penetración de empresas, infiltraciones políticas, condicionamientos, dependencia, ha merecido los más diversos análisis académicos.

El imperialismo nunca se ha sentido plenamente conforme con los gobiernos de nuevas orientaciones en la región. En Venezuela sus fuerzas actúan con claras intenciones desestabilizadoras. Evo Morales, presidente de Bolivia, ha denunciado su presencia. El presidente Rafael Correa lo confrontó dando fin a la base norteamericana en Manta, denunciando el Plan Colombia y el ataque en Angostura, cortando la influencia de la CIA entre elementos policiales y militares. Son algunos ejemplos.

Por su parte, las élites empresariales y de adinerados latinoamericanos (históricamente identificados con el imperialismo), han sido fuerzas de permanente resistencia u oposición a los cambios sociales que implican cuestionar su poder e intereses.

Los mal llamados ‘populismos’ de los años treinta (Getulio Vargas, 1930-1945 y 1951-1954, en Brasil; Lázaro Cárdenas, 1934-1940, en México; Juan Domingo Perón, 1946-1955 y 1973-1974, en Argentina), tanto como el nacionalismo revolucionario de Víctor Paz Estenssoro en Bolivia (1952-1956, 1960-1964 y 1985-1989), al inclinar el poder político a favor de las clases medias, los trabajadores y los sectores populares —impulsando, además, políticas nacionalistas y economías basadas en el activo rol del Estado para la redistribución de la riqueza— despertaron a esas poderosas y tradicionales fuerzas, celosas de perder el control del Estado.

Lo mismo ocurrió en Ecuador con la Revolución Juliana (1925), pionera en iniciar el largo camino de superación del régimen oligárquico y en desmontar el control estatal por parte de la banca privada de la época.

También esas fuerzas definieron posiciones contra la Revolución cubana y en la década de 1960, junto con la

prensa privada y los militares (por entonces convertidos en instrumento del anticomunismo), en el ambiente de 'guerra fría' trasladado a Latinoamérica, estuvieron siempre dispuestos a impedir cualquier camino revolucionario y 'castrotrista'.

Igualmente estuvieron atrás del golpe militar que impidió la vía pacífica al socialismo que intentó el presidente Salvador Allende (1970-1973) en Chile; y son las fuerzas que auparon, aplaudieron y se beneficiaron de los regímenes militares terroristas del Cono Sur, iniciados por Pinochet.

Las burguesías fueron, además, las auspiciadoras y beneficiarias del modelo neoliberal implantado en América Latina desde la década de 1980, que se subordinó a los condicionamientos del Fondo Monetario Internacional y, adicionalmente desde los noventa, al decálogo del Consenso de Washington que se convirtió en su guía de inspiración económica hasta el presente.

Naturalmente que en cada momento histórico descrito las circunstancias y expresiones políticas tienen sus particularidades.

Pero esas burguesías de ningún modo se sienten representadas por los gobernantes adversos. En Venezuela se hallan en permanente confabulación y boicot económico; mientras en Ecuador están a la espera de que el 'correísmo' termine y concluya el ciclo de la Revolución Ciudadana para retornar triunfales por intermedio de figuras políticas que finalmente expresen sus intereses, con lo cual volverán al control directo del Estado.

Es inédito el papel que han tomado los medios de comunicación identificados con los intereses de las élites empresariales y adineradas.

En Argentina libraron una batalla diaria contra el 'kirchnerismo', a tal punto que allí se sostiene que en las recientes elecciones triunfaron también *Clarín* y *La Nación*. En Venezuela el significado de los medios públicos y el papel internacional que cumple TeleSur como un medio alternativo y latinoamericanista está en la mira de la oposición.

En Ecuador, una serie de medios de comunicación privados aparecen incluso suplantando a los partidos políticos en la lucha diaria por ganar el campo ideológico a través de editoriales, posicionamientos, artículos, informaciones y desinformaciones. Los medios públicos ecuatorianos son tildados de 'gobiernistas'. Y durante el intento de golpe de Estado del 30 de septiembre de 2010, estos medios fueron atacados con el propósito de ser silenciados, pues gracias a la cadena nacional que se dispuso, fueron los únicos que transmitieron fielmente lo que acontecía.

Los gobiernos de Venezuela, seguidos por los de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Paraguay y Uruguay, abrieron un nuevo ciclo histórico en la región. En casi todos, se logró desplazar la hegemonía del neoliberalismo económico y la otrora exclusiva orientación estatal a favor de las burguesías descritas, y trazaron una línea clara de reivindicación de la soberanía y la dignidad nacionales frente al imperialismo.

El triunfo de Macri en Argentina rompe con la continuidad del 'kirchnerismo' en el país y abre las puertas al retorno triunfal de las fuerzas conservadoras. El presidente electo ha sido claro en señalar que tocará recuperar el buen manejo de la economía, previendo la necesidad de revisar impuestos, solucionar el tipo de cambio, y todo bajo un enfoque empresarial que va a ser el que predomine y que se ha reflejado en los nombres del anunciado gabinete, lo cual ha provocado que la presidenta Cristina Fernández haga una evidente alusión sobre el tema al decir que no se puede confundir a un país con una empresa.

Macri anunció su propósito de aplicar la cláusula democrática contra Venezuela en el marco del MERCOSUR, provocando de inmediato la reacción de otros gobiernos como el ecuatoriano, que defendió la democracia venezolana; y el flamante mandatario electo también ha previsto que los medios de comunicación públicos pasen a manos del ministerio de Cultura, lo cual provocará un giro radical sobre esos medios.

Pero tampoco es un retorno fácil para la trilogía de fuerzas señaladas. En Argentina el 'kirchnerismo' logró avances sociales significativos, difíciles de desmontar sin el riesgo de la irrupción popular, en un país con tradición de lucha y resistencia sociales; además amplió las relaciones internacionales de modo que la dependencia con los EE. UU., tan arraigada entre los países latinoamericanos, no es la misma que en otras épocas; también se consolidaron las relaciones latinoamericanistas (MERCOSUR, UNASUR, Celac), lo cual ha creado un marco internacional nada despreciable; afirmó una nueva institucionalidad estatal que ha garantizado democracia, libertades, nacionalismo y estabilidad gubernamental durante los últimos doce años; y generó una amplia conciencia política y hasta de movilización de masas en favor de reformas y cambios orientados por un posicionamiento crítico al capitalismo, que se ha expresado en el voto por Scioli de prácticamente la mitad de la población.

Los logros sociales de los gobiernos progresistas y de nueva izquierda están reconocidos por entidades como las NN. UU. y Cepal, pero también por el Banco Mundial y hasta en algunos informes del FMI.

En Argentina, Brasil o Uruguay y, particularmente en Bolivia, Ecuador y Venezuela, es indudable que se avanzó en la reducción de la pobreza, mejoró la equidad, existen amplios beneficios sociales con la educación pública gratuita, la atención en salud, medicinas y seguridad social, la provisión de vivienda popular y también una visible inversión pública en infraestructuras, carreteras, comunicaciones, redes eléctricas y un sinfín de obras materiales.

Todo ello ha sido posible porque se tuvo en claro que el Estado no solo es un agente económico, sino que únicamente a través de políticas sociales estatales es posible solucionar los problemas heredados del 'subdesarrollo'.

Al mismo tiempo se fortalecieron la gobernabilidad, la democracia y los derechos, una situación nunca reconocida por las fuerzas de oposición que tildan a los procesos de

cambio que viven los países del nuevo ciclo latinoamericano como autoritarios, populistas y dictatoriales.

Para los gobiernos que han proclamado el 'socialismo del siglo XXI' está clara la necesidad de superar el capitalismo y afirmar el poder ciudadano por sobre los intereses privados.

De manera que el cambio que impone el triunfo de Macri, evidentemente, interrumpe el ciclo progresista en Argentina y se convierte en una campanada de alerta para los gobiernos de nueva izquierda en América Latina.

Las dificultades económicas que hoy se expanden por la región amenazan con pesar más y por sobre los logros sociales alcanzados.

La trilogía de fuerzas contrarias anteriormente descritas encuentra en ello la oportunidad para su retorno.

En Ecuador atribuyen la 'crisis' de la economía (magnificada por los medios de comunicación opositoristas) al 'modelo' del gobierno de la Revolución Ciudadana, que es atacado como si fuera una 'franquicia internacional' de la Revolución bolivariana y de Cuba. Esos argumentos, difundidos a diario, alimentan la desconfianza, fomentan la desazón y siembran dudas entre las capas medias, los trabajadores y sectores populares.

Y, sin embargo, el Gobierno ecuatoriano no ha descartado la participación de los empresarios en la solución de los problemas de desaceleración económica hoy existentes. Desde las izquierdas dogmáticas y supuestamente radicales y críticas, eso se ha tomado como un giro a la derecha. Pero estas mismas fuerzas han favorecido (admitamos que sin proponérselo) la restauración conservadora de las derechas y ninguna alternativa ofrecen para el futuro.

Las dificultades económicas son malas consejeras. Pueden dar la oportunidad para el retorno conservador que implica el revivir directo de gobiernos de empresarios.

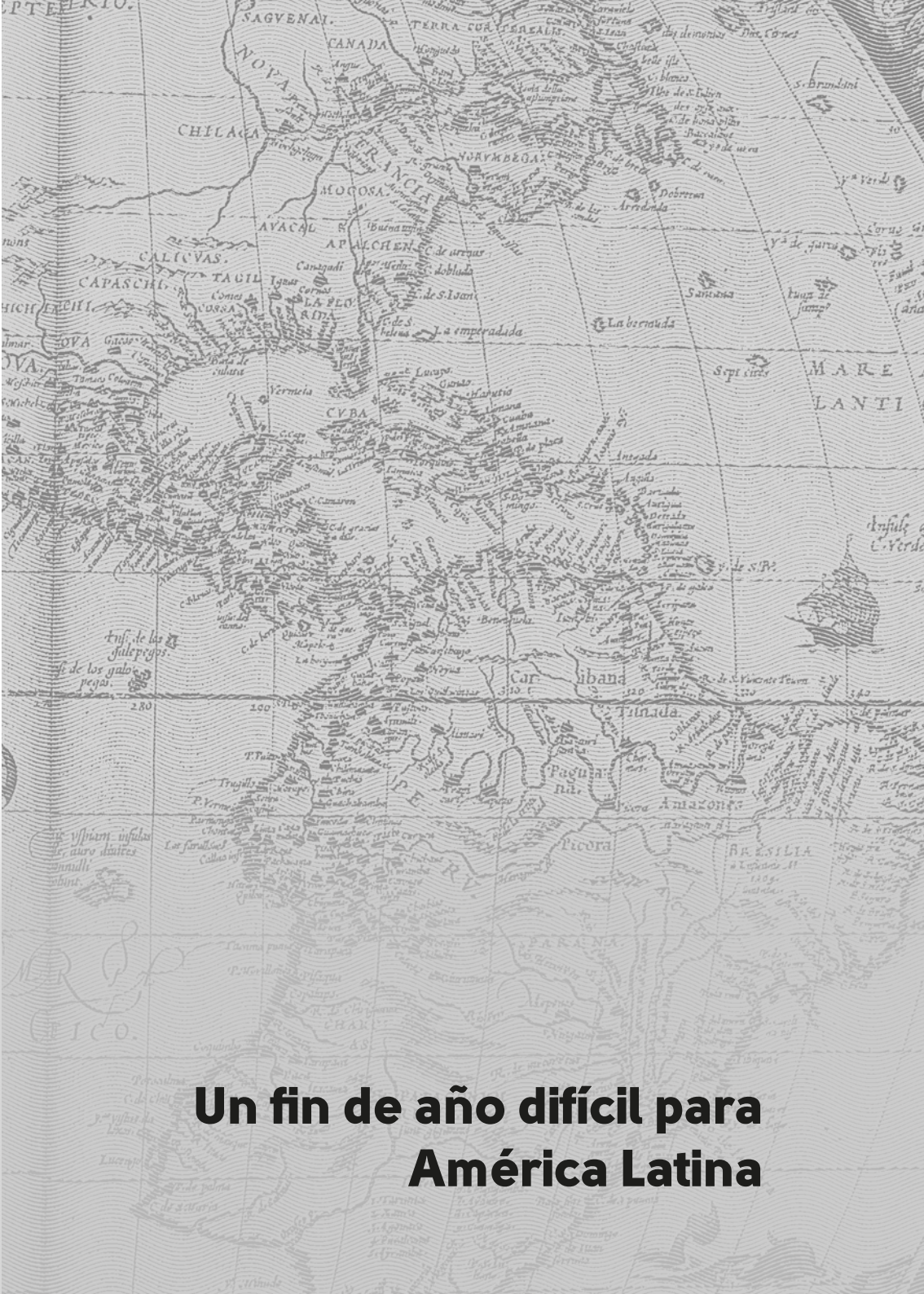
Además, lo sucedido en Argentina permite observar que no bastan las acciones de gobierno con orientación popular, ni el avance en logros sociales. Alguna frase de

corrillo suele decir que los pueblos no son agradecidos en las elecciones.

Tampoco parece ser suficiente contar con amplio apoyo, ni con buena base de organización y movilización populares.

Conviene recordar a Karl Marx, que siempre dio importancia crucial a la 'conciencia de clase', algo que se ha vuelto más necesario aún, cuando el imperialismo y las burguesías son defendidos a diario a través de sistemas de comunicación convertidos en instrumento de la batalla por las ideas, y son capaces de triunfar.

26 de noviembre de 2015



Un fin de año difícil para América Latina

Al finalizar el año 2015, la 'crisis' o desaceleración económica en América Latina ha sido el proceso de mayor impacto; y de acuerdo con el *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2015* de la Cepal, se ha caracterizado, entre otras variables, por el derrumbe de los precios de los productos básicos de las exportaciones latinoamericanas y particularmente de los hidrocarburos; la caída del flujo de los recursos financieros así como de la inversión extranjera; la contracción del PIB; el hecho de que por primera vez desde 2009 todos los países presentan déficits fiscales; y, a consecuencia de todo ello, el incremento del desempleo y del subempleo (Cepal, 2015).

Si eso ha ocurrido en la economía, el impacto político ha sido aún mayor por el triunfo presidencial de Mauricio Macri para la presidencia en Argentina el pasado 22 de noviembre, con apenas tres puntos de diferencia frente al 'oficialista' Daniel Scioli; así como el éxito de los anti chavistas de la "Mesa de la Unidad Democrática" (MUD), que el 6 de diciembre alcanzaron 112 curules para la Asamblea Nacional en Venezuela, frente a los 55 puestos que obtuvo el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV).

Si el triunfo de Macri ya fue una campanada de alarma en América Latina, la pérdida del 'chavismo' en Venezuela ha sido un duro golpe que enciende alarmas rojas en la región.

Pero, aunque las causas de las restauraciones conservadoras en Argentina y en Venezuela pueden tener múltiples lecturas y respuestas, para el conjunto de Nuestra América Latina también es necesario obtener algunas lecciones, porque lo que ocurrirá en adelante en esos dos países será un espejo de lo que seguramente ocurrirá si las derechas económicas y políticas igualmente logran triunfar en otros países. Paradójicamente Argentina y Venezuela se

convierten así en una especie de ‘laboratorio’ para estudiar los alcances de la restauración conservadora.

Entre otros aspectos que cabe considerar para la discusión latinoamericana, al menos señalo cinco.

UNO.- Ante todo cabe destacar que los gobiernos progresistas, aunque exhiben algunos rasgos que los identifican y, además, participan de comunes aspiraciones sociales, políticas y latinoamericanistas, también deben ser vistos a través de las profundas diferencias que demuestran entre ellos, sobre todo en el rango de las radicalidades transformadoras. En Venezuela, con fuerte organización y movilización populares, sin embargo pesó la grave situación de la economía; mientras en Argentina pesaron más una serie de factores políticos que inclinaron el triunfo para el ‘macrismo’ que, de todos modos, tiene medio país en contra. Pero, siendo un peligro para América Latina, no es inminente la restauración conservadora en los otros países, aunque Dilma Rousseff sufre el embate de una oposición sin escrúpulos para llevar adelante un verdadero golpe de Estado institucional; en Bolivia la economía no presenta rasgos críticos y acompaña al reconocido éxito gubernamental de Evo Morales, sin que nada sea previsible con respecto al referendo de febrero de 2016, que buscará una reforma constitucional para prolongar el mandato del presidente; y en Ecuador la economía ni se ha derrumbado a los niveles de desastre que magnifican los “anti-correístas”, ni se cuenta con una oposición unificada, capaz de ofrecer una alternativa electoral de derecha sólida y triunfante para el 2017. Al menos no, por el momento.

DOS.- Los gobiernos, que hasta hoy habían tenido una fase de euforia popular, auge social y hasta avance económico, se encuentran bajo una nueva coyuntura en la que es evidente que a estas alturas de su vida política tienen a tres fuerzas altamente poderosas que los confrontan de distintas maneras: los empresarios de derecha y élites adinera-

das (burguesías) en nada dispuestos a que sus intereses económicos y posición social sean cuestionados; el imperialismo como expresión de potencias hegemónicas y del capital transnacional, que ha actuado para impedir que los gobiernos referidos se conviertan en un 'modelo' de interés mundial como alternativa al capitalismo o dentro de él; y el sector privado más influyente de medios de comunicación, que sigue librando una batalla ideológica y cultural a diario, a través de editoriales, opiniones, noticias, desinformaciones y hasta mentiras, con lo cual quiebran voluntades y conciencias ciudadanas, además de ponerse al servicio indiscutible de la defensa de las burguesías y el imperialismo.

¿Qué estrategias cabe adoptar frente a estas fuerzas vivas de la restauración conservadora? Y, sobre todo, ¿están dispuestos a enfrentarlas con la radicalidad debida los gobiernos identificados con la tendencia progresista en la región?

El campo de la batalla ideológica y cultural se ha inclinado a favor de los grandes e influyentes medios de comunicación. En Argentina se ha dicho que en las elecciones no solo ganó Macri, sino también el grupo "Clarín". En Brasil se sostiene que cumple un papel opositor la cadena "O Globo". Algo similar pasa en Bolivia. Y en Ecuador conocemos muy bien el papel de esos medios abiertamente convertidos en agentes de la lucha política contra el 'correísmo'. Tanto en Argentina como en Venezuela los primeros anuncios de los triunfadores apuntaron contra los medios de comunicación públicos, porque saben que acallando esas voces no habrá alternativa alguna al dominio ideológico de las élites del poder.

De acuerdo con información de Telesur, los trabajadores y trabajadoras de Venezolana de Televisión tuvieron que salir al aire para solidarizarse con sus compañeros de ANTV y AN-RADIO por los ataques del político Henry Ramos Allup, quien les tildó de "cloacas" por el desempeño de sus labores (Telesur, 2015). En Argentina está en jaque la ley de medios, a tal punto que han comenzado a movilizarse en las calles

los ciudadanos dispuestos a no dejarse arrebatar los logros del 'kirchnerismo', en un país que tiene, por lo demás, una larga tradición en la movilización y lucha de las masas, particularmente desde la época de nacimiento del peronismo.

TRES.- Toda Latinoamérica entró en el ciclo de recesión económica cuyo impacto igualmente tiene distintos alcances entre los gobiernos progresistas. En Venezuela, los empresarios anti-chavistas y el imperialismo agudizaron la guerra económica, una estrategia que tiene su antecedente en Chile, contra el presidente Salvador Allende. Sin embargo, el Gobierno venezolano de Nicolás Maduro no abandonó las inversiones sociales.

Pero en Venezuela se evidenció que ante la escasez programada y el desabastecimiento inducido; ante los problemas de atención en una serie de servicios públicos; frente a la corrupción difícil de abatir; e incluso como reacción a los errores y limitaciones en la conducción económica gubernamental, se prendió el descontento generalizado, que hoy adquiere significación política, pues el pronunciamiento electoral de la mayoría poblacional ha sido una verdadera sanción contra el Gobierno del presidente Nicolás Maduro.

Tras aceptar los resultados, el Presidente Maduro tuvo que expresar: "Cierto que hemos tenido un revés, la guerra económica de tres años hizo estragos... Llevó a parte de la población contra ellos mismos, se los digo desde el corazón de un obrero. Ese voto lo entiendo pero fue un error. Ya están anunciando que van a derogar las leyes del poder popular" (*Notitotal*, 2015).

En Ecuador, el avance económico, que posibilitó fuertes inversiones públicas en la provisión de servicios sociales y populares, empezó a frenarse con el desate de la crisis mundial y, sobre todo, la caída de precios del petróleo y la depreciación del dólar. Se han vuelto evidentes las serias dificultades del Estado ante la limitación de recursos, de modo que el gobierno ha debido acudir a recortes presu-

puestarios y a la adopción de una serie de medidas que se inclinan favorablemente al empresariado y postergan una mayor radicalidad de la Revolución Ciudadana.

De otra parte, las derechas políticas y las burguesías tienen suficiente experiencia histórica para saber cómo obrar en medio de las crisis en América Latina: lo normal ha sido trasladarla a los sectores medios y populares con ajustes y paquetes de medidas que, como ocurrió en la región durante las décadas finales del siglo XX y bajo la etiqueta del neoliberalismo, se tomaron sin importar la ruina social y laboral, porque había que salvar a las empresas. Y, de ser necesario, no hay empacho alguno en acudir a la represión. Allí están, como reflejos históricos, el ‘caracazo’ (1989) en Venezuela; o el ‘corralito’ (2001) en Argentina, y en Ecuador, la ‘sucretización’ de las deudas privadas (1983 y 1987), o el feriado con ‘salvataje’ bancario hasta llegar a la dolarización (1999-2000). Siempre perdieron el Estado y los ciudadanos, pero no los propietarios del capital.

En cambio, los gobiernos del ciclo posneoliberal carecen de una experiencia histórica similar frente a las crisis económicas; tampoco han desarrollado una teoría económica ni unas políticas destinadas a afrontarlas sin medidas que afecten a los sectores populares; de ningún modo pueden ejecutar políticas de represión ciudadana para salvar a la empresa privada; y se ven, de repente, ante el problema de profundizar la redistribución de la riqueza, minar la concentración de capitales, profundizar la economía popular y, al mismo tiempo, evitar un derrumbe mayor de la economía, porque entonces las leyes del capitalismo, aún no derrotado, empiezan a actuar en su contra.

CUATRO.- Los logros sociales de los gobiernos progresistas han sido reconocidos no solo por la CEPAL, sino también por las NN. UU., el BM e incluso el FMI, de modo que hay datos objetivos y contundentes para probarlo, como puede leerse en “Un socio para el desarrollo sostenible”, informe de 2015 del PNUD sobre América Latina y el Caribe ([http://-](http:///)

goo.gl/MEAscT), en el que se reconoce, por ejemplo, que Venezuela tiene un alto desarrollo humano, se ubica entre los países con mayor equidad social y también goza de estabilidad laboral como fruto de la orientación tomada por la Revolución bolivariana. De Argentina, Bolivia o Brasil se puede decir algo parecido; y en Ecuador los avances sociales desde 2007 son inéditos con respecto a toda la historia republicana anterior.

Pero los logros sociales no han bastado ni en Argentina ni en Venezuela. Probablemente tampoco la organización y la movilización populares, superior en Venezuela frente, por ejemplo, a lo que ocurre en Ecuador, donde es cierto que en nueve de los diez procesos electorales sucedidos desde 2007 ha tenido respaldo indiscutible la Revolución Ciudadana. Sin embargo, el respaldo simplemente electoral es igualmente frágil y se rompe con el avance de los problemas económicos.

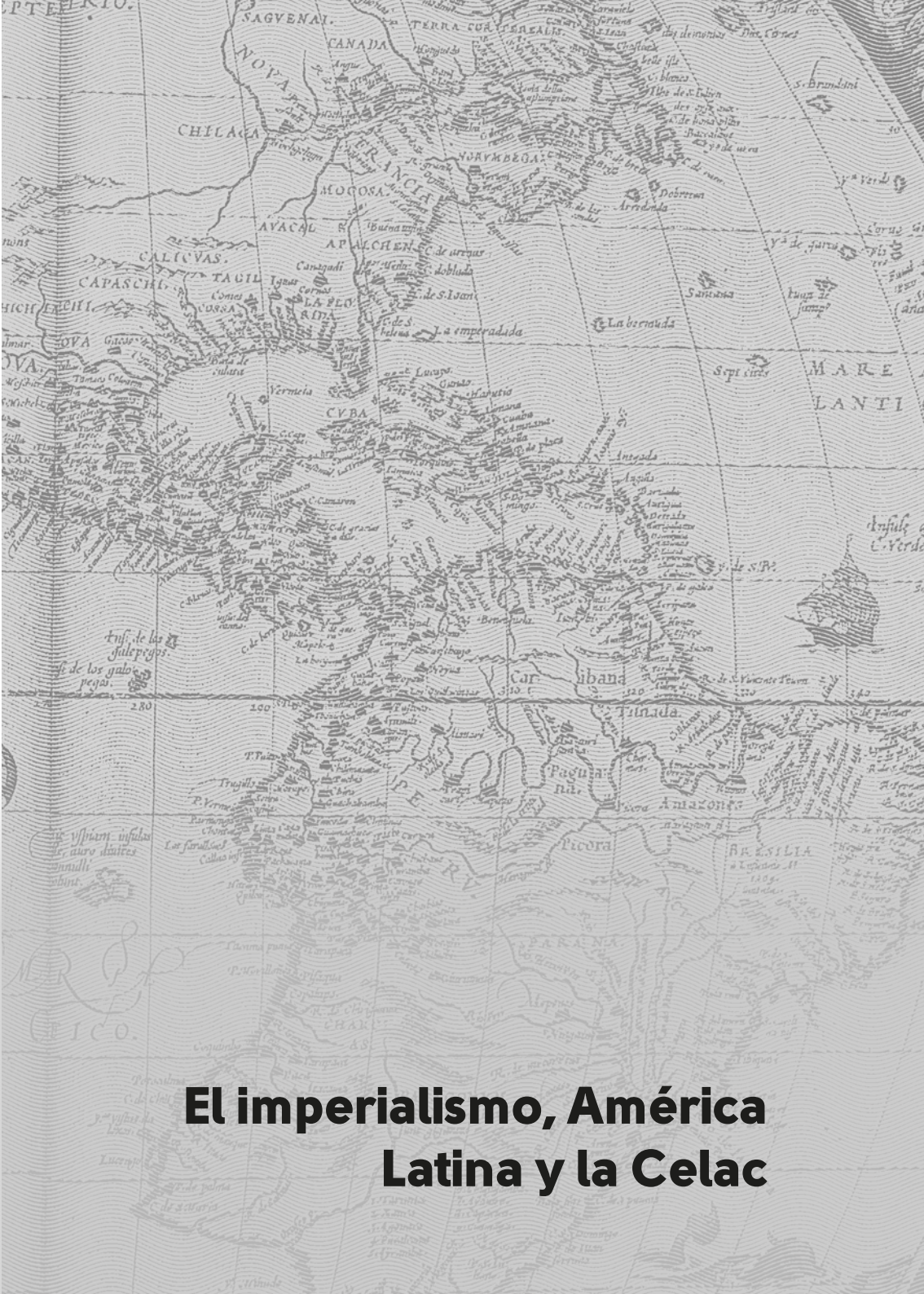
Resulta mucho más importante la ‘conciencia de clase’ que destacara siempre Karl Marx, o la ‘hegemonía’ de una cultura de izquierda, en los términos examinados por Antonio Gramsci. El trabajo para lograrlo es el mayor desafío que tienen hoy los gobiernos progresistas.

CINCO.- Los gobiernos alternativos no pueden ser observados con las mismas categorías y concepciones que sirvieron para el análisis de otros momentos históricos, porque su propio ciclo y experiencia son únicos e inéditos en la trayectoria política de América Latina.

Son los intelectuales, editorialistas, analistas y opinadores contrarios a los gobiernos progresistas los que han utilizado viejas etiquetas conceptuales, identificándolos como populistas, caudillistas, simples modernizadores capitalistas, ‘hiperpresidencialistas’, dictaduras, regímenes autoritarios, y demás. Lo peor es que en esa misma línea también han argumentado intelectuales y políticos que asumen representar la ‘auténtica’ izquierda y hasta el ‘verdadero’ marxismo, que, como ocurre en Ecuador, han

generado argumentos que son utilizados precisamente por las derechas para sus ataques. Esas izquierdas tradicionales, por su dogmatismo y sectarismo, no han sido capaces de entender lo que significa la existencia de los gobiernos progresistas en la perspectiva anti capitalista de más amplio plazo. Y, al final de cuentas, poco o nada significan como alternativa válida: en Ecuador, la pomposa 'Unidad Plurinacional de las Izquierdas', que agrupó a viejos militantes y grupos partidistas de izquierda, junto a líderes y sectores indígenas, de trabajadores y de ambientalistas, que solo son fracciones de los divididos movimientos sociales, apenas obtuvieron el 3 % de los votos en las elecciones de 2013, que son el último referente de carácter nacional.

Finalmente, los puntos resaltados no agotan el panorama del análisis. Quedan como propuestas de interpretación para la reflexión común latinoamericana, pues solo un trabajo colectivo de evaluación de la restauración conservadora en la región continuará dándonos luces sobre los diversos caminos que tiene la edificación de una nueva sociedad.



El imperialismo, América Latina y la Celac

El fin del siglo XIX y el inicio del XX no solo fue un cambio cronológico, sino que trajo al mundo un nuevo fenómeno en la historia del capitalismo: el paso de la era de la primera Revolución industrial, basada en la máquina de vapor, al de otra surgida con la segunda revolución industrial, basada en el uso del petróleo y de la electricidad.

Esos dos elementos transformaron la vida social: aparecieron las máquinas contemporáneas movidas con gasolina o diésel, que alteraron la faz de las industrias; el motor de combustión llevó pronto al automóvil, al ferrocarril eléctrico, los tranvías, los navíos transoceánicos y el avión; comenzó la iluminación urbana, pero también la pavimentación de calles o el despegue de la industria química, e incluso la renovación del arte, que tuvo en el cine un avance espectacular. Al comenzar la década de los años 20 la vida de las familias igualmente se transformaría con la aparición de los primeros 'electrodomésticos'. De allí a los plásticos...

Los EE. UU., cuna de la segunda Revolución industrial, también despegaron como potencia. Su indudable progreso se convirtió en un referente del avance de la civilización humana. Europa no se quedó atrás y dio brillo a su propio desarrollo capitalista. El mundo occidental se colocaba a la vanguardia del crecimiento y del progreso.

Pero, como suele sostener la sabiduría popular, no todo lo que brilla es oro. Ese fantástico progreso se asentó sobre el surgimiento de gigantescas empresas que pasaron a controlar ramas enteras de la producción, distribución y comercialización de productos, liquidando la era del capitalismo de libre competencia.

Su nivel de concentración y centralización de capitales llegó a ser inédito respecto a toda la historia económica anterior. Esos monopolios se lanzaban al mundo para conquistar mercados, zonas de influencia, espacios de inversión y fuentes de materias primas. La expansión se hizo indetenible y fue acompañada por los Estados de origen de tales empresas, de modo que la fusión entre intereses privados y aparatos estatales condujo, también de forma inevitable, al imperialismo, la nueva forma de dominio mundial de los monopolios capitalistas y las potencias que los patrocinaron.

La nueva era mereció un agudo análisis por parte de V. I. Lenin (1870-1924) en su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Escrita en Zurich, entre enero y junio de 1916, y publicada por primera vez a mediados de 1917 en Petrogrado por la editorial Zhizn y Znanie, la obra fue, según su propio autor, un ‘folleto’ de divulgación popular, en el cual se valió de un lenguaje indirecto, a fin de eludir la implacable censura zarista.

La esencia del libro la constituyen los cinco rasgos del imperialismo que Lenin caracterizó así:

- 1) La concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica.
- 2) La fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este ‘capital financiero’, de la oligarquía financiera.
- 3) La exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande.
- 4) La formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo.
- 5) La terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes.

Gracias a ese libro, el mundo contemporáneo pudo comprender la naturaleza del imperialismo como fase superior y 'última' del capitalismo. Es una coincidencia histórica que el centenario de su publicación, este 2016, se produzca cuando América Latina vive igualmente un momento crucial de su propia historia cuando una serie de gobiernos han debido tomar el camino de la lucha contra el imperialismo para tratar de conducir a sus sociedades a una era de buen vivir, dignidad y soberanía.

Nuestra América Latina, que desde la época de la independencia había orientado su economía y comercio hacia Europa, se encontró, en el tránsito entre los siglos XIX y XX, con la inexorable realidad del imperialismo norteamericano, que se proyectó sobre la región. Ya Simón Bolívar (1783-1830) había advertido, en pleno proceso independentista de las colonias españolas, los afanes expansivos de los EE. UU. y el uso a conveniencia de la Doctrina Monroe.

Bolívar soñó en la unidad de la América antes española, pero sin los EE. UU., cuya historia y cultura eran absolutamente extrañas a la región. Incluso llegó a expresar, en una frase que se ha vuelto célebre: "Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria en nombre de la libertad".

Las empresas norteamericanas llegaron a fines del siglo XIX. El expansionismo neocolonial (porque eso es el imperialismo) se hizo presente en Cuba durante el proceso de su independencia (1895-1898). Supo denunciarlo claramente el Apóstol José Martí (1853-1895). Bajo el pretexto de salvaguardar sus intereses, los EE. UU. intervinieron en la isla declarando la guerra a España.

Al comenzar el siglo XX, América Latina se convertía en el campo directo de las acciones imperialistas, que actuaron en apoyo a los separatistas de Panamá (1903), pero solo para lograr de inmediato la concesión del Canal, que controlaron por décadas. Paralelamente llegaron las incursiones en Centroamérica, abriendo campo, entre otras, a la United Fruit Co. La fiebre por el petróleo lanzó a los monopolios

norteamericanos sobre toda Latinoamérica e, incluso, como ocurrió en Ecuador, disputando terreno a las petroleras inglesas (por cierto que la historia del petróleo en América Latina tiene el mismo color que el de este mineral natural).

El imperialismo presentaba, al mismo tiempo, ese rostro de progreso y adelanto al que antes hice referencia. El caudillo liberal-radical ecuatoriano Eloy Alfaro (1842-1912) admiraba a los EE. UU. y veía en esta potencia un signo del futuro civilizatorio. Pero también supo entender su fuerza arrolladora, de modo que en 1896 convocó a un congreso continental realizado en México.

La reunión resultó un fracaso: apenas concurren ocho delegaciones. En Ecuador se denunció el boicot norteamericano. De todos modos, el Congreso Internacional de México aprobó un contundente documento antiimperialista.

En cambio sí tuvo éxito la creación, bajo iniciativa norteamericana, de la Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas (1890-1902), transformada en Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas (1902-1910) y sustituida por la Unión Panamericana (UP, 1910) en la IV Conferencia Interamericana de Buenos Aires.

La UP fue la primera institución de carácter continental en la nueva era del imperialismo. Desde entonces, los EE. UU. no cesaron en sus iniciativas por consolidar un enorme espacio continental unificado bajo su hegemonía, con el propósito de asegurar su propia defensa, proteger sus intereses y expandir sus capitales en una Latinoamérica que largamente fue considerada por los gobernantes norteamericanos como el 'traspasio' de los EE. UU.

En 1915, a nombre del demócrata Woodrow Wilson (1913-1921), presidente de los Estados Unidos, el Secretario de Estado invitó a las repúblicas de Centro y Sur América a participar en el Primer Congreso Financiero Panamericano que, bajo la presidencia de William G. McAdoo, Secretario de Hacienda, se realizó en el Edificio Panamericano de Washington, el 24 y el 29 de ese año.

En ese Congreso participó un numeroso grupo de banqueros norteamericanos y tres representantes por cada uno de estos 18 países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Ecuador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, El Salvador, Uruguay y Venezuela. Como delegados por la República del Ecuador, presidida entonces por el caudillo liberal Leonidas Plaza Gutiérrez (1912-1916), participaron los doctores Juan Cueva García, Vicente Gonzales B. y Enrique Gallardo.

El propósito central del Congreso fue “establecer relaciones financieras más estrechas y más satisfactorias” entre los países de Centro y Sudamérica con los EE. UU. Cabe destacar que el secretario McAdoo, en su Carta-informe al Presidente en la que le decía que hasta hoy, los créditos hacia los países latinoamericanos “han descansado casi por completo en Europa”, pero la gran guerra (se refiere a la Primera Guerra Mundial, 1914-1918) los suspendió, y recomendaba: “estos deben ser reemplazados por créditos de los Estados Unidos... Si deseamos aumentar la influencia mercantil y económica de los Estados Unidos en aquellos países”.

A su vez, el Dr. L. S. Rowe, secretario general del Congreso, sostuvo en su Informe que los efectos de la guerra europea “se hacían sentir agudamente en todos los países de la América Central y la América del Sur, los cuales veían en los Estados Unidos la única salvación posible ante las dificultades financieras con que se luchaba”. El Congreso igualmente trataba de llevar a Latinoamérica la idea de un Banco Central, como el que en 1913 habían creado los EE. UU. al establecer el sistema de la Federal Reserve.

También aprobó el fortalecimiento de “los medios de transporte oceánicos”; la mejora en las comunicaciones cablegráficas y la búsqueda de “legislación uniforme” entre los países, para imponer el “patrón oro” y regular lo relativo a letras de cambio, documentos mercantiles, conocimientos de carga, franqueo, derechos de giros y paquetes postales, clasificación de mercancías, reglamentos de aduana, certi-

ficados y facturas consulares, derechos de puerto, agentes viajeros, marcas de fábrica, patentes, derechos de propiedad literaria y artística, y arbitraje mercantil.

Como puede advertirse, tanto la Unión Panamericana como el Primer Congreso Financiero marcan el inicio de un largo camino imperialista que llegó hasta nuestros días. La (OEA) pasó a ser un instrumento de la Guerra Fría para afirmar las 'democracias' y rechazar todo avance del 'comunismo'; y desde 1990 existen intentos por crear el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), cuyo fracaso condujo a la estrategia de los Tratados de Libre Comercio (TLC).

Lo que la historia no puede evitar es que los pueblos tomen conciencia de las situaciones de expansión y dominio. Y es lo que ha venido ocurriendo en América Latina. La Revolución cubana fue pionera y para contrarrestarla, los EE.UU. impulsaron el Alpro. Paradójicamente, en Ecuador hubo sectores y hasta empresarios que vieron en Alpro un intento del 'comunismo' internacional, simplemente porque tal programa pretendía la consolidación capitalista de la región, superando el viejo sistema 'precapitalista' de las haciendas, controlado en Ecuador por una poderosa y tradicional clase terrateniente.

En 1970 Salvador Allende intentó la vía pacífica al socialismo. El intento fue arrasado por la triple conjunción de militares-fascistas, empresarios de derecha e imperialismo. El anticomunismo, como se vio en el Cono Sur latinoamericano de aquellos tiempos, condujo a las más escandalosas violaciones de derechos humanos y en Centroamérica hasta al genocidio de poblaciones, como ocurrió en Guatemala.

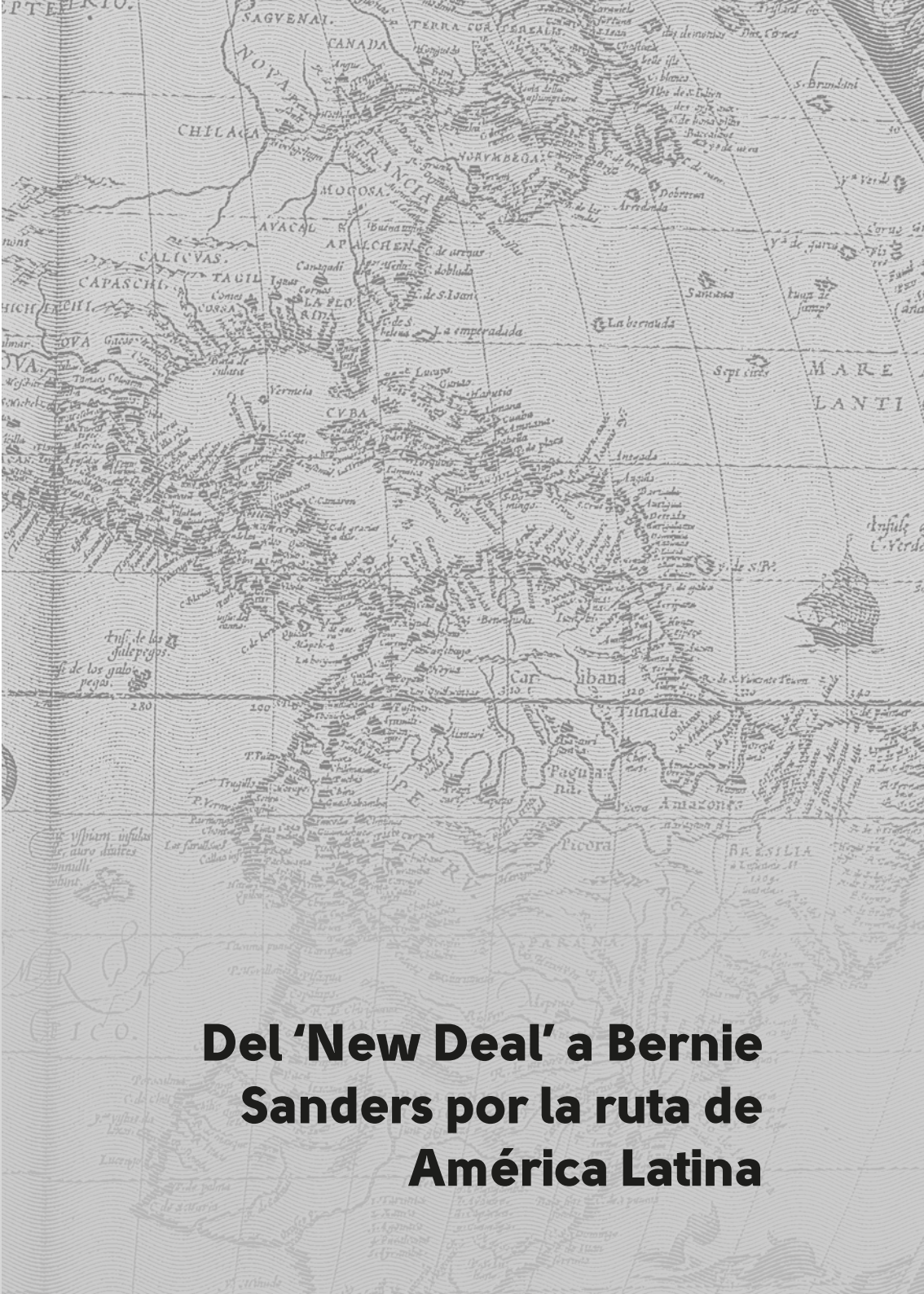
América Latina conoce bien al imperialismo. Lo ha experimentado en cada oportunidad en que los intereses soberanos de las naciones latinoamericanas han chocado con los intereses de los gigantes monopolios capitalistas y de los Estados imperialistas.

Por eso, los gobiernos progresistas y de nueva izquierda en Nuestra América Latina han levantado las banderas del antiimperialismo, por necesidad histórica. Y en ese contexto se fundó la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), que acaba de realizar su IV Cumbre en Quito, Ecuador, entre el 26 y 27 de enero.

Esta nueva institución continental, que ha excluido a los EE. UU. y al Canadá, tiene sentido como iniciativa de la región latinoamericana, sin el antiguo tutelaje de los EE. UU. Es la entidad que necesariamente deberá superar a la OEA. Y probablemente al interior de la Celac deberán nacer las nuevas instituciones del siglo XXI que permitan igualmente la superación de la vieja institucionalidad nacida en la segunda posguerra mundial, que ha llevado el sello de los intereses de las potencias imperialistas de la época.

Se trata de crear una nueva regionalización en la cual América Latina no solo defienda su soberanía, dignidad e independencia, sino que también logre armonizar otro tipo de convivencia con los EE. UU., sobre la base del respeto y la buena convivencia. Un proyecto que cuestiona la visión tradicional en las relaciones entre EE. UU. y América Latina.

1 de febrero de 2016



Del 'New Deal' a Bernie Sanders por la ruta de América Latina

La crisis económica de 1929-1933 en los EE. UU. fue de tal magnitud que parecía inminente el derrumbe mundial del capitalismo y la apertura del camino triunfante al socialismo, de acuerdo con las previsiones que hacían los soviéticos (la URSS era el único país que en 1917 inauguró el socialismo) y los marxistas de aquellos tiempos.

No solo quebraron centenares de bancos, sino miles de empresas; y el desempleo de millones de personas, que extendió la pobreza en forma inédita, amenazó con un estallido social en la que pasaba a ser la nación más poderosa del planeta.

Pero el derrumbe no llegó. La salvación vino de la mano de Franklin Delano Roosevelt, presidente demócrata (1933-1945) quien, contando con la asesoría de académicos de la Columbia University, inauguró el "New Deal" (ND), que se tradujo en una serie de políticas para enfrentar la crisis, aún antes de que aparecieran las innovadoras propuestas del británico John Maynard Keynes en su célebre libro *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936).

El ND retomó el camino de la economía política, es decir, afrontó la crisis no solo con medidas 'técnicas' sino con claros objetivos sociales y suficiente voluntad política para poner en orden a banqueros y empresarios.

En efecto, los bancos fueron intervenidos para garantizar a los depositantes. Las empresas industriales, vigiladas por el gobierno, debieron establecer códigos de competencia, precios, horas de negocio. Fueron perseguidos los comerciantes inescrupulosos. Se inició un vasto plan de inversiones estatales y se ejecutaron grandes proyectos de riego, electrificación y obras públicas.

Además, se captó fuerza laboral para el trabajo en caminos, limpieza de parques, playas, piscinas, plantación de árboles, reparaciones de todo tipo, pintar y construir casas, así como edificios públicos; atender en hospitales, aeropuertos, escuelas; un vasto plan de empleo para jóvenes en bibliotecas, oficinas y universidades, y otras tantas medidas que incluyeron incluso el empleo temporal.

Increíblemente, se obligó a los agricultores (previo subsidio) a reducir la producción, se mantuvo la inflación para levantar los precios, se suspendió el patrón oro. Y en plena crisis, se sancionó el despido de trabajadores, se introdujo la seguridad social, así como un sistema de pensiones por desempleo, salud y jubilación.

Para financiar el papel económico del Estado se introdujeron o incrementaron impuestos como el de la renta, sobre patrimonios y herencias, orientados bajo los principios de progresividad y afectación a los ricos. Y a tales medidas acompañaron leyes para garantizar salarios mínimos e incluso elevarlos, proteger a los sindicatos, garantizar los contratos colectivos y otros derechos laborales.

El “segundo New Deal” se inició en enero de 1935 y se caracterizó por la profundización de las medidas sociales. El Acta sobre Seguridad Social, estableció beneficios para los trabajadores retirados, seguro para los desempleados, un programa de salud general, el de bienestar para niños y el de asistencia para ancianos. Este último debía ser cubierto con aportes de los empresarios y los trabajadores con empleo. El fondo para el seguro de desempleo fue financiado a través de un impuesto especial cobrado compulsivamente a los patronos. El opositor Herbert Hoover exclamó: “la seguridad social debe construirse en el culto al trabajo y no el culto a la vagancia”.

Pero a fines de 1935 cerca de 20 millones de norteamericanos contaban con alguna forma de asistencia pública. La Administración para el Progreso de los Trabajadores (WPA) también se ocupó del trabajo para los artistas. Con apoyo del

Teatro Federal se organizaron exhibiciones y, por primera vez, corredores y salas de los edificios públicos fueron adornados con grandes murales pintados por artistas.

Roosevelt también denunció “la injusta concentración del bienestar y el poder económico” en manos de una pequeña fracción de la población norteamericana. Logró del Congreso la aprobación de un elevado impuesto sobre las rentas de los individuos y las corporaciones; y para evitar su evasión, incrementó el impuesto a las donaciones. Los opositores clamaron contra lo que llamaban “desplume a los ricos”.

F.D. Roosevelt inauguró en los EE. UU. un modelo económico presidido por el Estado, determinado por la necesidad de redistribuir la riqueza y orientado con criterio social. A los 100 días la crisis comenzó a superarse y se acabó con la visión clásica de la libre empresa y el libre mercado como reguladores ‘naturales’ de la economía.

F.D. Roosevelt fue el único presidente norteamericano reelecto (existía la reelección indefinida) por tres ocasiones: 1936, 1940 y 1944; y no concluyó su presidencia porque murió el 12 de abril de 1945 (tenía 63 años de edad), prácticamente un mes antes del fin de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

De acuerdo con Thomas Piketty, el famoso autor de *El capital en el siglo XXI*, desde esa época y hasta 1970 los EE. UU. llevaron adelante políticas destinadas a reducir las desigualdades sociales: se mantuvo un impuesto sobre las rentas altamente progresivo y durante medio siglo la tarifa para el segmento de más altos ingresos (más de un millón de dólares por año) fue, en promedio, del 82 %, con picos de 91 % desde 1940 hasta 1960 (de Roosevelt a Kennedy). Además, el impuesto al patrimonio era igualmente progresivo, con tasas a las fortunas que llegaban al 70 y 80 % (The Guardian, Febrero 2016).

Todo cambió con la llegada del republicano Ronald Reagan a la presidencia de los EE. UU. (1981-1989). Con él

también llegó la revolución conservadora para restaurar el capitalismo de 'libre mercado', que enseguida se benefició con el derrumbe del socialismo en el mundo. De acuerdo con Piketty, la reforma fiscal de 1986 acabó con medio siglo de sistema fiscal progresivo y redistribuidor de la riqueza en los EE. UU., al punto que las tasas sobre altos ingresos bajó al 28 % y los salarios fueron congelados y erosionados por la inflación.

Desde entonces, en los EE. UU. se afirmó la concentración de la riqueza y han continuado ampliándose las desigualdades sociales.

Un proceso similar es bien conocido en América Latina. Precisamente la revolución conservadora del 'reaganismo' igualmente entró a la región de la mano de la ideología neoliberal, la crisis de la deuda externa, las cartas de intención condicionadas por el FMI y los gobiernos latinoamericanos subordinados a la globalización transnacional.

Con el avance de la década de 1980, y abiertamente en la década de 1990, América Latina, por obra del 'modelo' económico empresarial e inspirado en el neoliberalismo del Consenso de Washington, pasó a ser la región más inequitativa del mundo. En Ecuador camparon los intereses de las cámaras de la producción, la flexibilidad laboral, el descapitalismo de la obra pública y de los servicios estatales y, ante todo, el deterioro sistemático de las condiciones de vida y de trabajo, que provocó —a raíz de la crisis bancaria de 1999 y la dolarización monetaria impuesta al país en 2000— la creciente emigración de ecuatorianos.

Las élites económicas y financieras ecuatorianas, que históricamente siempre han resistido los impuestos directos y durante décadas evadieron o eludieron el pago correcto del impuesto sobre las rentas, lograron incluso que en 1999 se suprimiera este impuesto para sustituirlo por otro sobre la circulación de capitales, además de reforzar el cobro del IVA.

Son esas condiciones económicas y sociales las que explican que entre 1996-2006 Ecuador tuviera siete gobier-

nos, una efímera dictadura nocturna y que los únicos tres presidentes electos de aquella década fueran derrocados (Abdalá Bucaram, Jamil Mahuad y Lucio Gutiérrez).

El proceso vivido por América Latina y por Ecuador durante las últimas décadas del siglo XX explica igualmente que a partir de 1999 (comenzando con el presidente Hugo Chávez en Venezuela 1999/2013) se sucedieran en la región varios gobernantes que inauguraron el ciclo progresista.

Los gobiernos de esta tendencia en América Latina han cumplido así un papel parecido al del ND. Desde luego las condiciones históricas son distintas. Pero en este ciclo se ha impulsado una nueva institucionalidad estatal, bajo la evidente alteración del poder político tradicional; se han extendido las obras y los servicios públicos, y se comenzó a construir sistemas tributarios capaces de redistribuir la riqueza apuntando a las capas más ricas con impuestos progresivos; así como se ha caminado en el fortalecimiento de la educación pública, la seguridad social, la atención médica, la vivienda, privilegiando a las clases medias, trabajadores y sectores populares.

Las reacciones provocadas entre las élites económicas, empresariales, financieras y políticas contra los gobiernos progresistas y de nueva izquierda han sido una amenaza permanente (desde luego, junto al imperialismo). Y la crisis económica que se ha extendido por América Latina a partir de 2015 se convirtió en un elemento que tiende a favorecer las posiciones de esas élites, a tal punto que la restauración conservadora quiere encontrar su oportunidad, habiendo logrado triunfos en Argentina y Venezuela.

Resulta paradójico que en los EE. UU. se presente una situación política inédita y comparable con lo que ha venido ocurriendo en América Latina: tras décadas de vigencia económica de la 'revolución conservadora', que limitó las posibilidades de reforma social ofrecidas por el presidente Barack Obama (2009/hoy), crece la figura del demócrata Bernie Sanders, quien vuelve, en definitiva, sobre el camino

del aparentemente olvidado ND y, además, se lanza contra el dominio del capital descontrolado.

Sanders retoma 'viejos' principios sobre salario mínimo vital, seguridad social, atención médica o reforma educativa incluida la universitaria, para democratizarla; se ha expresado contra los banqueros y multimillonarios inescrupulosos; ha hablado a favor de los inmigrantes, las mujeres, la diversidad racial, sexual y cultural, pronunciándose contra la discriminación de todo tipo; y ha hecho afirmaciones rotundas en su campaña electoral:

"Necesitamos un movimiento político en el que millones de personas se unan para exigir que el gobierno estadounidense represente a todo el pueblo, no solo a la clase millonaria y las grandes corporaciones"; "El cambio político y social proviene de la presión persistente para un mundo justo"; "Los Estados Unidos sigue siendo el único país que no garantiza la atención de la salud para todos como un derecho. Esto está mal y vamos a cambiarlo"; "Vamos a transformar a América".

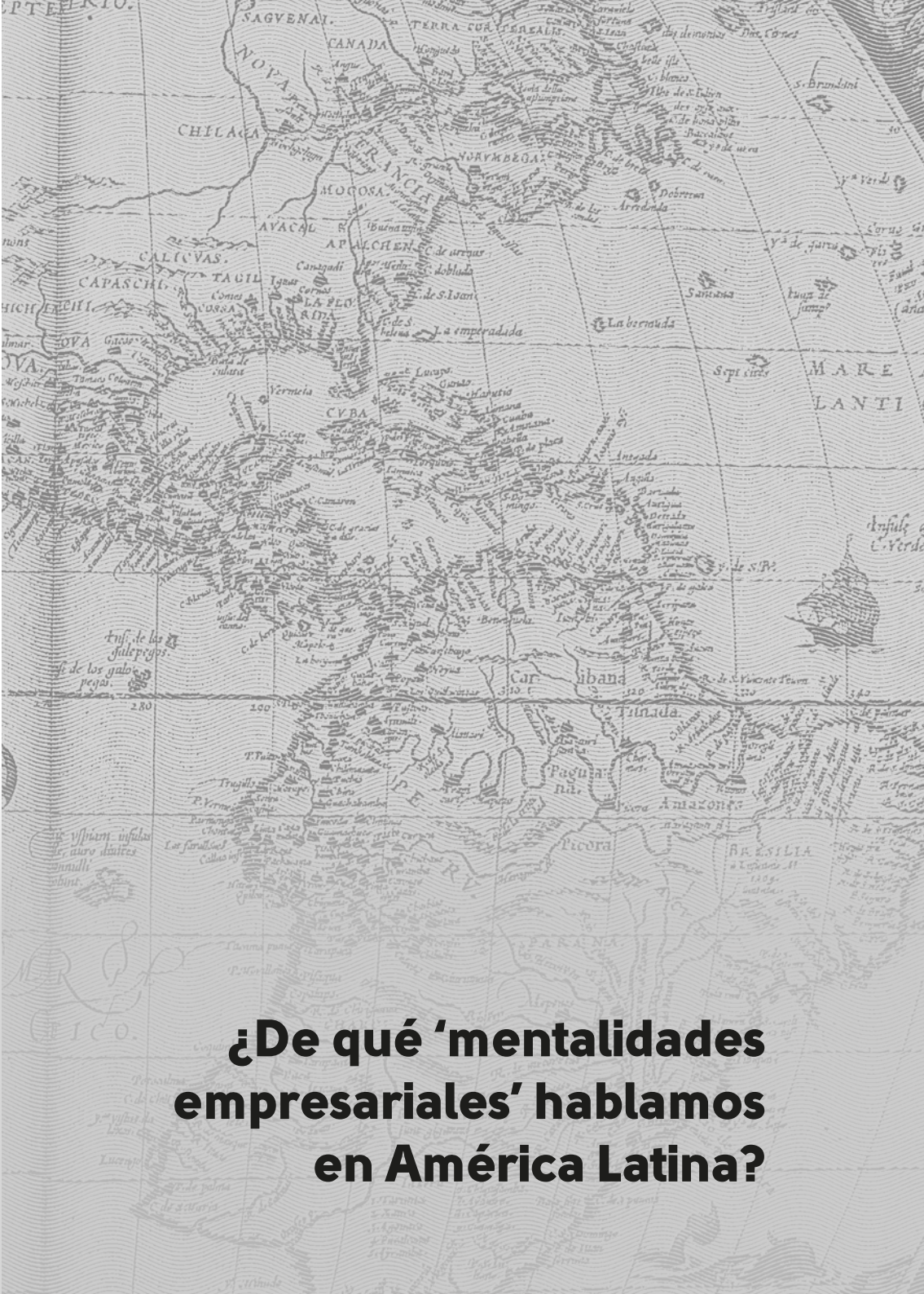
Bernie Sanders se encuentra bajo condiciones parecidas a las que determinaron el origen y la sucesión de gobiernos de nueva izquierda en América Latina. Tiene propuestas sobre seguridad social, derechos colectivos o regulaciones económicas que en nuestra región son cuestionadas por sectores en nada dispuestos a perder su posición y su riqueza. Sanders pretende acabar con las herencias del neoliberalismo en los EE. UU.

En contraste, las derechas económicas latinoamericanas pretenden regresar a esa economía, que tantos beneficios les trajo en el pasado reciente.

Roosevelt fue acusado de 'comunista' a su tiempo. Sanders es el 'socialista' que aspira a la Casa Blanca. En América Latina conocemos bien que esas palabras apuntan contra todo aquel que quiere hacer ajustes sociales y tomar cuentas a quienes han acumulado riquezas y poder a costa de sus pueblos. Cabe preguntarse, por tanto, ¿y si gana

Bernie Sanders la presidencia de los EE. UU. en las elecciones de noviembre de 2016?

15 de febrero de 2016



**¿De qué 'mentalidades
empresariales' hablamos
en América Latina?**

La relación entre economía y mentalidad empresarial ha sido largamente estudiada, ya que no solo cambia en el tiempo sino que los empresarios tienen visiones concretas sobre el mundo en cada país, y su pensamiento y actitudes pueden contribuir a su adelanto económico o a su retraso.

El tema bien podría ampliarse a la relación entre cultura y economía. Adam Smith (1723-1790) vincula el desarrollo de la sociedad industrial moderna con las ideas liberales y el emprendimiento individual. Max Weber (1864-1920) destacó las ideas religiosas puritanas en Europa y los EE. UU. como uno de los factores esenciales de su progreso, algo que, aplicándolo a América Latina, no se produjo por la mentalidad religiosa católica de las élites durante la Colonia.

Salvando las distancias de época y circunstancias, en el mundo contemporáneo y particularmente en América Latina es visible que los triunfos de la 'derecha' en Argentina, Venezuela y Bolivia, así como el acoso político a Dilma Rousseff o el avance de la oposición contra el gobierno de Rafael Correa, en Ecuador, marcan un momento coincidente -con múltiples y complejas explicaciones-, pero al mismo tiempo dejan claro que hay un sector de 'altos empresarios' que finalmente se benefician con los éxitos políticos de las derechas, y que en última instancia han renegado de las reformas sociales y económicas y prefieren gobernantes directamente identificados con sus intereses.

No es posible entender la problemática económica y social en Venezuela sin seguir la actuación de los altos empresarios que en 2002 apoyaron el golpe de Estado que llevó a Pedro Carmona, presidente de Fedecámaras, a la presidencia de la república (por menos de 72 horas). Después

de autojuramentarse, la Constitución fue desconocida y se quitó la denominación de Bolivariana a la República de Venezuela.

También fueron disueltos la Asamblea Nacional, el Tribunal Supremo de Justicia y el Consejo Nacional Electoral; removidos de sus cargos el Fiscal General, el Contador y el Defensor del Pueblo; suspendidos gobernadores, alcaldes, concejales, embajadores y misiones diplomáticas; y, finalmente, eliminadas las 48 leyes dictadas por el presidente Hugo Chávez, que habían generado el rechazo generalizado del empresariado. En esa ocasión no importaron la ruptura institucional, la Constitución ni ley alguna.

Venezuela ha denunciado sistemáticamente el boicot empresarial en el presente, como parte de la campaña por la escasez y la deslegitimación del Gobierno del presidente Nicolás Maduro, sin que tampoco importen, a esas acciones opositoras, el ordenamiento institucional y legal.

En Argentina, el 'alto empresariado' ha encontrado en el Gobierno de Mauricio Macri la clara expresión de sus intereses directos; en Bolivia, la pérdida de la posibilidad de reelección para el presidente Evo Morales, en el reciente referéndum, ha destapado a la burguesía (y su manifiesto racismo), que anhela su retorno al control hegemónico del Estado.

En Ecuador, el alto sector empresarial confía en un camino similar, que acompañe el 'derrumbe' de los gobiernos progresistas, y asegure su visión y sus políticas en el futuro. Todo ello hace necesario el estudio de las mentalidades empresariales, no solo en un ámbito regional amplio, sino específicamente en cada país latinoamericano, sin caer en el reduccionismo de considerar la relación entre economía y mentalidad empresarial como una relación de causa y efecto.

El tema era seguido, hace décadas, por una serie de investigadores. En un excelente libro de síntesis sobre el estado de la Sociología, titulado *Teoría, acción social y*

desarrollo en América Latina (1976), Aldo Solari, Rolando Franco y Joel Jutkowitz dedicaron una parte de esta al análisis de “las clases o estratos altos”, como agentes de cambio o conservación, discutiendo sobre oligarquías, élites y empresarios, además de precisar conceptos, incluyendo el de burguesía.

No quedan dudas de que la oligarquía y el dominio oligárquico tienen que ver con el primer siglo republicano en América Latina, cuando las haciendas eran ejes de la economía y se impuso la ruralidad y el trabajo servil en los campos. Solari destacó que en ese marco cabía distinguir tres tipos de “clases altas rurales”: las tradicionales, las transicionales y las empresariales, propiamente dichas.

Desde luego, las “tradicionales” caracterizan al típico terrateniente latinoamericano y al sistema de hacienda, tan bien estudiado por el célebre José Medina Echavarría. Si en toda Latinoamérica el tránsito de hacendados a empresarios fue tortuoso, en Ecuador llegó de la mano de la reforma agraria de 1964, impuesta por una Junta Militar (1963-1966), anticomunista y a hechura de la CIA, que acogió el programa Alianza para el Progreso para utilizarlo con el propósito de superar la vieja hacienda y promover al empresariado capitalista moderno. La mentalidad oligárquica estuvo incapacitada para comprender lo que sucedía y, paradójicamente, la Junta fue atacada de ‘comunista’.

Con el modelo desarrollista, caracterizado por la incursión del Estado en la economía, durante las décadas de 1960 y 1970 América Latina se transformó y el capitalismo se consolidó definitivamente en la región, aunque unos pocos países ya tenían adelantado ese sistema desde inicios del siglo XX. Por entonces, era común a las mentalidades empresariales el rechazo de todo ‘estatismo’, aunque el propio crecimiento empresarial fue determinado por el Estado.

En la de los 80 las políticas del desarrollo económico latinoamericano comenzaron a girar de una manera inédita. A mediados de esa década, el profesor Lawrence E. Harrison,

de la Universidad de Harvard, recorría varios países de América Latina con el libro *El subdesarrollo está en la mente*. Llegó a Ecuador rodeado de propaganda mediática y se presentó en la Universidad Católica (PUCE) de Quito, con los auspicios de la embajada norteamericana. A mí y a otro colega nos tocó comentar su obra.

Recuerdo que sus conceptos quedaron académicamente destrozados, pues su tesis consistía en vincular el “subdesarrollo” con las mentalidades de los latinoamericanos, de modo que Argentina era más atrasada que Austria o Costa Rica más adelantada que Honduras simplemente por la “cultura” de sus pueblos; y, en definitiva, lo que había que hacer, sostenía, era forjar una mentalidad renovadora que admitiera el mejoramiento material, el trabajo como impulso individual, la toma de riesgos en las inversiones, la innovación o la competencia.

Un recetario empresarial, que el conocido profesor de Harvard volvió a tomar en un nuevo libro, *El subdesarrollo es un estado de la mente: el caso de América Latina* (2000).

Pero la década de los 80 marcó el inicio de una nueva era para la región, que se consolidó hasta inicios del nuevo milenio. En ella floreció una mentalidad empresarial unificada en cuanto a los grandes temas económicos y las visiones sobre el trabajo y la sociedad. Ello se debió, en esencia, a que el derrumbe del socialismo dejó sin piso, en el horizonte histórico, cualquier opción de un sistema alternativo al capitalismo.

Con Ronald Reagan (presidente de EE. UU., 1981-1989) y Margaret Thatcher (primera ministra del Reino Unido, 1979-1990) en todo el subcontinente americano y en Europa se difundieron los valores de la globalización transnacional y los principios del neoliberalismo. Fue fácil para los empresarios latinoamericanos acoger como válidas y sin beneficio de inventario las ideas neoliberales para potenciar sus intereses.

En ese contexto han llegado a ser coincidentes una serie de ideas empresariales: admitir la globalización trans-

nacional, abogar por el capital externo, rechazar regulaciones estatales sobre el comercio interno o internacional, combatir todo 'estatismo', cuestionar impuestos y particularmente el de rentas, creer que el empresario cumple su misión y sus funciones con solo dar empleo y pagar salarios, y valorar a la empresa privada como único motor en una economía 'libre'.

Revivir, asimismo, las políticas de privatización y retiro del Estado, flexibilizar y precarizar la fuerza de trabajo, considerar las ganancias o utilidades como parte del exclusivo rendimiento empresarial que nadie más debe compartir; idealizar la figura del magnate millonario, creer que la atención social es una cuestión de asistencia pública, o pretender superar la pobreza mediante la competencia capitalista. La burguesía latinoamericana en la era de la globalización carece de conciencia nacional y soberana, así como de responsabilidad social para crear una región equitativa y justa.

Ahora bien, esos rasgos comunes no bastan, porque es necesario realizar investigaciones sobre mentalidades empresariales en cada país, algo que incluso permitirá comprender las nuevas lógicas del sector frente a los gobiernos reformistas.

En Ecuador, por ejemplo, algunos criterios del alto empresariado son ahora abiertamente promovidos en distintos medios de comunicación. Su mentalidad sobre las relaciones laborales ha quedado retratada en esas intervenciones.

Puede ser ilustrativo considerar lo que recientemente sostuvo un reconocido abogado y profesor universitario, con clara conciencia y sentido empresarial, para quien, en los momentos de "crisis" económica que atraviesa el país, se impone el "reconocimiento de la realidad", el "reto de crecer", la necesidad de "empleo y flexibilidad", generar "oportunidades".

También "(I) restaurar el contrato a plazo fijo; (II) eliminar el castigo del 35 % de recargo a los salarios para los

contratos eventuales; (III) ampliar, en la ley, las reglas para el uso del contrato por obra o servicio determinado; (IV) “precarizar” las relaciones laborales, cuando las necesidades sean eventuales y precarias; (V) flexibilizar los sistemas de remuneración; (VI) flexibilizar la distribución de la jornada semanal de trabajo, con acuerdo de las partes, y sin condiciones difíciles de cumplir; (VII) proteger y propiciar el uso sistemático del contrato por jornada parcial permanente (a medio tiempo); (VIII) retornar, en ciertas actividades, el contrato por horas, con regulaciones razonables y justas; (IX) propiciar el uso de contratos de trabajo de ejecución a distancia (tecnología, labores profesionales, asesorías, etc.); (X) flexibilizar las reglas de la contratación colectiva”. (*El Comercio*, marzo 2016)

Pero aún es más ilustrativa de la ‘nueva’ mentalidad empresarial la propuesta de un empresario industrial, altamente reconocido en su gremio, quien sostuvo pocos días atrás, que la salida es crear una ‘libreta laboral’, bajo negociación con los trabajadores, de modo que se fijen dos mil (o mil) horas al año, que abarcan 52 semanas anuales de 40 horas laborales cada una.

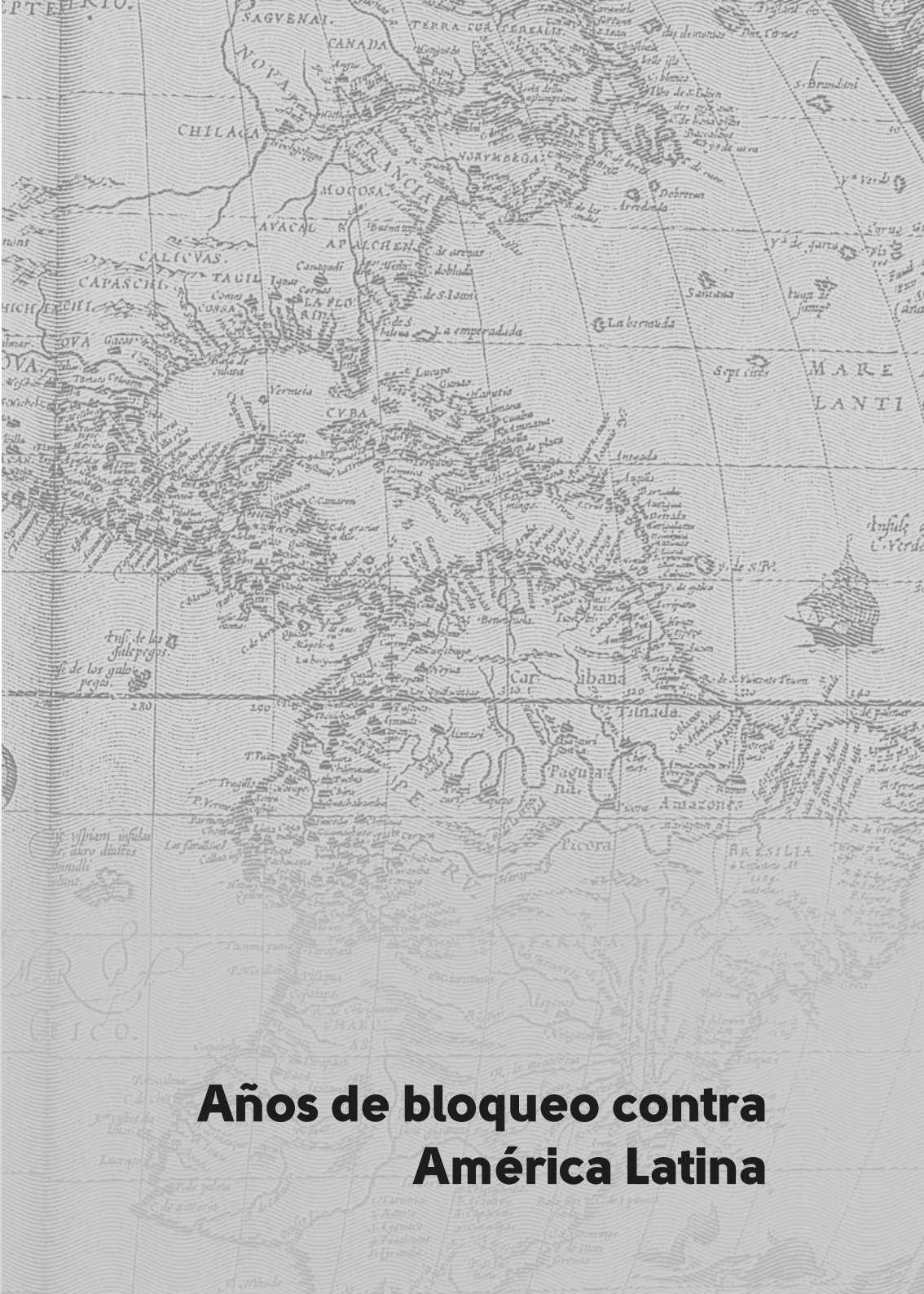
El empresario ocuparía esas dos mil horas repartíendolas, según su propia necesidad y conveniencia, de modo que el trabajador labore en enero tantas horas y en febrero tantas otras. Al fin del año, el empresario tiene que pagar las dos mil horas; pero la libreta debe venir acompañada de una tarjeta de crédito, utilizable hasta el monto del salario del trabajador y garantizada por la empresa.

Adicionalmente, hay que expedir una Ley de protección de quiebras, así como considerar al pacto entre trabajadores y empleadores como algo ‘libre’, de modo que el Estado, el gobierno, no debe intervenir, “déjele que haga el acuerdo, libérole, déjele, no se meta, muchas de las cosas que los gobiernos deben hacer es muy fácil: no meterse, eso sería lo extraordinario, no meterse...” (Noticiero Radio Democracia, marzo 2016).

Como puede advertirse, son propuestas que están en el extremo opuesto de las que los propios EE. UU. adoptaron durante la crisis de los años treinta, a través del New Deal de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), o lejos de los enfoques de la CEPAL o de las NN.UU. sobre los nuevos objetivos del milenio.

Pero esas mentalidades empresariales tienen poder e influencia. Y, sin duda, permiten advertir el peligro del retorno al Estado de los intereses directos de la alta burguesía en América Latina.

13 de marzo de 2016



Años de bloqueo contra América Latina

El triunfo de la Revolución cubana provocó un cambio histórico para América Latina.

La posibilidad de que en toda la región se generalizara la lucha armada o procesos radicales de cambio social, determinó que, por primera vez, se asumiera en serio el tema del 'desarrollo'. La Cepal lo venía trabajando desde su fundación (1948) y, para inicios de la década de 1960, contaba con propuestas innovadoras sobre cambios de estructura, industrialización por sustitución de importaciones, reforma agraria, redistribución del ingreso, integración, ampliación del mercado interno, diversificación exportadora para hacer frente al deterioro en los términos del intercambio y activo papel del Estado en la economía.

En los EE. UU. el presidente John F. Kennedy (1961-1963) lanzó su programa 'Alianza para el Progreso' (Alpro), que usó términos parecidos, aunque con distinto contenido frente al pensamiento cepalino, pues Kennedy, al mismo tiempo que convocaba a los países latinoamericanos a transformar "la década del 1960 en una década de progreso democrático", proponiendo "un vasto esfuerzo de cooperación, sin paralelo en su magnitud y en la nobleza de sus propósitos" para dar a los pueblos "techo, trabajo y tierra, salud y escuelas", concretó en diez puntos su 'revolución' en libertad y democracia, incluyendo la reforma agraria, educación, integración, mercado libre y planificación estatal.

El programa Alpro fue acogido en Latinoamérica durante la Conferencia de Punta del Este, Uruguay (agosto, 1961), en la que Cuba estuvo representada por Ernesto Che Guevara, y fue ratificado en la siguiente conferencia, igualmente realizada en Punta del Este (enero, 1962).

Alpro se transformó en una especie de “Plan Marshall” para América Latina, porque incluía fuertes inversiones norteamericanas para la región, aunque sus metas y objetivos para diez años nunca se alcanzaron. En cambio sirvió para que el ideal del ‘desarrollo’ se generalizara en Latinoamérica, de modo que la de los sesenta se convirtió en la década de la consolidación definitiva del sistema capitalista en la región. En Ecuador ese cambio fue muy visible, pues no solo despegó la industria y se realizó la reforma agraria (1964) que superó el viejo sistema de la hacienda, sino que el urbanismo se aceleró como nunca antes e incluso apareció un empresariado moderno.

Al componente económico de la Alpro se unió el ideológico-político, que se resumió en un triple frente: que toda América bloqueara a Cuba, que la región combatiera al ‘comunismo’, y que los militares pasaran a ser el principal instrumento de freno a todo ‘enemigo interno’, que fue el ideal de la novísima Doctrina de la Seguridad Nacional, asumida para combatir al marxismo.

En la Conferencia de Punta del Este de 1962, Cuba fue expulsada del Sistema Interamericano, con los votos favorables de catorce gobiernos, el negativo de la propia Cuba y la abstención de seis países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador y México.

Esta postura soberana costó caro a algunos gobiernos: el de Arturo Frondizi (1958-1962) en Argentina, quien recibió a Fidel Castro e incluso trató secretamente con el Che Guevara, fue obligado a romper con Cuba por los mismos militares que finalmente lo derrocaron (1962); el izquierdista Gobierno de João Goulart en Brasil (1961-1964) fue igualmente derrocado por los militares, que instauraron un régimen de dictaduras anticomunistas que duró veintiún años (1964-1985).

En Ecuador, un movimiento militar obligó a Carlos Julio Arosemena (1961-1963) a romper con Cuba (1962) y finalmente fue derrocado por una Junta Militar (1963-1966) anticomunista, instaurada por intermedio de la CIA, que inmediatamente acogió la Alpro.

Aunque en Chile se mantuvo la institucionalidad con Jorge Alessandri (1958-1964) y Eduardo Frei (1964-1970), la ruptura con Cuba ocurrió en 1964 y años más tarde, cuando Salvador Allende (1970-1973) llegó a la presidencia, su proyecto de socialismo por la vía pacífica fue liquidado a sangre por la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990), quien inauguró los Estados-terroristas del cono sur latinoamericano.

En Bolivia, Víctor Paz Estenssoro (1960-1964) logró concluir su período presidencial, pero al iniciar su nuevo ejercicio, fue derrocado por el general René Barrientos (1964-1969), estrechamente vinculado a la CIA y quien liquidó a la guerrilla del Che Guevara. Solo México no llegó a romper con Cuba.

Desarrollismo económico y Guerra Fría fueron los dos ejes de la modernización capitalista en América Latina durante las décadas de 1960 y 1970, con Cuba bloqueada y los gobiernos de la región igualmente cercados por las sucesivas políticas de Lyndon B. Johnson (1963-1969), Richard Nixon (1969-1974) y Gerald Ford (1974-1977), quienes alimentaron la guerra fría en los peores términos para América Latina, porque al menos Jimmy Carter (1977-1981) impulsó una tibia política sobre derechos humanos que eran pisoteados por dictaduras militares y una serie de gobernantes latinoamericanos identificados tanto con el anticomunismo como con la subordinación a los EE. UU.

En ese contexto, el “plan Cóndor”, nacido entre las dictaduras militares terroristas latinoamericanas de la década de los setenta para desaparecer a los líderes de la izquierda en la región, parece que también tuvo soportes en Ecuador, a tal punto que recientes investigaciones sobre la muerte del presidente Jaime Roldós (1979-1981), quien inauguró la era de gobiernos constitucionales en el país y denunció, en aquellos momentos, las atrocidades que se cometían en el cono sur, desplegando, al mismo tiempo, una activa política internacionalista de derechos humanos en el continente, sugieren que el “accidente” de aviación en el que murió Roldós no fue tal, sino parte del siniestro plan.

Una nueva e inesperada realidad geopolítica advino con el derrumbe del socialismo en la URSS y los países de Europa del Este, pues ello favoreció el triunfo del capital transnacional y la globalización, creó condiciones novedosas para que se impusiera sobre América Latina la 'modernidad' de la mano del neoliberalismo, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Consenso de Washington y las políticas aperturistas respaldadas o fomentadas por los sucesivos gobiernos de Ronald Reagan (1981-1989), George H. W. Bush (1989-1993), Bill Clinton (1993-2001) y George W. Bush (2001-2009), quienes tampoco alteraron el bloqueo a Cuba, que incluso fue reforzado con las leyes Torricelli (1992) y Helms Burton (1996).

Pero si al 'desarrollismo' por lo menos interesó superar el 'subdesarrollo', que era el concepto que se manejaba en aquella época y que incluyó una activa participación del Estado en la economía, tanto para promover el mercado interno, hacer inversiones en infraestructura y otras obras materiales, producir cierta redistribución de la riqueza y, de algún modo, regular el mercado, sin desfavorecer el ingreso del capital extranjero, al 'neoliberalismo' no le interesó superar ningún 'subdesarrollo', sino abrir puertas a los buenos negocios bien sea de los empresarios locales o bien del capital transnacional, retirando al Estado.

Así, por obra del inducido neoliberalismo, América Latina pasó a ser la región más inequitativa del mundo, en un ambiente de deterioro sistemático de las condiciones de vida de la mayoría de la población y de avances en la precarización y la flexibilización de la fuerza de trabajo.

El ideal de mercado libre con empresa privada absoluta y como eje de la economía se impuso a través de las dictaduras terroristas del cono sur, por intermedio de gobiernos adheridos a la nueva ideología del neoliberalismo, con autoritarismo y represión sobre toda resistencia popular, sobre la base del pago de la deuda externa acumulada con intereses y capitales inexorablemente multiplicados, bajo los condicionamientos del FMI, y con la pérdida de

soberanía, dignidad y un mínimo de respeto para los Estados nacionales.

En Ecuador, las experiencias del modelo empresarial inspirado en el neoliberalismo, que progresivamente se implantó entre 1982-2006, han marcado uno de los períodos históricos más graves para la vida social e institucional del país.

Los gobiernos iniciados por el presidente Hugo Chávez en Venezuela, 1999, cambiaron ese panorama, heredado de las décadas de 1980 y 1990. De manera que el presidente Barack Obama (2009-2016) ha debido toparse con una América Latina bastante diferenciada en modelos económicos y opciones políticas y sociales.

En este marco histórico, la visita del presidente Obama a Cuba y luego a Argentina sin duda comporta nuevas dimensiones para América Latina, que en mucho ya han sido adelantadas por otros analistas latinoamericanos. En Cuba la llegada del presidente Obama despertó alegría y reflexión. En Argentina, un cúmulo de protestas y rechazos. Pero ambos viajes no han podido ocultar la misma línea de visión que el poder norteamericano mantiene sobre América Latina.

De una parte, no hay duda que el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y los EE. UU. es un acontecimiento histórico de alcance mundial, así como la visita del mandatario norteamericano. Todavía nadie puede prever el camino de esas nuevas relaciones, aunque un interesante artículo de Agustín Lage Dávila en Cuba Debate (marzo 2016) fija bien las expectativas desde la óptica de los propios cubanos. Además, la apertura norteamericana a la isla es un evidente triunfo histórico de Cuba, que se produce en el marco de la existencia de nuevos gobiernos que favorecieron las mejores condiciones para ello. Pero solo el fin del bloqueo será la medida del nuevo trato, por sobre los gestos meramente diplomáticos.

De otra parte, la visita del presidente Obama a la Argentina ha servido para reforzar el criterio de que los

gobiernos de derecha, inclinados al neoliberalismo, son los únicos que cumplen con las expectativas norteamericanas sobre la economía, la institucionalidad y la democracia.

Todo ello se refleja en los discursos y en ciertas actitudes: en Cuba Obama llama a la juventud para construir un futuro distinto, alienta a los emprendedores privados (cuentapropistas) y se reúne con la disidencia; en Argentina, además de alguna referencia a la desclasificación de documentos sobre la sanguinaria dictadura militar (1976-1983) que en otra época el mismo imperio ayudó a forjar, no hay reunión con las Madres de la Plaza de Mayo, ni con ninguna 'disidencia', pero sí una clarísima consideración de que el gobierno de Macri, en palabras de Obama: "es un ejemplo para otros países en este mismo hemisferio", y con quien "elaboraremos un acuerdo de libre comercio" (*El País*, marzo 2016).

Y a los pocos días el Departamento de Estado anunció que destinará más de 700 mil dólares para la formación de 'jóvenes líderes emergentes de la sociedad civil cubana', bajo la sutil consideración de que ellos podrán conocer y capacitarse en los valores y principios de la 'democracia', a la que no han estado acostumbrados (Telesur, marzo 2016).

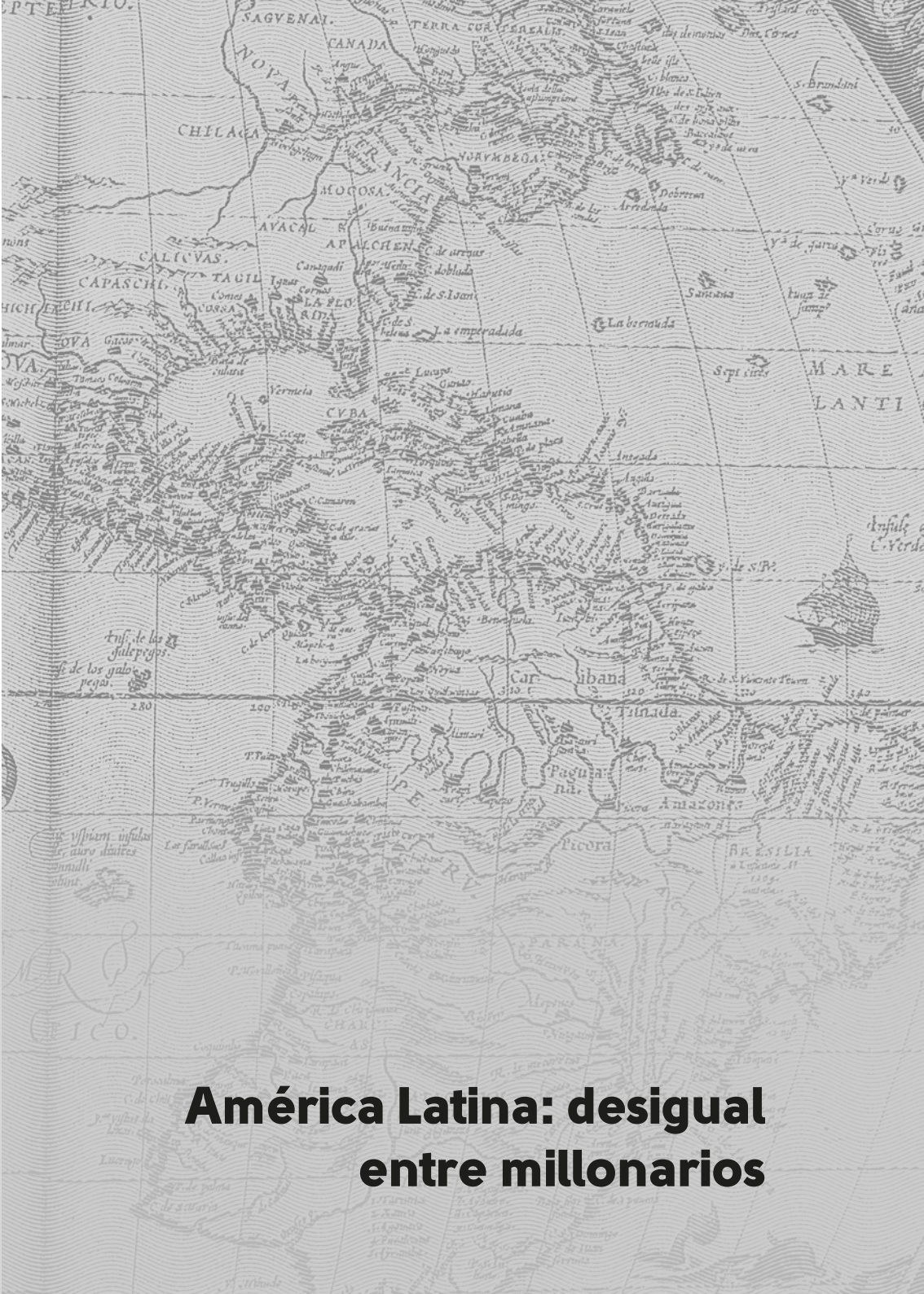
Mientras las visitas han transcurrido, por debajo de la mesa histórica están en marcha las acciones desestabilizadoras contra Venezuela y el apoyo a la "restauración conservadora" en los países guiados por gobiernos antineoliberales.

Una triple actitud y un solo dios verdadero: el mercado libre y la empresa privada absoluta. Ello significa que por sobre los indudables avances históricos, América Latina aún no logra acabar con años, con décadas de 'bloqueo' intelectual, diplomático, de pensamiento, de comprensión en los EE. UU., que persisten en cerrarse a aceptar que la región quiere conducirse con alternativas de economía, de sociedad y de política, que no tienen por qué ceñirse a una sola línea de acción y de conducción basada en el estilo de la democracia norteamericana y en la economía de libre

empresa estadounidense, peor aun cuando el neoliberalismo de fines del siglo XX ya comprobó el tipo de desastres sociales que es capaz de ocasionar, en tanto los ricos solo se vuelven más ricos.

En términos más amplios y generales, América Latina no tiene por qué seguir la senda de un solo 'modelo' dictaminado desde los países capitalistas centrales. No es ella la que tiene que cambiar. El respeto y la convivencia internacional exigen tomar en cuenta estas cuestiones de mínima soberanía y dignidad entre países.

30 de marzo de 2016



América Latina: desigual entre millonarios

En enero de 2016, la Comisión Económica para América Latina (Cepal) puso en circulación el libro *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2015*; en febrero difundió otro estudio: "Evasión tributaria en América Latina: nuevos y antiguos desafíos en la cuantificación del fenómeno en los países de la región"; y en marzo, circularon tres nuevas investigaciones: "Panorama Social de América Latina 2015. Documento informativo", "Panorama Fiscal de América Latina y el Caribe 2016: las finanzas públicas ante el desafío de conciliar austeridad con crecimiento e igualdad" y "Tributación para un crecimiento inclusivo".

Esos recientes estudios de la Cepal deben ser atendidos con sumo interés porque el retrato que ofrecen de la América Latina del presente permite extraer una gama de reflexiones y conclusiones para trazar nuevos caminos de acción ciudadana en la lucha por la construcción de una nueva economía y una nueva sociedad que garanticen el buen vivir en toda la región.

Expongo algunas ideas al respecto.

Está claro que la crisis económica que golpea a Latinoamérica, sobre todo desde 2015, continuará agravándose en el presente año y probablemente hasta 2017, lo cual se ha reflejado sobre todo en la caída del PIB, considerado un índice clave para determinar si hay crecimiento o derrumbe. Bajo esta coyuntura, los gobiernos que se han colocado en la mira de la crítica política y de la propaganda interesada en ello, son precisamente los que se identifican como progresistas y de nueva izquierda. Casi no importan los 'otros' gobiernos.

De manera que un formidable caudal de editoriales de prensa y artículos académicos —en los que hay que incluir autores y escritos provenientes de la socialdemocracia, de los marxistas ortodoxos y las izquierdas tradicionales— apuntan a convencer al mundo que se ha cerrado o acabado el ciclo de tales gobiernos, que su “modelo económico” ha fracasado e, incluso, se ha producido un abandono del progresismo para retornar al camino neoliberal y las viejas prácticas políticas de aquello que en Ecuador el presidente Rafael Correa bautizó como “partidocracia”.

Para las derechas intelectuales (y políticas, evidentemente) se ha demostrado que todo gobierno izquierdista es, más tarde o más temprano, un fracaso y, por tanto, hay que retornar a lo que es obvio: retirar al Estado, reducir el gasto público y entronizar nuevamente la competencia capitalista, el mercado libre y la empresa privada como motores naturales de la economía.

De acuerdo con los estudios de la Cepal, puede inferirse que los gobiernos renovadores de la región gozaron de condiciones económicas muy favorables cuando estuvieron altos los precios de los commodities, pero entraron en dificultades cuando llegó la crisis. El gran afectado resultó el mismo Estado, que ha sido el instrumento central para las inversiones sociales y el proveedor de los servicios públicos en educación, salud, seguridad social, vivienda, que la Cepal destaca igualmente como los logros más significativos de los gobiernos progresistas en la región.

Es que a la reducción del gasto público, especialmente de capital, se ha unido el aumento del déficit fiscal por la caída de los ingresos; además, se ha incrementado la deuda pública y se mantiene una baja carga tributaria, sobre todo frente al decil más rico de la población; persiste la “insuficiencia crónica” de la imposición patrimonial y hasta los avances en la lucha contra la evasión se han detenido. Ecuador está entre los países con mayores caídas en la inversión pública (Panorama Fiscal).

Los problemas económicos han debilitado ciertas capacidades estatales para continuar entregando a la sociedad aquellos servicios ya logrados; y los riesgos del desencanto ciudadano se han incrementado por el hecho de que no hay más medicinas urgentes para aquellos sectores vulnerables que las necesitan, la atención médica y la seguridad social igualmente se estancan o burocratizan, se posterga el pago a empresas medianas y pequeñas que proveyeron con bienes al Estado, se liquida a trabajadores estatales bajo contrato, se descuida la atención al sector de economía social y solidaria, o incluso se retrasa el pago de salarios y hasta de pensiones.

En Ecuador, a partir de 2015, pueden advertirse algunos giros contradictorios, pues al mismo tiempo que se ha acudido a ciertas flexibilizaciones laborales, se inclinan acciones a favor de altos sectores empresariales privados (lo he señalado en varios artículos del diario *El Telégrafo*).

Puede comprenderse que esas son las circunstancias que han permitido el resurgir de unas derechas agresivas, que ahora se lanzan al ataque directo para terminar con todo, como ocurre en Venezuela; buscan la desestabilización gubernamental como en Brasil o acentúan sus propósitos de 'restauración conservadora' para llegar al poder en las elecciones de 2017, como ocurre en Ecuador, con el firme propósito de 'des-correizar' a la sociedad; y todo ello acicateado por el triunfo de su 'causa' al lograr la presidencia en Argentina, ganar la mayoría legislativa en Venezuela o la derrota de la reelección presidencial en el referéndum de Bolivia.

Se experimentará como nuevo triunfo la reciente votación en el congreso a favor del juicio político a la presidenta Dilma Rousseff en Brasil.

La contracción económica, de acuerdo con la Cepal, es particularmente visible en Suramérica, que en 2016 tendrá un decrecimiento del -0.8 %, sobre todo por los ritmos del -2 % en Brasil y -7 % en Venezuela (Balance). Pero

las culpas son magnificadas y atribuidas específicamente a los gobiernos progresistas de la región.

Sin embargo, no dejan de inquietar seriamente algunos resultados sociales porque, de acuerdo con la Cepal (2013 y 2014) Venezuela proyectó un incremento de la pobreza al igual que Guatemala y México, en tanto disminuyó la pobreza en Brasil, Colombia y Ecuador; la tasa de pobreza cayó en la mayoría de países entre 2010-2014, pero se elevó a un ritmo anual de entre 2 y casi un 5 % en Honduras, México y Venezuela, países a los que también acompañó un incremento de la brecha y la intensidad de la pobreza, debido a un decrecimiento de los ingresos.

Por otra parte, la tasa de inflación se aceleró al 68.5 % en Venezuela y al 23.9 % en Argentina (2014), en tanto el promedio inflacionario en 20 países de la región fue del 8.4%. Sin embargo, las reducciones más importantes en el coeficiente de Gini (desigualdad del ingreso) entre 2010-2014 se registraron en Uruguay (-2.7 % anual), Argentina (-2.3 %) y Ecuador (-2.2 %) (Panorama Social, p. 9-13).

Frente a ese panorama, el contraste persiste con respecto a la concentración de la riqueza y a la capacidad de los gobiernos para cobrar impuestos a quienes más concentran la riqueza.

De acuerdo con la Cepal, “entre 2002 y 2015 las fortunas de los millonarios de América Latina crecieron en promedio un 21 % anual, es decir, un aumento superior al del PIB de la región”; y en 2014, el 10 % más rico de la población había amasado el 71 % de la riqueza, de modo que si esta tendencia continúa “dentro de seis años el 1 % más rico de la región tendría más riqueza que el 99% restante”, a lo cual hay que añadir que la tasa impositiva media efectiva para el 10 % más rico “solo equivale al 5 % de su ingreso disponible” (tributación).

Por tanto, América Latina continúa como la región más inequitativa del mundo y las fortunas se sienten protegidas con tasas impositivas bajas.

No hay duda que mientras no se altere en su raíz el sistema capitalista, en el cual se ha legalizado la apropiación económica privada del valor socialmente generado, una de las formas más efectivas para la redistribución de la riqueza es el cobro de impuestos directos y proporcionales, de manera que quien más posee, más pague.

Pero los estudios de la Cepal han comprobado una serie de realidades: aunque la recaudación tributaria ha mejorado en la última década y entre 2000-2013 la tasa impositiva media subió del 16 del PIB al 20.6 %, todavía se halla en un nivel inferior con respecto al promedio de los países miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), que llega al 34.1 %; la evasión y la elusión de impuestos se impone a tal punto que es significativamente mayor que el total del gasto público de inversión que realiza toda Latinoamérica; la región tiene bajas tasas impositivas efectivas, pues en promedio llegan apenas al 2.3 %, mientras en la Unión Europea es de 13.3 % (tributación).

Adicionalmente, cabe señalar que en América Latina es difícil -quizás imposible- encontrar millonarios capaces de solicitar que les cobren impuestos, como lo han hecho recientemente en los EE. UU. más de 200 “millonarios patriotas” (entre ellos Morris Pearl, Eric Schoenberg, Scott Nash), que en noviembre de 2015 acudieron al Congreso de los EE. UU. para solicitar que se creen mayores impuestos para los ricos y, al propio tiempo, se eleven los salarios de los trabajadores (*Agencia EFE*, noviembre 2015).

A ello se suma el hecho de que las fortunas latinoamericanas, que tienen baja carga tributaria, también huyen de la región o se refugian en otros lugares para evadir impuestos. Es el marco del escándalo evidenciado a propósito de los “Papeles de Panamá”, cuya intención inicial fue, al parecer, la de lograr el desprestigio selectivo de algunos gobiernos progresistas.

El estudio de la Cepal, publicado antes de que aparecieran los *Panama papers*, ya señalaba: “los paraísos fisca-

les y los abusos en relación con los impuestos corporativos están destruyendo el contrato social entre el gobierno y el ciudadano, al permitir que los que podrían aportar más a la sociedad no paguen los impuestos que les corresponden en justicia”.

El llamado escándalo de las cuentas secretas en Suiza o *Swissleaks* reveló 52 600 millones de dólares de fondos de residentes de América Latina en cuentas del banco HSBC en Suiza en 2006 y 2007, el equivalente a un 26 % del total de la inversión pública en salud en toda la región (tributación). Una referencia que me ha recordado, de inmediato, el libro *Una Suiza por encima de toda sospecha* (1977), de Jean Ziegler, (parlamentario suizo y funcionario de la ONU que en 1964 sirvió como chofer al Che Guevara en su visita a Ginebra), quien calificó como “nación de encubridores” a la Suiza de los bancos y el secreto bancario al servicio de la oligarquía mundial.

Desde luego, los paraísos fiscales tienen sus defensores. Daniel Lacalle, economista, gestor de fondos y autor de varios “best sellers”, se refiere al tema en “Diez mitos sobre los paraísos fiscales” (El Confidencial, abril 2013) y sus razonamientos sirven como modelo. Todo es ‘legal’, aunque el contraste resulte paradójico, pues a Dilma Rousseff se le puede seguir más rápido un juicio parlamentario a todas luces ilegal y amañado, mientras se libra de culpas a políticos de alto nivel abierta y claramente identificados en los “Papeles de Panamá”.

De otra parte, la Cepal reconoce que lo tradicional ha sido aumentar impuestos al consumo, así como otorgar un trato excesivamente generoso en exoneraciones a las corporaciones extranjeras; pero añade que lo esencial es incrementar los impuestos directos sobre las rentas, rendimientos del capital, patrimonios y herencias.

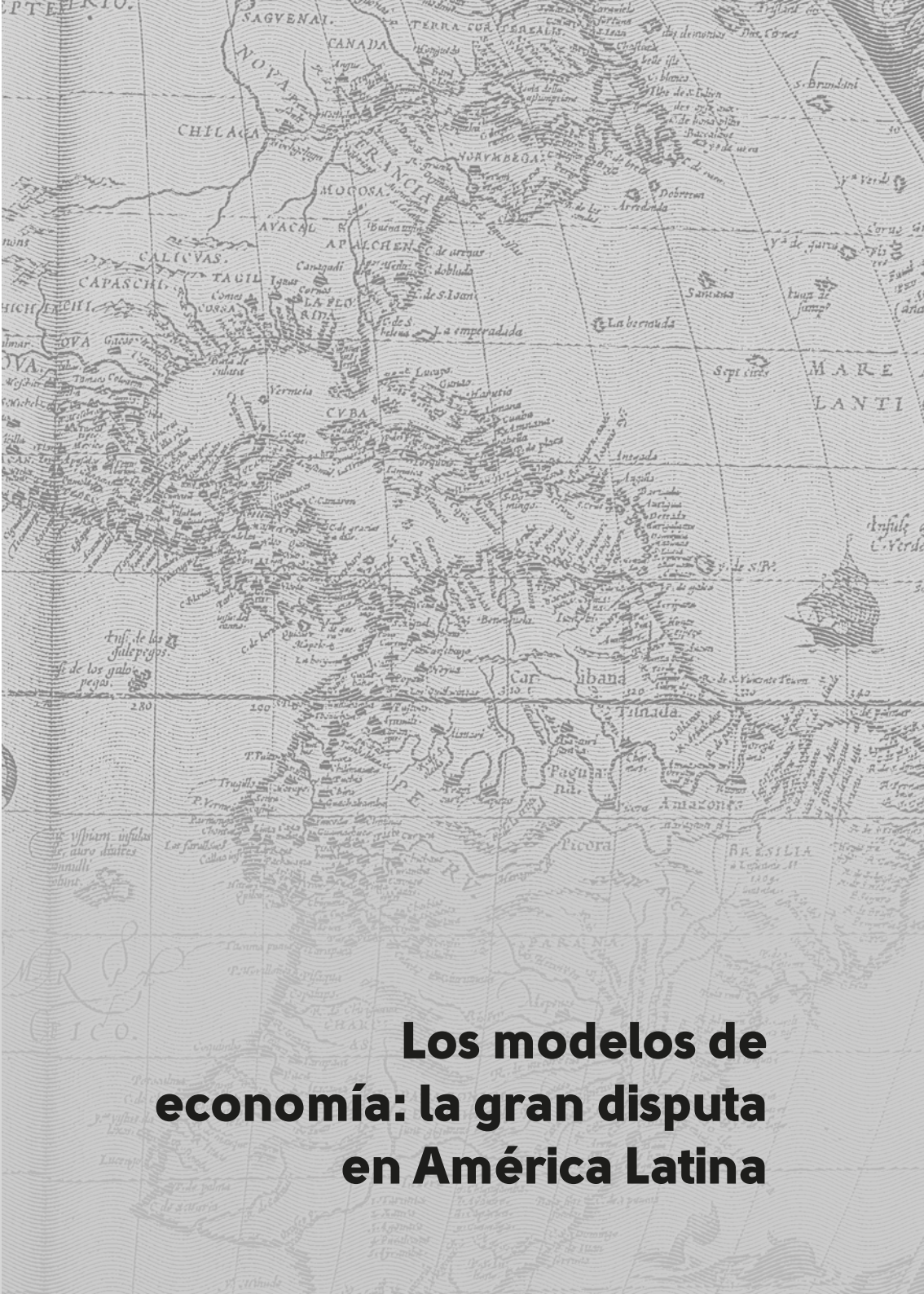
Precisamente entre sus recomendaciones está la de lograr al menos una relación del 20 % entre los impuestos y el PIB, así como elaborar una hoja de ruta de incrementos

de un 5 % anual; y, además, “otorgar prioridad a la erradicación de la evasión y la elusión de impuestos, mediante el compromiso de lograr una reducción del 50 % en un plazo de cinco años y una reducción del 75 % en diez años”, con un plan regional de acciones agresivas, con nuevas leyes tributarias y también el combate al uso de paraísos fiscales. La media de la recaudación tributaria en América Latina entre 2000-2013 representa el 20 % sobre el PIB; Brasil la sobrepasa con el 36 % y le siguen Argentina (31 %), Bolivia (28 %), Uruguay (27 %), Costa Rica (22 %), Chile y Colombia (20 %), porque los otros once países tienen recaudaciones menores.

Además, en conjunto, 18 países latinoamericanos no llegan al promedio de la recaudación de los 34 países de la OCDE, que asciende al 34 % del PIB. Por tanto, llama la atención que el Ecuador (19 %), Nicaragua (19 %) y Venezuela (14 %), considerados entre los países con gobiernos de nueva izquierda, tengan promedios de recaudaciones tributarias que no llegan a la media latinoamericana sobre el PIB.

Esta situación induce a considerar que los gobiernos progresistas y de nueva izquierda en América Latina han podido controlar el poder del Estado con apoyo ciudadano, y a través de él, lograr importantes transformaciones sociales, extendiendo servicios de salud, educación, seguridad social, vivienda —de un amplio beneficio social—, así como obras públicas y de infraestructura a favor de toda la nación.

Pero, al momento de destaparse la crisis económica, los gobiernos progresistas demuestran que todavía no han topado a las clases ricas, que falta una decisiva acción para imponer fuertes impuestos a quienes concentran en exceso los ingresos y que la redistribución de la riqueza merece radicalizar las políticas estatales.



Los modelos de economía: la gran disputa en América Latina

De acuerdo con el profesor británico e historiador John Lynch, los caudillos eran jefes regionales, cuyo poder nació del control directo de las haciendas, pues a través de la propiedad de los territorios controlaban recursos y trabajadores. La colonia no favoreció el caudillismo, que fue un fenómeno nacido con las guerras por la independencia sobre la base del dominio personal, con una relación entre patrono y clientes subordinados que podía crecer desde lo local a lo nacional, aunque el poder seguía siendo personal y no institucional (Lynch, 1993 y 2001).

Al caudillo favoreció el régimen presidencialista latinoamericano adoptado al fundarse las repúblicas, de modo que durante el siglo XIX la región estuvo llena de caudillos y cada historia nacional da cuenta de ellos.

El hecho que las figuras personales se imponían a las instituciones, deriva de una especie de 'privatización' del poder económico, ya que durante la vigencia de la hacienda y del régimen oligárquico determinado por ella, tan característico del siglo XIX, en América Latina eran las familias terratenientes y sus patriarcas las que directamente controlaban los procesos económicos y las relaciones con la fuerza de trabajo, sin que el Estado pudiera ingresar sobre ellos y ejercer su imperium mediante las leyes y las instituciones.

Además, eso facilitó a la oligarquía dominante el control del Estado, de manera que desde la propia institucionalidad pudo garantizar una doble situación: de una parte, la implantación de un régimen político largamente excluyente para las mayorías nacionales a través de diversos mecanismos como el voto censitario; y, de otra, un verdadero retiro o ausencia del Estado en la economía, pues la producción y el

trabajo estaban en manos de una elite de ricos y propietarios, aliados con comerciantes y banqueros.

El poder privado en la economía se impuso al poder político del Estado y la oligarquía a las instituciones estatales frecuentemente por intermedio de sus caudillos. Un círculo sin salida, porque el Estado no intervenía ni regulaba la economía debido a que el sistema oligárquico lo impidió, al propio tiempo que la 'iniciativa privada' estaba en manos de una elite social parasitaria y rentista, alejada por completo de los rasgos y valores de las burguesías revolucionarias que levantaron el capitalismo.

Los liberales en toda Latinoamérica, así como los radicales en países como México, Argentina e incluso Ecuador, cuestionaron el poder terrateniente aliado a los conservadores y a la iglesia católica, al que calificaron como "feudal". El ascenso liberal y radical acompañó a las incipientes burguesías y desde mediados del siglo XIX se implantaron regímenes liberales en México o Argentina, aunque en Ecuador fue tardío, porque el triunfo armado del caudillo radical Eloy Alfaro se produjo en 1895.

Pero los liberales no lograron alterar el régimen oligárquico, aunque provocaron avances y modernización del Estado, los derechos individuales, la legislación civil y la cultura laica. En materia económica confiaron en las virtuales de la empresa privada, alentando el desarrollo de sectores burgueses identificados con las exportaciones primarias, el comercio, los bancos y las primeras manufacturas e industrias. Además, no eran partidarios de la intervención del Estado en la economía, lo cual coincidía con un mundo internacional de hegemonía occidental, en el que primaron las ideas del mercado libre.

Esquemáticamente puede decirse que durante el siglo *XIX-histórico* los Estados latinoamericanos, hegemonizados por la misma oligarquía que controlaba la economía, no intervinieron en esa esfera, limitándose al manejo de la hacienda pública, la administración de algunos impuestos (el más importante fue sobre el comercio externo) y la reali-

zación de ciertas obras materiales. Liberales y radicales extendieron algunos servicios, consolidaron derechos individuales y promovieron la modernización de tipo capitalista, pero sin crear Estados intervencionistas en lo económico, que siguió casi exclusivamente en manos privadas.

Con la Revolución mexicana (1910), con los gobiernos mal llamados ‘populistas’ (Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Juan Domingo Perón en Argentina), y con la Revolución Juliana (1925-1931) en Ecuador, se afirmó el intervencionismo estatal en la economía, y además con rasgos nacionalistas y antimperialistas. Los gobiernos julianos en Ecuador impusieron el papel rector del Estado en la economía monetaria y financiera mediante la creación del Banco Central y fueron pioneros en institucionalizar derechos sociales y políticas estatales para atenderlos y garantizarlos.

Pero fue durante las décadas del *modelo desarrollista* en los años sesenta y setenta del pasado siglo cuando el Estado pasó a ser un activo agente de la economía e, incluso, un verdadero promotor de la empresa privada y de la modernización capitalista.

Influyó en ello el pensamiento de la Comisión Económica para América Latina (Cepal) que para inicios de los sesenta contaba con una serie de investigaciones socioeconómicas sobre la región y con propuestas innovadoras para los ‘cambios de estructura’ a través de las reformas agraria, administrativa, tributaria, industrial y del comercio exterior; pero también fue decisivo —al menos durante el primer lustro de los sesentas— el desarrollista programa Alianza para el Progreso.

El *desarrollismo* permitió la definitiva superación del régimen oligárquico como ocurrió en Ecuador y consolidó el camino capitalista latinoamericano de la mano del Estado como instrumento para la promoción empresarial, la provisión de servicios, la realización de amplias obras públicas, el flujo de recursos a través de planes para el desarrollo, la reingeniería administrativa e institucional y también la integración regional, limitada por objetivos simplemente

empresariales. Incluso fue favorecido el ingreso del capital extranjero, lo cual reforzó lazos económicos con los EE. UU. y la extensión de la Guerra Fría a todo el continente, que derivó en las dictaduras terroristas del Cono Sur de América Latina, implantadas desde 1973.

Con el inicio de la década de 1980 el esquema desarrollista se alteró. En 1982 estalló el problema de la deuda externa, que alimentó la presencia del Fondo Monetario Internacional (FMI) y sus condicionamientos a los gobiernos a través de las “cartas de intención”, que impusieron el retiro del Estado, las privatizaciones y el desenvolvimiento de la economía de la mano de la empresa privada y del mercado libre, considerados como las fuerzas naturales de la civilización occidental.

A los pocos años, a consecuencia de la perestroika iniciada por la URSS, se produjo el derrumbe del bloque socialista y con ello el ascenso hegemónico y unipolar de los EE. UU., el triunfo de la globalización transnacional y el predominio ideológico del neoliberalismo y del “Consenso de Washington”.

El nuevo contexto mundial tuvo un impacto decisivo en América Latina, porque las economías de los distintos países (exceptuando Cuba, que a partir de 1990 tuvo que entrar al ‘período especial’) definitivamente quedaron presas de las concepciones neoliberales y, por consiguiente, avanzó el retiro del Estado y floreció el dominio empresarial privado.

Ocurrió algo parecido a la época del sistema oligárquico, porque una economía privatizada fue acompañada por Estados subordinados a los intereses privados. Este ‘modelo’, si bien levantó como nunca antes la vía capitalista de la región, convirtió a América Latina en la más inequitativa del mundo, agravando las condiciones de vida y de trabajo de amplios sectores populares.

Con los gobiernos posneoliberales del nuevo milenio se marcó un nuevo ciclo en la historia contemporánea de América Latina.

Gracias a la recuperación del Estado como agente económico y a la nueva institucionalidad que dichos gobiernos supieron fortalecer en Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Uruguay, Nicaragua (relativamente Chile), así como por el giro radical en las concepciones políticas y económicas, el neoliberalismo fue arrinconado como tendencia otrora dominante, se realizaron grandes e importantes inversiones públicas, fueron destinados enormes recursos al fortalecimiento de los servicios públicos y las políticas sociales (educación, seguridad social, atención médica, salud, vivienda), de manera que mejoraron significativamente las condiciones de vida y de trabajo de las poblaciones nacionales.

Además, se hizo énfasis en la redistribución de la riqueza y se subordinó a las capas más ricas y a los empresarios concentradores del capital, a los intereses ciudadanos y del nuevo Estado transformador. Los logros sociales de los gobiernos progresistas están definitivamente avalados por diversos informes de la Cepal, el Banco Mundial (BM), el FMI y el PNUD, para citar fuentes internacionales oficiales, y además por estudios e investigaciones académicas en revistas especializadas.

Las élites económicas que vivieron tan bien bajo el modelo empresarial-neoliberal, hoy ya no están dispuestas a que continúen regímenes políticos que no controlan. Con el paso de los años aprendieron a dar sus propias batallas, a internacionalizar sus estrategias y apoyarse en los intereses imperialistas, igualmente dispuestos a no dejar que el triunfo del capital en el mundo globalizado sea cuestionado. En este telón de fondo se explica la conformación de un sólido frente de enemigos de los gobiernos progresistas: el imperialismo, los medios de comunicación privados más influyentes y las derechas económicas y políticas, que defienden los intereses de los altos empresarios y de la clase política más tradicional.

Sin duda, esa tripleta ha avanzado y con relativo éxito. Han acudido a todo tipo de estrategias, bien directamente o a través de voceros e intermediarios: intentaron golpes de

Estado en Venezuela (2002), Bolivia (2008) y Ecuador (2010); en Honduras (2009) inauguraron el golpe blando-institucional (2009) destituyendo a Manuel Zelaya; en Paraguay igualmente (2012) contra Fernando Lugo; y ahora (2016) en Brasil, con un golpe parlamentario-judicial contra Dilma Rousseff; pudieron retomar la presidencia en Argentina con Mauricio Macri (2015) y derrotar en el referéndum la propuesta reeleccionista de Evo Morales (2016) y lanzaron la guerra económica contra el presidente Nicolás Maduro en Venezuela.

En Ecuador, no solo han redoblado la lucha 'anti-correísta' utilizando todo lo utilizable, sino que, en la coyuntura creada por la catástrofe que ocasionó el terremoto en la región costanera norte del país, se han lanzado con una agresividad que antes no demostraron, contra el Estado intervencionista y su "excesivo gasto público" y contra los impuestos, mientras se silencia el hecho más escandaloso del presente: gracias a los "Panama papers" se han conocido los nombres de empresas y políticos, que han desviado 25 mil millones de dólares (la cuarta parte del PIB del Ecuador) a los paraísos fiscales, para eludir al Estado y a los impuestos.

Los errores cometidos por los gobiernos democráticos y de nueva izquierda, en las circunstancias recesivas agudizadas desde 2015, son parte del problema, de modo que lo único que cabe esperar es la potenciación de la crítica y de la autocrítica.

Pero ese no es el problema central que vive América Latina. El eje de la confrontación latinoamericana está ahora, muy claramente, en la lucha entre dos modelos de economía: uno, basado en la idea de que el mercado libre, la empresa privada, los buenos negocios, la globalización transnacional y la ausencia de Estado regulador e interventor tienen que determinar la ruta del futuro; y otro que considera que la economía tiene en el Estado un poderoso agente para el desarrollo (como lo ha demostrado la historia latinoamericana), que a través de él hay que proveer servicios que atiendan los derechos colectivos y ciudadanos a la

educación, salud, medicina, seguridad social, vivienda, paz; que la economía se orienta al servicio de la sociedad y no de élites; que debe redistribuir la riqueza y cobrar impuestos directos y progresivos para ello; y que, en definitiva, se orienta para la construcción futura del Buen Vivir, con sentido latinoamericanista y, en última instancia, propende a la creación de un sistema que supere el capitalismo.

Apenas llegó al poder, Mauricio Macri comenzó en Argentina el retorno al neoliberalismo. Tan pronto llegó a la presidencia Michel Temer en el Brasil, conformó un gabinete (sin mujeres ni afrobrasileños) con personajes de la derecha tradicional y gente de empresa; suprimió el Ministerio de Cultura; anunció la reducción del gasto público y de la burocracia, la revisión del sistema de seguridad social y de pensiones (a fin de privatizarlo), nuevo estatus para un Banco Central autónomo, apertura al mercado internacional de inversiones, aumento de la participación extranjera en el sector energético, aliento a la inversión privada, y en camino otras “medidas duras” para “restaurar” la confianza empresarial en el país y “salir adelante”.

Argentina y Brasil pasan a ser el espejo de lo que sucederá en América Latina si es que triunfan las élites empresariales, el imperialismo y los medios de comunicación a su servicio. Una serie de actores políticos serán las figuras visibles, pero tras bastidores son esas fuerzas señaladas las que actúan para reposicionar sus intereses en la región, contra cualquier gobierno progresista.

13 de mayo de 2016



A inicios del siglo XIX, en diversas regiones de lo que hoy se llama América Latina, se iniciaron las luchas por la independencia, a fin de romper con el colonialismo ibérico. El proceso culminó con las batallas de Junín y Ayacucho en 1824. Al mismo tiempo, en las diversas regiones emancipadas, se establecieron una veintena de países, aunque el coloniaje siguió en Cuba y Puerto Rico, que solo se independizaron de España en 1898.

Pero la construcción de los diversos Estados nacionales latinoamericanos se convirtió en una tarea titánica porque, a raíz del proceso independentista, se consolidaron los regímenes oligárquicos, que frustraron los ideales republicanos de libertad, democracia, soberanía e igualdad, forjados durante la época de las revoluciones anticoloniales.

A la par, como países 'libres', los latinoamericanos debieron confrontar un mundo absolutamente distinto al de la época colonial, pues en Europa y los Estados Unidos habían nacido potencias capitalistas y expansionistas, que no dudaron en competir por incorporar los nacientes países a su órbita económica y de influencia geopolítica.

Para asegurar su presencia en todo el continente, en el siglo XIX surgieron en los EE. UU. dos políticas diplomáticas: el monroísmo y el destino manifiesto (*Manifest Destiny*). El presidente James Monroe (1817-1825) fue quien proclamó "América para los americanos", una consigna que, si bien intentaba frenar cualquier intento de reconquista colonial europea, se convirtió en norma de comportamiento de los EE. UU. en el continente.

A ella se unió la idea, propuesta por John L. O'Sullivan (julio de 1845) y escrita por primera vez en la *U.S. Magazine and Democratic Review* (5), según la cual "nuestro destino manifiesto es abarcar el Continente", que de inmediato se

transformó en otra norma de conducta para justificar las intervenciones norteamericanas en Latinoamérica en pleno siglo XIX, como la ocurrida en México (1846-1848), que cercenó al país medio territorio, o la “guerra cubano-hispano-americana” (1898) a través de la cual los EE. UU. intervinieron en Cuba.

El americanismo contenido en las ‘doctrinas’ señaladas tuvo su punto culminante con Theodore Roosevelt (1901-1909), quien sin empacho alguno proclamó no solo el dominio norteamericano en todo el continente, sino el “derecho” a la intervención directa para defender los intereses económicos estadounidenses. El “corolario Roosevelt”, como ha sido denominada esta comprensión del monroísmo, inauguró la era del imperialismo norteamericano.

Desde luego, el expansionismo de los EE. UU sobre América Latina despertó fuerzas patriotas dispuestas a enfrentar esa diplomacia ‘americanista’, que arrasaba con cualquier principio de soberanía nacional en la región. En Ecuador, el liberal radical Eloy Alfaro (1842-1912), si bien admiraba a ese país norteamericano, también comprendió el manejo interesado del monroísmo; y, con el propósito de examinar la manipulación de esa doctrina, convocó a un congreso internacional de las naciones del continente que se realizó en México, a partir del 10 de agosto de 1896.

Ese congreso fue abiertamente boicoteado por Mr. Olney, Secretario de Estado de los EE. UU., quien incluso llegó a argumentar que el Ecuador carecía del “prestigio” suficiente para acometer semejante reunión. En consecuencia, a la cita en México solo acudieron los representantes de ocho Estados: Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua y República Dominicana. Pero allí se aprobó un documento de enorme trascendencia antiimperialista, pues sostuvo que la Doctrina Monroe había sido utilizada, desde sus inicios, a voluntad de los EE. UU., y era necesario someterla a un análisis jurídico a fin de que se sujetara a un derecho público internacional consensuado por toda América.

La experiencia de las reacciones latinoamericanas indujo a que los EE. UU. cambiaran de estrategia sobre la región, de manera, que al calor de la expansión imperialista, se articuló un camino basado en el 'consenso' de todos los países. Por esa vía, en la IV Conferencia Interamericana de 1910, celebrada en Buenos Aires, se aprobó la creación de la "Unión Panamericana", que fue el antecedente histórico para el nacimiento, décadas más tarde, de la OEA en abril de 1948.

El panamericanismo dio continuidad al monroísmo en el siglo XX y lucía como el gran paraguas de convergencia continental. Pero el mundo cambió con el avance del nuevo siglo: estalló la Primera Guerra Mundial (1914-1918); se produjo la Revolución rusa (1917), de la cual nació la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el primer país socialista en el mundo; sobrevino la crisis de los años treinta; luego la Segunda Guerra Mundial (1939-1945); la expansión de los países socialistas en Europa del Este; y la Revolución cubana.

El panamericanismo quedó agotado. En su reemplazo llegó la OEA y, además, en plena Guerra Fría, de modo que la flamante institución tuvo como base ideológica la defensa del mundo occidental, de su democracia y sus valores, y, en última instancia, por tanto, la preservación del continente americano como espacio propio del capitalismo bajo hegemonía norteamericana.

Nunca se imaginó en la OEA que, a 90 millas de los EE. UU., en la isla de Cuba, se implantara el primer país socialista del continente. Así es que la defensa y preservación de la 'democracia' en América y contra el 'comunismo' internacional, transformaron a la OEA en un instrumento renovado de la política exterior estadounidense. El 'lavado de cerebro' que significó la implantación de la guerra fría en América Latina, a raíz de la Revolución cubana, fue de tal magnitud que el bloqueo a la isla, implantado primero por los EE. UU., derivó (por presión norteamericana) en la expulsión de Cuba

de la OEA el 31 de enero de 1962, con una resolución que contó con 14 votos a favor, el de Cuba en contra, y seis abstenciones: Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Ecuador y México.

El bloqueo se impuso contra viento y marea. En el resto del continente despegaron las acciones injerencistas para terminar con gobiernos 'izquierdistas', implantar dictaduras anticomunistas y garantizar un principio de la diplomacia continental subyacente en todo momento con apariencia de consenso por el mundo 'libre' y por la 'democracia': "América es para los americanos". La OEA se estableció como institución de ese mundo, aunque nada hizo frente a las dictaduras terroristas del Cono Sur, implantadas, paradójicamente, para garantizar una América Latina 'libre', 'democrática', pero sin 'comunismo'.

Los tiempos han cambiado desde aquellas épocas. El derrumbe del socialismo alteró la historia mundial, no solo por haber provocado el fin de la Guerra Fría, sino, sobre todo, porque se entronizó la globalización transnacional, la hegemonía unipolar de los EE. UU. y el neoliberalismo como la moderna ideología económica.

Las décadas de los ochenta y noventa en América Latina fueron las de la consagración de los principios neoliberales, impuestos a consecuencia de la crisis de la deuda externa y las acciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) en la región.

Por primera vez, sin el peligro de sistemas alternativos, parecía cumplirse el sueño de una América para los americanos, unificada por la misma misión económica: hacer del continente el espacio ejemplar para el mercado libre, la empresa privada y los capitales transnacionales. No hubo gobiernos que escaparan a esas orientaciones, e incluso algunos gobernantes latinoamericanos procuraron convertirse en un ejemplo de subordinación al ideal neoliberal.

Las consecuencias de semejante modelo han sido ampliamente estudiadas en América Latina y particularmente resaltadas en lo económico y social por la Cepal. Ha

quedado en claro que las desregulaciones, aunque beneficiosas al consumismo generalizado y el auge empresarial, concentraron la riqueza como nunca antes, agravaron las condiciones de vida y de trabajo de los sectores medios y populares y afectaron a las funciones e instituciones del Estado. En Argentina, la crisis de diciembre de 2001, a raíz del corralito, condujo a que se sucedieran cinco presidentes en pocos días; y en Ecuador, entre 1996 y 2006 los únicos tres presidentes electos fueron derrocados. En ambos países, las revueltas ciudadanas coreaban: “¡Qué se vayan todos!”.

Al iniciarse el nuevo milenio América Latina sufrió otro remezón, comparable al que décadas antes ocasionó la Revolución cubana.

Los gobernantes progresistas pusieron en riesgo el ‘modelo’ neoliberal continental y también la hegemonía de los EE. UU. Y para garantizar una política de auténtica coordinación latinoamericanista, encararon la creación de otras entidades, distintas a la OEA, para que se constituyeran en el foro de las discusiones y orientaciones para una nueva integración.

En ese marco nacieron la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur, 2008 y constitución definitiva en 2011) y, sobre todo, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac, 2010). Durante la IV Cumbre realizada en Quito, en enero de 2016, el presidente ecuatoriano, Rafael Correa, fue muy claro en plantear la necesidad de un nuevo sistema interamericano y expresó: “necesitamos un organismo latinoamericano y caribeño capaz de defender los intereses soberanos de sus miembros; la OEA nos alejó de ese propósito reiteradamente”. Añadió que ese organismo debía ser la Celac, que incluso tendría que reemplazar a la OEA, “que jamás funcionó adecuadamente, pero que es más anacrónico que nunca”; por lo cual la OEA debería convertirse en el ente de los problemas del norte, pues “las Américas al norte y al sur del Río Bravo son diferentes” (Telesur, enero 2016).

Puede entenderse que los gobiernos progresistas y de nueva izquierda en América Latina destaparon las reacciones de varios sectores afectados por la alteración de la economía tradicional, del régimen político que otrora controlaban y por la promoción de las clases medias, trabajadores y sectores populares como ejes de los nuevos poderes en el Estado. Partidos tradicionales, élites empresariales aferradas al neoliberalismo, medios de comunicación vinculados con estos intereses y, sin duda, el imperialismo, no han escatimado ninguna estrategia para detener a los gobiernos de nueva izquierda e incluso para derrocarlos.

En ese marco, la crisis económica desatada a partir de 2015, una serie de debilidades y errores de los propios gobiernos de nueva izquierda, así como la sucesión del triunfo presidencial de Mauricio Macri en Argentina, el golpe de Estado institucional contra Dilma Rousseff, en Brasil, y la pérdida del referendo en Bolivia sobre la reelección del presidente Evo Morales, han creado el marco nacional para que las derechas políticas y económicas refuercen el camino para su restauración en el poder, ante lo que se ha dado en calificar como ‘fin de ciclo’ de los gobiernos progresistas.

Aprovechando la misma coyuntura, también ha renacido el interés ‘americanista’ por intentar recobrar para la OEA el papel protagónico en defensa de la ‘democracia’ y con el fin de acabar con el impulso que en otro momento alcanzaron Unasur y Celac.

El relativo debilitamiento de Unasur y la Celac ha creado el espacio para que el Secretario General de la OEA, Luis Almagro, se lance por la recuperación de la entidad en el accionar continental. Pero lo ha hecho precisamente en el viejo espíritu con el que nació esa misma institución, porque le interesa, de repente, aplicar la Carta Democrática a Venezuela.

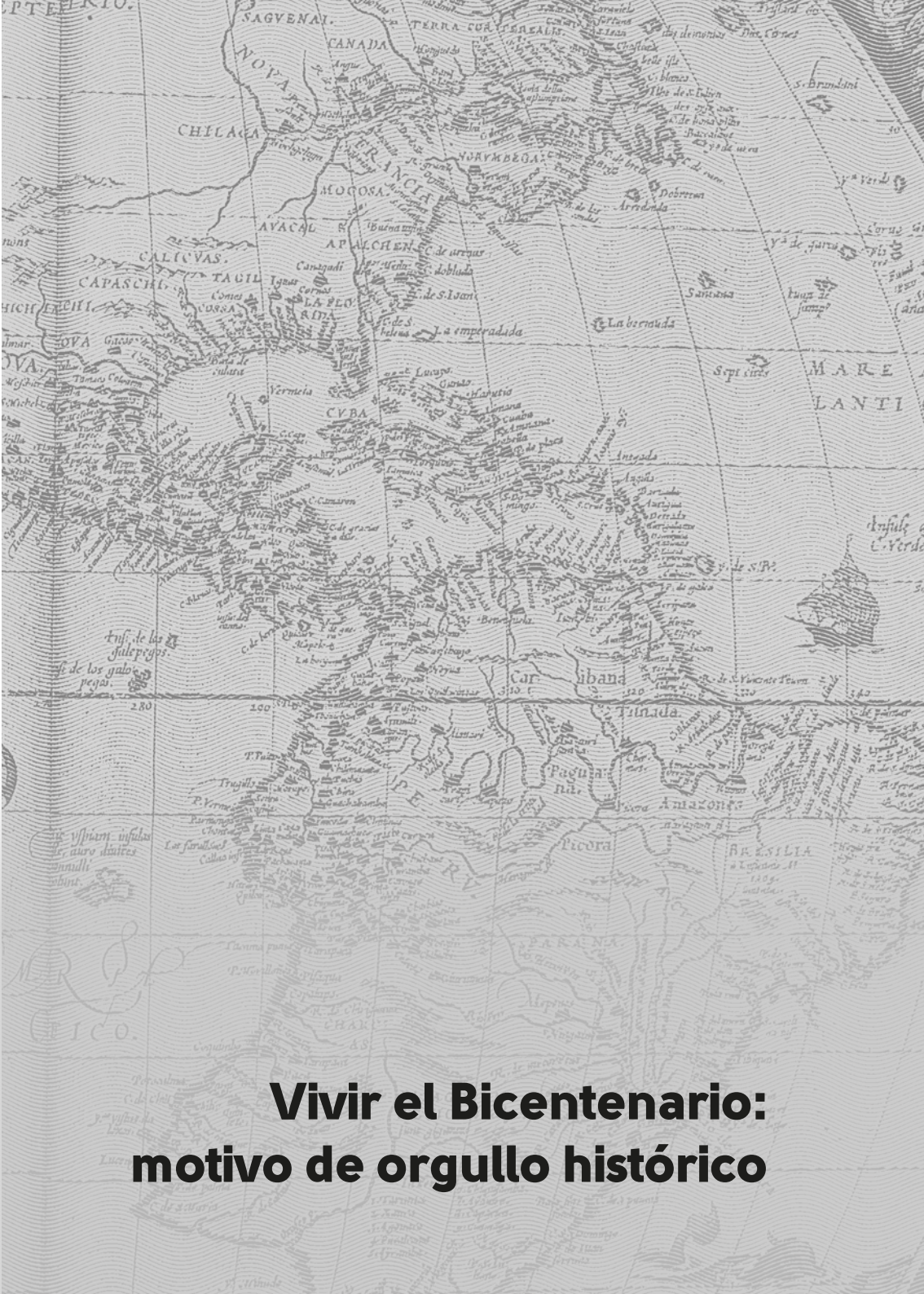
En efecto, en la reunión del pasado 23 de junio (2016), Almagro sostuvo: "El Consejo Permanente debe mantenerse del lado correcto de la historia y defender a un pueblo

que necesita voz"; añadió: "Estimo que existe una grave alteración del orden constitucional y democrático en Venezuela"; y concluyó: "El que debería ser uno de los países más ricos de la región se encuentra más bien enfrentando niveles de pobreza sin precedentes, una severa crisis humanitaria y uno de los más altos índices de delincuencia en el mundo", por todo lo cual

el Consejo Permanente debería tomar las medidas necesarias para atender a la crisis humanitaria sin precedentes e innecesaria que sufre Venezuela [...], expresarse claramente sobre los prisioneros políticos [...] y apoyar la voluntad del pueblo venezolano en su llamado a un referendo revocatorio (*Martí Radio Televisión*, junio 2016).

Tras cuatro horas de discusiones la OEA no llegó a ninguna posición contra Venezuela. Pero la derrota de Almagro y de la OEA no puede tomarse como definitiva. Si tendría éxito la gestión para que efectivamente se considere que en Venezuela existe una 'crisis humanitaria' y que se aplique la Carta Democrática, entonces queda abierto el camino para la injerencia y la intervención e, incluso, la posibilidad de apartar de la OEA a Venezuela. El viejo camino de lo que ya vivió Cuba.

En la geopolítica continental por el 'americanismo', América Latina tiene que volver sobre el fortalecimiento de sus propias instituciones, de manera que la coyuntura debe servir para retomar el camino de consolidación de entidades como ALBA, Unasur y Celac, que expresan los intereses específicos de la región, y que son distintos a los de EE. UU, país con el cual las mejores relaciones solo pueden basarse en el respeto mutuo a las soberanías nacionales latinoamericanas y a sus propios 'modelos' de economía, sociedad y política.



Vivir el Bicentenario: motivo de orgullo histórico

América Latina y el Caribe viven un momento especial en su historia inmediata: estamos conmemorando el bicentenario de las independencias contra el coloniaje.

Si se considera que Haití fue el primer país en liberarse del colonialismo francés en 1804, que los procesos independentistas en la Hispanoamérica de la época arrancaron en 1808 con las reuniones conspirativas de una elite de patriotas quiteños y que en 1824 se produjeron las batallas de Junín y Ayacucho, con las que se dio fin al colonialismo español en el continente, cabe entender que todavía tenemos varios años para celebrar el bicentenario. Queda desfazado el bicentenario independentista de Cuba y Puerto Rico, que recién se liberaron en 1898.

El grueso de las conmemoraciones ocurrió entre 2009 y 2011. Y esto porque en 1809 se produjeron los movimientos revolucionarios de Chuquisaca, La Paz (actual Bolivia) y Quito (Ecuador), a los cuales siguieron los primeros gritos independentistas de Buenos Aires, Santiago de Chile, Caracas, Bogotá y México en 1810, prosiguieron los de El Salvador y Asunción en 1811, y desde 1812 la generalizada guerra en las distintas regiones hispanoamericanas para romper con el dominio colonial.

En el período entre 1809 y 1811 caracterizó al proceso independentista la instalación de las primeras Juntas Soberanas de gobierno en la mayoría de las ciudades nombradas. De las proclamas autonomistas y todavía fieles al rey de aquellas Juntas, pronto se pasó al independentismo total, en lo que fue pionera Caracas el 5 de julio de 1811, a la que siguió Cartagena de Indias el 11 de noviembre.

En el territorio que es hoy Ecuador, la Junta instalada el 10 de agosto de 1809 fue cercada y sus principales líderes masacrados, junto a unos trescientos habitantes de Quito, en la escandalosa represión del 2 de agosto de 1810. Esa matanza no solo definió a esta capital por la independencia, que solo se alcanzó el 24 de mayo de 1822 con la Batalla del Pichincha, sino que fue uno de los motivos de la proclama de “guerra a muerte” contra los españoles, lanzada por Simón Bolívar.

El proceso independentista fue complejo. Si bien los criollos encabezaron los intereses emancipadores, hubo estratos populares, esclavos e indígenas que se unieron a las luchas no solo movilizados por sus patronos, sino porque aspiraban a una auténtica liberación social. A diferencia de prácticamente todos los procesos latinoamericanos continentales —en los que los criollos fueron la clase hegemónica en el proceso independentista—, la revolución de Haití fue liderada por esclavos negros y por mulatos, que convirtieron su lucha anticolonial en auténtica guerra popular.

Pero también fue popular, por campesina e indígena, la revolución que levantaron en México los curas Hidalgo y Morelos, a tal punto que la represión se desató ante el temor de que triunfara un movimiento radical que no solo podía alcanzar la independencia, sino que realizaría una transformación social que liquidaría el dominio de la clase terrateniente formada por un puñado de familias dueñas de haciendas.

Entre los criollos se distinguió la elite intelectual movilizada por el pensamiento ilustrado. En torno a ella se forjó el sector radical, que ansiaba la independencia pero también una reforma social a fondo, que liquidara la esclavitud, la servidumbre campesina y la miserable condición indígena.

Otros sectores criollos, aunque autonomistas, vacilaron en cuanto a la constitución de monarquías locales o

repúblicas presidenciales. Además, hubo sectores interesados por la independencia, pero que no querían transformaciones sociales radicales, que darían fin a sus patrimonios y privilegios forjados precisamente durante la época colonial.

Finalmente se impusieron los patriotas y los jefes militares que libraron las guerras, independizando las distintas regiones. Eso explica que los primeros presidentes de las nacientes repúblicas latinoamericanas sean militares.

El proceso independentista movilizó conceptos profundamente revolucionarios, altruistas y de un peso histórico singular: ante todo el mismo concepto de independencia, que significó romper con el colonialismo, un hecho pionero en la historia mundial en los albores del capitalismo, de modo que América Latina fue la primera región en conquistar la liberación nacional, que en Asia y África solo pudo conquistarse en la segunda mitad del siglo XX, cuando despertó el entonces mal llamado 'Tercer Mundo'.

Al concepto de independencia se asoció el de libertad; además, se reivindicó la soberanía y la representación del pueblo, que significó cuestionar de raíz el principio de la autoridad real y su legitimidad; se invocó los derechos naturales del hombre; se habló de democracia e igualdad ante la ley; se exaltó a la patria soberana; y con la liberación se movilaron los conceptos de república, presidencialismo, división de funciones, constitucionalismo, ciudadanía.

De modo que la época de la independencia marcó una alteración de las conciencias colectivas para crear un nuevo ambiente ideológico y cultural, en el que prevaleció la idea de construir sociedades distintas y dueñas de sí mismas.

Las independencias latinoamericanas tienen, por tanto, una trascendencia mundial y ejemplar, que, sin embargo, ha sido minimizada con demasiada frecuencia, colocándolas como una especie de apéndice en el capítulo de la historia contemporánea de la humanidad, siguiendo la tradición despertada por G.W.F. Hegel (1770-1831), que en su famosa

Filosofía de la Historia Universal consideró siempre a la América Latina como una simple geografía, sin Estado (que para él era la cumbre de la realización de lo absoluto) y mero “eco de vida ajena”, es decir, de la europea. Una tesis que hasta hoy perdura cuando a los procesos independentistas latinoamericanos se los quiere ver como un reflejo de la crisis Atlántica, o de la crisis de la monarquía española o una reacción solo movilizada por la invasión de Napoleón a España en 1808.

Así también, los años del aprendizaje escolar, demasiado arraigados en las conciencias colectivas, han conducido a pensar que entre otras ‘causas’ de las independencias latinoamericanas estuvieron las reformas borbónicas del siglo XVIII, la revolución independentista de los EE. UU. de 1776 y, con más peso aún, la Revolución francesa de 1789.

No hay duda que esos acontecimientos generaron condiciones favorables para los estallidos independentistas en América Latina, pero habría que entenderlos mejor como otros ‘motivos’ para la independencia, entre los cuales la ocupación francesa de la península Ibérica fue el detonante final, es decir, la “gota que derramó el vaso de agua”.

Los latinoamericanos debemos tener muy claro que la ‘causa’ final, esencial, del proceso de independencia fue el régimen colonial, que no solo implicó el sometimiento social interno, sino la subordinación de los territorios americanos a una potencia colonial externa.

América Latina estalló contra ese coloniaje, movilizó y adecuó conceptos del pensamiento ilustrado para fundamentar las luchas por la libertad, la soberanía y las repúblicas democráticas; y desató el proceso libertador cuando las condiciones geopolíticas europeas y americanas crearon las condiciones históricas más favorables para adquirir la “conciencia de sí”, transformada en “conciencia para sí”.

Tampoco puede confundirse el proceso independentista con lo sucedido después, cuando la elite intelectual,

patriota, de los criollos más radicales, fue desplazada por el sector criollo del poder económico, que al amparo de los conceptos republicanos, conquistó el dominio político de los Estados y construyó, durante todo el siglo XIX, los regímenes oligárquicos, contra los cuales debieron lanzarse nuevas movilizaciones y luchas sociales.

Es así como recordar aquellos hechos —que forman parte del orgullo histórico de Nuestra América Latina— tenía que ser la esencia de las conmemoraciones del bicentenario de los procesos independentistas de los distintos países de la región. Y esas conmemoraciones coincidieron con la época de los gobiernos democráticos o de nueva izquierda latinoamericanos.

Por eso, entre las comisiones del bicentenario que constituyeron oficialmente los gobiernos en América Latina (Ecuador la constituyó en 2008 y fui parte de ella como Secretario Ejecutivo), predominó la idea de dar al acontecimiento un carácter internacionalista y latinoamericanista, para que no se agoten los significados históricos en los ámbitos meramente nacionales y locales.

Entre varios comités se compartió otra idea: el bicentenario de América Latina también significaba avanzar de la primera a la segunda independencia, contra el imperialismo y el capitalismo.

Contrariando esas posiciones que estuvieron vigentes apenas unos pocos años atrás, los contrastes parecen acompañar al 'reflujo' de los gobiernos progresistas y a la restauración de tendencias que parecían haber sido superadas.

El destacado politólogo e intelectual Atilio Borón, en una nota colocada en Facebook (11 de julio de 2016. 15:42) escribe algo que llama la atención. Cito la parte fundamental:

Pocas veces vi en mi vida, no solo en Argentina sino en cualquier otro país de Latinoamérica, tales muestras de ignorancia y cipayismo como las que exhibió el Gobierno de Mauricio Macri durante la conmemoración del bicentenario

de la independencia. Desde la suprema ridiculez de invitar a una celebración de esa naturaleza al descendiente y decadente heredero de la monarquía absoluta contra la cual se luchó hasta los vergonzosos comentarios sobre la "angustia" que supuestamente agobiaba a nuestros patriotas sudamericanos por causa de su rebeldía. No estaban angustiados sino furiosos y embravecidos ante la soberbia del imperio español que quería refundarse luego de la derrota de Napoleón. En fin, mucha tela para cortar. Entre nos, ya que nadie nos mira, la ignorancia de Macri acerca de los más elementales hechos históricos de la Argentina es un salvavidas de plomo para la reputación del Colegio Cardenal Newman, donde estudió nuestro presidente [...].

Con la presencia del Rey emérito de España, Juan Carlos de Borbón, en Argentina se conmemoró el bicentenario de la Declaración de la Independencia por el Congreso de Tucumán el 9 de julio de 1816, que tuvo por base a la proclama del cabildo de Buenos Aires del 22 de mayo de 1810, que inició el proceso emancipador.

Esta situación, además, trae al recuerdo lo que sucedió con varios himnos nacionales entre países latinoamericanos.

El Himno Nacional de Argentina, escrito por Vicente López y Planes en 1812 y compuesto por Blas Parera en 1813, fue modificado por un decreto del presidente Julio A. Roca en su segundo mandato (1898-1904), ante las críticas de la época por la dureza contra los "tiranos" y "cruelles" de la "Madre Patria".

El decreto del Roca estableció:

En las fiestas oficiales o públicas, así como en los colegios y escuelas del Estado, solo se cantarán la primera y la última cuarteta y el coro de la Canción Nacional sancionada por la Asamblea General el 11 de mayo de 1813.

Una de las estrofas decía: "Se levanta en la faz de la tierra // una nueva gloriosa nación.// Coronada su sien de laureles, // y a sus plantas rendido un león". Y otra: "En los

fieros tiranos la envidia // escupió su pestífera hiel. // Su estandarte sangriento levantan // provocando a la lid más cruel // ¿No los veis sobre México y Quito // arrojarse con saña tenaz? // ¿Y cuál lloran, bañados en sangre // Potosí, Cochabamba, y La Paz?”.

En Ecuador sucedió lo mismo, pero en los años treinta del siglo XX. El Himno Nacional ecuatoriano fue escrito por Juan León Mera y la música de Antonio Neumane. Las presiones críticas lograron que se cantara la segunda estrofa en lugar de la primera que decía: “Indignados tus hijos del yugo // que te impuso la ibérica audacia, // de la injusta y horrenda desgracia // que pesaba fatal sobre ti, // santa voz a los cielos alzarón, // voz de noble y sin par juramento, // de vengarte del monstruo sangriento, // de romper ese yugo servil”.

Parecerían historias del pasado. No obstante no es así: el anterior alcalde de Quito logró que el Concejo de la ciudad aprobara cantar la estrofa del Himno a la ciudad que se acordó precisamente con motivo del Bicentenario de la Revolución de 1809 y que dice: “Cuando América toda dormía, // oh muy Noble Ciudad, fuiste Tú, // la que en nueva y triunfal rebeldía, // fue de toda la América luz”.

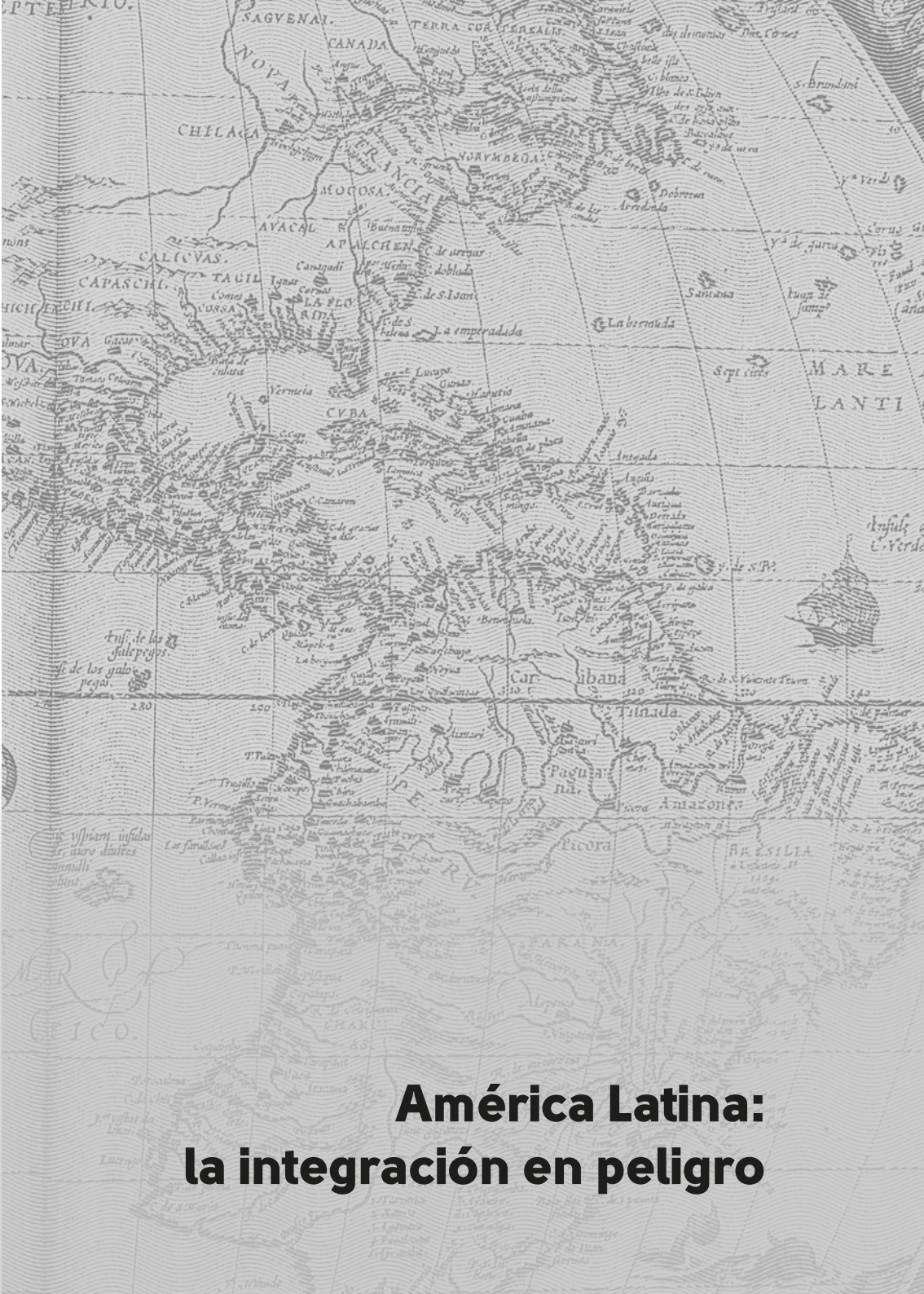
La nueva administración municipal, iniciada el 14 de mayo de 2014, dejó atrás semejante exaltación a la Revolución patriota e independentista de Quito, para volver sobre la antigua estrofa cantada y que dice: “Oh, ciudad española en el Ande, // Oh, ciudad que el incario soñó, // porque te hizo Atahualpa eres grande, // y también porque España te amó”.

No hay duda que la conmemoración de los bicentenarios trae sus sorpresas según sean las orientaciones gubernamentales, bien sean nacionales o locales. Las derechas políticas llegadas al poder entienden a los procesos independentistas a su modo.

Sin embargo, para la ciudadanía tiene sentido su historia pasada, cuando es fiel a las luchas por la libertad, soberanía, independencia, derechos, constitucionalismo,

republicanismo; cuando también la asume como una vivencia contra el colonialismo y el neocolonialismo.

14 de julio de 2016



América Latina: la integración en peligro

A inicios del siglo XIX, los procesos de independencia de la Hispanoamérica de la época desembocaron en la creación de una veintena de repúblicas, aunque hubo un persistente debate sobre la unión o la autonomía regional. De manera que las ideas por la integración unionista planteada por visionarios como Simón Bolívar (1783-1830) chocaron con los intereses de poderosas oligarquías regionales, interesadas en edificar poderes republicanos pero a su servicio local.

Por esa razón resultaron temporales la República de Colombia o Gran Colombia (1819-1831), el sueño de Bolívar, que integró a Venezuela, Colombia (con Panamá, que era una provincia colombiana) y Ecuador; la Confederación de las Provincias Unidas de Centroamérica (1823-1824) que pasó a llamarse República Federal de Centroamérica (1824-1839) y que estuvo integrada por Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica; y la Confederación Peruano-Boliviana (1836-1839).

Todos esos Estados unionistas fueron *proyectos políticos* que pretendían construir Estados-nacionales específicos, y no precisamente crear un sistema de "integración económica" regional.

La visión continental la impusieron los EE. UU. Las políticas se concretaron en la Primera Conferencia Panamericana (1889-1890) realizada en Washington, de la que nació la Unión Panamericana (UP), que además se propuso crear la unión aduanera americana, implantar una moneda de plata única, unificar aranceles, regular el tráfico comercial y la solución de conflictos, todo bajo la perspectiva de la hegemonía estadounidense en plena fase de expansión imperialista.

Bajo el espíritu del 'panamericanismo', el esfuerzo específico para la continentalización económica fue la Primera Reunión de Ministros de Hacienda de las Repúblicas Americanas (Guatemala, noviembre de 1939), que concluyó solo en proyectos y recomendaciones, aunque sumamente ambiciosos, en diversas áreas: monetarias, cambiaria, bancaria, aduanera, tributaria y especialmente el libre comercio, desde esa época convertido en el eje de las relaciones que debían desarrollarse entre América Latina y los EE. UU.

Las condiciones derivadas de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) fueron el momento histórico oportuno para el asentamiento de la hegemonía internacional de los EE. UU. en la conferencia de Bretton Woods (1944), de la que nacieron el Fondo Monetario Internacional (FMI), centrado en asuntos monetarios y financieros; y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF, generalmente conocido como Banco Mundial -BM), que atendería asuntos relativos a proyectos de desarrollo. Más difícil fue lograr un acuerdo en el campo comercial, aunque en 1948 entró en vigor el GATT (General Agreement on Tariffs and Trade), que funcionó de facto entre las partes contratantes durante cerca de medio siglo, aunque con carácter provisional y ocupándose exclusivamente del comercio de bienes.

Sin embargo, el momento histórico para el resurgimiento de las ideas sobre integración económica continental y regional se produjo a raíz del triunfo de la Revolución cubana. La idea del 'peligro comunista' en el continente, movilizó a los EE. UU., que reforzaron su asistencia e influencia militar a través del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR, creado en 1947), impusieron el embargo a Cuba (1960) y lograron implantar el programa Alianza para el Progreso.

En tales circunstancias, América Latina entró a su época 'desarrollista', bajo cuyo signo se consolidaron distintas fórmulas de integración económica: ALALC (1960), sustituida por ALADI (1980); Pacto Andino (1969),

CARIFTA (1968), transformada en CARICOM (1973); más tarde: MERCOSUR (1994/1995), Comunidad Andina (1996), G.3 (1995, con Colombia, México y Venezuela); los diversos convenios de integración centroamericana (SICA, SIECA, AEC); varias entidades regionales (SELA, OLADE) y una amplia red de acuerdos pluri y binacionales.

Pero en la década de 1980, a consecuencia de la crisis de la deuda externa (1982), los condicionamientos del FMI, el auge del neoliberalismo, el derrumbe del socialismo y el triunfo de la era de la globalización, los esquemas integracionistas del pasado debieron cambiar de visión y perspectiva, porque se impuso una sola mirada: el libre comercio y el capital privado como fuerzas naturales de la economía.

Acompañó a esos procesos la Ronda Uruguay, realizada entre 1986 y 1994, que dio nacimiento, a partir del 1º de enero de 1995, a la Organización Mundial del Comercio (OMC, que suplantó al GATT), para un mercado mundial regulado en forma jurídicamente obligatoria, ya no solo para el comercio de bienes, sino también para los servicios y, especialmente la propiedad intelectual, un tema de particular significación para las grandes potencias capitalistas, que en América Latina no ha merecido la atención urgente que requiere.

En el continente el americanismo tomó un nuevo giro: los EE. UU. lograron el primer Tratado de Libre Comercio conjunto con Canadá y México (TLCAN o NAFTA) y en la I Cumbre de las Américas realizada en Miami, en diciembre de 1994 y luego en la II Cumbre de Chile (14-19 abril, 1998), lograron la constitución del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que reunió a 34 países del hemisferio, con la exclusión de Cuba.

Pero la historia tiene sus *ironías* (Hegel). En 1999 Hugo Chávez llegó a la presidencia de Venezuela y después, en la primera década del 2000 se sucedieron una serie de gobernantes que abrieron un nuevo ciclo histórico en América Latina.

Durante la III Cumbre de los Pueblos realizada en forma paralela a la IV Cumbre de las Américas en Mar del Plata, Argentina (noviembre de 2005), Hugo Chávez anticipó una posición inesperada: “entre tantas cosas de las que hoy hemos venido a hacer aquí en Mar del Plata —expresó Chávez en un vibrante discurso— hoy y cada uno de nosotros trajo una pala, una pala de enterrador, porque aquí en Mar del Plata está la tumba del Alca”, y añadió: “Vamos a decirlo: ¡Alca, Alca, al carajo!, ¡Alca, Alca, al carajo!”.

El intento del presidente de EE. UU. George W. Bush (2001-2009) para extender definitivamente el ALCA a todo el continente, excluyendo a Cuba, tuvo una derrota fenomenal en la IV Cumbre, porque Hugo Chávez, Néstor Kirchner y Luiz Inácio *Lula* Da Silva adoptaron una posición absolutamente contraria a la intención estadounidense, ya que asumieron la necesidad de impulsar otros procesos de unidad e integración entre los países de América Latina y el Caribe.

Con ese antecedente se inició la consolidación de nuevos organismos regionales latinoamericanos: la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) en 2004, bajo el impulso de Cuba y Venezuela; PETROCARIBE en 2006, para la coordinación energética; la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) en 2008, para generar un espacio de integración económica, social, política y cultural; y, sobre todo, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), creada en Caracas, en diciembre de 2011, como el espacio de coordinación intergubernamental y política de los intereses de la región, con la inédita exclusión de los EE. UU. y Canadá.

Esa institucionalidad internacional y latinoamericanista afectó el camino de la continentalización del mercado libre al estilo del TLCAN y desplazó la primacía de la OEA para el tratamiento de los asuntos ‘interamericanos’, ya que la Celac, integrada por 33 países, pasó a ser el mecanismo de diálogo y concertación política entre los gobiernos de la región, incluyendo a Cuba. Además, en la nueva entidad ningún gobierno fue cuestionado o juzgado por su régimen

político o su orientación económica, de modo que se afirmó el principio de soberanía de los pueblos y de respeto a sus sistemas, bajo la idea de unidad en la diversidad.

Pero un nuevo momento ha comenzado a vivirse en torno a la integración latinoamericana y caribeña desde que el ciclo de los gobiernos nacional populares se ha visto afectado por los cambios institucionales en varios de los países sudamericanos. Han renacido las fuerzas opuestas a la integración latinoamericanista, a fin de retomar el viejo americanismo y, además, encauzar una nueva integración al mercado internacional globalizado, que tiene en la mira la ampliación de los buenos negocios empresariales y transnacionales.

El Secretario General de la OEA trata de reposicionar a este organismo frente a la Celac y ha intentado aplicar la Carta Democrática contra Venezuela, en una línea que privilegia la calificación política. Pero también el Mercosur recibe otro golpe a través del posicionamiento que han adoptado Argentina, Brasil y Paraguay, para que Venezuela no ocupe la Presidencia *pro tēmpore* de la entidad, como le correspondía.

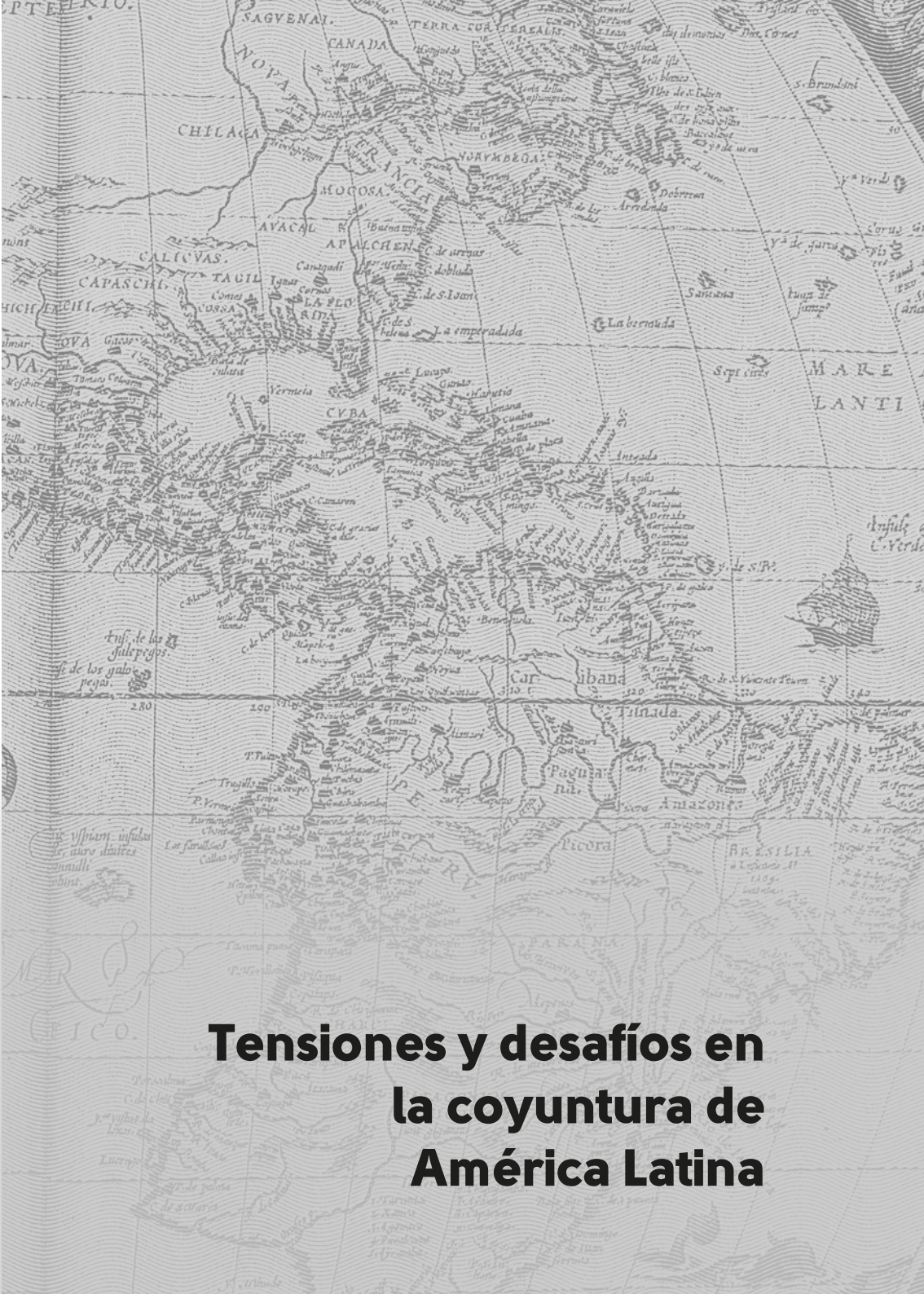
La 'debilitación' de los gobiernos progresistas sirve para cuestionar el 'modelo económico' supuestamente estatista que forjaron, y para reorientar las presiones contra todo tipo de límites institucionales a los TLC (tratados de libre comercio). Incluso se pretende ir más lejos, con la búsqueda de vínculos definitivos con el Acuerdo Transpacífico (TPP), la nueva panacea para el libre comercio precisamente en el área de países ubicados hacia el Pacífico, que tiene como metas el rompimiento de barreras arancelarias, crear un marco flexible de derechos sobre el trabajo y el medio ambiente (afectar a los trabajadores y permitir la explotación abierta de recursos), garantizar a los inversionistas extranjeros y adoptar regulaciones sobre la propiedad intelectual, que ha pasado a ser el centro inamovible de toda conversación con gobiernos latinoamericanos al momento de suscribir cualquier TLC.

En la geoestrategia continental está en marcha la recuperación de los viejos poderes. El turno parece llegar al Ecuador, país en el que habrá elecciones presidenciales y legislativas en febrero de 2017. Las fuerzas que aquí se identifican como la 'derecha' aprovechan la coyuntura de la crisis económica interna para arremeter contra el 'fracasado' modelo económico construido durante la última década, y anuncian la recuperación de la 'libertad' y la auténtica 'democracia'.

Claramente han planteado que con su triunfo vendrá la apertura al capital extranjero, la promoción interna de las actividades privadas, el retiro del Estado, la revisión del sistema tributario, la 'apertura' al mundo mediante la suscripción de TLC y, sin duda, la atención al empleo y al desempleo, pero igualmente con nuevas normas para una mayor 'flexibilidad' laboral. Se preparan, como lo afirman, no solo a derrotar al 'correísmo' sino a desmontarlo.

De manera que en Ecuador no solo hay una confrontación política interna, sino que a través de ella también entrarán en juego esquemas de integración latinoamericana. Y si triunfaran los sectores de la derecha, quedará una vía abierta para desestabilizar los organismos de unidad y coordinación que nacieron con gobernantes latinoamericanistas.

3 de agosto de 2016



Tensiones y desafíos en la coyuntura de América Latina

Diversos países de nuestra América Latina viven momentos conflictivos. En Chile, los estudiantes se lanzan a las calles para exigir educación pública, gratuita y de calidad, es decir, por revivir un sistema que existió antes de Pinochet y que en buena parte de países latinoamericanos se implantó de la mano de los liberales y radicales en sus luchas del siglo XIX e inicios del XX; pero también la ciudadanía desborda toda previsión e igualmente toma las calles para pronunciarse contra el sistema privado de administración de fondos de pensiones (AFP), un modelo que las derechas latinoamericanas han creído ser un referente ideal de privatización, pero que finalmente los propios chilenos desean que termine por su fracaso en los términos de la solidaridad social y su éxito en el buen negocio para las empresas.

En México continúan las movilizaciones de familiares que demandan el esclarecimiento definitivo de la desaparición y muerte de decenas de estudiantes, presumiblemente a manos del narcotráfico y en colusión con policías corruptos; al mismo tiempo, en el país se levanta un generalizado rechazo a la presencia del candidato republicano Donald Trump, que la senadora Gabriela Cuevas resume en esta frase: "Fue lamentable, los mexicanos quedamos indignados, dolidos con que el presidente de la República invitara a Donald Trump para que venga a decirnos en nuestro territorio que va a construir un muro".

Diario La *Vanguardia* de México da cuenta de esa visita (efectuada el 31 de agosto) en estos términos: "En menos de seis horas, Trump muestra una cara prudente en visita al Presidente Peña Nieto; a su regreso a EU vuelve a la carga en contra de México". Es que durante su corta estancia, Trump

dijo: “Tengo un tremendo sentimiento para los México-americanos, no solamente en términos de amistad, sino también en términos de los números tan tremendos del empleo en Estados Unidos y se trata de personas realmente impresionantes, impresionantes”; pero apenas retornó a los EE. UU. el candidato recobró su aliento en los mismos términos de su campaña, asegurando: “Construiremos un gran, alto, fuerte y hermoso muro en la frontera sur y México pagará por él al 100 %. No lo saben aún, pero lo harán”.

El mismo 31 de agosto en Brasil se consumaba el previsto golpe de Estado parlamentario, que dejó fuera de la presidencia a Dilma Rousseff, una “señora incorruptible y honrada”, al decir del afamado teólogo brasileño Leonardo Boff, para quien ese fue el día de los “cuchillos largos”, además de que con el golpe efectuado se afirmaría el inconfundible propósito de privilegiar el mercado para “desmantelar los avances que los trabajadores, las mujeres, los negros, los indígenas, la población LGBT, los pobres y sectores invisibilizados alcanzaron, por primera vez en nuestra historia, mediante un ámbito de inclusión social, de salarios, salud, educación, leyes laborales, pensiones y acceso a la educación técnica y superior”.

En contraste, un día antes, el 30 de agosto, el presidente Juan Manuel Santos suscribió el decreto que convoca a un plebiscito en Colombia, que se realizará el 2 de octubre, con el propósito de que la población se pronuncie a favor o en contra de los acuerdos de paz firmados por el gobierno y las FARC, a través de la siguiente pregunta: “¿Apoya usted el acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera?”. Es un tema trascendental para toda Latinoamérica, pero en la misma Colombia, la corriente guerrerista sigue en pie, a tal punto que el expresidente Álvaro Uribe, desde ya llama a votar No en lo que él llama “ilegítimo plebiscito”.

En Venezuela, la oposición convocó a la “toma de Caracas” el 1 de septiembre, para presionar al referendo revocato-

rio contra el presidente Nicolás Maduro, aunque su propósito final es lograr el derrumbe completo del 'chavismo', siguiendo la ruta de los golpes de Estado blandos, que ya lograron la salida de José Manuel Zelaya en Honduras en 2009 y de Fernando Lugo en Paraguay en 2012. Iguales intentos desestabilizadores han rondado en Bolivia, El Salvador y Ecuador.

Pero Ecuador vive también sus particulares situaciones de la coyuntura.

En este país, con miras a las elecciones presidenciales y legislativas de febrero de 2017, han sido habilitadas 70 organizaciones, entre 'movimientos' y 'partidos'. Allí se expresan ambiciones simplemente personales, caciquismos locales y regionales, clubes electorales, empresas políticas y también 'partidos'. Pero las fuerzas con posibilidades electorales nacionales se reducen a cuatro sectores: dos en la 'derecha', uno en el centro e izquierda tradicionales y uno correspondiente a Alianza País (AP). Aunque en las derechas parecen quedar claras dos candidaturas (Guillermo Lasso por CREO y Cinthya Viteri por PSC/MG y Unidad) y en la centro-izquierda aún no están definidos los candidatos, ambas fuerzas convergen en el 'anti-correísmo', que ha pasado a ser la medida de sus posiciones y acciones. AP, por su parte, definirá candidatos en octubre, aunque es posible prever que si logra triunfar al ejecutivo no tendrá más la mayoría que hoy tiene en la Asamblea Nacional.

Más inquietante es el impase surgido entre el presidente Rafael Correa y las Fuerzas Armadas del Ecuador (FF. AA). El asunto puede remitirse a varios antecedentes: en marzo de 2008 el bombardeo de fuerzas colombianas a un campamento de paso guerrillero de las FARC en territorio ecuatoriano descubrió al Gobierno de Correa no solo la mantención de vínculos de miembros de la inteligencia nacional con la CIA, sino el sospechoso papel de la base norteamericana que todavía existía en la ciudad de Manta.

En diciembre de 2014 fueron encausados por la fiscalía nueve miembros de las fuerzas armadas y de la policía,

inculpados por delitos de lesa humanidad y violación a derechos humanos durante la década de los ochenta, lo cual despertó solidaridades internas y, sobre todo, de los militares retirados, que consideraron el enjuiciamiento como una 'ofensa' a su institución.

En febrero de 2016, el gobierno decidió debitar al Instituto de Seguridad Social de las Fuerzas Armadas (ISSFA) USD 41 millones por el exceso de valores cobrados al Ministerio del Ambiente por 66 lotes de terreno adquiridos en 2010 en el parque Los Samanes. Este hecho se convirtió en un factor desencadenante de voces que reclamaron por la 'afectación' a la seguridad social militar. Se añadió otro componente: el gobierno ha propuesto la reforma del Issfa, para incorporarlo al sistema de seguridad social nacional. Y, además, reveló la cadena de 'privilegios' de cúpulas militares que llegan a tener pensiones jubilares y de cesantía cercanas a los 5 000 dólares, mientras la tropa y los jubilados civiles alcanzan máximos de 1 800 dólares.

A estos hechos podrían sumarse otros: la denuncia del presidente Correa sobre infiltraciones de la CIA en los sistemas de inteligencia militar, el cuestionamiento a las propiedades militares en fábricas, tierras, empresas constructoras, de aviación, así como la mantención de instituciones de educación primaria, secundaria y hasta universitaria manejadas por las FF. AA.; o el disfrute de comisariatos, casinos, comedores, que han diferenciado no solo la vida militar frente a los civiles, sino también la de las jerarquías frente a sus subordinados.

En la actualidad, la relación entre el gobierno y las FF. AA., al decir del propio presidente Rafael Correa, es 'muy grave', 'seria' y 'tensa', porque no solo involucra a militares retirados, sino también a oficiales en servicio activo. Incluso un Consejo de Disciplina Militar exculpó a un capitán de corbeta por expresiones inadecuadas contra el Presidente. Ello forjó un claro desconocimiento de la autoridad del Presidente de la República sobre las FF. AA., al propio tiempo que

opinadores políticos y algunos medios de comunicación privados aprovecharon la ocasión para embestir contra el gobierno y alentar la reacción de las FF. AA.

Más allá de estas tensiones, el problema de fondo está en el tipo de relaciones que mantienen las FF. AA. con los civiles y con el poder civil constituido.

América Latina tiene un largo historial republicano de caudillos militares, asonadas, golpes de Estado y dictaduras protagonizadas por elementos de la fuerza armada o por la misma institución. Las motivaciones militares para tomarse el gobierno han sido diversas en cada país.

Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), en el marco de la Guerra Fría y a través del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR, 1947), las Fuerzas Armadas de América Latina fueron involucradas en la lucha contra el ‘comunismo’; y se constituyeron en aparatos de preservación de la ‘seguridad continental’ mediatizada por los EE. UU.

De acuerdo con el libro del exagente Philip Agee (publicado en 1975) titulado *Inside the Company. The CIA Diary*, se conoció que la Junta Militar ecuatoriana que gobernó entre 1963-1966 fue una obra de la CIA. Paradójicamente esa junta apuntaló el modelo desarrollista que ampliaron y consolidaron las dictaduras militares y ‘petroleras’ de la década de 1970, y que las élites del poder económico y político del Ecuador tildaron siempre de ‘comunista’, a fin de resistir el intervencionismo económico estatal, la planificación, la reforma agraria, la industrialización sustitutiva de importaciones o el manejo nacionalista del petróleo, en todo lo cual se veían afectados los tradicionales propietarios privados.

En la misma década de los setenta, sobre el manejo de la nefasta “doctrina de la seguridad nacional”, las Fuerzas Armadas del Cono Sur latinoamericano establecieron dictaduras terroristas, que violentaron sistemáticamente los derechos humanos, bajo la consigna de liquidar

definitivamente a toda izquierda con orientaciones 'comunistas'.

Las dictaduras militares de los años 70 en Ecuador no llegaron a semejante estado de perversión humana. La del general Guillermo Rodríguez Lara (1972-1976) incluso fue influenciada por el 'socialismo peruano' del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975) y ejecutó un programa nacionalista y progresista. El triunvirato que le siguió (1976-1979) abandonó esas líneas y se volvió represivo, pero sin lograr la concreción del Plan Cóndor que se extendía como pacto secreto en filas militares latinoamericanas, para exterminar internacionalmente a los 'comunistas'. Pero los militares ecuatorianos edificaron, incluso con la riqueza petrolera, una institucionalidad corporativa muy fuerte y privilegiada. Los gobiernos de la época democrática, nacida en 1979, se limitaron a respetar la institucionalidad de las Fuerzas Armadas ecuatorianas tal como existía; y también las FF. AA. dejaron atrás sus intervencionismos y respaldaron la democracia. La convivencia civil-militar se impuso. El levantamiento de un general en el 'taurazo' de 1987 contra el presidente León Febres Cordero resultó aislado; el de los coroneles el 21 de enero de 2000 determinó la salida del presidente Jamil Mahuad; pero indudablemente la posición asumida por las FF. AA. como institución, también posibilitó el derrocamiento de los presidentes Abdalá Bucaram (1997), Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2003). A pesar de estas definiciones, la institución militar no tomó el poder y los golpes de Estado en cada caso fueron un asunto de los políticos civiles.

Con el Gobierno del presidente Rafael Correa (2007-hoy), y con la Constitución de 2008, se inició en Ecuador un nuevo ciclo histórico. Las relaciones del gobierno con las Fuerzas Armadas no han tenido graves momentos de tensión. Incluso una acción militar rescató al presidente el 30 de septiembre de 2010, cuando el mandatario fue retenido por policías sublevados y se intentó un golpe de Estado por parte de políticos civiles.

Pero la situación actual es diferente y ha demostrado la necesidad de replantear las relaciones con las Fuerzas Armadas. El corporativismo militar se ha movilizó bajo el 'espíritu de cuerpo' al punto de colocarse en el filo de discutir la autoridad militar que tiene el presidente de la república por disposición constitucional y legal, e incluso la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil constituido. Voces de militares retirados, pero que hace poco ocuparon altos mandos, reviven argumentos contra los 'enemigos' de la institución, cuestionan el despertar de la 'lucha de clases', se lanzan contra el 'chavismo' y el 'castrismo' seguidos por el gobierno, fustigan contra el 'marxismo' y hasta el 'comunismo', al más rancio estilo del macartismo de la guerra fría.

En el replanteamiento de las relaciones con las Fuerzas Armadas no solo tiene que ver el respeto militar a la democracia y a la autoridad civil constituida como poder legítimo. Lo que ha ocurrido en Ecuador demuestra igualmente la necesidad de replantear la propia institucionalidad de las Fuerzas Armadas, a fin de que responda con efectividad a nuevos objetivos nacionales y latinoamericanistas, enfocados en el cambio profundo del sistema socioeconómico, precisamente para construir una nueva sociedad.

7 de septiembre de 2016



El 31 de enero de 1917, en el Teatro Iturbide de la ciudad de Querétaro, el Congreso Constituyente expidió la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, que promulgó Venustiano Carranza en su calidad de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del poder Ejecutivo, y que fue publicada en el Diario Oficial el lunes 5 de febrero de 1917.

El centenario de la Constitución Mexicana es un acontecimiento latinoamericano, porque dicha carta fue pionera en avanzar más allá de los derechos individuales (civiles y políticos) e introducir los derechos laborales y sociales fundamentales.

En efecto, la Constitución consagró dos principios rectores: las leyes laborales están destinadas a proteger a los trabajadores (principio *pro-laboro* o *pro-operario*) y los derechos de los trabajadores son irrenunciables; pero, además, dedicó el Título VI al Trabajo y la Previsión Social, y en el artículo 23 fijó una serie de derechos: jornada máxima de 8 horas diarias y 6 días semanales (nocturna de 7 horas, pero 6 para mayores de 12 años y menores de 16, con prohibición del trabajo a menores de 12); prohibición del trabajo nocturno y en labores “insalubres o peligrosas” para mujeres y jóvenes; período de descansos para la mujer embarazada; salario mínimo; recargo del 100 % sobre las horas extras limitadas a tres por día y máximo en tres veces consecutivas; reparto de utilidades empresariales; derecho a la sindicalización y a la huelga; se crearían cajas de seguro populares; los patronos estaban obligados a dar habitación, escuela, enfermería y servicios básicos; eran responsables de los accidentes del trabajo; debían pagar indemnizaciones por despido intempestivo; serían nulas las estipulacio-

nes contrarias a los derechos laborales; y el arreglo de conflictos entre el capital y el trabajo tenía que someterse a tribunales de conciliación y arbitraje.

El constitucionalismo social mexicano se extendió por América Latina. En Ecuador, por ejemplo, la Constitución de 1929, nacida de la Revolución Juliana (1925), fue la primera en consagrar prácticamente los mismos principios y derechos ya establecidos en México en 1917; y años más tarde, el Código del Trabajo (1938) consagró y amplió esos derechos laborales.

A pesar de esas conquistas, la violación de los derechos del trabajo, su incumplimiento y burla, los recortes y reformas para ablandarlos, han acompañado a la historia social latinoamericana.

Durante las dos últimas décadas del siglo XX y los inicios del XXI, el neoliberalismo ganó terreno en la región y la globalización capitalista transnacional se impuso al compás del derrumbe del socialismo de tipo soviético.

En toda Latinoamérica, y acompañando a las tesis del retiro y privatización del Estado, fomento de la competitividad empresarial, mercado abierto y desregulado, se generalizaron igualmente los postulados sobre flexibilidad laboral y precarización del trabajo, que amenazaron con liquidar los derechos sociales y laborales originados en México un siglo atrás.

En Ecuador, las reformas galopaban al impulso de las demandas empresariales para que se congelen salarios o se los vincule a la 'productividad' y a la 'eficiencia' del trabajador, se incremente la jornada semanal, deje de pagarse por horas extras, se suprima el reparto de utilidades, se recorten las indemnizaciones, se regule y limite la sindicalización y la huelga, y, desde luego, se privatice la seguridad social. Como lo he sostenido en varios de mis escritos, era mejor revivir la esclavitud para que los empresarios tradicionales se sintieran a gusto.

No hay duda que los gobiernos nacional populares alteraron el camino del neoliberalismo latinoamericano en

materia laboral. Las élites empresariales y del gran capital no han perdonado semejante atentado a sus intereses.

Por eso, cuando se habla de restauración conservadora o del fin del ciclo de los gobiernos progresistas, lo que debería advertirse es que, de triunfar esa situación, lo que se viene es la restauración de las políticas de flexibilidad y precarización del trabajo, que se impondrán a cualquier precio, incluida la represión a la protesta e irrupción de la ciudadanía.

Y la experiencia histórica inmediata está a la vista.

En Argentina, bajo el pretexto de un 'programa de shock', el nuevo Gobierno presidido por Mauricio Macri (desde diciembre 2015), en menos de un año ya ha acumulado las nuevas condiciones de la restauración empresarial, a la cabeza de lo cual se han colocado Clarín y La Nación, que abiertamente abogaron por un "cambio indispensable en las relaciones laborales".

Las propuestas y cambios incluyen: sustituir la negociación con los colectivos sindicales por la negociación a nivel de empresa, descartar al Estado en los acuerdos entre empresarios y trabajadores, flexibilizar la contratación, cuestionamiento al derecho de huelga, disminuir o quitar las cargas sociales, sustituir las indemnizaciones por despido con un fondo de aportes por los mismos trabajadores; y a todo ello se suma: desfinanciamiento del Estado, devaluación, pago a los "fondos buitres", elevación de tarifas sobre servicios, transporte, gas, luz, agua, teléfono; privatización de áreas y bienes públicos; incremento de la educación privada; reventa de las acciones estatales en las aseguradoras de pensiones; reforma de la seguridad social; y, sobre todo, despido de miles de trabajadores tanto en el área pública como en la privada.

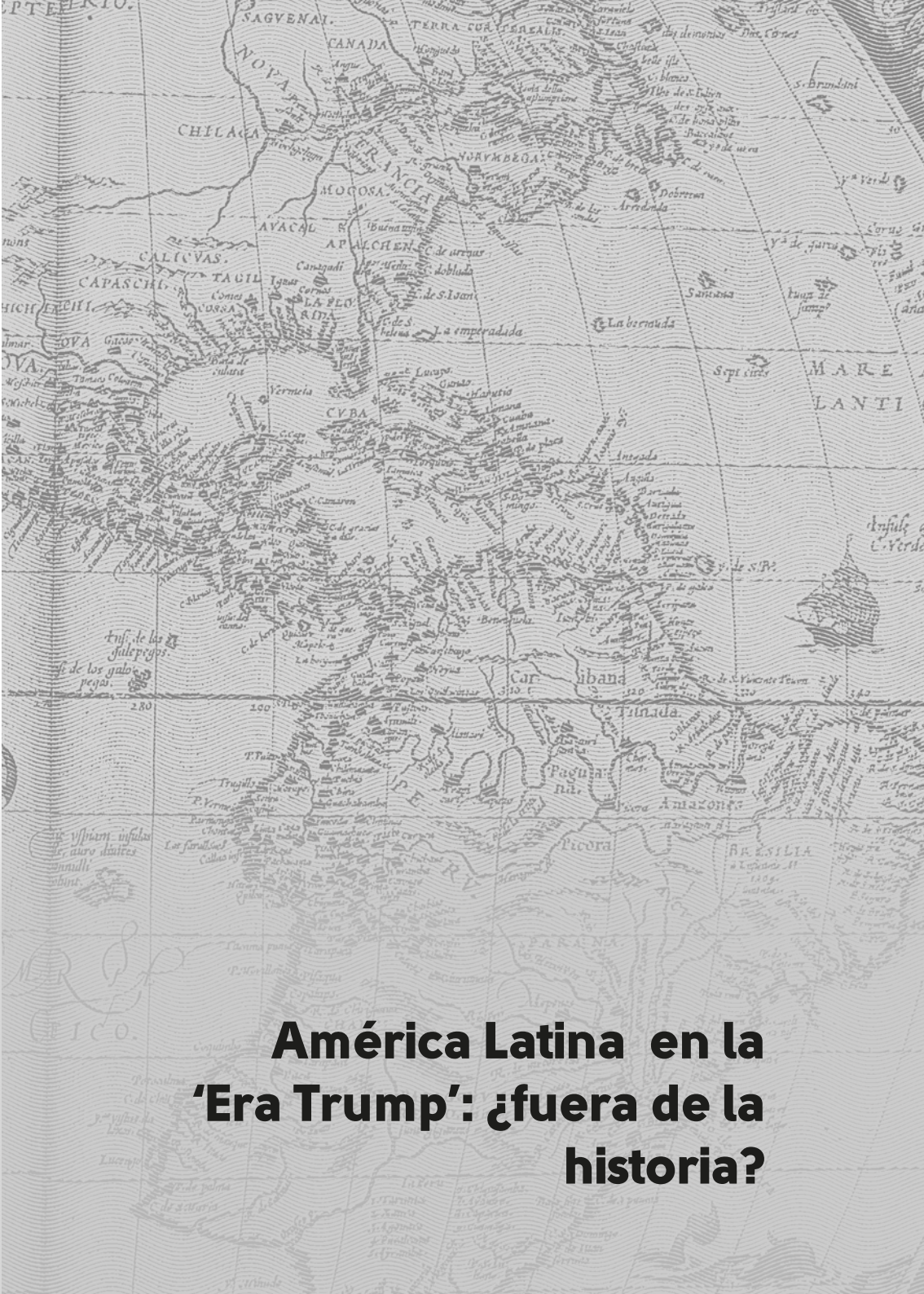
En Brasil, con la llegada del Gobierno de Michel Temer (agosto 2016), las cosas no van por otro lado y el Ministro de Trabajo ha cuestionado la legislación 'obsoleta', que tiene más de 40 años. Las propuestas en camino apuntan a que se respeten los acuerdos entre empresarios y sindicatos,

pero incluyendo la flexibilidad laboral en todos los derechos, aunque ello signifique superar las normas del Código del Trabajo; reforzar la subcontratación o tercerización; reducción de jornadas y salarios en casos empresariales críticos; e incluso despidos, que ya comenzaron.

Todos estos son caminos que vivió América Latina desde la década de 1980. Pero el retorno de la flexibilidad y de la precarización del trabajo ahora toma un nuevo brío, porque viene con aliento de revanchismo y venganza para liquidar lo conquistado por los gobiernos progresistas en materia laboral. Salvando las distancias de espacio y de tiempo, es un retorno parecido a las condiciones de trabajo que caracterizaron al capitalismo de la primera Revolución industrial, desde fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX.

Lo más inquietante es, como ha ocurrido en Ecuador, que el movimiento de los trabajadores, así como el de los indígenas, están debilitados y divididos; y varios de sus líderes no han tenido problema alguno en inclinarse a diálogos, alianzas y uniones con las derechas empresariales y políticas más tradicionales y sus candidatos presidenciales, con el simple y visceral propósito de enfrentar y derrotar al 'correísmo' en las elecciones de febrero de 2017.

6 de octubre de 2016



América Latina en la 'Era Trump': ¿fuera de la historia?

En 1989, el profesor universitario Francis Fukuyama, doctor en Ciencias Políticas en Harvard, despertó la atención académica por su artículo “¿El fin de la historia?” y saltó a la fama con su libro *El fin de la historia y el último hombre* (1992), al que siguieron una serie de artículos y sus últimas obras: *Los orígenes del orden político* (2011) y *Orden político y decadencia política* (2014).

El profesor Fukuyama fue miembro del equipo de Planeamiento Político del Departamento de Estado de los EE. UU. y está vinculado, entre otras entidades, a: Rand Corporation, National Endowment for Democracy (NED), Inter-American Dialogue y The New America Foundation, instituciones que funcionan como *think tanks* para la promoción de la democracia norteamericana, con estrechas relaciones con la CIA y las Fuerzas Armadas de los EE. UU. Últimamente Fukuyama se ha dedicado a los estudios sobre América Latina.

Pero las ideas de Fukuyama no son tan simples como a menudo se repite y se difunde. En realidad, este profesor es explícitamente un seguidor del filósofo alemán G. W. F. Hegel (1770-1831) y del ruso Alexandre Kojève (1902-1968); y, por tanto, el término “fin de la historia”, que ocupa el centro de la concepción, no tiene que ver, en modo alguno, con una especie de paralización de la misma, sino con el supuesto de que la historia es un proceso que culmina en un estado superior de vida, que tampoco es el comunismo previsto por K. Marx.

La visión de Fukuyama carece de la genialidad y profundidad de Hegel, para quien la historia culmina en la conciencia y realización de la libertad alcanzada por el espíritu universal en occidente. Fukuyama es un simple panegi-

rista del sistema norteamericano, y su idea central es que luego del derrumbe del bloque socialista, en el mundo no hay ninguna alternativa al régimen económico y político que ha triunfado en occidente, de modo que el “fin de la historia” y el paso a la ‘poshistoria’ se presenta con el arribo a un nuevo estado de la humanidad, en el cual la democracia, el liberalismo económico y político, y los valores de la cultura consumista (léase la globalización capitalista neoliberal), a cuya vanguardia se ubican precisamente los EE. UU., se imponen de manera definitiva, como un verdadero “Estado universal hegemónico”, según el concepto forjado por Kojève.

Para Fukuyama, ni las religiones militantes, ni los nacionalismos son capaces de crear alguna alternativa para este momento histórico superior y final de la humanidad, en el que únicamente será necesaria la búsqueda interminable de soluciones técnicas para la satisfacción de las exigencias de los consumidores.

Según Fukuyama, tampoco se acabarán los conflictos internacionales, pues seguirán ‘en’ y ‘desde’ el Tercer Mundo, con países que se encuentran ‘empantanados’ en la historia, en su prehistoria.

En otro artículo publicado en 1999 “Pensando sobre el fin de la historia diez años después”, Fukuyama asegura: “nada de lo que ha sucedido en la política o la economía mundiales en los últimos diez años contradice, en mi opinión, la conclusión de que la democracia liberal y la economía de mercado son las únicas alternativas viables para la sociedad actual”.

Sin embargo, la situación se altera a raíz del triunfo de Donald Trump. En un nuevo artículo publicado por el Financial Times (11 de noviembre de 2016) titulado “US against the world? Trump’s America and the new global order”, Fukuyama advierte que el orden liberal está en riesgo por los “nacionalismos populistas” y las “mayorías democráticas llenas de ira y energía”.

Es evidente, asegura, que el triunfo de Trump se debió a la América rural y pueblerina, junto a los trabajadores sindicalizados que han sido golpeados por la desindustrialización, y hasta el ‘voto culto’ que anhela identidad nacional; un triunfo en la línea del Brexit en Gran Bretaña y que es previsible en Francia por el ascenso del Frente Nacional con Marine Le Pen.

De repente, entonces, el “fin de la historia” se ha visto afectado: Trump cuestiona el libre comercio y anuncia el retorno a la Norteamérica auténtica, blanca, interna, proteccionista, industrial; las derechas nacionalistas avanzan en Europa, resurgen China y Rusia, y despiertan aquellas clases ‘enojadas’ contra un orden liberal que no les benefició (solo aprovechó al 1 % en los EE. UU.); de modo que hay el ‘peligro’ de que opere un cambio de la ‘internacional liberal’ a la ‘internacional populista liberal’, un cambio de ‘era’ que puede ser “tan trascendental como la caída del muro de Berlín en 1989”.

Si la historia de la humanidad está como ahora lo advierte Fukuyama, entonces nuestra América Latina ha tenido razón y no las potencias de occidente, con EE. UU. a la cabeza; y, además, la región está en el verdadero camino de la historia humana.

A raíz del derrumbe del bloque socialista, también en América Latina parecía no haber alternativas a la globalización transnacional y neoliberal, de modo que se instalaron gobiernos que siguieron al pie de la letra el Consenso de Washington y los condicionamientos del FMI a través de las Cartas de Intención. Pero ese camino cambió desde 1999 y prosiguió en los siguientes años con la sucesión de gobiernos progresistas y de nueva izquierda, en los cuales las masas ‘enojadas’ encontraron la expresión de sus intereses, al punto que se hizo posible cuestionar al libre comercio y al neoliberalismo, que a partir de las décadas finales del siglo XX convirtieron a América Latina en la región más inequitativa del mundo.

El 'atentado' contra la historia (el 'orden liberal') por parte de los gobiernos progresistas, sistemáticamente ha sido enfrentado por las fuerzas opositoras a esa ruptura: el imperialismo, el capital transnacional, el empresariado de derecha, los políticos tradicionales y los medios de comunicación privados al servicio de todos estos intereses. Ninguna oposición ha sido descartada, incluyendo las estrategias de los golpes de Estado blandos.

Ahora, la 'era Trump' (Fukuyama) bien podría servir para que en América Latina se refuercen las estrategias propias contra la globalización neoliberal puesta en jaque por los 'nacionalismos populistas' en las grandes potencias, con EE. UU. a la cabeza.

Pero, al mismo tiempo, no desaparecen los peligros sobre la región y especialmente contra los gobiernos progresistas que aún quedan, derivados de las amenazantes posturas de Trump, que recuerdan las políticas que Theodore Roosevelt (1901-1909) tuvo para América Latina en su tiempo.

Así es que esa América Latina "empantanada" en su prehistoria (Fukuyama), pura "geografía" sin Estado (Hegel), tiene en sus poblaciones llenas de "ira, enojo y energía", las riendas para construir otro tipo de historia, que salve a la humanidad del "fin de la historia" resumida en el orden liberal. Hasta Fukuyama es capaz de sostener: "Las élites liberales que han creado el sistema tienen que escuchar a las voces de ira fuera de las puertas y pensar en la igualdad social y la identidad como temas de primera gama que deben abordar".



De acuerdo con *The Washington Post*, el presidente Donald Trump, quien asumió su cargo el 20 de enero de 2017, hizo más de 280 promesas durante su campaña; pero el 22 de octubre las concentró en 60, a través del documento "Contract with the American Voter". El periódico decidió seguir el cumplimiento de cada promesa (*The Washington Post*, mayo 3 2019).

Además, según el portal RT, en las primeras dos semanas, Trump cumplió con trece de las veintiocho promesas que hizo para sus primeros 100 días de gobierno (RT Noticias, 1 de febrero de 2017), entre las que cabe destacar: renegociación del TLCAN (tratado de libre comercio con México y Canadá, que entró a funcionar en 1994), retirarse del TPP (el acuerdo TransPacífico, suscrito en 2015 y que involucra a once países), permitir la infraestructura energética como el oleoducto Keystone Pipeline, cancelar financiamientos para las 'ciudades santuario' de inmigrantes, suspender la inmigración desde varios países musulmanes, revocar el sistema de salud ObamaCare, definir la construcción de un muro fronterizo con México. Habría que sumar las prohibiciones para los 'lobistas' (cabildeos), la cancelación de millones de dólares para pagos de diversos programas sobre el cambio climático, la revisión del sistema de visados, y tienen que venir aún los cambios económicos para potenciar a las empresas norteamericanas bajo un esquema proteccionista, las rebajas de impuestos, las reformas al comercio externo que ofrecen restablecer el predominio estadounidense y, desde luego, el reforzamiento de la seguridad interna, conjuntamente con la atención a las fuerzas

armadas, que incluso ya comenzó con el *Memorandum sobre la organización del Consejo de Seguridad Nacional y del Consejo de Seguridad de la Patria* (Homeland Security), que altera el sistema existente desde 1947 (Trump, 2017).

Trump lo ha expresado claramente: “Desde hoy en adelante, una nueva visión se impondrá: primero Estados Unidos, primero Estados Unidos... Ganaremos de nuevo, ganaremos como nunca antes”.

En las primeras semanas del nuevo mandato presidencial los EE. UU. se han visto convulsionados: miles de manifestantes furiosos en las más grandes ciudades del país; reacción de mujeres, ambientalistas y grupos GLBT; marchas y pronunciamientos de científicos de diversas áreas; protestas de inmigrantes; arrepentimientos de sectores que votaron por Trump. Según Gallup (El Financiero, enero 2017) Trump alcanzó más del 50 % de desaprobación en ocho días; Obama llegó a esa cifra tras 936 días y el primer Bush en 1 336.

Alcaldes de ciudades como Nueva York, Los Ángeles, Chicago, Filadelfia, Seattle, Minneapolis o Providence se disponen a desacatar las normas inmigratorias; el alcalde de Nueva York, Bill de Blasio, afirmó: “Somos una ciudad de inmigrantes” [...]. Protegeremos a todo el mundo independientemente de donde venga e independientemente de su estatus migratorio; abogados que demandan los decretos presidenciales; plantones en los aeropuertos internacionales en defensa de migrantes y refugiados. Incluso las universidades de Harvard, Yale, Stanford y el MIT claman contra la política inmigratoria del flamante presidente, porque “causará un daño irreparable a la educación” (Infobae, enero 2017).

Las reacciones mundiales también se han puesto al día: en México el coraje contra la pretensión de construir un muro fronterizo por la revisión del TLCAN y, sobre todo, por los insultos a la dignidad nacional; Europa se lanza contra las reglas migratorias al punto que Donald Tusk, presidente del Consejo Europeo, se refiere a Trump como una “amenaza

za" (elEconomista.es, enero 2017); el presidente francés François Hollande pide una "respuesta con firmeza" (*El País*, enero 2017); la canciller alemana Angela Merkel habla en fuerte tono: "Los europeos decidimos sobre nuestros desafíos" (*El Mundo*, enero 2017); el diario español *El País* sale en defensa radical de México (*El País*, enero 2017); empresas como Nike, Apple y Amazon cuestionan a Trump, y hasta el Vaticano se pronuncia contra la política de inmigración del gobernante norteamericano (*Vanguardia*, febrero 2017).

En Nuestra América Latina, las primeras reacciones evidentemente provinieron de México, y específicamente de sus pobladores y de los sectores sociales y académicos más representativos, porque el Gobierno del presidente Enrique Peña Nieto se movió débilmente y bajo el vaivén de dialogar o no con Trump. La indignación social es generalizada en los diversos países, aunque las reacciones de la mayoría de sus gobernantes todavía no se movilizan con la contundencia y la radicalidad que los pueblos esperan. En todo caso, la V Cumbre de la CELAC, realizada en República Dominicana el pasado veinticinco de enero, rechazó "todas las formas de racismo, xenofobia y discriminación contra los migrantes y reconoce las contribuciones de los migrantes en los países de origen y destino"; y alentó la unidad latinoamericana. Los gobiernos progresistas de América Latina están muy claros en cuanto a los temas de la dignidad, la soberanía y el antimperialismo; y el presidente ecuatoriano Rafael Correa ha sido tajante: "se vienen tiempos duros", dijo, y ha propuesto "un discurso consolidado y frontal" de América Latina para "defender los derechos humanos y el principio de la movilidad" (portal RT, enero 2017).

Desde enero de 2017, de la mano de los EE. UU. y de su presidente Donald Trump, el mundo ha comenzado a dar un giro cuyas nuevas lógicas todavía están en desarrollo. Pero van quedando en claro ciertas tendencias.

Ante todo, el triunfo de Trump es un autoreconocimiento a la pérdida progresiva de la primacía internacional que tuvieron los EE. UU. después de la Segunda Guerra Mun-

dial (1939-1945) y que, paradójicamente, se agotó con la globalización transnacional, a pesar del triunfalismo histórico con el que se anunciaba frente al derrumbe de la URSS y del bloque comunista. Trump reivindica el retorno a la hegemonía mundial de los EE. UU. a toda costa y por sobre todo, sin miramientos y aún por sobre los valores e instituciones edificados desde la posguerra.

La nueva reconstrucción de la hegemonía de los EE. UU. es, hasta el momento, escandalosa a los ojos de buena parte del mundo 'sensato', que ve en la personalidad del nuevo presidente una serie de rasgos que merecen asombro. Pero el asunto no es solo un tema de psicología individual. En realidad se ha producido un giro de la historia imprevisible en los últimos 70 años: es la debacle del "fin de la historia" que anunciaba Francis Fukuyama en sus antiguos trabajos, cuando creía que la humanidad se encaminaba al paraíso de la economía liberal y de la democracia liberal de tipo occidental, y que hoy el mismo Fukuyama reconoce como meta alterada por el triunfo de Trump (*Financial Times*, noviembre 2016).

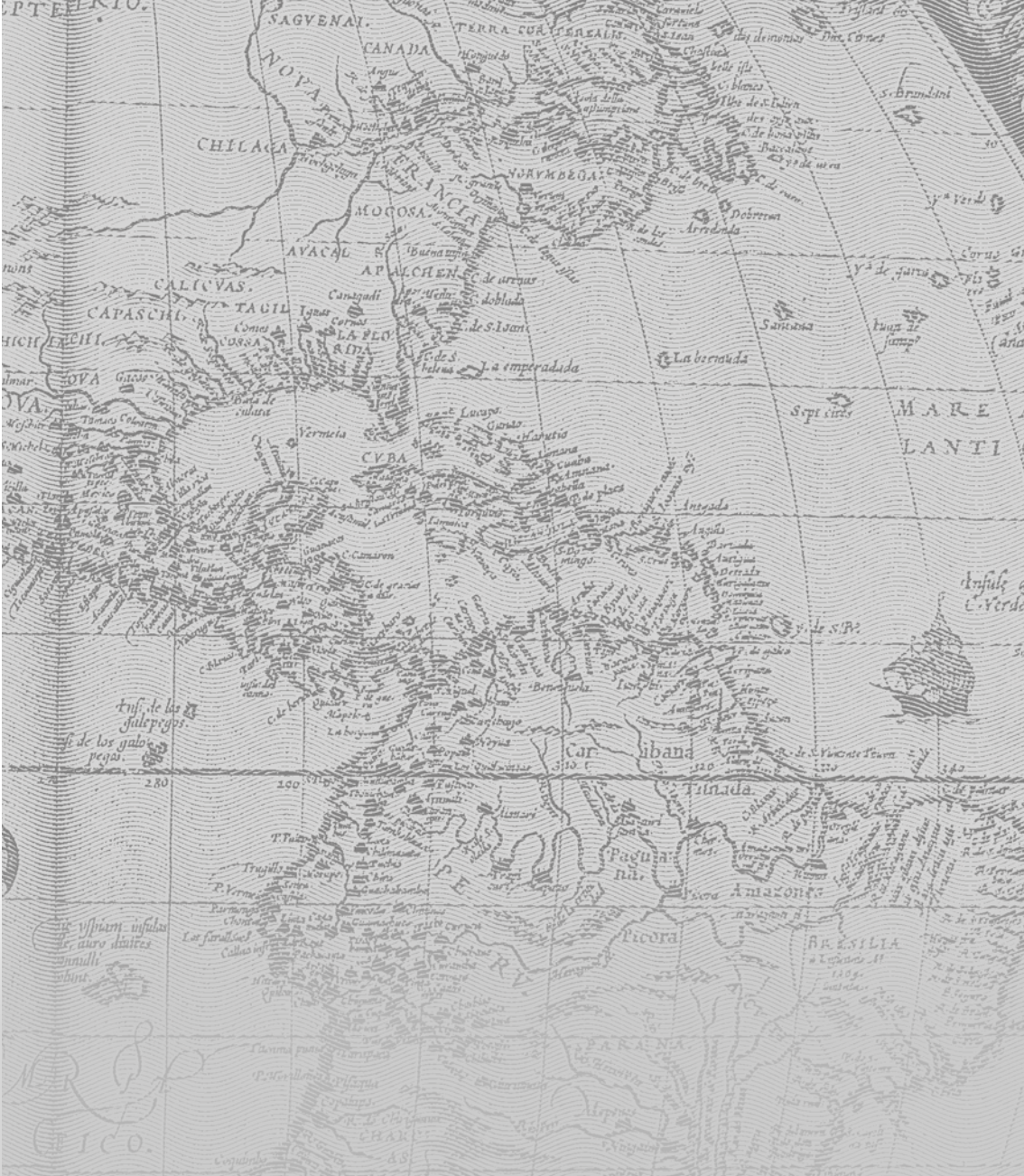
La reconstrucción de la hegemonía perdida se lanza al mundo desde la perspectiva del "capitalismo de los accionistas", la certera frase de Nancy Pelosi, líder de la Minoría Demócrata de la Cámara de Representantes. Según *Forbes* los diez estadounidenses más ricos incrementaron en casi 16 000 millones de dólares su patrimonio, desde que Trump asumió la presidencia (*Democracy now*, enero 2017). Es el retorno de los antivalores que el imperialismo requiere para volver a imponerse contra todo y contra todos: hiperconcentración de la riqueza, desigualdad, racismo, xenofobia, desprecio al otro, prepotencia, violencia, guerra, colonialismo, explotación humana, atropello a los pueblos, intervencionismo.

Solo que la recuperación de la hegemonía perdida se topa ahora con el mundo que la propia globalización engendró: una multipolaridad de potencias que compiten, entre las que destaca Europa, China y Rusia; una geopolítica internacional que forma bloques (América Latina es uno de ellos)

y que cuestiona todo afán de hegemonía unilateral; y sobre todo, los pueblos que, como se ha visto en los propios EE. UU., tienen una cultura que parecía escondida, sin mayor notoriedad, y que explota contra los mismos antivalores que origina el ansia de la hegemonía sin contemplaciones.

De repente, Nuestra América Latina tiene unos aliados poderosos con los cuales es preciso encontrar los canales de convergencia, unidad y acción: el pueblo norteamericano, que despertó a la movilización de valores y principios humanos que todos entendimos habían avanzado precisamente para validar la democracia.

10 de febrero de 2017



Degradando la política: el populismo latinoamericano

Acusar hoy de 'populista' a cualquier gobierno latinoamericano con raigambre social es una forma de combatirlo. El término es usado específicamente contra los gobiernos democráticos, progresistas o de nueva izquierda en la región. Son 'populistas', ante todo, los presidentes Evo Morales, de Bolivia; Rafael Correa, del Ecuador, y Nicolás Maduro (antes Hugo Chávez), de Venezuela. A veces se incluye a Daniel Ortega, de Nicaragua, y a Salvador Sánchez Cerén, de El Salvador. Y eran igualmente populistas los Gobiernos de Inácio Lula da Silva, en Brasil, o los de Néstor Kirchner y Cristina Fernández en Argentina.

Quienes mejor han recurrido al término acusador son las fuerzas de oposición a esos gobiernos: políticos tradicionales, derechas latinoamericanas, élites empresariales y aquella prensa privada unida a sus intereses. Pero no solo ellos, sino también antiguas izquierdas, así como intelectuales y académicos que se autoproclaman 'críticos'.

Gino Germani y Torcuato di Tella, intelectuales argentinos que fueron pioneros en definir los populismos latinoamericanos, trataron de convertir el término en una categoría de análisis pertinente a una época singular de la historia de la región, iniciada en la década de 1930, cuando la movilización de masas los liderazgos de figuras históricamente nuevas por su capacidad de conducción y movilización de esas masas, el derrumbe de la política tradicional y de élites en manos de partidos oligárquicos, el ascenso de las clases trabajadoras y capas medias, la confrontación nacional con el imperialismo y hasta la necesidad de la moderni-

zación capitalista fueron procesos que cambiaron las realidades hasta entonces vigentes en América Latina.

A los estudios iniciales siguió una abundante literatura académica que, finalmente, destacó como figuras populistas centrales a Lázaro Cárdenas (México), Getulio Vargas (Brasil) y Juan Domingo Perón (Argentina), a los que se sumaron Jorge Eliécer Gaitán (Colombia), Víctor Paz Estenssoro (Bolivia), Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú), Rómulo Betancourt (Venezuela), Carlos Ibáñez (Chile), Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz (Guatemala) e incluso José María Velasco Ibarra, en Ecuador.

El populismo revestía enorme importancia por hacer partícipes a las 'masas' en la vida política nacional de la cual habían sido marginadas; pero tenía sus límites en los liderazgos personalistas, con discutible presencia, pues eran vistos, bien como demócratas y radicales extremos (incluso 'comunistas') o como autoritarios y simplemente clientelistas. A su vez, eran rasgos valiosos el nacionalismo y el antiimperialismo, la creación de instituciones públicas y de servicios estatales, así como la potenciación de derechos sociales y laborales; pero los populistas, aunque habían contribuido a superar el sistema oligárquico, no lograron transformaciones estructurales definitivas, ni cuestionaron esencialmente la propiedad privada.

Pero el término 'populismo', si bien buscó interpretar aquellas realidades históricas descritas, se volvió ambiguo, indeterminado e insuficiente, pues los mismos liderazgos clásicos o renovados, así como los procesos de base, aunque tienen similitudes, también presentan enormes diferencias y son estas las que toca examinar en cada caso. Cárdenas nacionalizó la industria petrolera, Paz Estenssoro hizo la reforma agraria, Perón articuló un proceso industrial protegido, pero Velasco Ibarra no llevó a cabo ninguna de esas políticas y es discutible si emprendió la modernización 'capitalista' del Ecuador; y la fuerte clase obrera de Argentina o la minera de Bolivia no existieron en Ecuador.

El concepto populismo ha perdido sus intenciones y significados originales. Se demuestra que incluso ya no es una categoría válida para calificar los procesos de los años 30 del pasado siglo, a los que aludió.

En la actualidad habría que preguntarse a qué es lo que se quiere calificar como 'populismo' y la respuesta puede ser de lo más variada en el campo intelectual y de lo más disparatada en las lides políticas: así, mientras en los EE. UU, uno de los estudios pioneros es el de Michael Kazin (*The Populist Persuasion: An American History*, 1995) quien sostiene que el 'populismo' (un concepto totalmente distinto al latinoamericano) ha sido característico en ese país no solo durante el siglo XIX sino también en el XX. En las recientes elecciones del Ecuador, en cambio, se atacó al candidato Lenin Moreno, de Alianza País, por representar la continuidad del 'populismo correísta'; y desde la ultraderecha se combatió el 'populismo' que quiere 'venezolanizar' al país, un ataque similar de las derechas españolas al 'populista' Podemos y a su líder Pablo Iglesias.

Así es que el término 'populismo' no es hoy más que un concepto de ataque a todo proyecto político con intenciones de reivindicación popular y cambio social. Es un término para descalificar a toda política o líder que pretenda dar respuestas a los intereses de la sociedad y particularmente a pobladores, trabajadores, indígenas, clases medias, contrariando los intereses particulares de élites empresariales o políticas.

Es una palabra engañadora, que trata de apartar a las 'masas' de los liderazgos que sí responden por ellas; que busca desvalorizar las políticas sociales de los gobiernos progresistas; que trata de acanallar el ciclo histórico que abrió la nueva izquierda en América Latina.

Desde un estricto examen académico, no existe una economía o un modelo populista, si no expresas políticas económicas de los gobiernos progresistas para beneficiar a la más amplia población y cuyos logros son resaltados y avalados por instituciones internacionales como CEPAL,

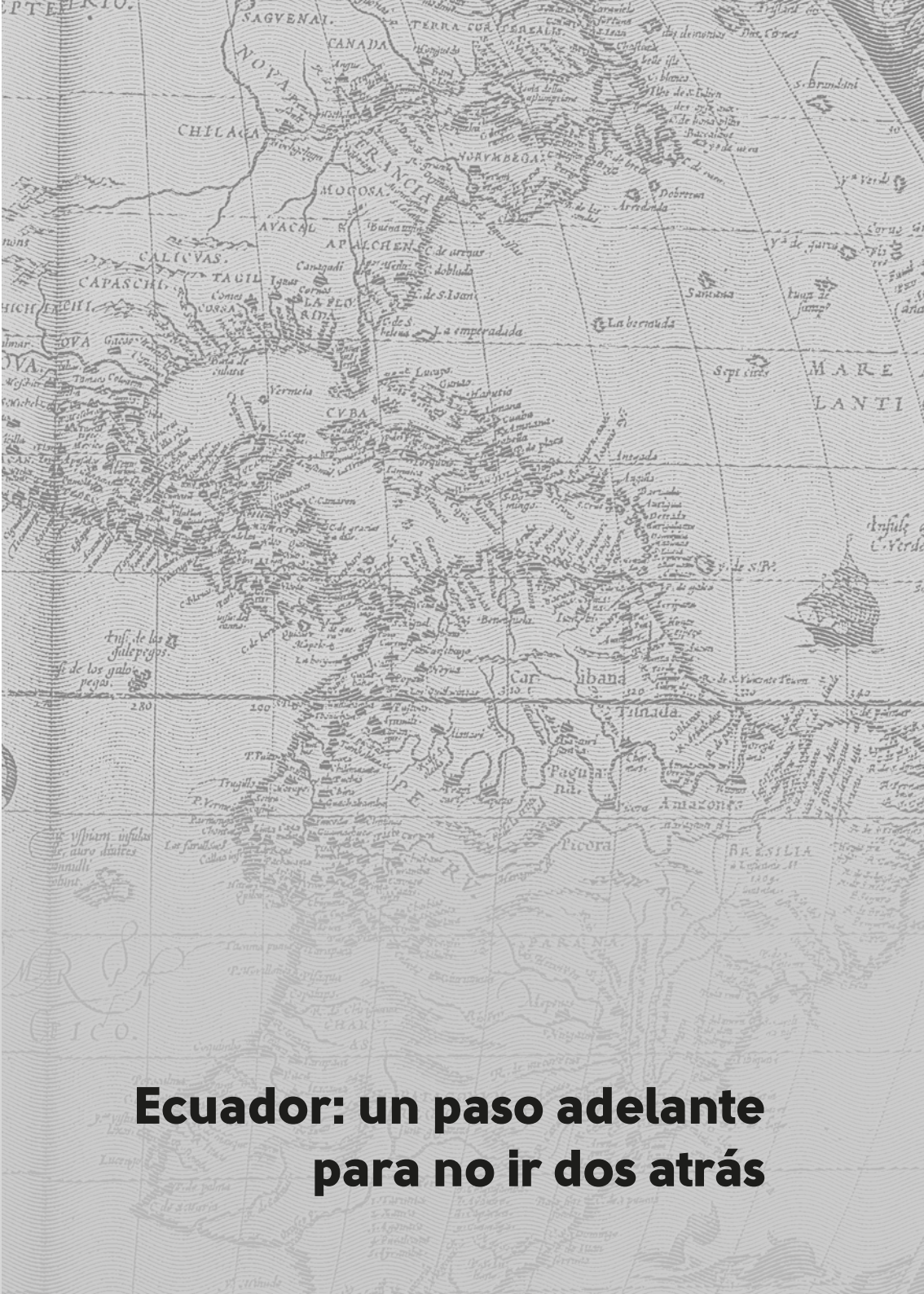
PNUD, BM y hasta FMI. Ernesto Laclau, quien defendió siempre al populismo, tenía razón al continuar viéndolo desde la perspectiva de la promoción de las masas y de sus intereses sociales.

Las propuestas y las políticas de gobierno encaminadas a planificar la economía, a potenciar el papel regulador e intervencionista del Estado, a proveer de servicios públicos gratuitos en materia de educación, salud, seguridad social y vivienda, a redistribuir la riqueza sobre la base de impuestos directos y sobre los patrimonios, a superar los términos de la inequidad social, a volver hegemónicos los intereses nacionales y sociales sobre los particulares, bancarios y empresariales, a reivindicar la soberanía, la dignidad nacional y el latinoamericanismo, nada tienen de 'populistas', sino que han trazado un nuevo modelo para el desarrollo económico y social.

Hoy el populismo no es más que una forma de hacer política, cuyos mecanismos son utilizados ampliamente por derechas, centros e izquierdas, particularmente en las campañas electorales, donde se potencia el discurso y es fácil hacer ofrecimientos demagógicos para la conquista del voto. Eso y nada más es el populismo.

Por tanto, el término ya no sirve para los análisis contemporáneos de las estructuras, los procesos y las etapas históricas de América Latina; o desde otra perspectiva, con el término populismo se adopta la vía más fácil para no investigar a fondo las realidades y, peor aún, las razones y direcciones de las políticas económicas y sociales de los gobiernos progresistas de la región.

Populismo es todo y es nada.



**Ecuador: un paso adelante
para no ir dos atrás**

Entre 1979-2017 Ecuador ha vivido la etapa más larga de regímenes constitucionales, un proceso que contrasta con el pasado, cuando el país tuvo una historia similar al conjunto de América Latina, con oleadas de constitucionalismo, dictaduras, caudillos o revoluciones.

La Revolución Ciudadana bajo la presidencia de Rafael Correa (2007-2017) no solo forma parte de esta singular etapa, sino que surgió bajo una serie de contextos.

Después de las décadas 'desarrollistas' de 1960 y 1970, y tras las dictaduras petroleras de esta última, el retorno a la democracia institucional parecía fortalecer una tendencia progresista; pero la crisis de la deuda externa desde 1981/82, seguida del progresivo e indetenible avance del modelo empresarial/neoliberal de economía, liquidaron el ascenso social. Además, los partidos y la clase política del momento pasaron a controlar las funciones del Estado en beneficio propio. Esa combinación entre economía y política aceleró la desinstitucionalización del Estado, pero sobre todo deterioró sistemáticamente las condiciones de vida y de trabajo de la mayoría de la población nacional, porque se consolidó un sistema que, en plena época de globalización transnacional y derrumbe del socialismo, dio el triunfo al capital, beneficiando a una elite que concentró la riqueza y el poder como en ninguna otra época. Finalmente, se perdió todo sentido de latinoamericanismo, soberanía y hasta decoro y dignidad nacionales, por la subordinación al FMI, a los intereses imperialistas y a los principios del mercado libre con empresa privada absoluta.

Fue la reacción contra esas condiciones la que condujo al cambio: el triunfo presidencial de Rafael Correa,

apoyado por el sector progresista, democrático y de toda la izquierda nacional, la Asamblea Constituyente, la Constitución de 2008 y el nuevo poder ciudadano en el control del Estado, incluso bajo condiciones prometedoras, por los altos precios de los bienes de exportación y sobre todo del petróleo, del cual dependía la economía del país.

Superar las herencias resultó una obra titánica, porque comenzaron a ser afectados no solo los antiguos sectores del poder, sino tradicionales grupos políticos y movimientos sociales, acostumbrados a sus propias prebendas.

Con el avance de la Revolución Ciudadana, el modelo empresarial/neoliberal fue rápidamente superado por una economía social CON mercado (término operativo para caracterizar un modelo que también se diferencia de la economía social DE mercado europea), cuyos rasgos han servido para que se lo bautice erróneamente como neodesarrollismo, neoestructuralismo, neokeynesiano y hasta poscapitalismo.

Ha sido fundamental el fortalecimiento de las capacidades estatales, la acción regulatoria del Estado, la consolidación del régimen redistributivo de los impuestos y las inversiones en obras públicas que durante una década transformaron las infraestructuras del país en forma inédita, así como también potenciaron, como nunca antes, los servicios públicos en varias áreas: educación, salud, atención médica, seguridad social y vivienda.

También fue superado el antiguo *Estado-de-partidos*, con la nueva constitucionalidad basada en el poder ciudadano (otro término por el momento operativo), el presidencialismo fortalecido, la nueva institucionalidad entre las funciones del Estado, y el apoyo del sector progresista y democrático de la sociedad en 14 procesos electorales, que refleja una multiplicidad clasista, sobre cuya base se recuperaron los principios de soberanía, orgullo y dignidad nacionales.

La incomprensión de estos cambios en el régimen político también ha conducido a que se revivan viejos conceptos sociológicos para caracterizar al Gobierno del 'correísmo', desde perspectivas subjetivas y meramente conceptuales, como populista, caudillista, paternalista, hiperpresidencialista y hasta autoritario.

De todos modos, el proceso de la Revolución Ciudadana debe ser observado como una sucesión de distintos momentos, porque entre 2007-2008 se ubicó la reforma constitucional; entre 2009-2013 la estabilización de los objetivos y reformas; entre 2013-2014 la institucionalización hegemónica de Alianza País; pero entre 2015-2016 la recesión económica, que solo desde 2017 empieza a girar por los índices de recuperación existentes.

Por consiguiente, en la perspectiva de amplio plazo, la Revolución Ciudadana inauguró un nuevo ciclo en la historia política del Ecuador, inscrito en los cambios de América Latina, región con la que el presidente Correa mantuvo una identidad permanente.

Las transformaciones económicas y sociales han sido resaltadas por informes y estudios de la CEPAL, el PNUD, el BM y hasta el FMI, que observaron la disminución de la pobreza, el progreso en la equidad y redistribución de la riqueza, así como la atención en los servicios estatales; la obra de gobierno fue reconocida en foros académicos y políticos internacionales; el liderazgo de Rafael Correa igualmente exaltado por las universidades que le otorgaron 15 doctorados *honoris causa*.

Como ha ocurrido con otros gobiernos latinoamericanos guiados por orientaciones de nueva izquierda, el Gobierno de la Revolución Ciudadana despertó poderosas fuerzas de oposición: el imperialismo, las élites económico-emprendarias, el partidismo y el movimientismo tradicionales, los medios de comunicación mercantiles, y hasta un sector de la izquierda que en la segunda vuelta electoral de 2017 incluso llamó a votar por un candidato de la banca o creó los

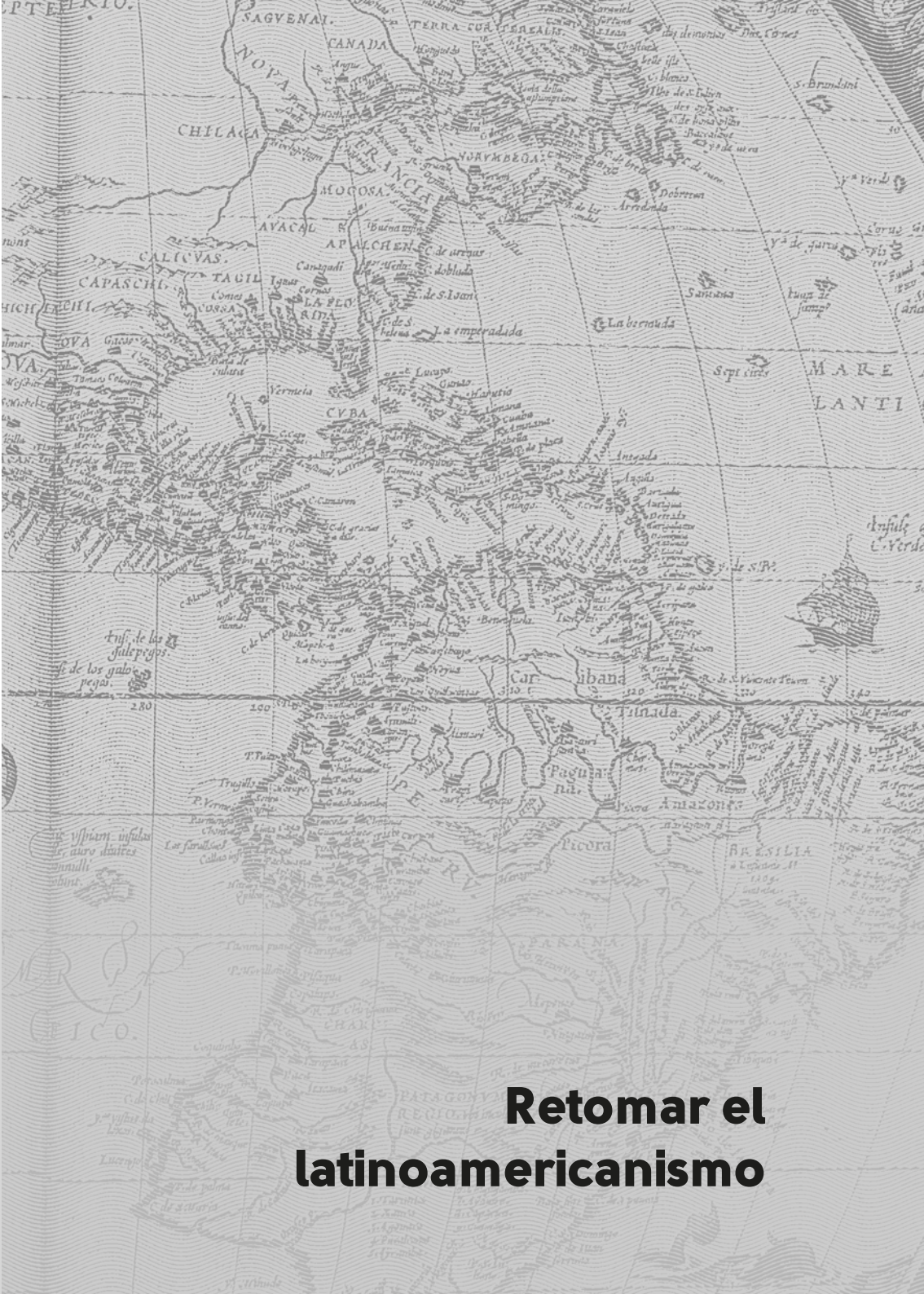
conceptos fundamentales (allí estuvieron los *marxistas pro-bancarios*) para combatir al 'correísmo'.

Desde luego, quedaron una serie de políticas por atender: los triunfos electorales no promovieron una democracia más participativa y directa; ha sido insuficiente el apoyo al sector de economía social y solidaria; no se cumplió con la reforma agraria aspirada por el campesinado; fueron conflictivas las relaciones con las dirigencias de los trabajadores, indígenas y otros sectores sociales; también quedaron problemas de burocratismo y excesiva centralización; en los dos últimos años se flexibilizaron ciertos derechos laborales y se giró a decisiones demasiado favorables al sector privado; se estabilizó un 'capitalismo social'.

Por sobre los límites, en una década Ecuador se transformó. Y el triunfo del presidente Lenín Moreno, con hegemonía política de Alianza País, evitó el retorno de los intereses de la ultraderecha económica y política.

Con el presidente Moreno, Ecuador ha comenzado una nueva fase en el proceso de la Revolución Ciudadana, bajo la expectativa de América Latina y las esperanzas nacionales que confían en la continuidad a favor de la consolidación y profundización de los logros de una década indudablemente ganada para la historia nacional.

Quito, 7 de junio de 2017



**Retomar el
latinoamericanismo**

Destino Manifiesto, americanismo, panamericanismo y 'oeísmo' tienen una misma línea de continuidad histórica. Después de su independencia, al inicio de su vida como Estado federal y república presidencial, admirado en todo el continente, los EE. UU. asumieron el papel de líderes, conductores y promotores de los valores de su democracia, de su estilo de vida y naturalmente de su economía. Ese modelo de sociedad debía ser el ejemplo a seguir por los países de la naciente América Latina, independizada a inicios del siglo XIX del colonialismo español y portugués.

Como una misión providencial, como un compromiso del destino, los EE.UU. asumieron el papel de guiar al continente en el camino que esa gran nación creía necesario. Era una cuestión, además, que lucía como de sincero y puro americanismo, para protegerse de toda injerencia extranjera. Desde luego, bajo ese 'destino manifiesto' y ese 'americanismo' se ocultaban los intereses de los EE. UU. por convertirse en la potencia hegemónica sobre toda la región, con el fin de dominar un mercado gigantesco.

En la IV Conferencia Interamericana de 1910, realizada en Buenos Aires, se creó la Unión Panamericana, que antecedió a la creación de la OEA. El panamericanismo y el oeísmo se fundaron sobre un supuesto: todos los países del continente se unían para preservar su 'amistad', colaborar, solucionar conflictos, atender sus democracias, afianzar una especie de unidad consensuada, pero que no pudo ocultar la base sobre la cual esos compromisos se erigían: la hegemonía continental de los EE. UU. y de sus intereses geopolíticos y económicos.

La gran evidencia de semejante relación ocurrió al calor de la guerra fría, durante la VIII Cumbre de la OEA realizada en Punta del Este, Uruguay, en enero de 1962, cuando

se expulsó a Cuba del sistema interamericano, con el voto de catorce países.

En función del ‘americanismo’ Cuba quedó bloqueada. En aquella conferencia se argumentó que el gobierno de la isla se había identificado con la ideología marxista-leninista, que aceptaba la ayuda militar de las potencias comunistas, favorecía la intervención armada de la URSS en América, y que, por tanto, se había colocado ‘voluntariamente’ fuera del sistema interamericano, al quebrantar la “unidad y solidaridad” del continente.

La guerra fría en América Latina es una época de verdadero oscurantismo histórico y de graves repercusiones sobre la vida política de nuestros países. Ningún estado se libró del injerencismo, los condicionamientos, las amenazas o las intervenciones; hubo gobiernos derrocados y en la década de los setenta las más atroces dictaduras militares anticomunistas.

Con la superación de la guerra fría y el giro que tomó América Latina al iniciarse el nuevo milenio gracias a una serie de gobiernos progresistas y democráticos en varios países, la región pasó a ser otro referente en la geopolítica internacional y con personalidad propia, porque se afirmaron principios de soberanía, independencia y dignidad, además de que se cuestionó la marcha del mundo en la globalización transnacional y el modelo neoliberal. Bolivia, Ecuador y Venezuela se colocaron a la vanguardia de las transformaciones y pasaron a ser referentes de la lucha antimperialista.

Gracias a ese espacio histórico logrado por los nuevos gobiernos, Cuba tuvo un respaldo inédito y en 2009 la reunión de la OEA en Honduras dejó sin efecto la resolución de 1962. El paso posterior más importante se dio en 2015, cuando los EE. UU. y Cuba abrieron sus relaciones diplomáticas, seguidas del encuentro que mantuvieron los presidentes Barack Obama y Raúl Castro en La Habana, en marzo de 2016.

América Latina aspiraba a que el bloqueo norteamericano concluyera tras esos acercamientos. Pero esa aspiración ha quedado destruida por el Gobierno del presidente Donald Trump, quien no solo ha retomado el camino del bloqueo, sino también el viejo espíritu del americanismo del destino manifiesto.

Pero ahora también está en la mira Venezuela. En la 47 Asamblea General de la OEA reunida recientemente (junio, 2017) en Cancún, México, se intentó determinar soluciones continentales para los problemas que vive la patria de Bolívar. Allí, la canciller venezolana Delcy Rodríguez debió enfrentar, con frontalidad, las intervenciones de los representantes de varios países latinoamericanos y de los propios EE. UU., que abogaron por alguna resolución que condenara a Venezuela, país que había decidido separarse formalmente de la institución. Sin embargo, esta vez, a diferencia de lo que ocurrió en 1962, la OEA no obtuvo el resultado esperado por el ‘americanismo’ continental.

Al fracaso en la OEA se suma otro acontecimiento: en la reunión del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas realizado en Ginebra, Suiza (junio, 2017), tampoco se logró condena alguna a Venezuela, sino todo lo contrario, ya que allí 57 representantes de países de América Latina, Europa, África y Asia ratificaron el respeto al Gobierno venezolano y a sus decisiones soberanas, señalando claramente: “Consideramos que es al pueblo venezolano a quien compete, exclusivamente, determinar su futuro sin injerencias externas”.

La posición del Ecuador ha acompañado esas declaraciones. Cabe recordar que en 1962 este país se abstuvo de votar contra Cuba y lo mismo ha hecho en la reunión de la OEA en México, con respecto a Venezuela. La canciller María Fernanda Espinosa destacó el diálogo político como instrumento de solución de controversias; reiteró su respaldo a las iniciativas de UNASUR y CELAC; lamentó que la OEA no haya podido encontrar el camino adecuado para tratar el

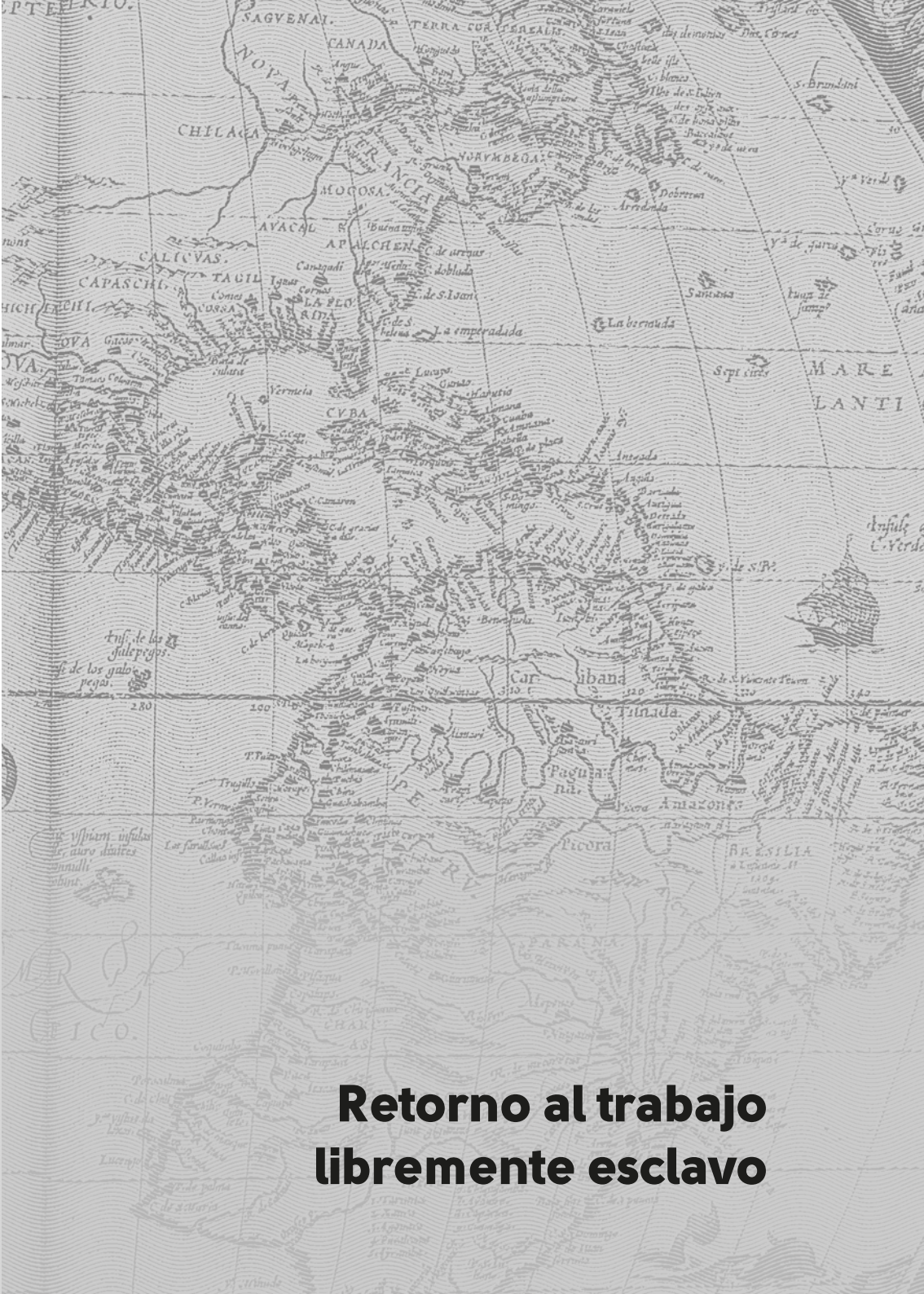
tema venezolano, y también el retroceso de los EE. UU. en sus relaciones con Cuba.

Más allá de la posición diplomática asumida por Ecuador, es posible advertir que en la actual coyuntura continental, hay un momento de tensión entre la tradicional visión 'americanista', que pretende dar lecciones a los pueblos y sus caminos históricos, y las posiciones que en la región asumen los gobiernos de distintos países, que confían no solo en las virtualidades de los diálogos políticos, sino en el absoluto respeto a los asuntos internos de cada país.

A estas alturas de la evolución histórica de América Latina es difícil que se impongan impunemente las diplomacias injerencistas y que los gobiernos se subordinen dócilmente a las políticas del tradicional 'americanismo'. El ciclo de gobiernos progresistas de la región posibilitó avanzar en la conciencia de la autonomía para la toma de decisiones de los pueblos del continente y para el trazo de sus propios sistemas económico, social y político.

Pero a esas nuevas convicciones les falta la concreción definitiva. Y para ello se requerirá que los países con gobiernos progresistas retomen los esfuerzos para la consolidación de la nueva institucionalidad internacional creada bajo los intereses latinoamericanos y que se concentra en el reforzamiento del ALBA, de UNASUR y de la CELAC.

28 de junio de 2017



Retorno al trabajo libremente esclavo

Al comenzar el siglo XIX, la mayor parte de Europa todavía conservaba muchos rasgos de la economía medieval. Desde fines del siglo XVIII, la Revolución industrial (vapor) nacida en Inglaterra había comenzado a carcomer ese pasado. Sin embargo, hasta 1830 la industrialización en Francia fue lenta, mientras en Alemania, Bélgica y Rusia despegó a gran escala a partir de 1850. El progreso del capitalismo aceleró el desarrollo que, a fines del siglo XIX, tuvo un impulso fenomenal con la segunda Revolución industrial (petróleo y electricidad) y las gigantescas empresas (monopolios) que posibilitaron el salto a la era del imperialismo capitalista.

En sus orígenes, la situación de la clase obrera era impactante: jornadas que sobrepasaron las 14 horas, salarios ínfimos, empleo de mujeres y niños en peores condiciones que las de los hombres, hacinamiento en barrios miserables, proliferación de enfermedades y ausencia de derechos laborales.

Los obreros comenzaron huelgas, marchas y protestas; los ludistas¹ se lanzaron contra las máquinas, mientras las leyes los persiguieron con la pena de muerte (1813); la Asociación de Trabajadores de Londres (1836) intentó, con la "Carta del Pueblo", el sufragio universal y la abolición del certificado de propiedad para ocupar el parlamento; en 1847 se logró reducir la jornada a 10 horas; y hasta mediados del siglo XIX las luchas obreras intentaron conquistar derechos, en medio de constantes y hasta sangrientas represiones.

1 Movimiento de trabajadores caracterizado por la destrucción de las máquinas.

Necesariamente surgieron reformadores sociales y utopistas. En Francia, los clérigos Lamennais y Lacordaire encabezaron el Movimiento Católico Liberal; el rico industrial textil británico Robert Owen ideó las cooperativas obreras con comedores y escuelas, además de impulsar la jornada de 8 horas; aparecieron otros socialistas utópicos (Saint Simon, Fourier), así como los anarquistas (Proudhon, Bakunin, Kropotkin).

En 1836 se fundó en París la “Liga de los Justos”, que en 1847 se transformó en “Liga de los Comunistas”; en 1848, sobre una nueva revolución europea, apareció el “Manifiesto Comunista”, de Karl Marx y Friedrich Engels; y en 1871 los obreros por primera vez tomaron el poder en “La Comuna” de París. Mientras estos hechos ocurrían en la convulsionada Europa, Nuestra América Latina seguía su propio rumbo.

Después de las gestas por la independencia (entre 1808 y 1824), en el continente surgieron las distintas repúblicas. Todas precapitalistas. Las confrontaciones entre ‘liberales’ y ‘conservadores’, los caudillos o las dictaduras, que caracterizaron al siglo XIX y se extendieron en diversos países hasta bien entrado el siglo XX, ocuparon la atención política. Pero era una lucha entre élites dominantes, porque en la economía predominaban haciendas, latifundios y plantaciones, todavía con esclavos (hasta mediados del siglo XIX) y mayoritariamente con campesinos e indígenas sujetos a variadas formas de servidumbre. No existía clase obrera, porque no hubo industria, una rama de la producción que solo creció en contados países a fines del siglo (Argentina, Brasil, México).

Así, la clase obrera, el ‘proletariado’ latinoamericano, en el conjunto de la historia de la región, es un sector que surgió en el siglo XX, conforme avanzó el desarrollo capitalista, siempre frenado por el peso del régimen terrateniente y el dominio oligárquico que impidió, incluso, la formación de una ‘burguesía’ modernizadora, un hecho que contrasta con lo ocurrido en Europa.

Pero, también, los trabajadores latinoamericanos de la incipiente industria sufrieron el peso de la explotación: jornadas extenuantes, salarios miserables, organizaciones perseguidas, luchas reprimidas, explotación laboral y marginación social, en tanto se enriquecían con esas condiciones tanto los empresarios-propietarios como las antiguas oligarquías de terratenientes, comerciantes y banqueros. Karl Marx estudió la explotación capitalista en Europa, tomando como ejes a Inglaterra y Alemania; pero no pudo estudiar las condiciones económicas y sociales de América Latina donde la situación laboral era peor de lo que examinó en su célebre obra *El capital*.

En América Latina, solo con el avance del siglo XX empezó la legislación social, y prácticamente a mediados del siglo estaban reconocidos los principales principios y derechos laborales, al menos en forma teórica, pues siempre fueron violados de una u otra manera. Un papel importante en ese progreso tuvieron los intelectuales sensibilizados con la "cuestión social" latinoamericana; pero también gobiernos progresistas (como los 'populismos' de izquierda surgidos entre las décadas de 1920 y 1940 en Ecuador, Brasil, Argentina o México) que impusieron políticas de Estado para atender a los sectores populares y a las clases trabajadoras.

La era del neoliberalismo latinoamericano, a partir de la década de 1980, fue un golpe histórico a las conquistas laborales y a los derechos de los trabajadores, que sufrieron fuertes retrocesos, porque la flexibilidad y la precarización laborales se impusieron.

En contraste, el ciclo de los gobiernos progresistas y democráticos en América Latina a partir del inicio del nuevo milenio, renovó el proteccionismo social, con políticas de Estado en servicios y obras de amplio beneficio, así como garantizando derechos laborales. Se creyó que no habría retrocesos. Pero la restauración de modelos empresarial-neoliberales radicales en Argentina y Brasil ha demostrado la fragilidad de las conquistas y derechos de los traba-

jadores en una era de debilitamiento global del proteccionismo social.

Lo sucedido en Brasil debe observarse con atención. Allí acaba de aprobarse (el martes 11 de julio de 2017) una legislación laboral cuyos ejes son: privilegio del acuerdo entre patronos y trabajadores por sobre la ley; pactar jornadas de hasta 12 horas diarias y 48 a la semana; se pone término a la remuneración de horas extraordinarias; se divide las vacaciones en tres partes; se legaliza la tercerización; se introduce la jornada 'intermitente', con salarios por horas o jornada, pero no mensual.

Se cree que, con semejantes 'medidas', se podrá salir de la crisis, poner al país en marcha, favorecer al emprendimiento privado y fortalecer la producción. No importa el costo social. En la realidad es un retroceso de siglos históricos de lucha obrera y avance humano, bajo un gobierno atravesado por la corrupción y unos empresarios tan vinculados a ella que no tienen empacho alguno en aplaudir semejante esclavitud en el siglo XXI, orquestada al ritmo de la 'libertad' económica. Tiene razón el profesor José Dari Krein, del Instituto de Economía de la Universidade Estadual de Campinas (Unicamp) al calificar el hecho como un "desmonte de los derechos históricamente adquiridos".

Esa legislación marcará el comportamiento de otras élites latinoamericanas que ven en Brasil un ejemplo digno de seguir. De manera que América Latina parece estar entrando a un nuevo momento histórico de restauración capitalista, en el cual la modernidad globalizada no impide que se retorne a las primeras épocas de vigencia del capitalismo mundial, cuando los obreros carecían de elementales derechos y garantías sociales.

Desde luego, este nuevo momento histórico ha evidenciado, además, que tampoco surgió en la región una 'burguesía' capaz de tener alguna conciencia de progreso social y laboral. No hay más mecenas ni reformadores que provengan de las capas ricas, un 'Owen' latinoamericano que confronte a su propia clase, o un aristócrata como Saint

Simon que piense en la utopía de un socialismo de beneficio común.

En América Latina sigue siendo un problema la existencia de élites ricas, propietarios insensibles y empresarios simplemente acumuladores, que reniegan de cualquier signo destinado a la redistribución de la riqueza para el adelanto humano de amplias mayorías de la población.

Quito, 19 de julio de 2017



Ecuador: ¿qué sucede con la Revolución Ciudadana?

En la segunda vuelta (balotaje), realizada en Ecuador el 2 de abril de 2017, triunfó el binomio de Alianza País (AP) Lenín Moreno/Jorge Glas sobre el de Guillermo Lasso/Andrés Páez, patrocinado por CREO/SUMA. La diferencia fue mínima: 51.16 % (5 062 018 votos) a favor de Moreno/Glas y 48.84 % (4 833 389 votos) para Lasso/Páez.

Ese triunfo alivió a los partidarios de la Revolución Ciudadana, que incluso dudaban sobre la posibilidad de derrotar a la otra candidatura directamente ligada con los intereses de la banca y las derechas del país.

El triunfo también alivió a las fuerzas democráticas y progresistas de América Latina, que comprendieron que en Ecuador se jugaba un futuro. Se entendió que habían sido derrotadas las estrategias imperialistas encaminadas a los 'golpes blandos'; que fueron golpeadas las derechas internas tanto como aquellos medios convertidos en voceros ideológicos del 'anti-correísmo', pero que también volvieron a quedar malparados esos minoritarios aunque bulliciosos círculos de las viejas izquierdas, en cuyas filas incluso surgió un suigéneris *marxismo pro-bancario*.

Todavía como candidato presidencial, Lenín Moreno llegó a expresar: "Querido Rafael: ya Jorge lo dijo, *el mejor presidente que ha tenido el Ecuador*. Que superemos la obra de Rafael Correa Delgado va a ser muy difícil; pero Rafael: lo vamos a intentar; y muy posiblemente lo vamos a lograr". Y después del 24 de mayo, una vez posesionado como presidente, Moreno expresó: "Rafael, que tengas un buen viaje; que Dios te bendiga; y que bendiga a toda tu familia. Gracias, a nombre del pueblo ecuatoriano, por todos los logros de esta década, principalmente en beneficio de los más pobres y desprotegidos. ¡La Revolución continúa! ¡La Revolución sigue adelante!".

El equipo ministerial, con el que se inició el gobierno, incluyó a varias personas que habían colaborado con el expresidente Correa; pero otro segmento era de nuevos funcionarios y varios de ellos ligados a la empresa privada. Además, en las elecciones para la Asamblea Nacional de 137 miembros, AP obtuvo la mayoría con 74 asambleístas, lo que garantizó una holgada identidad entre Ejecutivo y Legislativo. Sin embargo, pese a tan auspiciosos momentos, con el transcurso de las semanas ocurrieron una serie de acontecimientos que sembraron inquietud en el mundo latinoamericano.

En el plano político, el presidente Lenín Moreno enfatizó en un nuevo estilo y convocó a un amplio diálogo nacional, que incluyó a sectores de la oposición, lo cual generó las primeras críticas del expresidente Correa. "Revolución es luchar por la paz", contestó Moreno, quien habló de tolerancia y respeto, e incluso llegó a decir: "ahora se respira libertad y eso es maravilloso, de a poco, toda la gente va a ir abandonando ese comportamiento ovejuno y a respirar esta libertad nueva".

Independientemente de las palabras en juego, el problema es que los opositores de derecha e izquierda, permanentemente han movilizado una serie de conceptos contra el 'correísmo', tildándolo de autoritario, caudillista, populista, conculcador de libertades, intolerante; pero también han combatido a los asambleístas de AP, a quienes han calificado como 'borregos' que supuestamente estuvieron bajo las 'órdenes' de Correa.

En el plano económico, Moreno afirmó que la situación era "muy difícil" y que no había quedado la "mesa servida", aludiendo con ello a una frase de Correa, quien había argumentado que la economía se hallaba en proceso de lenta recuperación. Pero Moreno también dijo: "Creo que se podía ser un poquito más mesurado el momento de dejar cuentas en mejores condiciones"; y además sostuvo: "Ahora sabemos que no solo se gastó en demasía, sino que nos endeudaron. Si seguimos por la misma senda, hipotecare-

mos el futuro del país". Aseguró que la empresa privada debía ser el eje de la economía; ofreció revisar el impuesto de plusvalías; y también, al dirigirse al país, sostuvo que no habrá 'paquetazo' contra el pueblo, y que en septiembre se conocerían las medidas económicas y el plan para enrumbar a Ecuador en los próximos cuatro años de gobierno.

En este campo, el problema conceptual es que desde la oposición, y particularmente desde las cámaras de la producción, se cuestionó, en forma permanente, el 'excesivo' gasto público tanto como el 'irresponsable' endeudamiento externo; se sostuvo que Correa era 'enemigo' de la empresa privada; se atacó el 'tamaño' del Estado y su intervencionismo económico; se exigió suprimir impuestos y especialmente el anticipo del impuesto a la renta, el de plusvalías y el de salida de capitales, así como se abogó por la flexibilidad laboral disfrazada como "flexiseguridad empresarial" (*El Telégrafo*, 2019).

El expresidente Rafael Correa fue lapidario al sostener: "es obvio que el 2 de abril derrotamos a la oposición; no estoy muy seguro si ganó la Revolución Ciudadana".

Un tercer elemento se añadió en la coyuntura con más fuerza política que los anteriores: la corrupción. El escándalo saltó hace meses con los Panamá Papers, a través de los cuales se trató de comprometer al Gobierno de Correa. Pero ganó a todo el Caso Odebrecht que llevó al enjuiciamiento y prisión de altos funcionarios del gobierno anterior. Finalmente, la beligerante oposición anticorreísta ha tratado de liquidar la presencia del vicepresidente Jorge Glas, quien llegó a ser vinculado por el Fiscal General.

El 2 de agosto, Glas suscribió un comunicado "A la opinión pública"¹ con duros términos de cuestionamiento al Gobierno de Moreno y sosteniendo su inocencia frente a las

1 El texto completo del comunicado se puede encontrar en el siguiente link: <http://bit.ly/2u4NNlv>

acusaciones de corrupción. Le valió la inmediata reacción del presidente Moreno que, de acuerdo con la Constitución, quitó todas las funciones a su vicepresidente.

Estos temas han disparado las inquietudes ciudadanas. Los más contentos con lo que ocurre son las élites económicas junto con toda la gama del 'anti-correísmo' de derecha y de izquierda. El clima de 'libertad' es saludado como parte del diálogo y aplaudido por aquellos medios que dicen por fin respirarlo. Y en las encuestas más conocidas, Lenín Moreno llegó a una aceptación que bordea el 80 %.

Bajo esas condiciones, no es posible observar y aún peor pedir que se obre con un mínimo de objetividad y coherencia. Es difícil apelar a la razón analítica y al pensamiento crítico sobre lo que sucede en el fondo de todo.

No hay duda que los casos de corrupción golpearon la imagen del Gobierno de Rafael Correa. Pero todos ellos han servido más política que jurídicamente, aprovechando que la ciudadanía exige transparencia y "prisión" para todos los involucrados; pero el juzgamiento corresponde a los jueces y no a las fuerzas políticas y mediáticas, que ya han logrado posicionar 'culpables' antes de cualquier sentencia.

Es legítimo que el Gobierno de Lenín Moreno busque fijar su propia personalidad; pero lo ha hecho a costa no solo de diferenciarse con el anterior gobierno, sino rompiendo con él, con Correa y con Glas, lo cual ha provocado el torbellino en que se halla AP, y sin que todavía se pueda prever lo que ocurrirá al interior de este movimiento.

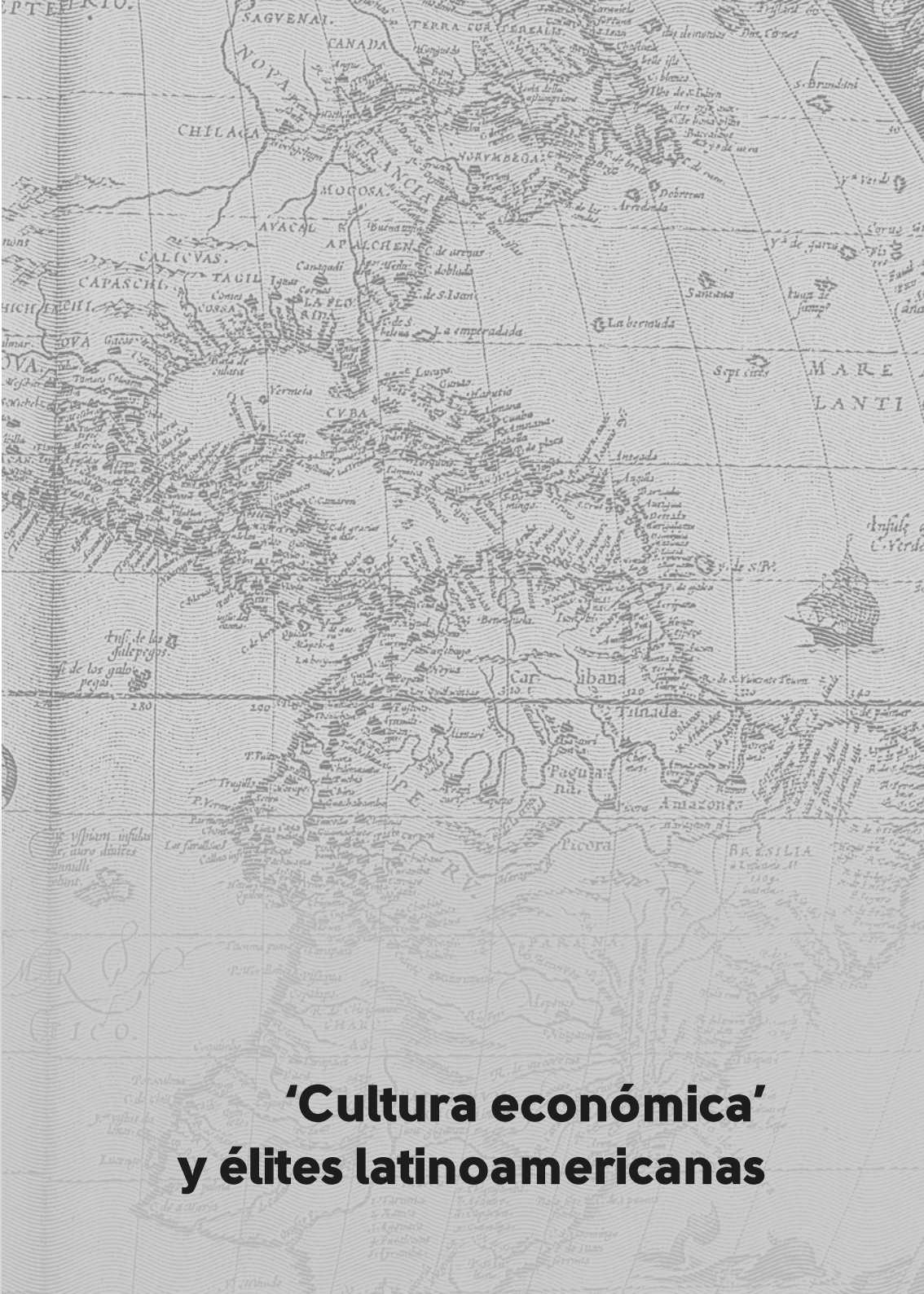
Y este proceso de transición presidencial está caracterizado por la readecuación de fuerzas económicas, políticas y sociales, que pugnan por introducir sus intereses en el Gobierno de Moreno, a fin de que el Estado se incline a su favor. Las élites económicas y particularmente las cámaras de la producción, tan conservadoras y atrasadas en el ámbito latinoamericano, apuntan a que se retire el Estado, se revisen los impuestos y se flexibilice el trabajo. Por su parte, los tradicionales dirigentes de los movimientos

sociales, así como las izquierdas pro-bancarias, han revivido sus planteamientos corporativistas o dogmáticos, que predominan sobre toda visión nacional.

En esta lucha de clases el futuro inmediato aún es incierto. Mas lo que está en juego es la afirmación, o no, de la Revolución Ciudadana, bien sea para ser radical o para ser moderada.

Si se preservan los intereses sociales y populares sobre las élites económicas y políticas tradicionales. se habrá afirmado el ciclo progresista. De lo contrario, América Latina quedará debilitada.

23 de agosto de 2017



'Cultura económica' y élites latinoamericanas

Hace 17 años, la historiadora norteamericana Camilla Townsend publicó un interesante libro titulado *Tales of Two Cities* que traía como subtítulo esta sugerente frase *Race and Economic Culture in Early Republican North and South America: Guayaquil, Ecuador, and Baltimore, Maryland*.

En esa obra, Townsend analiza el período histórico entre 1820 y 1835, cuando Guayaquil, ciudad del Ecuador, y Baltimore, en los EE. UU., se hallaban, por primera vez, libres de la dominación colonial europea y en capacidad de tomar sus propias decisiones. De hecho, en 1820 fue proclamada la independencia de Guayaquil, y en 1835 Ecuador cumplía cinco años de haberse separado de la República de Colombia (la Gran Colombia soñada por el Libertador Simón Bolívar), para formar un Estado soberano.

Durante el período estudiado, mientras en los EE. UU. se cumplían las presidencias de James Monroe (1817-1825), John Quincy Adams (1825-1829) y Andrew Jackson (1829-1837), en Ecuador se vivían los años decisivos de la lucha independentista, la incorporación y luego separación de la Gran Colombia (1822-1830) y la transición entre el Gobierno de Juan José Flores (1830-1834) y el de Vicente Rocafuerte (1835-1839), mediado por la corta “Revolución de los Chihuahuas”.

Guayaquil y Baltimore partían de condiciones comparables: eran puertos mercantiles, con dinámico auge exportador (cacao y cereales, respectivamente) y pocas familias propietarias de plantaciones; tenían clases medias y trabajadores, aunque los ricos guayaquileños aspiraban a la modernización, mientras en Baltimore podía encontrarse propuestas contra las fábricas.

Pero lo que marcó las diferencias entre ambas ciudades fue la actitud de sus élites ante los trabajadores, la población y el rol de la autoridad pública.

En Baltimore existía preferencia por el trabajo libre, el pago de salarios, la generalización de escuelas, la superación de la criminalidad, la importancia de los impuestos, la expansión del mercado interno, el atractivo a los capitales foráneos. En Guayaquil, las élites económicas se distinguían por la sujeción a los trabajadores, las relaciones serviles, miserables salarios, sin difusión de escuelas, la resistencia a los impuestos, considerando un mal gasto la construcción de caminos y visualizando a la población pobre como una verdadera "horda peligrosa". El clasismo y el racismo operaron de manera distinta en las dos ciudades, afectando a una minoría en Baltimore, pero a las mayorías en Guayaquil.

De este modo, las diferencias económicas en torno al trabajo y la población, la diferente consideración sobre las reformas sociales, el distinto sentido sobre las capacidades públicas y las responsabilidades privadas, es decir, la 'cultura económica' de las élites, marcó el futuro del desarrollo de las dos ciudades, lo cual favoreció a Baltimore frente a lo que ocurriría en Guayaquil.

La investigación de Townsend, tomando como base un ejemplo histórico entre dos ciudades, replantea la relación entre economía y cultura, pero además permite observar la relación entre élites y desarrollo. Extendido y aplicado a una consideración histórica más amplia el estudio induce a otra comprensión: la mentalidad de las élites y su relación con el 'desarrollo' (los EE. UU.) y el 'subdesarrollo' (América Latina), para usar los términos que en la década de 1960 servían para fotografiar el cuadro de la diferenciación económica entre norteamérica y el resto del continente.

Desde luego, la investigación citada no agota el tema. Durante décadas se han acumulado los estudios históricos y ha quedado en claro que el 'subdesarrollo' (vuelvo a usar

este término solo por utilidad inmediata) no solo ha tenido que ver con las relaciones de 'dependencia' (la teoría que hizo furor en la década de los setenta del pasado siglo), sino con un complejo conjunto de condiciones, que pasan por el coloniaje, el tipo de economía primario-exportadora largamente mantenido en América Latina, el rentismo de sus élites económicas, la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, la ausencia de instituciones estatales vigorosas, las limitadas capacidades económicas del Estado. Es decir, el tardío y limitado avance capitalista de América Latina, comparado con otras regiones como los EE. UU. o Europa, no solo respondió a un factor determinado, sino a una multiplicidad de situaciones históricas.

Sin embargo, y al mismo tiempo de lo señalado, no hay duda que la mentalidad de las élites económicas dominantes de América Latina también ha sido un factor que explica la diferente dialéctica que tuvo la región con respecto a los países de capitalismo central y 'desarrollado'.

Es un factor que ha vuelto a evidenciarse en la América Latina contemporánea.

Los regímenes oligárquicos en la región se extendieron hasta bien entrado el siglo XX. Los 'populismos' de los años treinta, así como el 'desarrollismo' de las décadas de 1960 y 1970, pusieron fin al régimen oligárquico y coadyuvaron a la modernización definitivamente capitalista. Pero también lograron impulsarse políticas sociales y reformas estructurales que mejoraron la calidad de la vida y del trabajo de amplios sectores sociales otrora sujetos a las peores condiciones de la miseria y la explotación.

En esos procesos cíclicos de cambio y reforma durante el siglo XX, en América Latina se definieron tres ejes constantemente recurrentes para la acción histórica de carácter progresista, democrática y nacionalista:

1. El Estado, utilizado como instrumento y aparato de poder social para imponer transformaciones a las élites dominantes, es un poderoso dinamizador de la

economía y de la extensión de servicios públicos, obras y beneficios sociales.

2. Los fuertes y altos impuestos a las capas ricas, son mecanismos que aceleran la redistribución de la riqueza y que imponen responsabilidades sociales a las élites resistentes.
3. La imposición de políticas sociales y laborales, que defiendan derechos y afirmen la atención y mejora a las condiciones de vida y de trabajo de la población, no solo reducen las inequidades, sino que contrarrestan las mentalidades simplemente rentistas y explotadoras de las élites sobre los trabajadores.

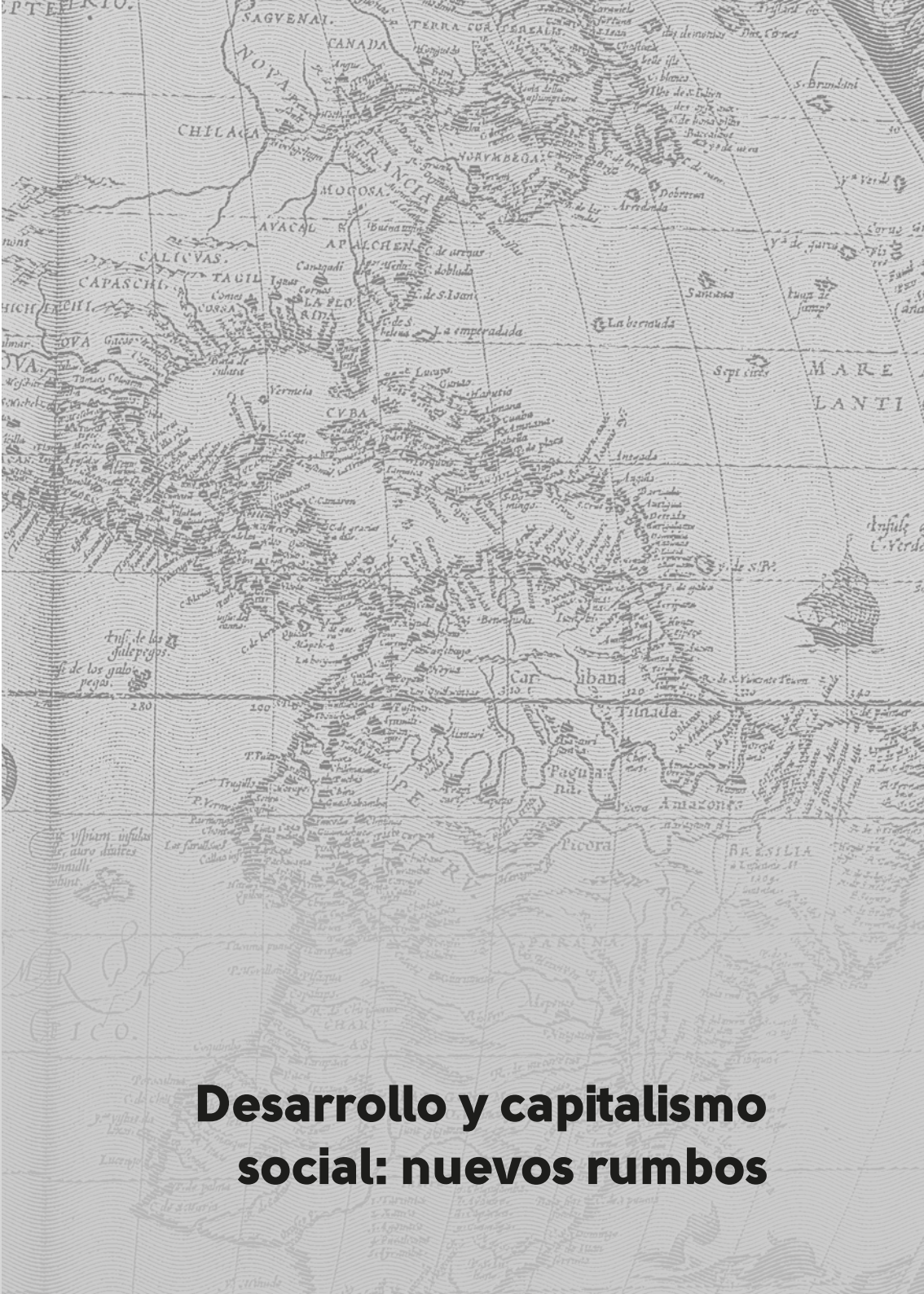
Durante las décadas de 1980 y 1990 las consignas contra el Estado, contra los impuestos y por la flexibilidad del trabajo, que fueron admitidas como las nuevas recetas de la modernización y el progreso, solo agravaron las condiciones de vida y de trabajo de las enormes mayorías populares de América Latina. Esas condiciones fueron revertidas por los gobiernos democráticos y progresistas de la región que se extendieron en Sudamérica desde el inicio del nuevo milenio.

Pero en el presente, la fuerza que han logrado retomar las élites económicas de la región les ha permitido volver a la carga. Y, aprovechando la debilidad o 'fin' del ciclo progresista latinoamericano, otra vez más se lanzan contra el Estado, los impuestos y a por la flexibilidad laboral. Siguiendo la línea investigativa sugerida por Townsend, nuevamente se evidencia la 'cultura económica' de las élites latinoamericanas, que remarcan su diferencia con las élites de los EE. UU. o Europa: las burguesías latinoamericanas no han podido crear sistemas en los cuales prime la atención social, la promoción laboral, la institucionalidad nacional. Se contentan, una y otra vez más, con retomar el camino fácil de la acumulación, a través del ahorcamiento a las finanzas públicas, la supresión o debilitamiento de los impuestos y la persistente búsqueda por una amplia y de-

finitiva flexibilidad laboral. Los ejemplos más visibles de semejante situación provienen de Argentina y Brasil, donde el camino 'neoliberal' del presente ha arrasado con las posibilidades de crear condiciones históricas favorables a una sociedad de Buen Vivir. Renace un capitalismo 'salvaje', que se creía superado en el siglo XX, porque luce más a lo que ocurría en el siglo XIX.

La conexión entre cultura económica de las élites y 'desarrollo', nuevamente ha pasado al orden del día: en América Latina la riqueza y la acumulación privada avanzan con élites de mentalidad atrasada, que piensan exclusivamente en su posición y que creen que les rodean las 'hordas peligrosas' de pueblos a quienes solo cabe someter y explotar.

27 de septiembre de 2017



Desarrollo y capitalismo social: nuevos rumbos

Después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), en el marco de la Guerra Fría y el ascenso del Tercer Mundo, tomó impulso un tema nuevo en la problemática económica internacional: el desarrollo/subdesarrollo.

En los EE. UU. aparecieron los 'expertos' en el tema. Se hizo famosa la teoría de W. W. Rostow (1916-2003), fervoroso anticomunista norteamericano vinculado al Departamento de Estado y al Consejo de Seguridad Nacional, quien sostuvo en su libro *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista* (1960), que todos los países debían atravesar cinco etapas: la sociedad tradicional, las condiciones para el despegue, el despegue, el camino a la madurez y el consumo a gran escala. Desde luego —según Rostow— solo los EE. UU. habían llegado plenamente a la última etapa.

En la década de los sesenta, los conceptos rostowianos pasaron a formar parte del lenguaje oficial de los países de la región, cuyos gobiernos asumieron que podían empujar el 'despegue' si promovían una serie de cambios estructurales. Esos cambios llegaron inducidos por la Alpro.

Hasta inicios de 1960 la mayor parte de países de América Latina eran pobres y exhibían un "cuadro del subdesarrollo" evidente. En realidad en esos países (el subdesarrollo hizo del Ecuador uno de los países más atrasados del continente) el capitalismo ni siquiera había despegado, por lo cual en las ciencias sociales se discutía su realidad, porque predominaban las relaciones pre-capitalistas.

Al mismo tiempo que en la geopolítica de la época el anticomunismo y el 'anti-castrismo' reinaban sobre América Latina, también se difundió el pensamiento de una insti-

tución que había trabajado lenta y hasta silenciosamente sobre el tema del desarrollo: la Comisión Económica para América Latina (Cepal), creada por la Organización de las Naciones Unidas en 1948, con sede en Santiago de Chile. Desde 1950 pasó a ocupar el puesto de Secretario Ejecutivo el economista argentino Raúl Prebisch (1901-1986) y con él la Cepal alcanzó una influencia decisiva.

El pensamiento de la Cepal tuvo como ejes tres premisas teóricas:

1. La teoría económica, tal como proviene de los países desarrollados, pretende ser universal pero es necesario pasarla por un filtro, pues las realidades de América Latina son diferentes, de manera que debe crearse una teoría económica propia.
2. Los países latinoamericanos tienen su singular historia económica, bajo cuya comprensión se hace posible entender, a su vez, los orígenes del subdesarrollo.
3. Un programa económico para América Latina supone formulaciones propias y no simplemente el apego a las ideas o propuestas provenientes del exterior.

La Cepal propuso el cambio de las estructuras latinoamericanas sobre la base de una serie de políticas: reforma agraria con redistribución de las tierras y superación de las formas precarias del trabajo, industrialización por sustitución de importaciones, control y regulaciones al capital extranjero para que sirva a las necesidades del desarrollo regional, reforma tributaria centrada en la redistribución de la riqueza, reforma administrativa y estatal, planificación económica, integración regional como vía preferente para la ampliación de los mercados, implantación del régimen salarial para fortalecer el mercado interno, regulaciones sobre el comercio exterior a fin de superar los desníveles en los términos del intercambio y la dependencia externa, ampliación de infraestructuras, fortalecimiento de los servicios públicos. En este programa económico, el

Estado debía jugar un papel rector ante la carencia de un sector empresarial dinámico y desarrollado en la mayoría de países.

El pensamiento de la Cepal fue tildado de 'comunista'. Paradójicamente coincidía, al menos en algunos conceptos, con la Alpro. Fue confundido como keynesiano. Pero era propiamente estructuralista. Y si se quiere, desarrollista. El asunto de fondo es que la Cepal fue capaz de dar respuestas latinoamericanas contra la moda del pensamiento dominante norteamericano sobre desarrollo/subdesarrollo.

La Cepal ofrecía, en definitiva, una propuesta de *capitalismo social* (una especie de economía social de mercado, comparable con el de la Europa de la postguerra); pero la mentalidad de los empresarios latinoamericanos y de buena parte de los gobiernos de la región, condicionados por la guerra fría anticubana, era de tal naturaleza que ese programa de capitalismo social fue rechazado. En Ecuador, gracias a la CEPAL se fundó la Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica (1954) que elaboró el primer Plan de Desarrollo (1964-1973) y formuló la reforma agraria (1964) que liquidó el sistema hacienda. Los economistas de aquellos años que adquirieron inédita notoriedad profesional, eran atacados como *kikuyos*, es decir, como mala yerba.

A pesar de esos malos augurios, en diversos países latinoamericanos se impusieron 'cambios de estructura' que combinaron conceptos cepalinos e ideas de la Alpro. La década de 1960 fue considerada como *década del desarrollo* por las mismas NN. UU., y en esos años se hicieron notables esfuerzos por adelantar a los países. El desarrollismo y el estructuralismo se impusieron, lograron el 'despegue' rostowniano de varios países y hasta la década de 1970 el capitalismo pasó a dominar el escenario económico de América Latina. En todos los casos, el Estado fue el principal protagonista, porque nunca llegó el desarrollo de la mano exclusiva de la empresa privada.

De aquellas épocas al salto que se produjo en América Latina durante las décadas de 1980 y 1990 hay un abismo.

Durante estos otros tiempos, una vez superada la Guerra Fría, liquidado el socialismo de tipo soviético, triunfante la globalización capitalista y difundido el neoliberalismo como ideología económica revestida de ciencia, se impusieron en América Latina los principios del mercado libre y de la libre iniciativa privada, pasó a reinar precisamente el neoliberalismo.

Y aunque las economías crecieron, las empresas florecieron, el capitalismo global se consolidó, las burguesías latinoamericanas alcanzaron una hegemonía históricamente inédita, y el 'desarrollo' pareció extenderse imparable y como signo de la modernización deseable frente a cualquier otro tiempo pasado; se ha olvidado que ese camino se edificó sobre el descalabro de los Estados nacionales, la desinstitucionalización de las funciones estatales, el quiebre de la gobernabilidad, la ruina de los servicios públicos (educación, salud, atención médica, seguridad social, vivienda), el incremento absoluto de la inequidad y el sistemático derrumbe de las condiciones de vida y de trabajo de amplias capas de la población latinoamericana. Los datos y estudios de la misma Cepal lo demuestran. Se impuso el *capitalismo puro* y se abandonó todo *capitalismo social*, para emplear los términos de análisis que he planteado.

Solo con el inicio del nuevo milenio y el ciclo de los gobiernos nacional populares en América Latina el maleficio fue roto. Otra vez se pudo plantear el desarrollo en términos de transformación del capitalismo puro. Y se vislumbró la posibilidad de construir una sociedad socialista del siglo XXI.

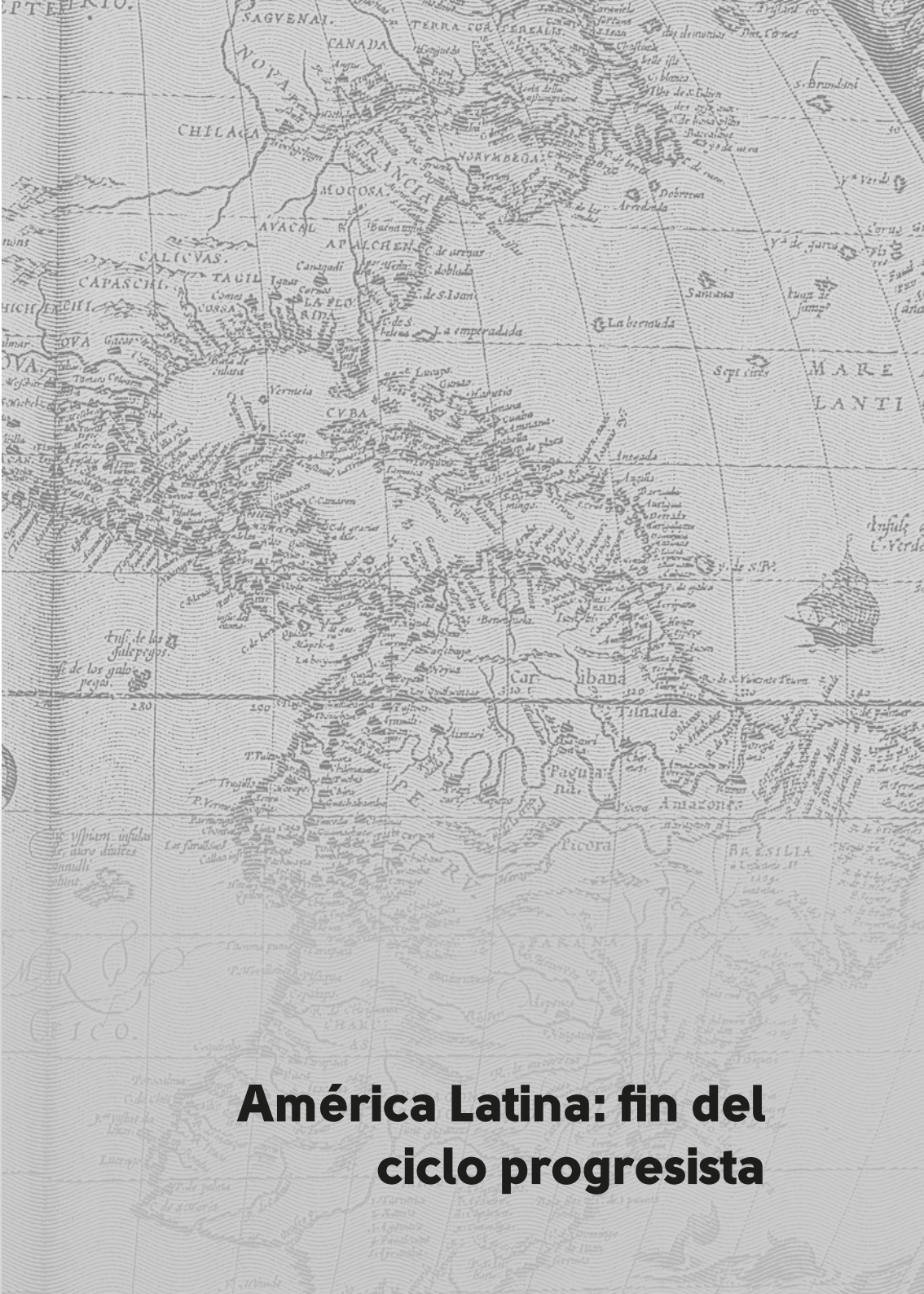
En este nuevo marco histórico, también cabe destacar el nuevo pensamiento de la Cepal. El trabajo intelectual que ha realizado esta institución durante la última década es significativo, sobre la base de la pluralidad de visiones de sus economistas y profesionales de las ciencias sociales.

La Cepal ha producido libros y artículos de enorme guía regional, recuperando el sentido de forjar teoría econó-

mica propia, sobre bases históricas, apegada a nuestras realidades. Hoy enfatiza en un tipo de Estado de bienestar latinoamericano, con singular importancia en el papel del sistema impositivo directo para la redistribución de la riqueza, la responsabilidad social de las empresas, el rol que puede jugar el capital extranjero en función de las necesidades regionales, el activo papel regulador de los Estados sin descuidar acuerdos con la empresa privada, el indiscutible beneficio de los servicios públicos de calidad.

En otras palabras, en la teoría económica latinoamericana, de la mano de la Cepal, se ha producido una recuperación del sentido de *capitalismo social*, que debe ser comprendido como una opción en el marco de las economías sociales de mercado y mientras se puedan formular las vías para la definitiva construcción de una nueva sociedad, poscapitalista.

7 de noviembre de 2017



América Latina: fin del ciclo progresista

Abunda la investigación social sobre los gobiernos progresistas en América Latina. El libro de José Natanson, *La nueva izquierda* (2008), tempranamente estudió el ascenso de Hugo Chávez (1999-2013) en Venezuela (a quien le sucedió Nicolás Maduro, desde 2013); Inácio Lula da Silva (2003-2010, sucedido por Dilma Rousseff, 2011-2016) en Brasil; Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández (2007-2015) en Argentina; Tabaré Vázquez (2005-2010 y luego desde 2015) en Uruguay; Michelle Bachelet (2006-2010 y luego 2014-2018) en Chile; Evo Morales (desde 2006) en Bolivia, y Rafael Correa en Ecuador (2007-2017).

Sin embargo, Bachelet no debiera incluirse en el grupo porque no siguió las mismas líneas de acción que mantuvieron los otros mandatarios. Pero también han sido identificados en el grupo progresista Manuel Zelaya (2006-2009) en Honduras, Daniel Ortega (desde 2007) en Nicaragua, y Fernando Lugo (2008-2012) en Paraguay.

Todos ellos abrieron el nuevo ciclo histórico de la región. Sin embargo, ha sido distinto el modo de caracterizar a esos gobernantes en la ciencia social latinoamericana. Se coincide en señalarlos como progresistas, democráticos, nacionalistas, latinoamericanistas; pero los más radicales (Bolivia, Ecuador y Venezuela) son, además, antimperialistas y de nueva izquierda. Pero también han sido ubicados como reformistas y hasta 'populistas', término indiscriminado, muy manoseado e inexacto.

Con los gobernantes identificados en la nueva izquierda, el neoliberalismo y el modelo empresarial de los

ochenta y noventa fue cuestionado; el partidismo y la clase política anterior, que fuera responsable de apadrinar el camino económico seguido, igualmente fue desplazada; los movimientos sociales, la izquierda marxista y la nueva izquierda se vieron favorecidos por la orientación ciudadana y popular de los gobernantes.

Los gobiernos de nueva izquierda lograron Constituciones aprobadas por referéndum en Venezuela (1999), Ecuador (2008) y Bolivia (2009), estableciendo así la nueva institucionalidad; restauraron el rol regulador del Estado sobre el mercado y fortalecieron amplios servicios públicos. Está claro que aseguraron una época posneoliberal, no fácil de calificar en su contenido económico, aunque he sostenido que se afirmó un tipo de *capitalismo social latinoamericano*, que bien puede entenderse como camino viable para la edificación de una nueva sociedad y quizás del *Socialismo del siglo XXI*.

En Bolivia se constituyó un efectivo Estado plurinacional. El respaldo electoral en varios procesos aseguró la continuidad política y la hegemonía del partido de Gobierno en Venezuela o en Ecuador. Las misiones venezolanas movilizaron a los sectores populares, que también formaron organizaciones de base. El latinoamericanismo adquirió importancia en la geopolítica mundial. Y los logros sociales de los gobiernos progresistas han sido destacados por organismos internacionales como el FMI, BM, Cepal o el PNUD, además de los estudios latinoamericanistas más serios.

Puede entenderse que las fuerzas centrales de oposición a los gobiernos progresistas han sido el imperialismo, las élites empresariales más poderosas, la clase política y los partidos tradicionales, las derechas de todo tipo, y particularmente el sector más influyente de medios de comunicación privados que, como nunca antes, se convirtieron en agentes de lucha ideológica diaria.

La ruptura de las izquierdas tradicionales y el minoritario sector de marxistas dogmáticos con los gobiernos de

nueva izquierda, tuvo otras lógicas. En Ecuador, y durante décadas, esas fuerzas no fueron capaces de generar alternativas electorales y menos aún de poder social. Desde 1979 han sido sectores minoritarios aunque sonoros y activistas; durante el Gobierno de Correa pasaron del apoyo inicial a la enemistad política, incluso arrastrando consigo a las cúpulas dirigentes de los movimientos sociales.

Se resintieron porque Correa no puso en marcha sus particulares proyectos políticos, sus sueños de vanguardia revolucionaria y su utópico anhelo por acabar con el capitalismo a su modo y según sus concepciones. Experimentaron la pérdida de sus antiguas prebendas.

En los procesos electorales de la última década no llegaron a representar ni el 5 % de los votantes. En la campaña electoral de 2017 de esos sectores provinieron en buena parte los argumentos utilizados por la derecha para combatir el 'continuismo' de la candidatura de Lenín Moreno, e incluso quedó definido un sector marxista que promovió el voto por el millonario exbanquero Guillermo Lasso, apareciendo así un marxismo probancario inédito en la historia política de la izquierda latinoamericana.

El combate al progresismo latinoamericano no descartó el golpe de Estado directo contra Chávez (2002) y Correa (2010); la desestabilización institucional interna; o el 'golpe blando' (formulado por Gene Sharp) para derrocar a Zelaya en Honduras, Lugo en Paraguay y en Brasil. Pero el 'kitchnerismo' perdió las elecciones en Argentina, en 2015, frente a Mauricio Macri.

Sin embargo, nunca se pensó que en Ecuador se produjera otro fenómeno inédito: todos los sectores políticos, incluyendo la oposición, creyeron que el triunfo electoral del binomio Lenín Moreno-Jorge Glas, auspiciado por Alianza País (AP), daría continuidad a la Revolución Ciudadana. Nadie esperó que el flamante gobierno, iniciado el 24 de mayo de 2017, diera un giro. Moreno inauguró su propio estilo, estableció el diálogo nacional como estrategia de gobierno, y remarcó tajantes diferencias: "De a poco toda la

gente va a ir abandonando su comportamiento ovejuno y va a empezar a respirar verdaderamente esta libertad nueva, que es como me siento yo a gusto”, afirmó; también dijo: “Ahora se ha dado en llamar revolución a cualquier pendejada”; y además, “Pensamos encontrar una mesa servida, pero no ha sido así. Encontramos que cada año, hay que pagar diez mil millones de dólares. El presupuesto total de educación, más el presupuesto de las Fuerzas Armadas, la Policía y la Secretaría de Riesgos... Esa es la mesa servida que nos dejaron. ¡Carajo! ¡Servida de deudas! Servida de deudas”.

Si en la esfera política los diálogos sirvieron para que el partidismo y la clase política tradicionales revivieran tras el combatido ‘ostracismo’ de una década, en materia económica las cámaras de la producción que representan los intereses de la élite empresarial y bancaria del país, recuperaron su antiguo protagonismo y exigen que se abandone definitivamente el ‘modelo correísta’, abriendo la economía a la iniciativa privada, con retiro del Estado, vinculación al mundo globalizado y flexibilidad laboral.

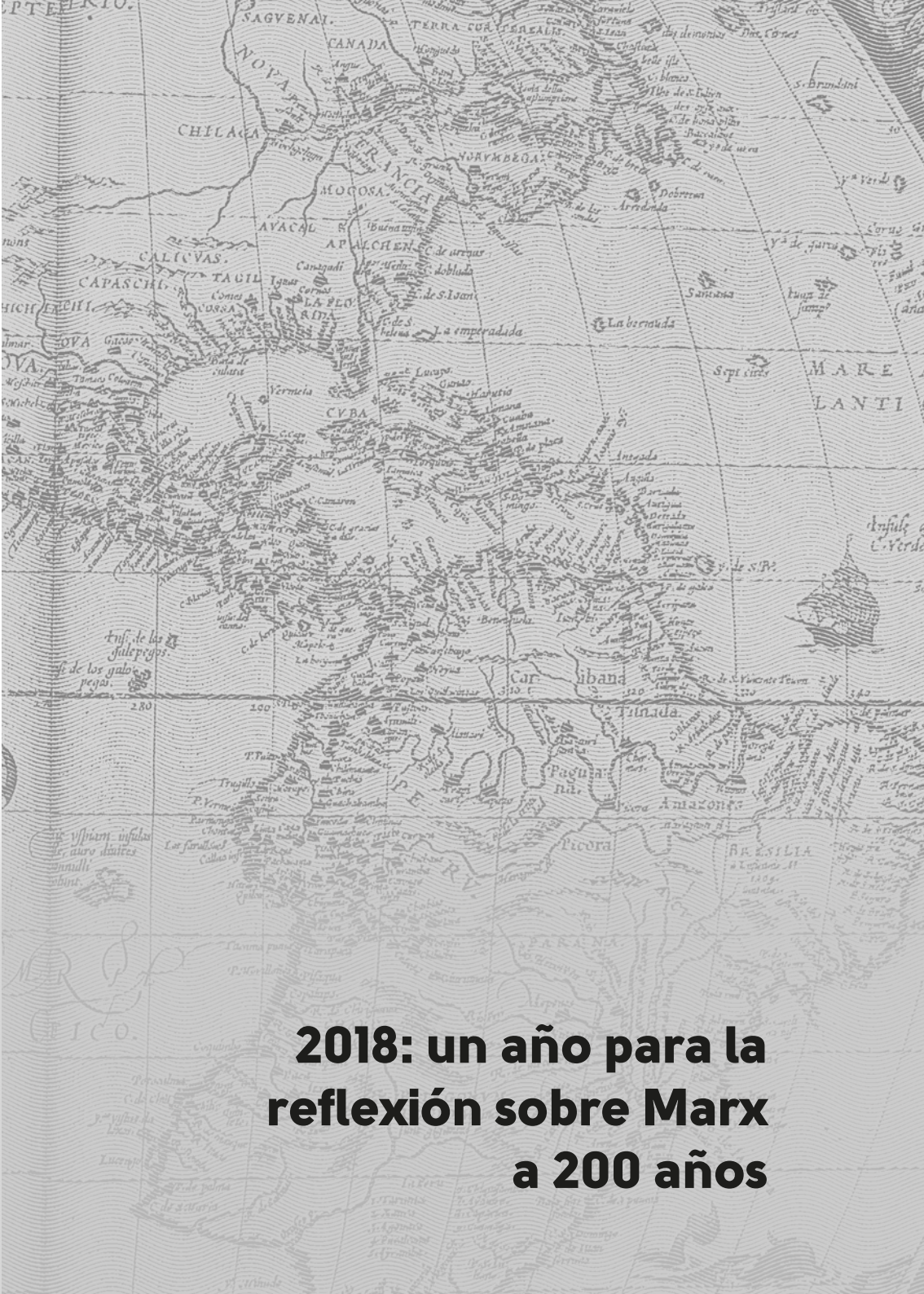
La correlación de fuerzas sociales cambió en el tránsito del ‘correísmo’ al ‘morenismo’. Y la diferenciación marcada por el nuevo gobierno con todo lo que significó la herencia de su antecesor ha llegado a tal nivel que en la VII Convención de AP, realizada el 3 de diciembre de 2017, y en la que participó Rafael Correa, se acordó procesar la expulsión de Lenín Moreno del partido, denunciando la ‘traición’ a la Revolución Ciudadana y el ‘engaño’ al pueblo; y el pronunciarse por el NO en tres de las siete preguntas de la consulta popular impulsada por el gobierno (se realizará el 4 de febrero de 2018) y que tratan sobre la no reelección indefinida, la intervención en el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social (encargado de nombrar a las autoridades de control del Estado) y la ley de plusvalía.

Por todas las vías descritas, el ciclo de los gobiernos posneoliberales en América Latina ha concluido en la mayoría de países. En el nuevo ciclo posprogresista, se ha

retomado el camino neoliberal (como en Argentina y Brasil); hay condena política a los antiguos gobernantes contra quienes se arguyen procesos judiciales (Cristina Fernández, Dilma Rousseff o Lula); se denigra o desvaloriza todo lo que se logró en el pasado inmediato; se encuentra apoyo en las fuerzas más tradicionales y reaccionarias, que fueron ejes de la oposición; se abandona el latinoamericanismo; se hace uso de la persecución política y se aprovechan los escándalos de corrupción para levantar los ánimos ciudadanos.

El triunfo derechista en América Latina ciertamente frustra antiguas esperanzas. Lo más grave es que produce un corte histórico que detiene el avance de todas las izquierdas, cuya recuperación puede tardar años. Pero les obliga a repensar algo que estuvo siempre presente en su forma de concebir la política: la necesidad de trabajar seriamente entre los sectores populares y laborales, para crear bases que tengan capacidad para sostener a los regímenes de izquierda en el largo tiempo e imponer finalmente su hegemonía para la construcción de una nueva sociedad.

7 de diciembre de 2017



**2018: un año para la
reflexión sobre Marx
a 200 años**

En el esquema clásico de periodización de la mal llamada 'historia universal', la Edad Contemporánea arrancó con la Revolución francesa (1789); pero en América Latina el proceso correspondiente constituye la Independencia, aunque con sustanciales diferencias: mientras en Europa se instauro el capitalismo y ascienden las burguesías, acá no hubo revolución industrial; y la independencia, aunque tuvo participación y hasta intereses populares (liberar esclavos, redimir a los indígenas, instaurar democracias republicanas) impuso el poder de los criollos.

Durante el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, en América Latina rigieron sistemas oligárquicos de base terrateniente, comercial y hasta bancaria, pero con ausencia de capitalismo, pese a la constitución de reducidos núcleos de burguesías.

La independencia fue, además, el primer proceso mundial de descolonización en la era del capitalismo. Y la historia republicana de América Latina no fue un 'reflejo de vida ajena', como en su momento la caracterizó G. W. F. Hegel (1770-1831), en su *Filosofía de la historia universal*.

La 'historia universal' es, en esencia, la de Occidente y con visión eurocéntrica. Y hasta en la academia resulta difícil, a veces, convencer a todos de que América Latina no se sujeta al esquema global, tiene sus procesos propios y hay que estudiarla desde otras perspectivas teóricas y metodológicas, lo cual en nada significa soslayar los ligámenes de la región con Europa y con el mundo en la Época Contemporánea, más aún desde la hegemonía que adquirió el imperialismo a inicios del siglo XX o en los tiempos de la globalización, desde fines del mismo.

Tampoco se cumplen en América Latina los cinco ‘modos de producción’ (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo) atribuidos a K. Marx, pero cuyo esquema nunca le perteneció, pues fue una dogmatización creada por J. B. Stalin a partir de su texto *Acerca del materialismo histórico y el Materialismo dialéctico*, en el que se simplifica arbitrariamente la teoría marxista.

El año 2018 es una ocasión propicia para reflexionar sobre diversas temáticas de la historia de América Latina, y, especialmente, de aquellos procesos que tienen su propia singularidad en el contexto mundial. El 1 de enero se conmemoraron los 59 años de la Revolución cubana (1959), un acontecimiento que definió la viabilidad histórica de la derrota del capitalismo en América Latina.

Se cumplen 100 años de la Reforma Universitaria de Córdoba en Argentina, que sirvió de ejemplo para las transformaciones de las universidades en la región, bajo el impulso del movimiento estudiantil.

En la coyuntura histórica, este año habrá elecciones presidenciales en Brasil, Colombia, Costa Rica, México, Paraguay y Venezuela. La restauración conservadora ha ganado terreno en América Latina, de modo que la esperanza por el espacio del progresismo de izquierda marca lo que pueda ocurrir en Brasil y Venezuela, aunque en este último país la Revolución bolivariana tiene una firmeza política difícil de revertir.

En un largo plazo histórico el progresismo latinoamericano de izquierda, que ha determinado un ciclo histórico ubicado en las primeras dos décadas del siglo XXI, se constituyó como una alternativa válida de superación del capitalismo neoliberal que dominó la región durante las décadas finales del siglo XX y también se ha ofrecido como un régimen que puede servir de transición hacia una sociedad socialista, un tema sobre el cual habrá que ahondar en los estudios teóricos.

En esa perspectiva de reflexión, en 2018 se conmemora el bicentenario del natalicio de Karl Marx (1818-1883), cuya teoría ocasionó una revolución en la forma de entender y estudiar el mundo contemporáneo y particularmente la economía capitalista.

El marxismo latinoamericano tiene una larga historia, que se remonta a las décadas iniciales del siglo XX, aunque en 1896 se fundó el Partido Socialista en Argentina, con la participación de inmigrantes alemanes, franceses e italianos. Allí fue fundamental la difusión del marxismo por parte de Juan B. Justo (1865-1928), quien incluso tradujo *El Capital*.

En general los partidos socialistas y comunistas de América Latina se constituyeron entre 1910 y 1930, siendo decisiva la influencia de la Revolución rusa (1917) al instaurar el primer país socialista inspirado en las ideas de Marx. Pero hubo serias discusiones, al respecto, de seguir a la II Internacional o a la III, aunque los partidos comunistas finalmente obraron en torno a la III Internacional y al marxismo oficial, que se estableció en la otrora Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

Así ocurrió en Ecuador, donde en 1926 se fundó el Partido Socialista ecuatoriano (PSE) y en 1931 el Partido Comunista del Ecuador (PCE), que se vinculó de inmediato a la III Internacional, en un confuso episodio que provocó a la larga la ruptura con el PSE. El marxismo partidista privilegió consignas, estrategias, tácticas y programas para librar la lucha de clases. Pero pocos, como José Carlos Mariátegui (1894-1930), intentaron una renovación y aplicación de la teoría a las realidades y condiciones latinoamericanas.

A raíz de la Segunda Posguerra Mundial, el marxismo se difundió y arraigó en América Latina. La revolución socialista de Cuba despertó reflexiones teóricas nuevas porque su proceso no se ajustó a los dogmas que se habían forjado en el pasado.

Desde la década de 1960 la proliferación de partidos, grupos, movimientos identificados con el marxismo multi-

plicaron no solo las opciones políticas de lucha contra el capitalismo sino también las divisiones entre esas izquierdas, pues cada una asumió representar la autenticidad revolucionaria y la verdad teórica. Lastimosamente ese fenómeno limitó el desarrollo del propio marxismo.

El presente año puede servir, por tanto, para retomar el estudio, análisis y reflexión sobre el marxismo desde nuevas ópticas latinoamericanas.

La teoría originaria fue elaborada sobre todo para otros contextos, y el propio Marx tuvo una visión eurocentrista y hasta algo prejuiciada sobre América Latina, quizás influido por el pensamiento de Hegel, para quien América carecía de Estado y las sociedades sin Estado están ubicadas en la 'prehistoria' de la humanidad (una teoría difícil de entender si no se va a una lectura a fondo).

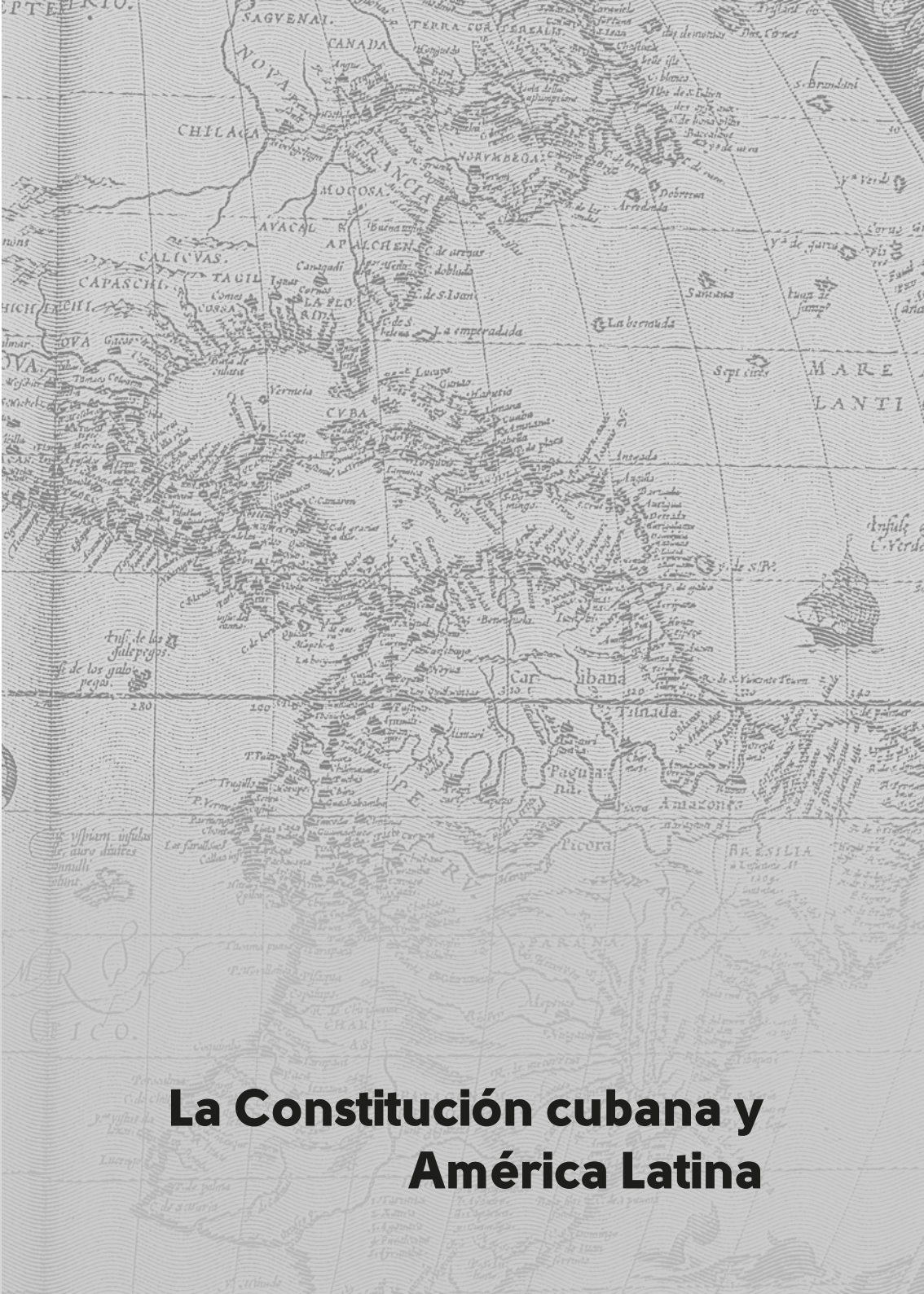
En sus últimos años de existencia, Marx se empeñó en comprender la realidad de Rusia y en ese camino, siempre crítico de su propia teoría, advirtió la posibilidad de otras vías de constitución del capitalismo, lo cual quedó reflejado en las famosas cartas que mantuvo con Vera Zasulich (1849-1919).

En América Latina, donde el capitalismo o no existía o era 'subdesarrollado', los primeros partidos marxistas idealizaron la realidad, pretendiendo la posibilidad de revoluciones proletarias, aun cuando la clase obrera apenas estaba en formación o era nula.

En la realidad contemporánea, tan compleja y multifacética, es imposible mantener el reduccionismo clásico (Marx fue mal entendido en este punto) de la lucha de clases exclusivamente entre burgueses y proletarios. América Latina tiene una diversidad que rebasa ese reduccionismo y al menos los dirigentes de la clase obrera en varios países, como ocurre en Ecuador, han perdido el norte de la lucha por el socialismo y han servido más a ciertas causas de las derechas políticas.

El marxismo latinoamericano tiene el desafío de alejarse del marxismo simplemente partidista, para convertirse en una teoría sujeta a la crítica y la actualización, a fin de que forme parte de la cultura de la región como instrumento de estudio y como concepción que tiene por base tanto la ciencia como la investigación rigurosa de la realidad.

3 de enero de 2018



La Constitución cubana y América Latina

En la República de Cuba se vive un importante momento histórico, pues está en camino la aprobación de la nueva Constitución.

La *Ley Fundamental* adoptada en febrero de 1959 fue prácticamente el primer instrumento que rigió al nuevo Estado, nacido de la triunfante Revolución. Pero se quedó corta frente al acelerado proceso que vivió el país, que desde 1962 se declaró *socialista*, en medio de la voracidad anticubana impulsada por el imperialismo, en el marco de la guerra fría.

La primera Constitución de Cuba, aprobada por referéndum en 1976 tras un singular proceso de masiva pedagogía legal y política, ha regido, con enmiendas, hasta el presente. Hoy, el pueblo cubano igualmente participa, en sus diversas instancias organizativas, de esa tradicional discusión ampliada de sus normas fundamentales, con el propósito de aprobar la nueva Constitución de la República.

En la opinión general, la nueva Constitución que tendrá Cuba parecería ser un asunto correspondiente a su gobierno y relativo al sistema económico que rige en ese país, totalmente distinto al del resto de países de América Latina y el Caribe. Pero no es así. Esa Constitución tiene especial significado para nuestra región por múltiples razones. Destaco algunas, ya que en este espacio no es posible hacer relación a todo cuanto podría analizarse.

La necesidad de dictar la nueva Constitución es fruto de un proceso que viene desde 2013. La Asamblea Nacional aprobó el proyecto en julio de 2018 y será sometido al referendo popular en febrero de 2019, luego de haber pasado

por el análisis y la discusión del pueblo. De este modo, Cuba es un ejemplo de participación política de la población, pues su Carta Magna no será fruto, como ocurre en la mayoría de países latinoamericanos, de los textos elaborados por especialistas o comisiones, que se discuten en los congresos y se aprueban al margen de los ciudadanos.

La experiencia cubana para la discusión constitucional es parecida a la que tuvo Ecuador en 1978 cuando tocó definir, por referéndum, entre dos proyectos de Constitución, que fueron elaborados por comisiones especiales nombradas por la dictadura militar (Consejo Supremo de Gobierno, 1976-1979) y que fuera el punto de partida para el retorno al orden constitucional, que llegó en 1979, con el triunfo presidencial de Jaime Roldós (1979-1981). Las derechas políticas de aquella época negaron la capacidad del pueblo para debatir asuntos constitucionales que esas fuerzas consideraban exclusivos para una elite instruida. Pero Ecuador demostró no solo que supo entender bien los alcances de los dos proyectos, sino que votó mayoritariamente por la nueva Constitución, que resultó muy progresista e incluso anti oligárquica.

De otra parte, la participación popular en las decisiones es un tema de creciente atención en América Latina y los primeros países en reconocer constitucionalmente diversas formas de democracia directa han sido Colombia (1991), Perú (1993), Venezuela (1999), Costa Rica (2003), Bolivia (2009) y Ecuador (1998 y 2008). Sobre estas bases, el desafío en la región está en utilizar esos instrumentos —como el referendo o la consulta popular— para afirmar la activa presencia de las masas en la democracia representativa. Sin duda América Latina todavía está lejos de llegar a la práctica usual de consulta directa practicada en Suiza; pero se vuelve necesario acudir a los mecanismos de la democracia directa, con iniciativa popular, constitucionalmente reconocida, para tratar de frenar la reimplantación del neoliberalismo, que galopa nuevamente sobre América Latina.

El proyecto de Constitución cubana reafirma la estructura organizativa del Estado, bien diferente a la del resto de América Latina. Crea la figura del Presidente de la República como Jefe del Estado y la del Primer Ministro, a cargo del gobierno, que, salvando las distancias y las atribuciones, podría compararse con la estructura de varios países europeos que diferencian Presidente y Premier (Primer Ministro). Además, se mantiene el Consejo de Estado y, desde luego, la Asamblea Nacional del Poder Popular; pero ahora se inscribe un Consejo Electoral Nacional.

Cuba se adelanta a algunos países de América Latina en la expresión de los nuevos derechos sobre la no discriminación por género, identidad de género, orientación sexual, origen étnico y discapacidad, al mismo tiempo que reconoce al matrimonio entre dos personas del mismo sexo, ocasionando una ruptura con la concepción tradicional. Con todo el adelanto que representó la Constitución de 2008 en Ecuador, aún no se reconoce ese tipo de matrimonio. El nuevo derecho altera viejos conceptos y remueve el conservadurismo.

Cuba reafirma el carácter socialista del país y el papel rector del Partido Comunista. Imposible una situación igual en el resto de América Latina. El socialismo cubano es, además, irrevocable y, por cierto, "Los ciudadanos tienen el derecho de combatir por todos los medios, incluyendo la lucha armada, cuando no fuera posible otro recurso, contra cualquiera que intente derribar el orden político, social y económico establecido por esta Constitución". Al mismo tiempo, Cuba proclama la paz, el orden jurídico internacional, el respeto a los derechos humanos universales, sus vínculos latinoamericanistas y caribeños, y afirma su soberanía en forma radical, sin admitir injerencia extranjera ni amenazas.

Interesa resaltar los fundamentos económicos. El proyecto constitucional parte de reconocer que en Cuba "rige el sistema de economía basado en la propiedad socia-

lista de todo el pueblo sobre los medios fundamentales de producción, como forma de propiedad principal, y la dirección planificada de la economía, que considera y regula el mercado, en función de los intereses de la sociedad". En tal virtud, se aceptan varias formas de propiedad: 1. socialista, en manos del Estado; 2. cooperativa; 3. mixta; 4. de las organizaciones políticas de masas y sociales; 5. privada, "que se ejerce sobre determinados medios de producción"; 6. otras. El proyecto también incorpora un principio décadas atrás impensable: "El Estado promueve y brinda garantías a la inversión extranjera, como elemento importante para el desarrollo económico del país, sobre la base de la protección y el uso racional de los recursos humanos y naturales, así como del respeto a la soberanía e independencia nacionales".

Pretendiendo utilizar estos conceptos cubanos, pero tergiversándolos, los neoliberales latinoamericanos sostienen que "hasta en Cuba" se introducen las "privatizaciones" y se acepta al "capital extranjero". Nada han comprendido sobre el tema, aunque lo que tratan es de doblegar a los otros países al imperio del capital privado.

Bajo el brutal bloqueo que tiene Cuba desde la década de 1960, el socialismo actual ha visto la necesidad de utilizar a la economía privada y a la inversión extranjera como elementos para el desarrollo. Incluye la posibilidad de alianzas público-privadas. Pero todo subordinado al régimen estatal socialista. Sin embargo, esos instrumentos han merecido críticas y hasta rechazos de la izquierda dogmática, que ya está, a estas alturas de la evolución de América Latina, históricamente incapacitada para entender el mundo y el marxismo. Pero son fórmulas que también pueden adoptarlas el conjunto de países de la región y que, de hecho, ya se hallan vigentes. El problema es el tipo de poder económico que administra y decide sobre esos mecanismos, pues mientras para los neoliberales el sector privado y el mercado son los que deben dominar, todo

gobierno de izquierda en Latinoamérica debiera comprender que es necesario imponer el poder del Estado y de los intereses nacionales sobre el mercado y los intereses empresariales privados.

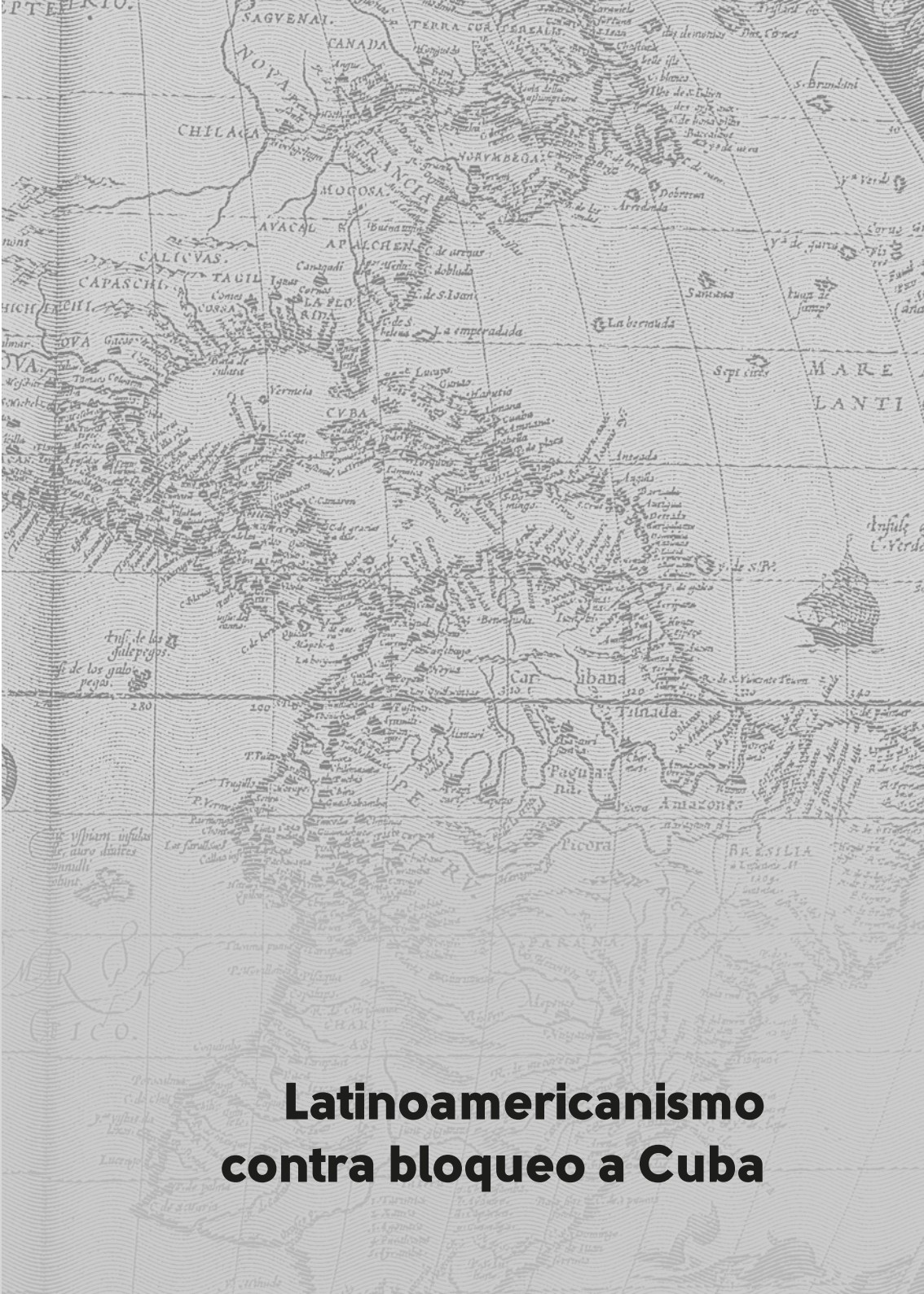
Este problema histórico es lo que contrastó al 'ciclo neoliberal' del 'ciclo progesista' latinoamericano. Porque durante las dos décadas finales del siglo XX se impuso el neoliberalismo y así se logró que se edificaran en la región modelos empresariales que arruinaron las condiciones de vida y de trabajo de las poblaciones; mientras que con el inicio del siglo XXI y la irrupción de gobiernos progresistas y de nueva izquierda, los Estados se impusieron a los voraces intereses privados, sin que ello haya implicado que tales gobiernos se hubieran propuesto acabar con la empresa privada. Pero ese solo cambio en las relaciones de poder se volvió imperdonable a las fuerzas del capital nacional e imperialista. Hoy, la restauración de los intereses empresariales privados contra el Estado y los intereses populares y laborales son visibles en los gobernantes posprogresistas, como ha ocurrido en la Argentina de Mauricio Macri, en el Brasil de Michel Temer o en Ecuador de Lenín Moreno.

Finalmente, Cuba garantiza la educación y la medicina desde el Estado y como servicios gratuitos. Este también es un ejemplo a tomar en el conjunto de América Latina, pues la necesidad de impedir el avance neoliberal que ha resurgido en la región, obliga a reivindicar no solo la educación y la medicina estatales, sino a buscar una nueva alteración del poder privado, que permita que en cada país latinoamericano se implante la seguridad social universal y pública, la educación y la medicina sociales y gratuitas, e incluso, en el futuro, una *renta básica universal* (RBU) o salario nacional ciudadano, que parece utopía, pero que ya se ha implantado, en forma experimental, en Finlandia. Y fortalecer esas capacidades estatales requerirá de fuertes impuestos a los ricos, sobre rentas, herencias, patrimonios y ganancias, algo a lo que no están dispuestos.

Desde luego, los neoliberales se movilizarán contra todas las formas de economía social y de propiedad distinta a la privada. En Ecuador ya ocurrió con la Constitución de 1979 que reconocía las formas de propiedad estatal, mixta, privada y autogestionaria o comunitaria, contra la cual se lanzaron las derechas por considerarla 'comunista'. La Constitución de 2008 retomó el camino del fortalecimiento público, sin descartar el rol de la economía privada.

Así es que contamos con la posibilidad de avanzar sobre experiencias mutuas latinoamericanas, de modo que los nuevos principios y reivindicaciones constitucionales merecen afirmarse para un nuevo rumbo social.

25 de septiembre de 2018



Latinoamericanismo contra bloqueo a Cuba

A inicios de la década de 1960 más del 70 % de las exportaciones e importaciones de Cuba provenían de los Estados Unidos, gobernado por el republicano Dwight D. Eisenhower (1953-1961), quien inició el *embargo* de bienes contra Cuba (estaban excluidos alimentos y medicinas) en octubre de 1960, como represalia por las expropiaciones de propiedades a compañías norteamericanas.

Sin embargo, fue en la presidencia de John F. Kennedy (1961-1963) cuando la *Guerra Fría* se instaló definitivamente en América Latina. En su primer discurso presidencial (20 de enero de 1961) Kennedy marcó los ejes de esa 'guerra':

1. Nueva "alianza para el progreso".
2. Oposición a toda agresión, subversión y potencia hostil.
3. Los EE. UU. serán la potencia hegemónica del continente. En marzo de 1961 la nueva estrategia de los EE. UU. en América Latina se concretó en el programa Alianza para el Progreso (Alpro).

En forma coincidente, para esta época la Cepal contaba con un elaborado pensamiento económico sobre la región, basado en el *cambio de las estructuras* latinoamericanas, para fortalecer una industrialización sustitutiva de importaciones, la superación de la dependencia externa y de los desniveles en los términos del intercambio, la ampliación del mercado interno hasta entonces estrangulado y la necesidad de reformas agrarias que lo viabilicen, una fuerte redistribución de la riqueza mediante el sistema progresivo del impuesto a la renta, el fomento a las inversiones privadas aunque con controles y regulaciones sobre el capital extranjero y, ante todo, la activa participación del Estado

para promover inversiones públicas, la modernización económica y el desarrollo de cada país.

Tanto por la implementación de la ALPRO como por las ideas de la Cepal, la década de 1960 inauguró el 'desarrollismo' que favoreció, en última instancia, la consolidación del capitalismo latinoamericano, un proceso que, de todos modos, implicó el paso histórico más importante para una región anclada en el pasado económico, el subdesarrollo y el predominio del tradicional régimen oligárquico.

Si en lo económico se impulsó un programa modernizador, en la geoestrategia imperialista continental se trabajó en otros frentes.

En lo ideológico, mediante el uso de la prensa, cómics, libros, artículos y cualquier otro elemento útil para la propaganda y la difusión, permanentemente se edificó la idea de que Cuba era una amenaza para el continente, con un gobierno represivo y violador de derechos, una isla sin democracia, en manos de los comunistas y finalmente de los rusos.

En lo político, la Guerra Fría implicó desestabilizar a todo gobierno que no se inclinara a seguir las directrices de los EE. UU. e incluso el derrocamiento de gobernantes identificados como 'izquierdistas', para lo cual se potenciaron las acciones de la CIA. Así ocurrió en Ecuador: ni José María Velasco Ibarra (1960-1961) ni Carlos Julio Arosemena (1961-1963) quisieron romper con Cuba; hasta que un movimiento militar obligó a que Arosemena hiciera la ruptura y luego un golpe orquestado por la CIA derrocó al mandatario e instauró una Junta Militar (1963-1966) anticomunista y pronorteamericana.

En lo militar, no solo se asentó la preparación técnica e ideológica de los militares latinoamericanos en escuelas e instituciones norteamericanas, sino que las fuerzas armadas de la región pasaron a ser el mejor instrumento aliado de la lucha contra la 'subversión' y el 'peligro comunista'. A qué punto llegó ese verdadero 'lavado de cerebro' en las fuerzas armadas de la región puede advertirse con la instauración de los regímenes terroristas y anticomunistas

iniciados por Augusto Pinochet en Chile (1973-1990) y reproducidos en el Cono Sur latinoamericano de la época.

En lo diplomático, se arribó a la reunión de la OEA que decidió el bloqueo a la isla. No obstante, la diplomacia imperialista, además del cerco y del embargo, incluyó acciones directas para asesinar a Fidel Castro, un intento de invasión (Bahía de Cochinos, 1961) y la crisis de los misiles (1962), todo lo cual obligó a que Cuba definiera como socialista a su Revolución y buscara alianzas en los países socialistas, incluso por razones de supervivencia. El socialismo en Cuba y el auxilio de la URSS salvaron a la isla de la asfixia económica y del ahorcamiento político continental e impidieron el derrumbe de la revolución.

Para los EE. UU. el bloqueo a Cuba pasó a ser una política de Estado permanente. Aunque Jimmy Carter (1977-1981) fue flexible con los viajes de norteamericanos a Cuba, Ronald Reagan (1981-1989) reanudó el bloqueo total.

En forma paralela, con el inicio de la *perestroika* (1985), su desenlace en el derrumbe del bloque socialista y el fin de la URSS (1991), la situación de Cuba se tornó precaria. En tales circunstancias, el bloqueo a la isla desde los EE. UU. se agudizó, con el propósito de lograr el fin del 'castrismo' y del socialismo. En 1992 la Ley Toricelli, suscrita por George H. W. Bush (1989-1993), sancionó a empresas estadounidenses que tuvieran negocios con Cuba a través de terceros países, así como se prohibió (por 6 meses) la entrada a puertos norteamericanos de barcos que hayan comercializado con Cuba; y en 1996, la Ley Helms-Burton, con Bill Clynton (1993-2001), sancionó con represalias legales a compañías extranjeras (no norteamericanas) que tuvieran relaciones económicas con Cuba, provocándose así un claro uso de la extraterritorialidad de las leyes de EE. UU. sobre el mundo.

Sin embargo, en forma paradójica, mientras el bloqueo norteamericano se reforzaba, en América Latina los países rompieron el cerco y progresivamente restauraron relaciones con Cuba (Ecuador lo hizo en 1979). Gracias especial-

mente a la posición asumida por los gobiernos progresistas de América Latina, en 2009 la OEA levantó las sanciones a Cuba; en 2011 este país formó parte de la fundación de la CELAC; en 2015 Cuba fue incorporada, por primera vez, a la VII Cumbre de las Américas, en la cual Rafael Correa, presidente del Ecuador (2007-2017), tuvo una actuación decisiva. Europa ha condenado el obsoleto e ilegal bloqueo norteamericano; y hasta en las Naciones Unidas hubo (desde 1992 hasta 2017) 26 ocasiones en que su Asamblea acordó rechazar el boqueo de EE. UU. a Cuba.

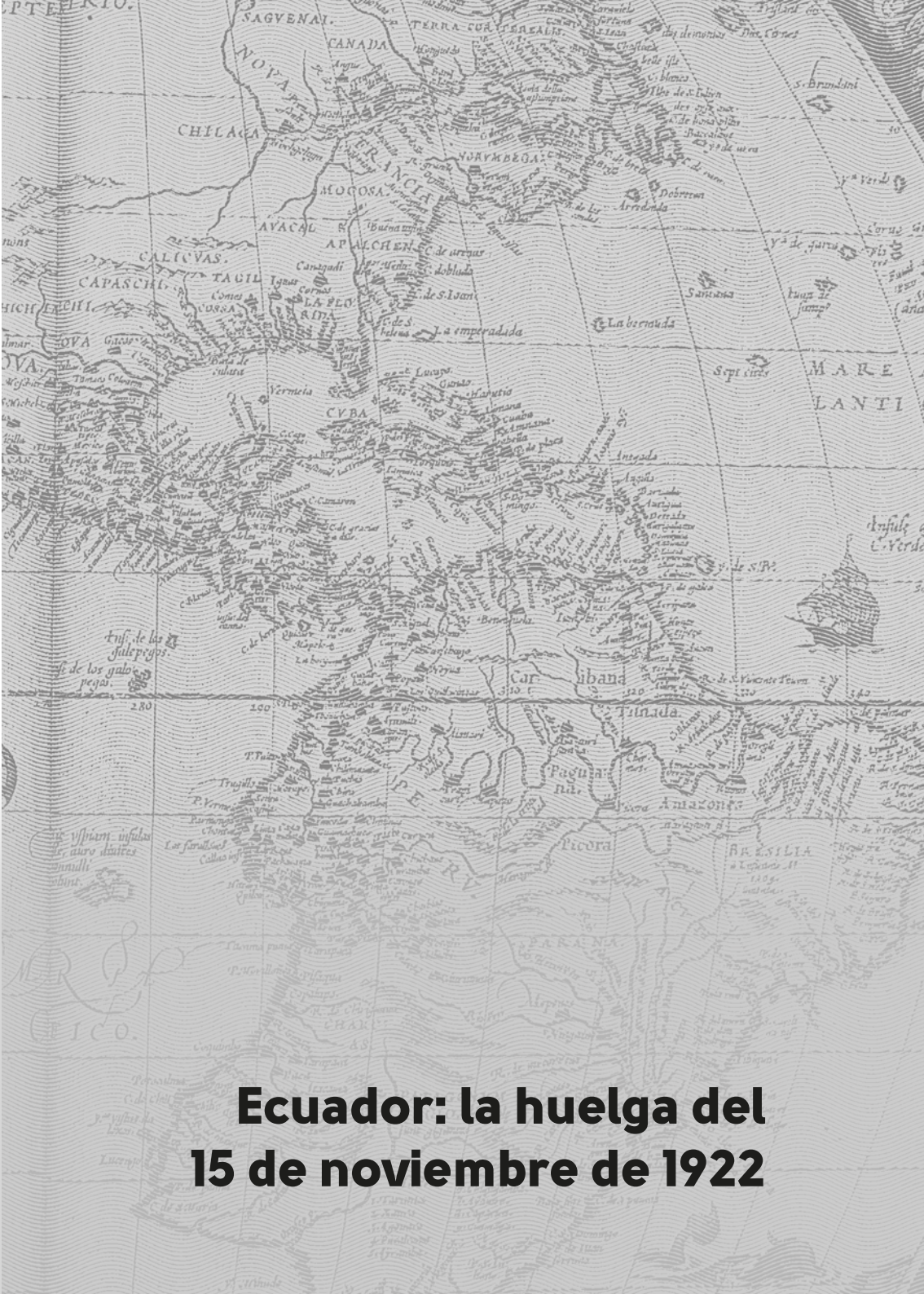
Bajo ese ambiente mundial es que después de 54 años de ruptura de relaciones, el 20 de julio de 2015 se abrió la embajada de Cuba en Washington y el 14 de agosto la de Estados Unidos en La Habana, un hecho que reivindica, para la historia contemporánea, a los presidentes Raúl Castro y Barack Obama, quienes se reunieron en La Habana el 21 de marzo de 2016, en un encuentro inédito, que presagió el posible fin del bloqueo norteamericano.

Todo el panorama se alteró con el ascenso presidencial de Donald Trump (20 de enero de 2017), quien abandonó la política de acercamiento de su antecesor y revivió la del reforzamiento del bloqueo a Cuba, con una serie de medidas que recuerdan a la década de 1960.

Con esta nueva situación, Cuba no puede comercializar con los EE. UU.; debe pagar en efectivo, en forma previa y a través de terceros países, una serie de adquisiciones de bienes; no puede haber inversiones norteamericanas en la isla y distintas empresas boicotean la adquisición de productos destinados a la isla; y han retornado las prohibiciones para visitas de estadounidenses a Cuba. El bloqueo explica la escasez de productos en la isla, precariza el mercado interno y afecta a toda la población cubana. Representa, hasta el momento, unos 822 000 millones de dólares en daños históricos acumulados. Es decir, unas ocho veces el valor del PIB del Ecuador, que era en cifras redondas, de 103 mil millones de dólares en 2017.

Por la experiencia histórica descrita, América Latina es la región que mejor puede defender sus propios intereses y sin duda, encabezar la defensa de Cuba y el cuestionamiento al injusto y brutal bloqueo que los EE. UU. han mantenido en contra de Cuba. Pero el latinoamericanismo es, de todos modos, una política que depende de la existencia de gobiernos que comprendan el movimiento de la historia y sepan ubicar al fenómeno del imperialismo en su significado nefasto para nuestros países. Algo que se pone en jaque cuando aparecen gobiernos derechistas, que son los que suelen inclinar su cabeza ante los poderosos imperiales y los intereses privados internos, en lugar de movilizar la dignidad, el honor, el latinoamericanismo y la soberanía de los pueblos.

29 de octubre de 2018



Ecuador: la huelga del 15 de noviembre de 1922

En América Latina hay una larga tradición de lucha de los trabajadores por conquistar derechos laborales, mantenerlos o ampliarlos. En ese camino, la imposición del capital sobre el trabajo no ha dudado en desatar represiones contra el movimiento obrero, a fin de sujetarlo y dominarlo. En la historia regional se han registrado, asimismo, episodios de lucha y desgracia que dejaron su marca en las conciencias colectivas. En cada país ha habido escenarios de violencia y muerte contra las aspiraciones justas de los trabajadores.

El grupo Quilapayún, en su *Cantata de Santa María de Iquique* (1970), recoge uno de los episodios más dolorosos acaecidos en Chile: el 21 de diciembre de 1907, cuando fueron asesinados centenares de obreros del salitre que demandaban mejoras salariales, así como otros reclamos laborales.

En Ecuador se suscitó un episodio igualmente sangriento, el 15 de noviembre de 1922. Para ubicar el contexto de ese hecho, vale señalar que el proceso de la acumulación originaria que abordó Marx en forma global y casi concentrada en Inglaterra naturalmente, no ha sido el mismo acaecido en América Latina —en forma específica— y menos aún en Ecuador, de modo que ese ‘vacío’ solo puede ser llenado con investigaciones históricas concretas.

A grandes rasgos, en Ecuador la colonia no disoció a poseedores de fuerza de trabajo libre y a capitalistas dueños de dinero y medios de producción. Luego de la independencia, durante la vida republicana decimonónica, tampoco tuvieron lugar procesos estructurales que condujeron a esa

disociación, ya que sus alcances fueron muy relativos con la liberación de esclavos (1851), la abolición del tributo indígena (1857), la sustitución del diezmo (1890) o los decretos dictados por Eloy Alfaro para tratar de introducir el trabajo asalariado en las haciendas.

La vigencia del régimen oligárquico ecuatoriano impidió la industrialización efectiva del país y el surgimiento de un mercado libre de fuerza de trabajo, como precondiciones para el capitalismo. En realidad, con la Revolución Juliana (1925) se inició un largo período para la superación de ese régimen, definitivamente liquidado con la reforma agraria de 1964, que abolió las modalidades precarias de trabajo favoreciendo el inmediato mercado libre de fuerza de trabajo indígena y campesina.

En estricto rigor, el capitalismo ecuatoriano es tardío: sus inicios apenas son visibles a fines del siglo XIX e inicios del XX —cuando surgen las primeras manufacturas e industrias—, avanza a mediados de siglo durante el auge bananero (1950-1960/65) y definitivamente se consolida en las décadas ‘desarrollistas’ de 1960 y 1970. A ese lento desarrollo capitalista lo acompañó el crecimiento y desarrollo de la clase trabajadora asalariada, base del movimiento obrero que recién emerge a fines del siglo XIX y, sobre todo, a inicios del XX.

Cabe recordar el papel sindicalista que desempeñó el ciego cubano Miguel de Albuquerque, en la época radical-liberal, en respaldo a Eloy Alfaro, y cómo gracias a esa labor nació en Guayaquil la Confederación Obrera del Guayas (COG, 1905), la más importante organización de su tipo en los orígenes del movimiento. Años más tarde surgirían otras, entre las que merece destacarse la Sociedad Cosmopolita de Cacahueros "Tomás Briones", a cuya iniciativa se constituyó, en 1922, la Federación de Trabajadores Regional Ecuatoriana (FTRE), que pronto desplazó a la COG en el liderazgo del movimiento obrero de Guayaquil.

En el mismo mes de octubre, la Asamblea de Trabajadores del Ferrocarril del Sur, en Durán, resolvió presentar al

gerente, J. C. Dobbie, un pliego de peticiones cuyas demandas centrales fueron:

- Que se respete la ley de 8 horas de jornada diaria y la de accidentes de trabajo. La jornada de 8 horas fue decretada en 1916 y la ley sobre accidentes de trabajo en 1921.
- Aumento de salarios: mientras la remuneración mensual de los trabajadores era de unos 30 sucres, el sueldo de los jefes era de por lo menos 250 dólares, en momentos en que el dólar llegaba hasta a 4 sucres.
- Considerar la semana de trabajo de 6 días: hasta entonces, la semana laboral era de 7 días.
- Estabilidad laboral: a fin de no separar a cualquier trabajador sin causa justificada;
- Otras: suprimir descuentos de los sueldos de los trabajadores para el hospital, un nuevo cirujano, botiquines en Durán, Bucay y Ambato, restituir en el puesto a varios trabajadores despedidos.

Al no recibir respuesta, los ferrocarrileros iniciaron la huelga, respaldada por la FTRE, la COG y la Asociación Gremial del Astillero. En los siguientes días, aumentó la solidaridad de otros gremios de trabajadores. La alarma que produjo la paralización del ferrocarril en el país forzó al gerente Dobbie a entrar en arreglos con los huelguistas. El 26 de octubre las partes suscribieron el Acta en que se aceptaban los planteamientos de los trabajadores.

El éxito de los ferrocarrileros de Durán dio pie a numerosas reivindicaciones laborales de los guayaquileños. El 8 de noviembre, los trabajadores de la Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica y de la Empresa de Carros Urbanos presentaron sus demandas a los patronos. El reclamo de los empleados, motoristas y conductores de los tranvías eléctricos incluyó, en lo esencial:

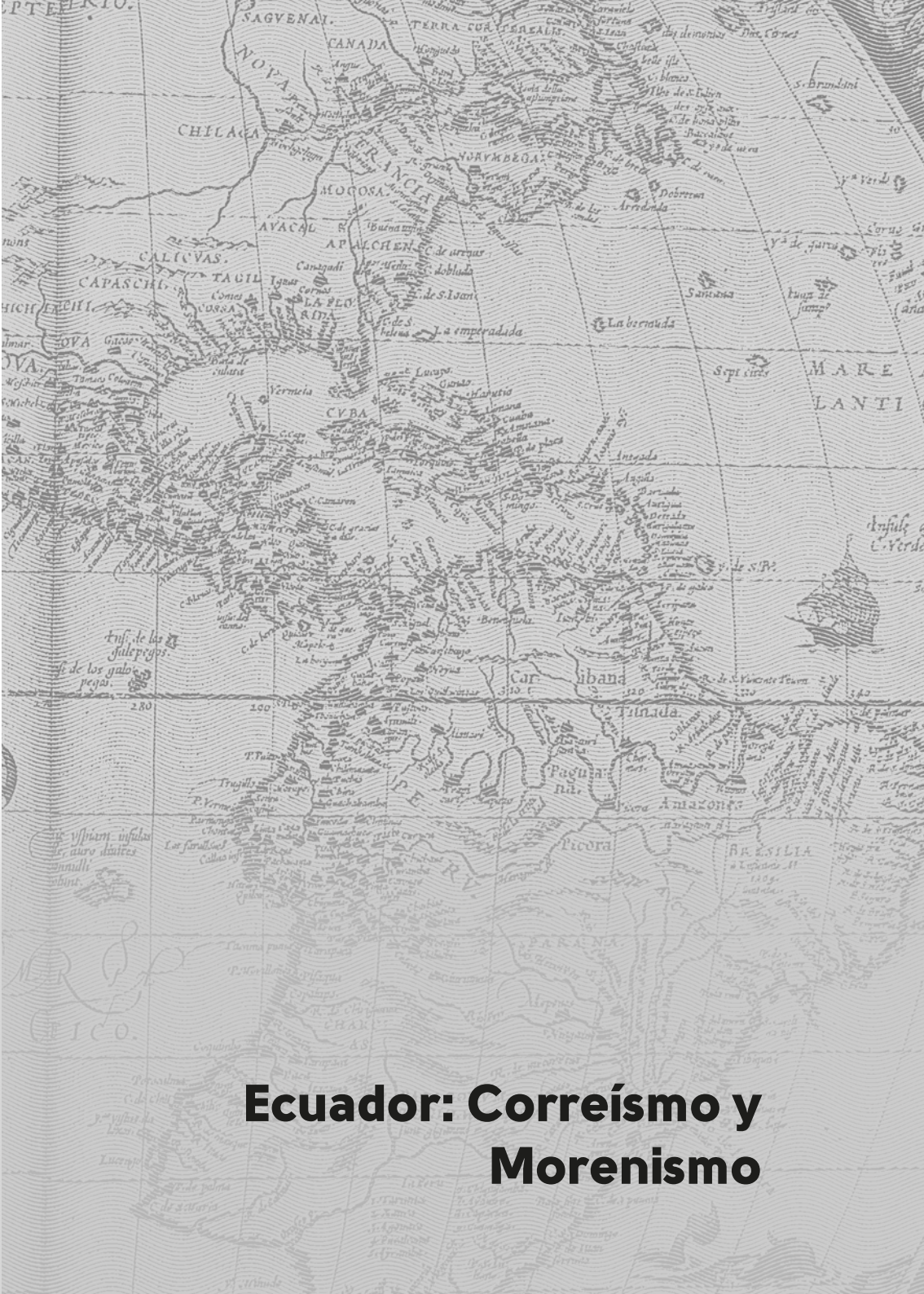
- La ley de 8 horas y pago de sobretiempos.
- Aumento de salarios.
- Estabilidad laboral.
- Cumplimiento estricto de la ley de accidentes de trabajo.
- Planteamientos específicos: regulación del número de vueltas, permisos, pasajes, carros, responsabilidades de los conductores, calamidad doméstica y otras.

Los operarios de los carros de tracción a mula coincidieron en establecer turnos cada 12 horas, y cada 6 alternativas; pago de sobretiempos que excedan las 8 horas; cese de despidos; aumento de salarios; cumplimiento de la ley de seguro y accidentes. En los siguientes días, se sumaron a las huelgas los trabajadores del gas y conductores de carros urbanos, del taller de carrilanos, cascajeros, entre otros. Uno de los Manifiestos sostuvo: “Existe una ley que determina el tiempo de trabajo diario, en ocho horas como máximo, y, sin embargo, se nos obliga a trabajar 18 y 20 horas al día”. El día 10 se sumaron a la huelga los trabajadores de las fábricas de Guayaquil. El 11, artesanos y constructores; el 13 los voceadores y nuevas fábricas; este día la FTRE declaró el paro general. El 14 Guayaquil fue una ciudad paralizada y sin luz. El día 15 de noviembre, la gigantesca manifestación por las calles de Guayaquil fue reprimida a fuego abierto. Murieron centenares de obreros.

Los trabajadores, el 15 de noviembre de 1922, expresaron el despertar de las reivindicaciones laborales en Ecuador, justas, en un medio atrasado en los derechos laborales ya conquistados en otros países. Sin embargo, las reivindicaciones reclamadas fueron calificadas como ‘comunistas’ y ‘excesivas’. Y la matanza obrera de Guayaquil, de la que fuera responsable el gobierno de José Luis Tamayo (1920-1924), incluso fue justificada con el argumento de que se había disparado contra ‘saqueadores’ y ‘delincuentes’. Todo para esconder la responsabilidad compartida de los capitalistas de la época.

Naturalmente dicho episodio fue marginado en los relatos históricos hegemónicos, pero su memoria ha sido rescatada por los pocos historiadores del movimiento de los trabajadores ecuatorianos. Retrata el poder que tuvo el régimen oligárquico y los inicios del capitalismo. Las conquistas laborales, que finalmente se lograron en la Constitución de 1929 y en el Código del Trabajo de 1938, aunque garantizadas, no siempre han sido respetadas. Y hoy corren el riesgo de ser revertidas por la fuerza que han adquirido las propuestas de ‘flexibilidad’ y ‘flexiseguridad’ laborales, impulsadas por las élites empresariales más ricas e influyentes del país.

14 de noviembre de 2018



Ecuador: Correísmo y Morenismo

El Gobierno de Rafael Correa (2007-2017) parece haber provocado una verdadera fascinación en la investigación social. Hay cerca de un centenar de libros, tesis y artículos académicos y semiacadémicos escritos sobre ese período tanto en el país como en el exterior (sin contar editoriales, opiniones y referencias periodísticas que a diario se publicaron durante una década en los distintos medios de comunicación), y me he referido a las más significativas de esas obras en dos artículos anteriores: “Ecuador: una década entre libros, pasiones y opiniones” y también, “Ecuador: ¿y otros escritos sobre la década?”.

Ha predominado la visión política. Y en las obras de mayor bullicio editorial, la pasión visceral para demostrar que se trató de una década “perdida”, una “dictadura del siglo XXI”, de “discreto encanto”, de “reinención del poder”, “populista”, “hiperpresidencialista”, de “entreguismo”, “al desnudo”, de “restauración conservadora”, “desperdiciada”, un “gran fraude”, o una “revolución que al parecer nunca nació” o que dejó atrás “el país que queríamos”, como han gustado de calificarla ciertos círculos intelectuales del izquierdismo tradicional más florido. En ellos también se han ubicado simples activistas del anti correísmo y hasta quienes han coincidido vehementemente con la “descorreización” levantada por la más fascista derecha política.

Con demasiada frecuencia esos escritos chocan con los estudios serios realizados por entidades internacionales, como los de la Cepal, institución que tiene varias investigaciones que incluyen a Ecuador, que demuestran las sustanciales transformaciones, logros económicos y sociales durante la década “ganada” y que incluso ratifican que la mesa sí estuvo servida al concluir la presidencia de Correa, como consta en al menos tres publicaciones: *Balance Preli-*

minar de las Economías de América Latina y el Caribe 2017; Panorama Social de América Latina 2017; y, La ineficiencia de la desigualdad (2018). Esos balances contrastan con lo que ha ocurrido bajo el gobierno de Lenín Moreno, cuando los antiguos logros se han revertido, tal como lo demuestra el reciente *Estudio económico de América Latina y el Caribe. Evolución de la inversión en América Latina y el Caribe: hechos estilizados, determinantes y desafíos de política* (2018), de la misma CEPAL; y además, su comunicado “Actividad económica de América Latina y el Caribe se expandirá 1.3 % en 2018 y 1.8 % en 2019” (CEPAL, 2018).

Podrían unirse también los informes del FMI, el BID o el BM, que hizo un balance muy positivo de la época de la Revolución Ciudadana en su *Ecuador: Panorama general de abril 2017* y, además, en *Taking on inequality* (2016). Incluso en las Naciones Unidas (11ª. Reunión Anual, 2014) se llegó a reconocer al Ecuador como modelo de desarrollo sostenible para eliminar la pobreza y reducir la desigualdad.

Añádase a todo ello varias obras de autores extranjeros como Ramón Casilda Béjar, quien realizó un temprano análisis en *Ecuador y la Revolución Ciudadana. Un camino hacia el buen vivir* (2015); Timm B. Schützhofer, en *Ecuador's Fiscal Policies in the Context of the Citizens' Revolution* (2016), que demostró los alcances en materia tributaria, siempre resistida por las élites empresariales; tres autores: Mark Weisbrot, Jake Johnston y Lara Merling hicieron su balance en *Una década de reformas: políticas macroeconómicas y cambios institucionales en Ecuador y sus resultados* (2017); y, Mauricio García Mejía, Adriano Molina, Ángela Reyes y Benjamín Roseth destacan los cambios administrativos en *Gobiernos simples y digitales para servir al ciudadano. Construyendo un Estado orientado al ciudadano* (2018).

A diferencia de las pasiones nacionales, los estudios académicos extranjeros buscan objetividad, al mismo tiempo que hacen puntualizaciones críticas. No se les ocurre partir de ideas y conceptos preconcebidos, como para escribir, muy livianamente, sobre la ‘dominación progresista’, como lo hace alguna simplona obra que circuló.

Entidades que han privilegiado el análisis académico sobre el pasionista, también han publicado obras de interés, como *Democracia participativa e izquierdas. Logros, contradicciones y desafíos* (2015), publicada por FES-ILDIS, que reúne a varios autores con posiciones críticas, del mismo modo que lo hizo el IAEN al publicar *La Revolución Ciudadana en escala de grises. Avances, continuidades y dilemas* (2016), editado por Matthieu Le Quang.

En el análisis tradicional circuló *El populismo en escena* (2017), de César Ulloa. Pero hay un artículo académico reciente de Gonzalo Jonás Paredes Reyes y Karolyne Nikole Saltos Sánchez, *La deuda pública en Ecuador: ¿Se cumplió la regla fiscal?* (2018), fulminante contra esas voces que claman, con desconocimiento interesado, contra el ‘excesivo’ endeudamiento externo, pues los autores de muestran que el gobierno de Correa no sobrepasó el 40 % fijado como límite del mismo por la ley (Paredes y Saltos, 2018).

Como la ‘descorreización’ está a la orden del día, de la mano de las derechas y también de las izquierdas anticonreísta (incluidos una serie de líderes laborales e indígenas) que en esto han logrado el milagro político de mezclar el agua y el aceite, todos los trabajos anteriormente citados parecen no servir para nada. Pero la historia tiene su propia ironía, como diría Hegel, y más tarde o más temprano la realidad histórica se impondrá.

Porque, para decirlo en términos periodísticos, el ‘correísmo’ tuvo logros positivos y otros negativos y caminó entre luces y sombras. Durante el ciclo progresista, los dos últimos años del Gobierno de Rafael Correa fueron tremendamente contradictorios: ciertas remisiones tributarias, aflojaron algunas políticas bancarias, mayor deuda externa o flexibilidades laborales, algo que cuestioné, a su debido tiempo, en varios artículos, como ‘Revolución Ciudadana ¿en fase de flexibilidad laboral?’ (Paz y Miño, 2016). Pero de allí a sostener que se reimplantó el ‘neoliberalismo’, se ‘liquidó’ a los movimientos sociales y a la izquierda ‘verdadera’ o

que se ‘desinstitucionalizó’ al país, hay un gigante abismo que lo niegan, una y otra vez, las obras a las que he hecho referencia.

Cabe reconocer, adicionalmente, que los casos de corrupción, que es necesario perseguir y juzgar, han sido demoledores para la imagen de la década de la Revolución Ciudadana, al mismo tiempo que a cualquier observador intelectual honesto igualmente le queda claro que tras los ‘escándalos’ mediáticos también se esconde el deseo de atribuir toda la corrupción histórica nacional exclusivamente al anterior gobierno (Paz y Miño, 2018), en medio de la persecución y el *lawfare*, como se ha denunciado en documentos internacionales, como el “Informe final de observadores sobre la misión en Ecuador-17/21 septiembre, 2018”, que advierte sobre violaciones a los principios fundamentales del Estrado de Derecho; así como el “Parecer emitido sobre la ocurrencia de *lawfare* en Ecuador” del Institute Lawfare (24 de octubre de 2018).

En todo caso, la fascinación por el correísmo ha provocado un descuido o por lo menos la minimización de otros temas en las ciencias sociales ecuatorianas. Antes de 2007 hubo una variedad de temas abordados por las múltiples investigaciones y en distintas esferas: la economía, la política, los movimientos sociales, la cultura, entre otros. Todavía son referentes necesarios muchos de los libros que se publicaron hasta la década de los ochentas, cuando se produjo el auge y *boom* de las ciencias sociales ecuatorianas en un contexto similar en toda Latinoamérica. Pero hoy es poco o nada lo que circula al público sobre la diversa realidad nacional, exceptuando una serie de tesis de grado en ciencias sociales, que lastimosamente quedan a nivel de élites ilustradas universitarias.

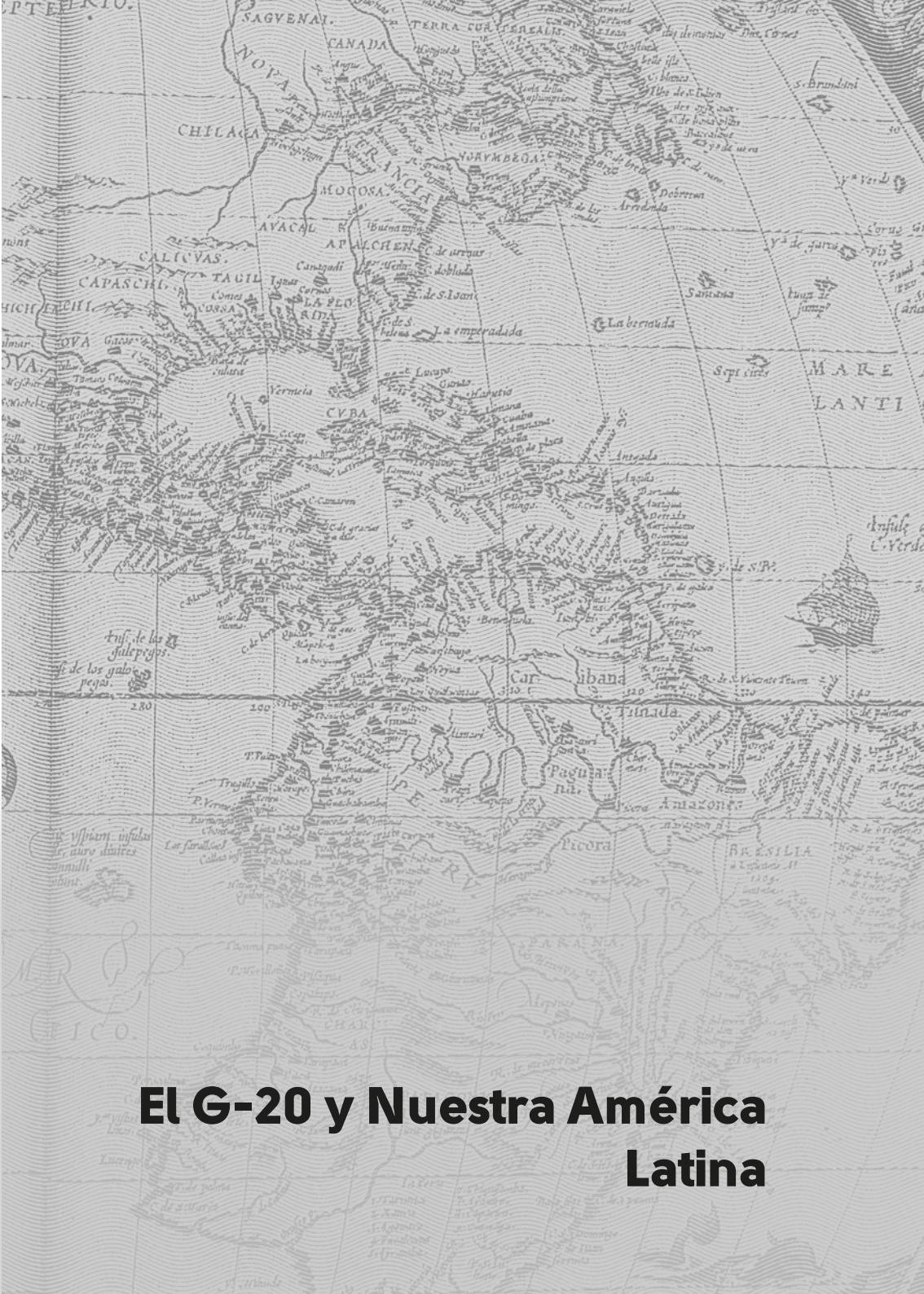
En política cotidiana predomina la discusión sin fundamentos investigados. En economía, hegemoniza la atrasada y pobre visión empresarial que anhela, como desde la década de 1920, que el Estado se retire de la economía, se supriman o disminuyan impuestos directos

con el de rentas a la cabeza, se flexibilice el trabajo al borde de la esclavitud y que el país se abra al mundo exterior sin beneficio de inventario.

Y contrastando con todo lo anteriormente señalado, es sintomático que el Gobierno de Lenín Moreno no haya merecido, hasta el momento, ni un solo libro académico que lo retrate, exceptuando los escritos de opinión (alabanzas en prensa privada y gubernamental) y alguno que otro artículo encendido de pasiones. Es igualmente sintomático que en el exterior se escriban textos sobre el morenismo que dan cuenta del giro gubernamental que se impuso desde mayo de 2017, así como de la reinstalación galopante del orden neoliberal, como se halla en las páginas de la *BBC*, *El País*, *La Jornada* y otros medios. Destaco, a modo de ejemplo, uno de los titulares de la BBC: “Las 3 economías de América Latina que van camino de ser las mayores decepciones de 2018”, que incluye a Ecuador, y otro de *El País*: “Lenín Moreno purga de correístas su gobierno en su primer año al frente del Ecuador”.

Imagino que en algún momento alguien se interesará por escribir algún libro de importancia sobre el morenismo. Mientras tanto queda en claro que no hay ninguna ‘transición’, sino que el Gobierno de Lenín Moreno ha restaurado el *modelo empresarial*, que ya rigió durante las décadas finales del siglo XX, al que todavía le falta completar otras exigencias de las élites empresariales (la tributaria está prácticamente cumplida), entre las que la flexibilidad laboral está a las puertas del horno.

En términos comparativos, vivimos una época histórica internacional y nacional muy parecida a la que dejó retratada el libro *Tiempos conservadores. América Latina en la derechización de Occidente* (1987) —entre cuyos destacados autores estuvo el célebre Agustín Cueva—, en momentos en que el ‘reaganismo’ estuvo en pie y se pusieron a su servicio los gobernantes de la región.



El G-20 y Nuestra América Latina

Entre el 30 de noviembre y el 1 de diciembre (2018) se realizó en Buenos Aires, Argentina, la decimotercera reunión del G-20, el foro de los mayores países industrializados y emergentes del mundo, integrado por Alemania, Arabia Saudita, Australia, Canadá, China, Corea del Sur, Estados Unidos, Francia, India, Indonesia, Italia, Japón, Reino Unido, Rusia, Sudáfrica, Turquía, más una representación por la Unión Europea, otra por España, y solo con tres países de América Latina: Argentina, Brasil y México. También estuvieron presentes representaciones de la ONU, OMC, BM, FMI.

Al inaugurar la reunión, Mauricio Macri, presidente de Argentina, dijo: “tomamos la cumbre como un gesto de apoyo, sobre todo después de tantos años de aislamiento”; pero la verdad es que el turno anual llegaba a su país, tal como el año pasado tocó a Alemania y en 2019 tocará al Japón.

Con una situación económica crítica, un endeudamiento externo que retomó el camino de la dependencia al FMI y condiciones sociales y laborales agravadas por las políticas neoliberales, no es posible tener al Gobierno de Macri como un ejemplo que merezca el reconocimiento mundial.

Para México la situación fue especial: Enrique Peña Nieto (2012-2018) concluyó su presidencia suscribiendo el nuevo tratado de libre comercio con EE. UU. y Canadá (T-MEC o USMCA) el día en que se inauguraba el cónclave del G-20 y bajo la complacencia de Donald Trump, quien obtuvo un acuerdo a la medida de sus intereses, frente al anterior TLCAN (1994) que el norteamericano cuestionó desde el inicio de su gestión presidencial.

Durante los últimos 30 años, las condiciones económicas sujetas al neoliberalismo de los sucesivos presidentes mexicanos, y con el TLCAN de por medio, lo único que reforzaron es el poder de una elite empresarial y de las mafias. Porque el problema de la pobreza, el desempleo y el subempleo solo se han agravado en el tiempo, junto a la corrupción a todo nivel y a la extensión de una violencia hasta hoy imparable, precisamente por la debilitación institucional del país. Tampoco el México neoliberal puede ser un ejemplo mundial.

Brasil igualmente, de la mano del neoliberalismo de fines del siglo XX, se volvió una potencia económica sobre la base de extender las peores condiciones de vida y de trabajo entre su población. Solo los gobiernos de Luis Inácio Lula da Silva (2003-2011) y Dilma Rousseff (2011-2016) lograron revertir esas herencias, con avances sociales, un nuevo poder institucional y la atención inédita a los sectores populares. Esas conquistas, imperdonables ante los ojos de los poderes económicos y políticos tradicionales del país, condujeron al golpe de Estado blando que colocó en la presidencia a Michel Temer (2016-2018), con quien aquellos poderosos recuperaron el manejo del Estado, implementaron el *lawfare*, persiguieron al PT y lograron la encarcelación de Lula, tras un cuestionado proceso judicial. Tampoco el Brasil neoliberal ha podido convertirse en un ejemplo mundial.

De manera que en el G-20 no estuvieron presentes los problemas cruciales de los tres países latinoamericanos miembros y los más 'grandes' de la región. En cambio, predominaron los temas de interés de las potencias mundiales y particularmente los que involucran a EE. UU., China y Rusia.

La guerra comercial de EE. UU. con China ha quedado, por el momento, en suspenso. Trump ofreció postergar por 90 días la anunciada subida de aranceles a productos chinos, mientras Xi Jinping se comprometió a ampliar la compra de bienes a los norteamericanos. A pesar de eso, lo

que queda en pie es la política neomonroísta (“América para los americanos”) del Gobierno Trump para contrarrestar la presencia china y rusa en América Latina.

Trump canceló la reunión con Vladimir Putin, argumentando la detención de tres navíos ucranianos por parte de Rusia. La verdad de fondo es que procuró tomar distancia con el presidente ruso, mientras en los EE. UU. reflota el tema de la supuesta intervención de ese país en la campaña que favoreció electoralmente a Trump.

Por sobre estos acontecimientos, para la Casa Blanca está muy claro que la reunión en Buenos Aires ha sido un “éxito” y que el documento final acordado merece considerarse como “un gran día para los Estados Unidos”, porque refleja muchos de los objetivos de Donald Trump.

Ese documento, titulado “Construyendo consenso para un desarrollo justo y sostenible” (Infobae, diciembre 2018), contiene 31 puntos de acuerdos, entre los que se habla del combate a la corrupción, la seguridad financiera mundial, la atención al trabajo, sobre refugiados y causas humanitarias.

Pero el comercio libre, como paradigma económico contemporáneo, constituye el eje de las preocupaciones. Sin embargo, hay cambios: Trump ha logrado que no se cuestione el proteccionismo de su país, lo que implica afectar, por primera vez, el hasta hoy imbatible principio del ‘libre comercio’. Además, se abogó por un replanteamiento de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

América Latina podría aprovechar mejor esa reforma, al mismo tiempo que potenciar su propio proteccionismo para defenderse de la competencia externa, que sobre todo afecta al desarrollo industrial; pero es algo difícil y hasta imposible de obtener con gobiernos mayoritarios de derecha y élites empresariales neoliberales, que todavía creen en el aperturismo comercial indiscriminado y en los tratados de libre comercio (TLC). Difícil, además, frente a las presiones transnacionales que admiten la protección para sus intereses, pero no la de los latinoamericanos, a

quienes exigen apertura. Es una relación similar a la de los viejos tiempos coloniales, cuando los imperios imponían a las naciones subordinadas los intereses metropolitanos.

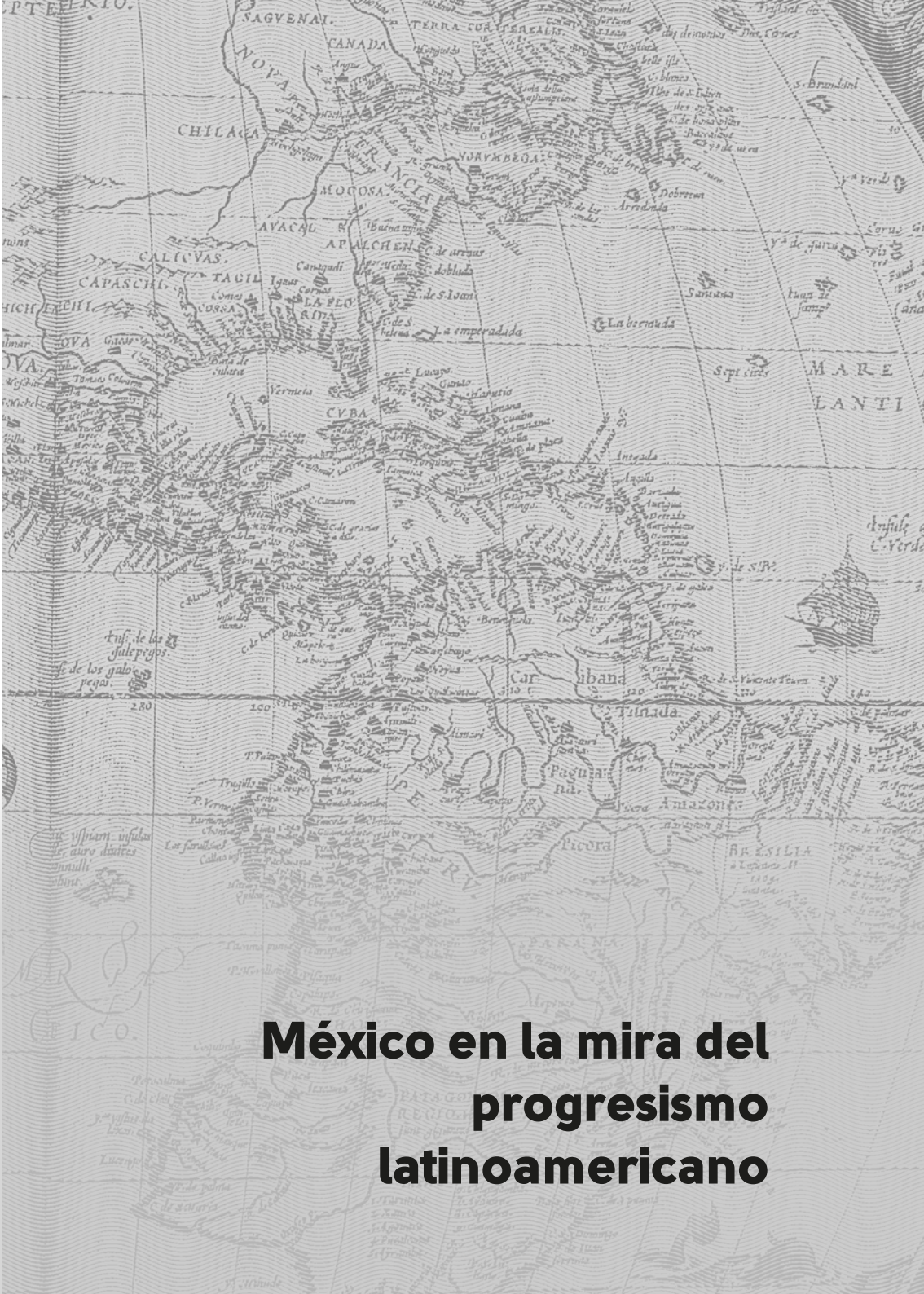
Otro punto acordado se refiere al aprovechamiento y desarrollo de todo tipo de energías 'limpias'; pero ello no frenará la afectación a los países del 'tercer mundo' y, sin duda, a América Latina, región poseedora de distintos recursos energéticos sobre los cuales históricamente se han lanzado las grandes corporaciones capitalistas. Como lo quería Emmanuel Macron, presidente de Francia, el documento insiste en la protección del medio ambiente; pero incluye un párrafo que recoge la posición contraria de los EE. UU. en este tema, que incluso se retiraron del acuerdo de París sobre el cambio climático en junio de 2017.

Jair Bolsonaro, quien se posesionará como presidente del Brasil el 1 de enero de 2019, seguramente habría encajado muy bien en el G-20, porque su pensamiento y ubicación tanto política como económica, ha cuestionado el multilateralismo, se alía con los EE. UU. y se halla en la mira de constituir a su país en el subimperialismo de América Latina.

En cambio, un discurso como el de Andrés Manuel López Obrador, al tomar posesión de la presidencia de México el 1 de diciembre, habría caído como balde de agua fría, porque su cuestionamiento de fondo fue al neoliberalismo, que tanto daño ha hecho a su país. El flamante presidente añadió que su misión será acabar con la corrupción y que separaría el poder económico del poder político. Afirmó que atendería a la población y no a la elite enriquecida con los gobiernos del pasado. También anunció que aboliría la inmudidad presidencial y que era mejor dejar atrás lo ocurrido con anteriores gobernantes, para no caer en la venganza ni el revanchismo. Pero son dos asuntos peligrosos ante la voracidad de la clase política tradicional que bien podría encontrar cualquier pretexto para enjuiciar al presidente; además de que triunfaría la impunidad frente a quienes han sido los responsables del desastre social de México bajo el neoliberalismo.

Un presidente como el ecuatoriano Lenín Moreno ¿habría resultado incómodo entre los ‘grandes’ del G-20? Su política económica, local y provinciana tras 18 meses de administración, se ha reducido a quitar capacidades al Estado, perdonar multas e intereses debidos por los grandes grupos económicos, suprimir impuestos a la elite empresarial bajo la figura de incentivos tributarios, orientar al gobierno por los intereses de las cámaras de la producción y creer todavía en el mercado libre internacional, así como en las ‘bondades’ del capital imperialista, las privatizaciones y la flexibilidad laboral, contradiciendo así toda la historia económica del neoliberalismo latinoamericano, que López Obrador, en cambio, sí supo cuestionar. La ‘des-correización’ y la desinstitucionalización han prosperado, así como la persecución política, el *lawfare* y la violación a los principios de la Constitución de la República del Ecuador de 2008.

Con todo lo expuesto es posible concluir que el G-20 se mantuvo como foro de los intereses transnacionales y del capitalismo central, sin topar los temas sensibles de América Latina, que tienen que ver, entre tantos asuntos, con el fortalecimiento de los Estados y con ello de la institucionalidad, la redistribución de la riqueza, la superación de la pobreza, el desempleo y el subempleo, la seguridad, la movilización migratoria, el incremento de tributos a los ricos, el fomento a las producciones nacionales, la integración regional autónoma, la contraposición al poder mundial de las corporaciones, el saqueo de recursos o el fin del bloqueo a Cuba, en la perspectiva de la lucha regional por una sociedad justa, por la soberanía y la dignidad de cada país.



México en la mira del progresismo latinoamericano

Desde 1999 en adelante, entre los sectores democráticos y de izquierda, se creyó que el ciclo de los gobiernos progresistas abría un nuevo momento histórico. Parecía que su duración era indefinida. Los avances no solo en la estabilidad y hasta el crecimiento económico, sino sobre todo en múltiples mejoras sociales, aseguraban la permanencia de la tendencia progresista. Pero hubo demasiada confianza en los procesos electorales, porque los triunfos se sucedían y, en general, se descuidó la organización social, laboral y popular, así como el permanente trabajo ideológico para transformar viejos valores y conceptos y generar nuevas conciencias ciudadanas.

Pero el progresismo fue derrotado no solo a través de los golpes blandos, como en Brasil, Honduras o Paraguay, sino también por los triunfos electorales de las derechas en Argentina o Chile, e incluso por el giro absolutamente imprevisible, la ruptura total con la Revolución Ciudadana y la persecución institucional del ‘correísmo’, ocurridos en Ecuador, desde 2017.

De manera que al ciclo progresista ha sucedido el de la restauración conservadora, con el poder total de los sectores sociales de mayor elite y concentración de la riqueza económica en Latinoamérica. En la región —y especialmente en Sudamérica, cuna del progresismo— predominan hoy los gobiernos identificados con el gran capital y subordinados a la geoestrategia continental del americanismo.

El retorno de las derechas —nuevas o viejas— unifica posiciones en torno a múltiples áreas del manejo económico. Pero cuatro son las que están definiendo el marco del desarrollo de la región: la vinculación transnacional, el Estado, los impuestos y el trabajo.

Primero. Los vínculos latinoamericanistas se han debilitado. No interesa fortalecer Celac, Mercosur o Unasur. Las acciones de ALBA están reducidas. Los gobiernos de la derecha latinoamericana buscan tratados de libre comercio (en Brasil se cuestiona el multilateralismo y se prefiere el bilateralismo), convenios bilaterales de inversión, ingreso al Acuerdo Asia-Pacífico, apertura y conexiones con el capital imperialista. Es una cuestión de negocios, no de intereses nacionales.

Segundo. Como los gobiernos de derecha han revitalizado la ideología neoliberal, el Estado debe ser reducido a su mínima expresión, pero con una institucionalidad suficiente, que responda exclusivamente al mundo de los intereses y negocios privados. En consecuencia, las empresas otrora públicas, son descuidadas o se privatizan; las inversiones estatales pasan a manos de empresarios, contratistas o concesionarios particulares; los servicios públicos se deterioran a fin de favorecer la educación, la medicina o la seguridad social privadas. De este modo, la atención estatal a la sociedad se reduce, pasa a ser de peor calidad y queda justificado el argumento de que el Estado es 'mal administrador'.

Tercero. Abolir o reducir impuestos directos ha pasado a ser la consigna de la nueva ideología fiscal según la cual el aflojamiento de los sistemas tributarios alienta la inversión de capitales y la promoción del crecimiento. Todos los estudios de la Cepal al respecto niegan ese supuesto, pero continúa en vigencia. De modo que la tendencia generalizada está en reducir, condonar o abolir impuestos directos como el de rentas y fortalecer los indirectos y el IVA. La reciente reforma fiscal de Costa Rica es un claro ejemplo de lo que viene ocurriendo. Y, bajo estas condiciones, se ha agravado la concentración de la riqueza, se afirman las diferencias sociales y se marginan los programas, acciones e inversiones públicas, porque el Estado carece de los recursos impositivos necesarios para promover el desarrollo.

Cuarto. La flexibilidad y la precarización de la fuerza de trabajo están en plena vigencia y se generalizan. En Brasil y Argentina los niveles de derrumbe de antiguos principios y derechos laborales se tornan en modelos ejemplares para las burguesías de todos los países. No importa si todo ello trae la ruina social, el incremento de la pobreza, la ampliación del desempleo o el subempleo. Nuevamente, es un asunto de negocios y rentabilidades, que predominan sobre los intereses y necesidades sociales.

En este 'trágico' panorama, el ciclo neoderechista de América Latina afianza procesos complementarios: la judicialización de la política y la politización de la justicia (*lawfare*), para perseguir a todo exfuncionario o partidario de los gobiernos progresistas y para marginar cualquier tipo de oposición o crítica, como ocurre en Argentina, en Brasil o en Ecuador (con la fascista 'descorreización' de la sociedad); la instrumentalización de los organismos de control al servicio de estos mismos objetivos; la reorientación de las policías y de las fuerzas armadas para recuperarlas como instituciones al servicio del poder del capital y de los empresarios; el contubernio de los más importantes medios de comunicación para dirigir la opinión pública y la información solo en el sentido que mejor interese a los poderes constituidos, etc.

Nos hallamos en situaciones parecidas a las de fines del siglo XX, que merecieron una obra colectiva muy importante: *Tiempos conservadores. América Latina en la derechización de Occidente* (1987), que recogió los estudios de diez investigadores, bajo el impulso del CELA y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (México).

Se ha afectado la movilización social. El movimiento obrero, los otros movimientos sociales e incluso el movimiento indígena están en crisis en Ecuador, aunque cabe diferenciar a Bolivia, con un pujante movimiento indígena. Lo social-popular todavía no encuentra posibilidades de lucha efectiva ni de sumatoria de fuerzas sociales que reaccionen frente a las imposiciones de los gobiernos de dere-

cha, lo cual no resta la importancia que tienen las luchas coyunturales y las reacciones ciudadanas que cuando se activan han logrado frenar en algo las ambiciones del reinado absoluto del capital.

Las izquierdas continúan debilitadas y, además, divididas. El caso del Ecuador es patético: sectores reconocidos de las izquierdas tradicionales y los antiguos marxistas (incluyendo a los marxistas pro-bancarios) se unieron a la 'descorreización'; en principio, saludaron al Gobierno de Lenín Moreno, apoyaron sus acciones, así como la reinstitucionalización del país, pero ahora procuran alejarse sin hacer mucho ruido, a fin de que se 'olvide' su responsabilidad política directa en lo que ha ocurrido en el país desde el año pasado.

Desde 1979 en adelante esos mismos sectores no crearon una alternativa electoral propia para acceder al gobierno y peor una alternativa política ciudadana o 'proletaria' para la toma del poder. A su vez, las nuevas izquierdas solo lograron mantener expresión política durante la Revolución Ciudadana, pero en la actualidad, además de estar seriamente golpeadas por la 'descorreización' y por los evidentes casos de corrupción (aunque mediáticamente magnificados) que afectaron la imagen del Gobierno de Rafael Correa (2007-2017), no han podido articular mecanismos que les permitan retomar la lucha con eficacia.

En estas circunstancias, el Gobierno de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) se convierte en una esperanza obligada y en un referente continental. Porque su éxito podrá alentar, con mejor fuerza e influencia, la rearticulación de las izquierdas latinoamericanas y la preparación para un futuro que permita recuperar el camino que trazaron los gobiernos progresistas.

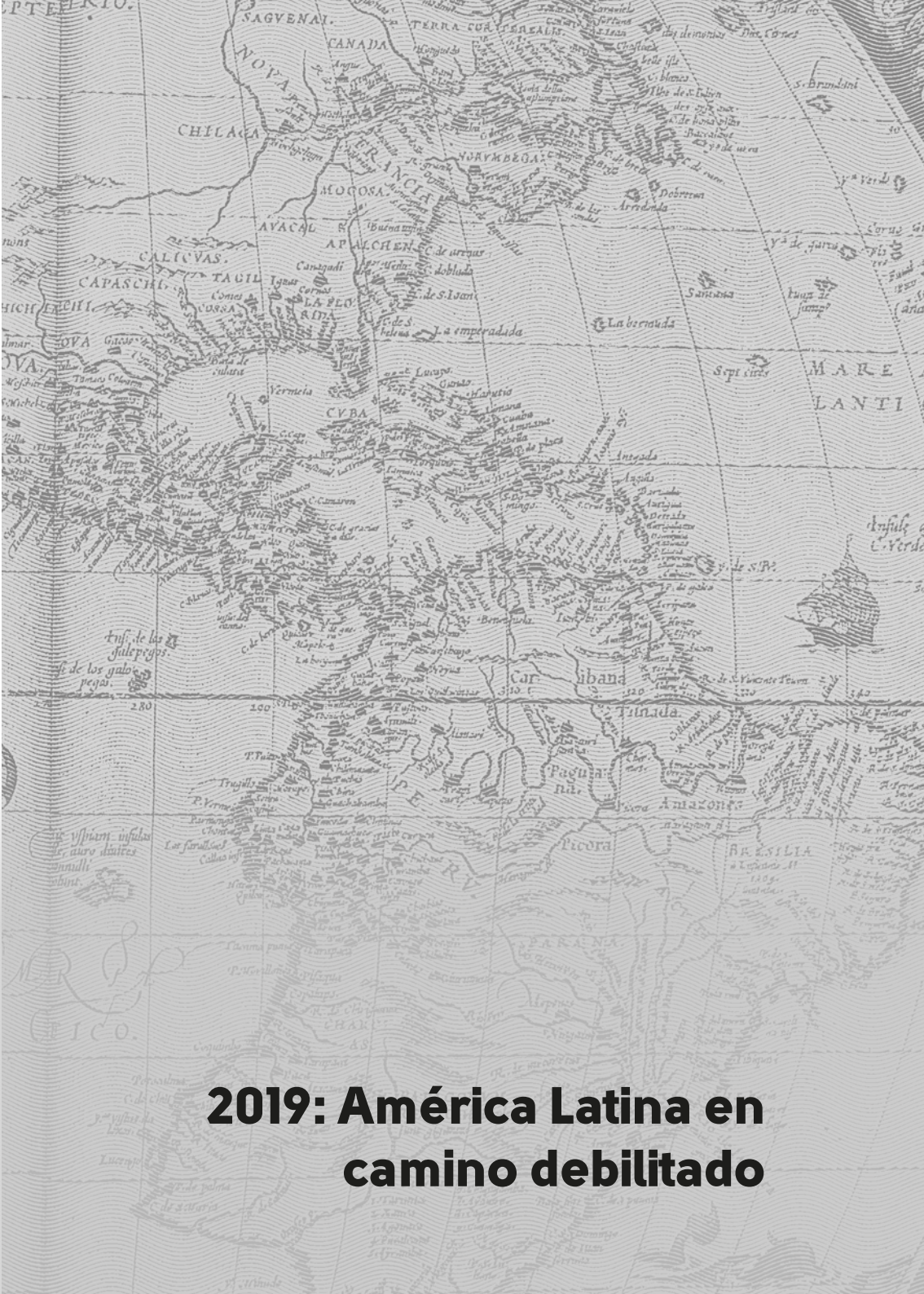
Sin embargo, en mi reciente visita a México pude observar lo mismo que en Ecuador ya habíamos experimentado en algún momento: ciertos sectores de la izquierda más tradicional se lanzaban contra las propuestas de AMLO

aún antes de que tomara posesión de su cargo como presidente. Y, naturalmente, las derechas se preparaban a evitar la ‘venezolanización’ de México y el ‘comunismo’, conforme lo advertí en forma directa.

AMLO ha valorado a Bolívar y a Martí; anuncia la redefinición del Estado; el aliento e identidad con los sectores sociales, laborales y populares; pero ha asegurado que no aumentará impuestos, lo cual puede afectar los afanes redistributivos de la riqueza. Sus primeras acciones, como el intento por reducir sueldos en la alta burocracia, ya han chocado con la misma Corte Nacional, que ha impedido esa reforma con un pronunciamiento jurídico. Es decir, el flamante gobierno mexicano empieza a experimentar las mismas reacciones anticipadas o en proceso de desarrollo de las fuerzas que, en los otros países, tuvieron en mira la derrota de los gobiernos progresistas.

Sin embargo, no han sido abatidas las esperanzas por el camino progresista de México. Así es que su desarrollo tendrá determinante repercusión en una América Latina por el momento cercada por los gobiernos de la derecha política y económica.

16 de diciembre de 2018



2019: América Latina en camino debilitado

De acuerdo con el *Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe 2018* (Cepal, 2019), este año la región cerrará con un crecimiento promedio de apenas el 1.2 %; pero según sus proyecciones, en 2019 solo crecerá en un promedio del 1.7 %. Pero la dinámica del crecimiento económico igualmente se desacelerará en los próximos años, también en los países desarrollados.

Sin embargo, los impactos serán diferenciados: América Central (excluido México) se estima que crecerá al 3.3 %, el Caribe 2.1 % (Cuba al 1.0 %) y América del Sur 1.4 %. Entre los países, Dominica al 9.0 %, República Dominicana 5.7 %, Panamá 5.6 %, Antigua y Barbuda 4.7 %, Guyana 4.6 %, mientras Brasil al 2.0 % y México 2.1 %, aunque en caída; el crecimiento negativo de Argentina será del 1.8 %, pero en Venezuela -10.0 % y Nicaragua -2.0 %, lo que obliga a estudiar críticamente el rumbo de estos procesos identificados con la izquierda.

El caso del Ecuador parece singular: a pesar de la recesión de años anteriores, logró crecer al 2.4 % en 2017, por las políticas económicas que administró Rafael Correa hasta el fin de su gobierno en mayo, pero será del 1.0 % en 2018 y se proyecta una leve reducción al 0.9 % en 2019. Las consideraciones y datos de la Cepal permiten entender que el gobierno de Lenin Moreno tiene responsabilidad en esta conducción económica y en la desaceleración, una vez que debilitó conscientemente las políticas fiscales, bajo el supuesto teórico de que el achicamiento del Estado, el perdón de deudas fiscales y la remisión de impuestos hasta por 20 años son incentivos para la inversión privada. Mien-

tras los análisis internacionales demuestran la falsedad de semejantes conceptos, internamente sigue el ridículo discurso gubernamental de acusar al 'correísmo', ya no solo de los malos resultados económicos del presente, sino hasta de la necesidad de adoptar las medidas que el morenismo ha tomado, bajo el argumento de una grave herencia, pese a que los datos empíricos dicen todo lo contrario.

La Cepal insiste en las políticas públicas; el fortalecimiento del activo papel de las políticas fiscales para los ingresos e inversiones; el control estatal sobre la elusión y evasión tributaria, así como sobre los flujos financieros ilícitos (como los que van a paraísos fiscales, cabe anotar); recalca la necesidad de los impuestos directos, así como los de tipo saludable y verdes; la reorientación de la inversión pública a proyectos de impacto sobre el desarrollo sostenible, la reconversión productiva, nuevas tecnologías e inversión verde; apunta a que se resguarde el gasto o inversión social; y hasta el cuidado sobre la deuda pública, sujeta hoy a la incertidumbre de costos y niveles.

Solo Bolivia demuestra eficacia y superiores resultados sociales, por cuanto el Gobierno de Evo Morales acabó con el neoliberalismo y la mitología proempresarial, y llevó adelante políticas y regulaciones públicas coincidentes con la línea de pensamiento cepalino, de modo que el motor del crecimiento ha sido la inversión pública, además de que mantuvo e incrementó la inversión social que mejoró las condiciones de vida y de trabajo nacionales, por lo cual en 2018 creció al 4.4 % y se espera que en el 2019 seguirá igual dinamismo.

En manos de gobiernos de derecha política y definición empresarial, que hoy predominan en América Latina, las burguesías latinoamericanas cada vez están más agresivas. No bastó su triunfo sobre el ciclo progresista ni la persecución o la judicialización de la política, utilizadas contra los partidarios de aquellos regímenes. Están dispuestas a la subordinación total del Estado, a fin de que garantice sus

negocios en el largo plazo, sin importar la soberanía nacional, la precarización de las condiciones laborales, la situación ruinoso de la mayoría de la población, el deterioro de los servicios públicos o el futuro de la sociedad. Según su criterio, si a las empresas les va bien, al país le va mejor.

Contrariando a la mitología proempresarial, en Argentina la pobreza ha aumentado y las condiciones de vida y de trabajo han empeorado; y en Brasil se han extendido las flexibilizaciones laborales que reviven condiciones similares a las del siglo XIX y es previsible una situación peor desde 2019, de la mano de los más perversos antivalores en el poder: misoginia, anticomunismo, racismo, desprecio de lo popular, criminalización de los movimientos sociales, proimperialismo. Como ambos son los países más grandes, su camino sirve de ejemplo para los países menores, en donde las burguesías han recobrado los rasgos de la dominación que caracterizaron a las viejas oligarquías. Se cumple así una especie de programa común latinoamericanista contra el Estado, los impuestos, por la flexibilización laboral y la debilitación de las integraciones regionales.

En contraste, hay esperanzadores ideales de reforma social en el gobierno del otro gigante: México, con la presidencia de Andrés Manuel López Obrador.

Pero si en los ámbitos familiares y de la amistad cotidiana tanto la Navidad como el nuevo año sirven para compartir buenos deseos y esperanzadoras palabras por la paz, la felicidad y los éxitos, la desaceleración económica señalada para el 2018 y las previsiones para 2019 nos vuelven a otra realidad: en la América Latina de gobiernos empresariales no existen perspectivas para un futuro de paz con dignidad y Buen Vivir para las mayorías nacionales en cada país.

Sobre las experiencias del ciclo progresista y de la agresiva restauración de las burguesías conservadoras, el 2019 se presenta como un año necesario para repensar sobre el poder y el futuro social en Nuestra América Latina.

Quizás lo más certero es lo obvio: reconstituir el espacio político de las izquierdas, pero empezando por el trabajo en los sectores populares, sin pensar en ellos como simples electores, sino como fuerza social que requiere constituirse en un poder dual sostenible en el tiempo; y, a la vez, se demanda un trabajo ideológico y cultural permanente, que contrarreste el pensamiento hegemónico de las derechas.

27 de diciembre de 2018



América Latina parece marchar en ciclos que reviven formas del pasado o que proyectan caminos hacia el futuro. El ciclo de los gobiernos progresistas dio esperanzas y luces para la construcción de un futuro social diferente para la región. Pero ese ciclo concluyó, aunque sigan presentes gobiernos que se han identificado con el progresismo (Bolivia, Nicaragua y Venezuela) y a pesar de que en México se inicia ese camino progresista. Lo que ahora domina en la región es un conjunto de gobiernos identificados con las derechas políticas y casi todos son enemigos de todo progresismo y mucho más de cualquier socialismo.

En ese tránsito desde las experiencias progresistas al ciclo del conservadurismo latinoamericano, las tensiones sociales igualmente se agudizan. Antiguas élites económicas recobran la supremacía de sus intereses en el Estado, cada país se inclina al retorno de los principios neoliberales que caracterizaron la vida de la región en las décadas finales del siglo XX y las mayorías formadas por clases medias y sectores populares nuevamente son golpeadas en sus condiciones de vida y de trabajo. Hay una tensión creciente entre el modelo de economía abierta y 'libre', frente al modelo de economía social, que exige el fortalecimiento de las capacidades estatales para poder brindar obras y servicios de beneficio colectivo.

El momento histórico que vivimos tensiona la vida entre un capitalismo supuestamente puro, pero salvaje y un capitalismo social, que en América Latina resulta siempre un avance, pero que es resistido y cuestionado por las élites del poder.

Este momento de tensiones ha desafiado a las izquierdas tanto nuevas como tradicionales. Enfrascadas en disputas por distintos motivos ideológicos, sus utopías por el socialismo no encuentran salida. Desde distintas fuerzas del mismo espectro político se cuestionó a los gobiernos progresistas, sin ofrecer una alternativa histórica, algo que merece repensarse considerando el pasado de

sus acciones, así como el presente de su poca efectividad para algún cambio.

América Latina enfrenta igualmente los desafíos de un mundo que no solo es globalizado, sino que, ante el peligro de cualquier avance progresista, también experimenta cómo los países imperialistas diseñan nuevas formas de dominación internacional. El americanismo monroista revive. Y su proyecto de continentalización tiene en la mira la consolidación de gobiernos conservadores y el arrinconamiento definitivo de cualquier progresismo y de todo socialismo.

De todos modos, América Latina tiene enormes desafíos para la construcción de una nueva sociedad. Y para tomar acciones sobre ellos no solo puede fijarse la mirada en el largo plazo, sino en el corto y hasta en la coyuntura. Siendo la región más inequitativa del mundo, las acciones plantean asuntos inmediatos como el fortalecimiento del Estado, la protección y ampliación de derechos laborales y sociales, la redistribución de la riqueza a través de fuertes impuestos directos o la protección del medio ambiente. Las experiencias históricas del radicalismo, de los populismos clásicos, del desarrollismo o de los gobiernos progresistas, al ser reexaminadas en el presente, permiten entender lógicas sociales, así como procesos políticos y económicos que tienen raíces más profundas y conectadas en esa doble faz que constituye el análisis del pasado para comprender el presente.

A través de diversidad de temas relativos a los procesos generales antes descritos, en esta obra se han trazado las líneas de comprensión de la historia inmediata, sobre la base del pasado histórico. Los distintos artículos han expresado un interés común: esclarecer diversas coyunturas para explicar las tensiones y los desafíos de este presente tan variado y complejo, que exige diversidad de enfoques.

Referencias

- AA.VV. Debates y tensiones de la izquierda. (septiembre-octubre 2013). *Revista Nueva Sociedad* 247. Disponible en <http://nuso.org/revista/247/debates-y-tensiones-de-la-izquierda/>
- Agee, P. (1975). *Inside the Company. The CIA Diary.*, Londres, Gran Bretaña: Penguin Books, 1975.
- Banco Mundial. (Última actualización: 8 de abril de 2019). *Ecuador: Panorama General*. Disponible en <https://www.bancomundial.org/es/country/ecuador/overview>
- Boff, L. (31 de agosto de 2016). "El día triste" do Brasil: o golpe parlamentar. Recuperado de <https://leonardoboff.wordpress.com/2016/08/31/el-dia-triste-do-brasil-o-golpe-parlamentar/>
- Bunge, M. y; Gabetta, C. (comp.) (2014) *¿Tiene porvenir el socialismo?* Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Casilda Béjar, R. (2015). *Ecuador y la Revolución Ciudadana. Un camino hacia el buen vivir*. Quito, Ecuador: Kreab.
- Castro, J.R. (23 de julio de 2016). Quais os principais temas da reforma trabalhista que o governo quer aprovar. *Nexo*. Disponible en <https://www.nexojornal.com.br/expresso/2016/07/23/Quais-os-principais-temas-da-reforma-trabalhista-que-o-governo-quer-aprovar>
- CEPAL. (2015). *Panorama social de América Latina 2015*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/39965-panorama-social-america-latina-2015>
- CEPAL. (2016). *Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe. 2015*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/39965-panorama-social-america-latina-2015>
- CEPAL. (2016). *Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe. 2016*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/40825-balance-preliminar-economias-america-latina-caribe-2016>
- CEPAL. (2016). *Panorama Fiscal de América Latina y el Caribe 2016: las finanzas públicas ante el desafío de conciliar austeridad con crecimiento e igualdad*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/39939-panorama-fiscal-america-latina-caribe-2016-finanzas-publicas-desafio-conciliar>
- CEPAL. (2016). *Tributación para un crecimiento inclusivo*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/39949-tributacion-un-crecimiento-inclusivo>
- CEPAL (2016). *Evasión tributaria en América Latina: nuevos y antiguos desafíos en la cuantificación del fenómeno en los países de la región*.

- Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/39902-evasion-tributaria-america-latina-nuevos-antiguos-desafios-la-cuantificacion>
- CEPAL. (2018). *Panorama Social de América Latina 2017*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/42716-panorama-social-america-latina-2017>
- CEPAL. (2018). *Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe 2017*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/bp>
- CEPAL. (2018). Actividad económica de América Latina y el Caribe se expandirá 1.3 % en 2018 y 1.8 % en 2019. Comunicado de prensa disponible en <https://www.cepal.org/es/comunicados/actividad-economica-america-latina-caribe-se-expandira-13-2018-18-2019>
- CEPAL. (2018). *Estudio Económico de América Latina y el Caribe. Evolución de la inversión en América Latina y el Caribe: hechos estilizados, determinantes y desafíos de política*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/43964-estudio-economico-america-latina-caribe-2018-evolucion-la-inversion-america>
- CEPAL. (2018). *La ineficiencia de la desigualdad*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/43442-la-ineficiencia-la-desigualdad>
- CEPAL. (2019). *Balance Preliminar de las Economías de América Latina y el Caribe. 2018*. Disponible en <https://www.cepal.org/es/publicaciones/44326-balance-preliminar-economias-america-latina-caribe-2018>
- Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos. (1917). Diario Oficial No.30, Tomo V, 4ta época. Disponible en http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/ref/cpeum/CPEUM_orig_05feb1917_ima.pdf
- Coraggio, J. L.; Lavalle, J-L. (2014). *Reinventar la izquierda en el siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Corral, F. (3 de marzo de 2016). Las lógicas de una reforma. *El Comercio*. Disponible en <http://goo.gl/bbN6V0>
- Cueva, Agustín. (1987). *Tiempos conservadores. América Latina en la derrochización de Occidente*. Quito, Ecuador: El Conejo.
- Francisco I. Encíclica. Laudato si' del Santo Padre Francisco sobre el cuidado de la casa común. 24 de mayo de 2015. Obtenido de: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Fukuyama, F. (1994). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, España: Planeta-Agostini.
- Fukuyama, F. (11 de noviembre de 2016). US against the world? Trump's America and the new global order. *Financial Times*. Disponible en <https://www.ft.com/content/6a43cf54-a75d-11e6-8b69-02899e8bd9d1>
- García Mejía, M., Molina, A., Reyes, A., Roseth, B. (2018). Gobiernos simples y digitales para servir al ciudadano. Construyendo un Estado orienta-

- do al ciudadano. N° 7. *Cuadernos del BID*. Disponible en <https://publications.iadb.org/en/gobiernos-simples-y-digitales-para-servir-al-ciudadano-numero-7-construyendo-un-estado-orientado-al>
- García Rico, R. (19 de marzo del 2005). Ahora es Grecia quien reclama la deuda a Alemania. *Qurispres Magazine*. Disponible en <http://irispress.es/irisnews/2015/03/19/ahora-es-grecia-quien-reclama-la-deuda-a-alemania/>
- Giardinelli, M. (1 de agosto de 2016). El retorno de El Manifiesto Argentino ante el peligro amarillo. *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-305724-2016-08-01.html>
- Harrison, Lawrence E. (1987). *El subdesarrollo está en la mente*. Madrid, España: Playor.
- Harrison, Lawrence E. (1999). *El subdesarrollo en un estado de la mente: el caso de América Latina*. San José, Costa Rica: Libro Libre.
- Hegel, G. W. F. (1980). *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal*. Madrid, España: Alianza.
- Himno Nacional de la República Argentina. Disponible en <https://www.caserosada.gob.ar/nuestro-pais/simbolos-nacionales?task=view&id=2729>
- Kazin, M. (1998). *The Populist Persuasion: An American History*. Nueva York, EE. UU.: Cornell University Press.
- Kersfeld, D. (editor) (2015). *Desde sus cenizas. Las izquierdas en América Latina a 25 años de la caída del Muro de Berlín*. Quito, Ecuador: Friedrich-Ebert Stiftung-ILDIS.
- Lacalle, D. (13 de abril de 2013). Diez mitos sobre los paraísos fiscales. *El Confidencial*. Disponible en <http://goo.gl/QZ8VG1>
- Lage Dávila, A. (23 de marzo 2016). Obama y la economía cubana: entender lo que no se dijo. *Cuba Debate*. Disponible en <http://goo.gl/oAYbkh>
- Lawfare Institute. (2018). Parecer emitido sobre la ocurrencia de Lawfare en Ecuador. Informe disponible en http://lawfareinstitute.com/wp-content/uploads/2019/04/Parecer-Lawfare-Institute-24-10-18_Esp.pdf
- Le Quang, M. (2016). *La Revolución Ciudadana en escala de grises. Avances, continuidades y dilemas*. Quito, Ecuador: IAEN.
- Lenin, V. I. (1970). Obras escogidas. Moscú, Rusia: Editorial Progreso.
- Machado, J.A. (2008). *A flexibilização dos direitos trabalhistas e a terceirização: aspectos destacados* (Monografía). Universidade do Vale do Itajá- Univali. São José, Brasil. Disponible en <http://siaibib01.univali.br/pdf/Jose%20Alexandre%20Machado.pdf>
- Marchand, C., Ingroia, A., et al. (2018). Informe final de observadores sobre la misión en Ecuador -- 17/-21 septiembre, de 2018. Disponible en https://issuu.com/informacionecuador/docs/informe_final_mision_observadores/1?ff
- Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana. (20 de junio de 2017). Ecuador llama al diálogo en la OEA para la resolución de controversias y consolidación de relaciones en la región. Disponible

- en <http://www.cancilleria.gob.ec/ecuador-llama-al-dialogo-en-la-oea-para-la-resolucion-de-controversias-y-consolidacion-de-relaciones-en-la-region/>
- Minnaert, A. y Endara, G. (coord.). (2015). *Democracia participativa e izquierdas: Logros, contradicciones y desafíos*. Quito, Ecuador: FES-ILDIS.
- Morris, R. B. (. (1962). *Documentos fundamentales de la Historia de los Estados Unidos de América*. CDMX, México: Libreros Mexicanos Unidos.
- Natanson, J. . (2008). *La nueva izquierda. Triunfos y derrotas de los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Chile, Uruguay y Ecuador*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Paredes, G. y Saltos, K. (2018). La deuda pública en Ecuador: ¿Se cumplió la regla fiscal? *Killkana Sociales Revista de investigación científica*. Recuperado de http://killkana.ucacue.edu.ec/index.php/killkana_social/article/view/342
- Paz y Miño, J. (2006). *Deuda histórica e historia inmediata en América Latina*. Quito, Ecuador: Abya-Yala.
- Paz y Miño, J. (2016). *Revolución ciudadana ¿en fase de flexibilidad laboral?* Taller de Historia Económica. Disponible en <http://www.historiaypresente.com/flexibilidad-laboral/>
- Paz y Miño, J. (2017). ¿Flexiseguridad empresarial o flexibilidad laboral? *El Telégrafo*. Disponible en <https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/columnistas/1/flexiseguridad-empresarial-o-flexibilidad-laboral>
- Paz y Miño, J. (17 de septiembre de 2018). *Ecuador: una década entre libros, pasiones y opiniones*. Historia y Presente. Disponible en <https://bit.ly/2pfMTh8>.
- Paz y Miño, J. (24 de septiembre de 2018). *Ecuador: ¿y otros escritos sobre la década?* Historia y Presente. Disponible en <https://bit.ly/2xB-Bhd1>
- Paz y Miño, J. (5 de noviembre 2018). *Corrupción y corruptores*. Historia y Presente. Disponible en <http://www.historiaypresente.com/corrupcion-y-corruptores/>
- Redacción Aciprensa. (9 de julio de 2015). Discurso del Papa en el encuentro con los movimientos populares en Bolivia. *Aciprensa*. Disponible en <https://goo.gl/VH9d9a>,
- Redacción Aciprensa. (9 de julio de 2015). Discurso del Papa en el encuentro con los movimientos populares en Bolivia. *Aciprensa*. Disponible en w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Redacción Agencia EFE. (18 de noviembre de 2015). Los Millonarios Patrióticos de EE. UU. que quieren pagar más impuestos. *Agencia EFE*. Disponible en <https://www.efe.com/efe/america/economia/los-millonarios-patrioticos-de-ee-uu-que-quieren-pagar-mas-impuestos/20000011-2767729>
- Redacción Ámbito. Cumbre del G20 logró declaración final con un pedido de reformar la OMC. *Ámbito*. Disponible en <https://www.ambito.com/>

cumbre-del-g20-logro-declaracion-final-un-pedido-reformar-la-omc
-n5002727

Redacción BBC Mundo. (1 de septiembre de 2016). "El gobierno de México cayó en la trampa": la reacción de los mexicanos al encuentro de Enrique Peña Nieto con Donald Trump. *BBC Mundo*. Disponible en <http://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37241293>

Redacción BBC Mundo. (5 de septiembre de 2018). Las 3 economías de América Latina que van camino de ser las mayores decepciones de 2018. *BBC Mundo*. Disponible en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-45372933>

Redacción Clarín. (1 de diciembre de 2018). Cumbre de potencias. Estados Unidos y China acuerdan una tregua en la guerra comercial en la cita de Donald Trump y Xi Jinping. *Clarín*. Disponible en https://www.clarin.com/mundo/cumbre-g20-adelanto-reunion-donald-trump-xi-jinping_0_GbHLBnn38.html

Redacción Clarín. (1 de diciembre de 2018). La visión de EE. UU. Para la Casa Blanca, el documento del G-20 refleja muchos de los objetivos de Donald Trump. *Clarín*. Disponible en https://www.clarin.com/politica/casa-blanca-documento-g20-refleja-objetivos-donald-trump_0_EnQ_6Gbaf.html

Redacción CRE Satelital. (30 de agosto de 2016). Santos firma decreto para convocar a plebiscito por la paz en Colombia. *CRE Satelital*. Disponible en <http://www.cre.com.ec/noticias/2016/08/30/145391/santos-firma-decreto-convocar-plebiscito-la-paz-colombia/ei>

Redacción Cuba Debate. (23 de marzo de 2016). Obama y la economía cubana: entender lo que no se dijo. *Cuba Debate*. Disponible en <http://www.cubadebate.cu/opinion/2016/03/23/obama-y-la-economia-cubana-entender-lo-que-no-se-dijo/#.XNtA5xRKjIX>

Redacción Democracy Now. (30 de enero de 2017). Principales multimillonarios de Estados Unidos se enriquecen rápidamente con el gobierno de Trump. *Democracy Now*. Disponible en <http://bit.ly/2kAc90G>

Redacción El Comercio. (3 de agosto de 2016). Uribe llama a votar 'No' En plebiscito por la paz en Colombia. *El Comercio*. Disponible en <http://www.elcomercio.com/actualidad/alvarouribevoto-plebiscito-paz-farc-colombia.html>

Redacción El Economista.es. (31 de enero de 2017). Europa eleva tono contra Trump: Tusk apela a la unidad y al orgullo contra "la retórica de los demagogos". *El Economista.es*. Disponible en <http://bit.ly/2k-m0vT3>

Redacción el Economista.es. (31 de enero de 2017). Europa eleva el tono contra Trump: Tusk apela a la unidad y al orgullo contra la 'retórica de los demagogos'. *elEconomista.es*. Disponible en <https://www.eleconomista.es/economia/noticias/8122516/01/17/Europa-eleva-el-tono-contra-Trump-Tusk-apela-a-la-unidad-y-al-orgullo-contra-la-retorica-de-los-demagogos.html>

- Redacción El Financiero. (31 de enero de 2017). Trump se anota record... en desaprobación. *El financiero*. Disponible en <https://www.elfinanciero.com.mx/mundo/trump-se-anota-record-en-desaprobacion.html>
- Redacción 31anos. (9 de agosto de 2016). Reforma trabalhista de Temer, tira a obrigatoriedade do 13º salário e FGTS. *31anos*, Disponible en <http://www.geledes.org.br/reforma-trabalhista-de-temer-tira-obrigatoriedade-do-13-salario-e-fgts/#gs.cnR6b48>
- Redacción El Mundo. (16 de enero de 2017). Merkel responde a Trump: 'Los europeos decidimos sobre nuestros desafíos'. *El Mundo*. Disponible en <https://www.elmundo.es/internacional/2017/01/16/587ce26c46163fea478b45fe.html>
- Redacción El Mundo. (17 de diciembre de 2014). Discurso del Presidente Obama tras el restablecimiento de relaciones con Cuba. *El Mundo*. Disponible en <http://goo.gl/kyBGzH>.
- Redacción El Mundo. (17 de diciembre de 2014). Discurso del presidente Obama tras el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba. *El Mundo*. Disponible en <https://www.elmundo.es/internacional/2014/12/17/5491edf822601d5f408b4573.html>
- Redacción El País. (3 de agosto de 2013). El Caribe reclama a Europa una compensación por la esclavitud. *El País*. Disponible en https://elpais.com/internacional/2013/08/03/actualidad/1375558119_801842.html
- Redacción El País. (5 de diciembre de 2014). Panamá incluye a Cuba en la Cumbre de las Américas. *El País*. Disponible en https://elpais.com/internacional/2014/12/05/actualidad/1417742299_285737.html
- Redacción El País. (25 de marzo 2016). Obama consagra a Macri como aliado privilegiado de EE. UU. en América Latina. *El País*. Disponible en https://elpais.com/internacional/2016/03/23/argentina/1458761444_630012.html
- Redacción El País. (27 de enero de 2017). En defensa de México. *El País*. Disponible en https://elpais.com/elpais/2017/01/26/opinion/1485457021_439895.html
- Redacción El País. (28 de enero de 2017). Hollande pide una 'respuesta con firmeza' desde Europa contra las medidas de Trump. *El País*. Disponible en https://elpais.com/internacional/2017/01/28/actualidad/1485622373_573242.html
- Redacción El País. (24 de mayo de 2018). Lenin Moreno purga de correístas su Gobierno en su primer año al frente de Ecuador. *País*. Disponible en https://elpais.com/internacional/2018/05/23/america/1527111194_880537.html
- Redacción El Telégrafo. (10 de diciembre de 2014). Ocho casos de violación a los derechos humanos, judicializados desde 2013. *El Telégrafo*. Disponible en <https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/judicial/13/ocho-casos-de-violacion-a-los-derechos-humanos-judicializados-desde-2013>

- Redacción El Telégrafo. (4 de febrero de 2016). Finanzas debitará \$ 41 millones pagados en exceso al Issfa y los transferirá al MAE. *El Telégrafo*. Disponible en <http://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/politica/2/-ministerio-de-finanzas-debitara-41-millones-al-issfa-por-compra-venta-de-lotes>
- Redacción El Telégrafo. (29 de agosto de 2016). Rafael Correa: "Aquí me juego la vida. ¡Vístanse de patria!". *El Telégrafo*. Disponible en <http://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/politica/2/rafael-correa-aqui-me-juego-la-vida-vistanse-de-patria>
- Redacción El Tiempo (26 de octubre de 1992). Bush firma la Ley Toricelli. *El Tiempo*. Disponible en <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-229428>
- Redacción Excelsior. (22 de junio de 2017). Venezuela esquiva fallo de la OEA; termina cumbre en Cancún. *Excelsior*. Disponible en <http://www.excelsior.com.mx/nacional/2017/06/22/1171274>
- Redacción Financial Times. US against the world? (11 de noviembre de 2016). Trump's America and the new global order. *Financial Times*. Disponible en <https://www.ft.com/content/6a43cf54-a75d-11e6-8b69-02899e8bd9d1>
- Redacción Globovisión. (31 de enero de 2017). Expulsión de Cuba de la OEA: Un momento tenso. *GloboVisión*. Disponible en <http://globovision.com/article/31-de-enero-a-55-anos-de-la-expulsion-de-cuba-de-la-oea>
- Redacción HispanTV. (11 de marzo de 2015). Grecia reclama a Alemania reparaciones de la II Guerra Mundial. *HispanTV*. Disponible en <https://www.hispantv.com/noticias/alemania/23514/grecia-reclama-a-alemania-reparaciones-de-la-ii-guerra-mundial>
- Redacción Infobae. (30 de enero de 2017). Harvard, Yale, Stanford y el MIT advierten que el decreto *antiinmigración* de Donald Trump "causará un daño irreparable a la educación". *Infobae*. Disponible en <http://bit.ly/2jDvgTd>
- Redacción Infobae. (30 de noviembre de 2018). Mauricio Macri abrió el G20: "tomamos la cumbre como un gesto de apoyo, sobre todo después de tantos años de aislamiento". *Infobae*. Disponible en <https://www.infobae.com/g20/2018/11/30/mauricio-macri-abrio-el-g20-tomamos-la-cumbre-como-un-gesto-de-apoyo-sobre-todo-despues-de-tantos-anos-de-aislamiento/>
- Redacción Infobae. (3 de diciembre de 2018). Qué dice el documento de la declaración final del G20 en Argentina. *Infobae*. Disponible en <https://www.infobae.com/america/mundo/2018/12/03/que-dice-el-documento-completo-de-la-declaracion-final-del-g20-en-buenos-aires/>
- Redacción Insurgente. (23 de junio de 2017). Contundente apoyo en la ONU al gobierno bolivariano de Venezuela (Conozca los países que votaron a favor. *Insurgente*. Disponible en <http://insurgente.org/>

- contundente-apoyo-en-la-onu-al-gobierno-bolivariano-de-venezuela-la-conozca-los-paises-que-votaron-a-favor/
- Redacción La izquierda Diario. (13 de marzo de 2015). Gobierno de Grecia reclama a Alemania reparaciones por la ocupación nazi. *La izquierda Diario*. Disponible en http://www.laizquierdadiario.com/spip.php?page=gacetilla-articulo&id_article=11934
- Redacción La Vanguardia. (1 de septiembre de 2016). Visita de Trump: nueva burla para México. *La Vanguardia*. Disponible en <http://www.vanguardia.com.mx/articulo/visita-de-trump-nueva-burla-para-mexico>
- Redacción Martí Radio Televisión. (14 de agosto de 2015). Discurso de John Kerry en la ceremonia de reapertura de la embajada en Cuba. *Martí Radio Televisión*. Disponible en <http://goo.gl/Z5PFd7>
- Redacción Martí Radio Televisión. (23 de junio de 2016). OEA concluye sesión sin acuerdo para aplicar Carta Democrática a Venezuela. Disponible en <https://www.radiotelevisionmarti.com/a/reunion-para-aplicar-carta-democratica-de-oea-a-venezuela/124650.html>
- Redacción Nodal. (13 de septiembre de 2016). Las cinco propuestas del gobierno de Temer que atentan contra los derechos laborales. *Nodal*. Disponible en <http://www.nodal.am/2016/09/las-cinco-propuestas-del-gobierno-de-temer-que-atentan-contralos-derechos-laborales/>
- Redacción Nota. Reforma laboral: nueva obsesión del gobierno y los grandes medios. (26 de julio de 2016). *Notas periodismo popular*. Disponible en <https://notasperiodismopopular.com.ar/2016/07/26/reforma-laboral-nueva-obsesion-gobierno-grandes-medios/>
- Redacción Noticias Caracol. (5 de enero de 2018). Europa condena bloqueo a Cuba. *Noticias Caracol*. Disponible en <https://noticias.caracoltv.com/mundo/union-europea-condena-embargo-de-estados-unidos-cuba>
- Redacción Noticias RT. (31 de enero de 2017). Correa pide una respuesta "frontal" de América Latina a las medidas antimigratorias de Trump. *RT Noticias*. Disponible en <http://bit.ly/2kZ7Dtv>
- Redacción Notitotal. (9 de diciembre de 2015). Maduro dice a chavistas que no sabe si construirá viviendas: Te pedí apoyo y no lo diste. *Notitotal*. Disponible en <http://notitotal.com/2015/12/09/maduro-reprocha-que-regalo-viviendas-taxis-y-tabletas-y-no-recibio-el-apoyo-esperado/>
- Redacción O Globo. (22 de mayo de 2016). Flexibilização da CLT entra na pauta do governo Temer. *O Globo*. Disponible en <http://oglobo.globo.com/economia/flexibilizacao-da-clt-entra-na-pauta-do-governo-temer-19353463>
- Redacción RT Noticias. (1 de febrero de 2017). Trump ya ha cumplido con 13 de las 28 promesas en sus primeros 100 días de gobierno. *RT Noticias*. Disponible en <https://actualidad.rt.com/actualidad/229965-trump-cumplir-contrato-primeros-dias-gobierno-eeuu>

- Redacción Stimepa. (10 de mayo de 2013). Mais uma vez direitos trabalhistas estao ameaçados. *Noticias Stimepa*. Disponible en <http://www.stimepa.org.br/noticias/763/mais-uma-vez-direitos-trabalhistas-estao-ameacados.html>
- Redacción Telesur. (7 de diciembre de 2015). Canal de la AN venezolana rechaza amenazas de la oposición. *Telesur*. Disponible en <https://www.telesurtv.net/news/Trabajadores-de-ANTV-rechazan-amenazas-de-Ramos-Allup-20151207-0038.html>
- Redacción Telesur. (27 de enero de 2016). Rafael Correa: La Celac debe reemplazar a una OEA anacrónica. *TelesurTV*. Disponible en <http://goo.gl/G1cVTS>.
- Redacción Telesur. (25 de marzo de 2016). EE. UU. "formará" a líderes de la sociedad civil cubana. *Telesur*. Disponible en <https://www.telesurtv.net/news/EE.UU.-desconoce-nuevamente-la-cultura-democratica-de-Cuba-20160325-0059.html>
- Redacción Telesur. (16 de junio de 2017). Conozca qué cosas no puede hacer Cuba por el bloqueo de EE. UU. *Telesur*. Disponible en <http://www.telesurtv.net/news/Latinoamerica-sigue-siendo-el-blanco-de-los-golpes-blandos-20150822-0012.html>
- Redacción Telesur. (16 de junio de 2017). Conozca qué cosas no puede hacer Cuba por el bloqueo de EE. UU. *Telesur*. Disponible en <https://www.telesurtv.net/news/10-cosas-que-Cuba-no-puede-hacer-por-el-bloqueo-de-EE.UU.-20151028-0003.html>
- Redacción Telesur. (21 de junio de 2017). Países se pronuncian en favor de Venezuela en la ONU. *Telesur*. Disponible en <http://www.telesurtv.net/news/Paises-se-pronuncian-en-favor-a-Venezuela-en-la-ONU-20170621-0008.html>
- Redacción The Guardian. (16 de febrero de 2016). Thomas Piketty on the rise of Bernie Sanders: the US enters a new political era. *The Guardian*. Disponible en <http://goo.gl/gv1dVj>
- Redacción The Washington Post. (Actualizado el 3 de mayo de 2019). Trump promise Tracker. *The Washington Post*. Disponible en <http://wapo.st/2kh1aqx>
- Redacción VanguardiaMX. (1 de febrero de 2017). Se lanzan Vaticano y Europa contra Trump. *Vanguardia MX*. Disponible en <https://vanguardia.com.mx/articulo/se-lanzan-vaticano-y-europa-contra-trump1>
- Revista Informativa Democracia. (10 de marzo de 2016). *Radio Democracia*. Disponible en <https://www.democracia.ec/web/index.php/audios>
- Schützhofer, T. B. (2016). *Ecuador's Fiscal Policies in the Context of the Citizens' Revolution (Discussion Paper)*. Bonn, Alemania: Deutsches Institut für Entwicklungspolitik gGmbH.
- Solari, A.; Franco, R.; y Jutkowitz, J. (1976). *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Stalin, J. B., (1938). *Sobre del Materialismo Dialéctico Histórico y el Materialismo Dialéctico, Histórico*. Pekín, China: Ediciones de

- lenguas extranjeras de Pekín. Disponible en <http://archivo.juventudes.org/textos/losiv%20Stalin/Sobre%20el%20Materialismo%20Dialectico%20y%20el%20Materialismo%20Historico.pdf>
- Townsend, C. (2000). *Tales of Two Cities. Race and Economic Culture in Early Republican North and South America*. Austin, EE. UU.: University of Texas Press.
- Trump, D. (28 de enero de 2017). Presidential Memorandum: Organization of the National Security Council and the Homeland Security Council. Disponible en <http://bit.ly/2l4fG4p>
- Ulloa, C.. C. (2017). *El populismo en escena: ¿Por qué en unos países y en otros no?* Quito, Ecuador: Flacso Ecuador.
- Veiga, G. (2 de noviembre de 2017). Nueva condena de la ONU al bloqueo a Cuba. *Página 12*. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/73202-nueva-condena-de-la-onu-al-bloqueo-a-cuba>
- Wallerstein, I.; Randall Collins, Mann, M.; Derlugian, G.; y Calhoun, C. (2015). *¿Tiene futuro el capitalismo?* Madrid: España: Siglo XXI.
- Weisbrot, M.,; Johnston, J., y Merling, L. (2017). *Una década de reformas: políticas macroeconómicas y cambios institucionales en Ecuador y sus resultados...* Washington, EE. UU.: CEPR. <http://cepr.net/images/stories/reports/ecuador-2017-02-spanish.pdf>.
- World Bank Group. (2016). *Poverty and Shared Prosperity 2016 : Taking on Inequality*. Washington, DC: World Bank. © World Bank. Disponible en <https://openknowledge.worldbank.org/handle/10986/25078> License: CC BY 3.0 IGO
- Ziegler, J. (1977). *Una Suiza por encima de toda sospecha*. CDMX, México: Siglo XXI.

Acerca del autor

Juan José Paz y Miño Cepeda.

Es Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Santiago de Compostela. Doctor en Historia y Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). Miembro de número de la Academia Nacional de Historia del Ecuador. Director Académico de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) en Ecuador. Actualmente es Decano de la Facultad de Comunicación, Artes y Humanidades de la Universidad Ute de Quito. Ha sido Cronista de la Ciudad de Quito (2011-2014) y secretario del Comité Ejecutivo Presidencial del Bicentenario (2008-2011). Ha participado como profesor invitado y ponente en múltiples actividades académicas en universidades e instituciones del país y del exterior. Es colaborador en periódicos y revistas nacionales e internacionales. Sus principales obras y artículos pueden obtenerse a través de la página web Historia y Presente, en www.historiaypresente.com

La *historia inmediata* de América Latina tiene múltiples expresiones. Una forma de seguirla es analizar la coyuntura con el propósito de dar cuenta de una serie de procesos históricos en vigencia. De este modo, el pasado sirve para entender el presente.

Este libro reúne artículos publicados por el autor entre 2015 y 2018, en los que hace referencia a diversos temas de la coyuntura latinoamericana. Todos los textos tienen una base analítica en la cual la historia es la fuente de interpretación y seguimiento. Las reflexiones están fundamentadas en hechos y procesos, a fin de que no expresen opiniones personales, sino argumentaciones respaldadas por la investigación.

En esta obra los lectores encontrarán varios de los hitos que han formado la trama de la historia más reciente de América Latina, con una visión que esclarece ese camino que va del pasado al presente.



ISBN: 978-9978-389-73-7

